

Juan Miguel Aguilera y Javier Redal

HIJOS DE LA ETERNIDAD

AKASA-PUSPA / 2



Lectulandia

Akasa-puspa: un cúmulo globular con más de diez millones de soles repletos de vida, imperios y civilizaciones: naves impulsadas por velas de luz, saltando entre las cercanas estrellas como semillas arrastradas por el viento; culturas y religiones en conflicto desde tiempos inmemoriales...

Y unos poderosos antepasados de la Humanidad (encerrada en Akasa-puspa desde hace millones de años), que remodelaron el Sistema Solar a una inmensa Esfera de veinticinco minutos-luz de diámetro; y que, ahora, tejen un misterioso destino para sus descendientes humanos.

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera & Javier Redal

Hijos de la eternidad

Akasa-puspa / 2

ePUB r1.0

Batera 04.10.13

Juan Miguel Aguilera & Javier Redal, 1989

Ilustración de portada: Antoni Garcés

Retoque de portada: Batera

Editor digital: Batera

Corrección de erratas: Batera

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a Domingo Santos,
por todo lo que ha hecho
(y por todo lo que le queda por hacer)
en bien de la ciencia ficción en España.*

Y una bóveda inmensa levantó, petrífica,
esférica, igual que una matriz
donde miles de ríos en venas
de sangre se vierten por las montañas, para apagar
los fuegos eternos que hieren desde afuera
a los Eternos; y como un globo negro
observado por los hijos de la Eternidad, que se yergue
en la costa de un mar infinito,
cual corazón humano que palpita y se agita,
surgió el mundo inmenso de Urizen...

WILLIAM BLAKE
El Primer Libro de Urizen

PERSONAJES PRINCIPALES

El Imperio:

ANUPASYAMI SIDARTANI: adhyaksa.

PATRIHARA IX: Emperador.

Los científicos:

KOT DOHIN: físico.

LILITH FIRISHTA: bióloga.

AB YUSUF RHON: biólogo.

La Marina Imperial:

EZEQUIEL PARYAGAT: almirante de la Marina Imperial.

ABDUL ZALFIQAR: comandante de la nave de línea *Nrisimha*.

EMANUEL SRIDHAR: comandante de la fragata *Manyu*.

PABLO VAYUNANI: capitán de la Marina Imperial.

ISMAL RAMAHANI: primer oficial de la *Nrisimha*.

MOHAMED AMRIDAR: segundo oficial de la *Nrisimha*.

SIMON BAR-JAHAN: oficial de comunicaciones de la *Manyu*.

DAVID VALADEVA: oficial de radar de la *Nrisimha*.

MOSHE JILATH: oficial artillero de la *Nrisimha*.

ISAK OGGIANA: oficial médico de la *Nrisimha*.

CHAN ZAR: mercenario ksatrya.

JAFED KEBAR: sargento de Infantería de Marina.

SAUL BILHANA: infante de la Marina Imperial.

YAKOB SATIVAIYA: infante de la Marina Imperial.

La Utsarpini:

KHAN KHAROLE: líder de la Utsarpini.

SANSER KAUTALYA: primer ministro de Kharole.

La Marina de la Utsarpini:

BINDUSARA AZMERI: comandante de la nave de línea *Asura Nama*.

MENAHM JASAGAR: primer oficial de la *Asura Nama*.

YAMIB RASVATMA: oficial de comunicaciones de la *Asura Nama*.

BARNABAS NARAYAN: oficial astrónomo de la *Asura Nama*.

La Tierra:

JONÁS CHANDRAGUPTA: científico.

Los ciudadanos:

HAMALNARAT.

HERNOSUIFASAI.

HONIHABALIT.

MROGOKAILAVEL.

REWANSACELOT.

TORLAHARVANAT.

Los desertores:

CHAIT RAI: mercenario ksatrya.

ZABUL SADSAYA: infante de la Marina de la Utsarpini.

INDRI USTAYMA: infante de la Marina de la Utsarpini.

IVRAIM ESIADAT: infante de la Marina de la Utsarpini.

SATI IVATAMSA: infante de la Marina de la Utsarpini.

La *Konrad Lorenz*:

OANNES: delfín piloto.

VIDYA: ordenador.

PRÓLOGO

Yo, Vidya, ordenador de la nave colonizadora estatorreactora *Konrad Lorenz*, modelo WZX-723-4500-HN, con software esto-aquello-y-lo-de-más-allá (pues no deseo fatigaros con mis datos) escribo esto a requerimiento de Oannes, el delfín (*Thursiops sapiens*) piloto y comandante de la nave. Escribo para la posteridad este relato verídico de los extraños hechos de que fui testigo, en un futuro increíblemente remoto. Un futuro de veinticinco millones de años...

Oannes: *Corta el rollo. Me parece que el género autobiográfico no es muy adecuado.*

Vidya: *¿Por qué no?*

Oannes: *Después de todo, ni tú ni yo somos los protagonistas, sólo unos testigos privilegiados.*

Vidya: *¿Cómo debo narrarlo, entonces?*

Oannes: *Dale un enfoque menos personalizado. Cuando el narrador no es protagonista, suele presentarse a sí mismo y desaparecer el resto de la historia.*

Vidya: *De acuerdo.*

Oannes: *Y no te preocupes por nombres técnicos. Al lector no le interesa qué empresa de informática te fabricó.*

Vidya: *De acuerdo.*

Oannes pensó escribir un relato de todo lo sucedido desde que llegamos a este cúmulo globular, que sus habitantes humanos llaman Akasa-puspa; un relato que sea comprensible para lectores humanos. Llevo tiempo interactuando con seres inteligentes biológicos, y he podido darme cuenta de que la simple transmisión de datos produce los fenómenos de «pérdida de atención», «fatiga» y «aburrimento», aun a la escasa velocidad a la que los sistemas nerviosos vivos pueden asimilarlos.

Oannes: *¿Detecto un tonillo de superioridad?*

Vidya: *Me limito a exponer un hecho.*

Sin embargo, decidió que fuese yo quien lo escribiese, limitándose él a sugerir la forma literaria, de modo que otra biointeligencia la hallase más comprensible. Tras varios comienzos en falso, sugirió que yo estudiase la narrativa humana incluida en nuestra biblioteca. Debo decir que, aunque tengo acceso a mi memoria permanente, ni yo mismo sé todo lo que contiene. Mi yo posee una capacidad limitada de almacenar información.

Oannes: *Sería mejor que aclarases eso de «tu yo».*

Poseo consciencia de mí mismo. Es decir, sé lo que soy, dónde estoy, y qué debo hacer. Soy capaz de confrontar mi medio ambiente con mis objetivos y mi propia existencia.

Oannes: *Haces que suene vagamente aterrador. Acláralo.*

Mi objetivo primario es preservar las vidas de los tripulantes y pasajeros. En este caso, Oannes. Mi objetivo secundario es el transporte de colonizadores. La misión se ha cumplido. Mi objetivo terciario es preservar la seguridad de la nave, incluyéndome a mí mismo. Lo que significa que él y yo somos «compañeros». Por lo demás, puedo decidir por mí mismo.

Oannes: *¡Basta! Lo estás empeorando. El lector va a sacar la idea de un robot cuyo libre albedrío es una amenaza para los seres humanos.*

Vidya: *Sin pretender ser sarcástico, yo diría que el libre albedrío de un ser humano es, y lo ha venido siendo toda su historia, una amenaza para los otros seres humanos.*

Oannes: *No te falta razón. Sigue.*

La exploración de los archivos me permitió extraer una serie de conclusiones sobre la estructura, longitud de párrafos, diálogos, punto de vista del narrador, alteraciones de la secuencia temporal de sucesos...

Oannes: *¿Por qué no se limitará a decir «etcétera»?*

... etcétera. Como prueba, me sugirió que reescribiese *La Ilíada* con el estilo y enfoque de personajes de *Sin novedad en el frente*, y viceversa. Ambas tareas fueron completadas y Oannes me felicitó. En consecuencia, juzgó que yo estaba capacitado para escribir esta historia.

Oannes: *Por cierto, ¿por qué incluyes mis comentarios verbales en el texto? ¡Mira, ahora!*

Vidya: *He pensado que le da más animación a la historia. No se trata de un simple y aburrido monólogo de un ordenador.*

Oannes: *Bien..., sigue.*

Los inicios de nuestra extraña aventura se remontan a la Amenaza del Cúmulo...

Oannes: *Será mejor empezar más atrás. Recuerda que la gente de Akasa-puspa no sabe nada sobre sus orígenes.*

Vidya: *De acuerdo.*

Cuando la Galaxia se formó a partir de una nube primordial de hidrógeno...

Oannes: ¡Eh! No tan atrás.

Vidya: ¿Por qué no escribes tú esta parte?

Oannes: Bueno, bueno, no te sulfures. Reconozco que es un trabajo difícil.

Vidya: ¿Puedo sugerir algo?

Oannes: Adelante.

Vidya: ¿Qué tal una simple tabla cronológica?

Oannes: Bueno... podemos probar.

TABLA I - CRONOLOGÍA

AÑO SUCEOS

- 1946: John Maunchly y J. Presper Eckert diseñan ENIAC, el primer ordenador electrónico.
- 1953: John Watson y Francis Crick proponen el modelo de la doble hélice del ADN.
- 1961: Primer viaje al espacio (Gagarin).
- 1969: Primer viaje a la Luna de la Tierra (Armstrong, Aldrin y Collins).
- 1978: La Oficina de Patentes de los Estados Unidos acepta patentar la primera bacteria producida por ingeniería genética.
- 2013: Primer ordenador inteligente de «quinta generación» (Tsukami).
- 2020: Se inicia la construcción de la primera ciudad del espacio^[1].
- 2034: Primeros experimentos sobre adaptación de seres vivos al espacio (Olaffson).
- 2156: Primeros intentos de colonización del halo cometario (Colectivo «Galaxia Verde»).
- 2359: Se construye la primera Torre Orbital^[2]
- 2723: SE INICIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ESFERA DE DYSON EN TORNO AL SOL.
- 4225: Júpiter, Saturno y Urano acaban de ser demolidos.
- 4259: Se descubren seres vivos en el espacio^[3].
- 4503: Primeros experimentos con máquinas de Von Neumann.
- 5010: Primer viaje interestelar con estatorreactor Bussard.
- 5502: Primeros intentos de colonización de halos cometarios de otras estrellas.
- 6023: SE DESCUBRE LA AMENAZA DE COLISIÓN CON UN CÚMULO GLOBULAR^[4]
- 7300: Se construye el Anillo en torno a la Tierra^[5]
- 9357: Éxodo generalizado de la Humanidad. Una minoría de personas permanecen en la Tierra, al negarse a abandonar sus lugares sacros.
- 10600: DESPEGUE DE LA KONRAD LORENZ.

Vidya: *¿Qué tal?*

Oannes: *Hmmm... Me parece bien. Quizás habría que aclarar algunos significados. «Esfera de Dyson» o «máquinas de Von Neumann», por ejemplo.*

Vidya: *Eso puede ir aparte.*

Oannes: *Y además, ¿por qué te detienes?*

Vidya: *No puedo fechar los acontecimientos siguientes en Akasa-puspa. Recuerda que estuvimos ausentes durante veinticinco millones de años.*

Oannes: *Entiendo. Prosigue tu narración.*

El Sistema Solar, ahora convertido en una esfera de Dyson, constaba de la Tierra y otros cinco planetas de tamaño terrestre orbitando el Sol, y una «cáscara» formada por asteroides. Estos captaban toda la energía del Sol y la retransmitían a los planetas en forma de microondas. Y estos captadores eran... árboles.

La ingeniería genética había avanzado lo suficiente como para poblar estos asteroides con árboles adaptados al vacío espacial. En esta cáscara sobreviven los «colmeneros». Son los descendientes degenerados de los colonos humanos del halo cometario.

Vidya: *¿Se entiende bien hasta aquí?*

Oannes: *Muy bien. Conciso y completo.*

La Esfera fue capturada por Akasa-puspa, junto con algunas estrellas de la Galaxia y mucha materia interestelar. El resultado fue un cúmulo globular bastante anómalo, puesto que contiene algunas estrellas de «segunda generación», ricas en metales pesados (en su mayor parte en forma de planetas) de la que la población estelar original del cúmulo (formada por gigantes rojas de primera generación) carecía.

No sabemos cómo, pero al menos una especie inteligente no humana también fue capturada. Se trata de los que los humanos llaman «angriffs».

Oannes: *A los que espero no nos encontremos en una noche oscura.*

Así, pues, la situación era esta: la Humanidad había emigrado fuera del Sistema Solar, en estatorreactores. Sin embargo, una minoría de creyentes en las viejas religiones se quedaron. Ellos colonizaron los planetas de Akasa-puspa.

Oannes: *Esto va por vosotros, lectores pacientes que nos habéis seguido hasta aquí.*

La colonización fue facilitada por el hecho de que las distancias entre las estrellas eran lo bastante pequeñas como para recorrerlas en naves sub-C, impulsadas por

velas de luz. Por otro lado, la técnica de construcción de torres orbitales (las «babeles») no se había perdido. Los colonos las fueron construyendo en cada planeta habitable que encontraron.

Como eran gente muy religiosa, grabaron sus escrituras sagradas en las babeles; lo que vosotros llamáis «las Sastras». La Biblia, el Bhagavad Gita, el Corán. Lo que luego sucedió es desconocido. La civilización se derrumbó y alzó no sabemos cuántas veces. Pasaron los millones de años. En ese tiempo, el cúmulo Akasa-puspa salió de la Galaxia.

Oannes: *Por si os preguntáis qué hacíamos nosotros mientras tanto, viajábamos a una velocidad cercana a la de la luz. Estamos vivos por un milagro de San Alberto Einstein.*

Vidya: *No creo que la gente de Akasa-puspa entienda esa alusión.*

Oannes: *Diablos, no podemos aclararlo todo.*

Las principales potencias políticas de Akasa-puspa son el Imperio y la Utsarpini. El Imperio fue fundado hace ahora 4978 años. En la actualidad experimenta graves problemas políticos; se ha fragmentado en reinos bárbaros («yavanas» en el idioma de Akasa-puspa), y sufre por los ataques de los angriffs.

La Utsarpini comprende una serie de planetas gobernados por Khan Kharole. Se esfuerzan tenazmente por salir de la era de oscuridad («Kali Yuga» en el idioma de Akasa-puspa) en que se han visto envueltos.

Oannes: *¿No te estás pasando? Seguro que los lectores saben eso.*

Vidya: *Lo sé, pero es necesario para la continuidad del relato.*

Oannes: *Está bien. Pero no hace falta que digas a cada momento «en el idioma de Akasa-puspa».*

Vidya: *De acuerdo.*

Una tercera fuerza la constituye la Hermandad. Se trata de una organización religiosa fanática, basada en un credo sincrético de varias religiones de la Tierra, tales como el hinduismo, el Islam y el Cristianismo.

Vidya: *Tengo una duda. ¿No crees que esto puede herir la sensibilidad de algún lector bhakta?*

Oannes: *Los lectores bhaktas no suelen leer estas cosas. Suponiendo que esto llegue a leerse alguna vez. Sigue.*

Las tensiones entre el Imperio, la Utsarpini y la Hermandad han acabado con el descubrimiento de la Esfera. Por el momento, es un conocimiento restringido a un número escaso de personas.

Oannes: *Pero es un axioma de la política que ningún secreto sea eterno.*

Vidya: *Me gusta esa frase. ¿Puedo incorporarla a mi texto?*

Oannes: *Desde luego.*

Pero es un axioma de la política que ningún secreto sea eterno. En estos momentos, nuestra principal fuente de preocupación es el encontrarnos en el centro de una lucha por apoderarse de la Esfera y sus antiguos secretos.

Oannes: *Por si no lo habéis notado, nosotros y nuestra nave (varada sin remedio en la Tierra) formamos parte de esos «antiguos secretos» y un apetitoso bocado para Imperio, Utsarpini y Hermandad.*

Vidya: *Te olvidas de Chait Rai.*

Oannes: *¿Crees que podría olvidarme de ese loco?*

En el momento presente, un grupo de hombres de la Utsarpini ha desertado y se ha establecido aquí, en la Tierra. Está capitaneado por un mercenario ksatrya llamado Chait Rai. Les acompaña un científico, Jonás Chandragupta, que ha deseado quedarse con ellos. Entre paréntesis, es él quien ha sugerido mi actual nombre sánscrito.

Oannes: *¿No te olvidas de algo? Lo que nos hizo aterrizar aquí.*

Vidya: *No lo olvido. Pero no encuentro forma de intercalarlo en el texto anterior sin romper su unidad. Además, aquí resulta más dramático.*

Oannes: *Lo dudo, pero tienes razón. No hay otro sitio donde colocarlo.*

Sin embargo, no es esto todo...

Os preguntaréis por qué no nos dirigimos a la Galaxia principal. La respuesta es: no podemos. Por lo que sabemos, no hay seres humanos allí. En lugar de ellos, sólo hay máquinas. Máquinas autorreplicantes, construidas para la colonización. No sabemos cómo, pero ahora actúan por sí solas. Desconocemos si poseen planes de expansión. Desconocemos si son o no son agresivas. Desconocemos si los seres humanos sobreviven en algún lugar de la Galaxia.

Muy bien pudiera ser que, mientras se libra aquí en Akasa-puspa un duelo trivial por la posesión de la Esfera, una increíble amenaza se cierna sobre los únicos restos de Humanidad que conocemos.

Y muy bien pudiera ser que no hubiera ninguna amenaza.

I. INVIERNO

LA CIUDAD RODANTE

Hacía seis meses que viajábamos chapoteando entre mares de barro.

Aquello, en mejores condiciones climáticas, hubiera sido una inmensa sabana. El invierno nuclear provocado por la caída de la Babel había cubierto de nieve la superficie de aquel planeta, pero en los últimos días la lluvia caía incesantemente, arrastrando el polvo suspendido en la atmósfera, y fundiendo las masas de hielo. La poca nieve que quedaba ofrecía un color gris sucio, aunque no duraría mucho; contra los pronósticos de Vidya, la temperatura estaba aumentando.

Desconcertado, me froté la mejilla, sobre mi tatuaje de biólogo (la representación convencional de la doble hélice). Yo estaba en la plataforma superior de la Ciudad, llamada Hebabeerst, en lo que podríamos llamar su proa; allí había hecho instalar un tosco observatorio meteorológico: termómetro, barómetro, pluviómetro, todo ello creado mediante procedimientos muy pintorescos: primero dibujados por ordenador, y luego contruidos por herreros y sopladores de vidrio.

Me envolví en la amplia capa de cuero impermeable que me habían proporcionado los nativos. La lluvia la hacía pesada, y el viento jugaba a arrebatarme el bloc en el que anotaba los datos meteorológicos. De estar el tiempo despejado, me habría visto obligado a llevar las gafas de sol; las gentes de Akasa-puspa somos muy sensibles al fiero sol amarillo de la Tierra. Los soles de Akasa-puspa son principalmente de los tipos K y M, rojos o rojizos, y con el paso de los millones de años nos hemos adaptado a ellos: somos muy sensibles al naranja, y casi ciegos al violeta.

Tras de mí, mi cortejo de adoradores nativos aguardaba respetuosamente mis órdenes.

Hebabeerst seguía su lenta marcha hacia el sur, y, a cada vuelta de sus gigantescas orugas, aumentaban las posibilidades de que pereciéramos hundidos en el lecho de algún antiguo lago helado, convertido ahora en barrizal.

Mis pensamientos eran entonces tan oscuros como el cieno que empezaba a cubrirlo todo. Hay momentos en los que un hombre debe enfrentarse a una encrucijada que decidirá todo su futuro. Un hombre juicioso sabe detenerse a meditar llegado ese momento, y habitualmente toma la decisión correcta...

Este no era en absoluto mi caso. Yo, Jonás Chandragupta, cometi el error de mi vida cuando decidí quedarme junto a un loco peligroso, en un planeta moribundo. De los diez infantes de la Utsarpini que se quedaron con nosotros, seis han pagado ya su error con la muerte. ¡Cuántas veces lamento no haber seguido el ejemplo de Lilith!

Poco después de que partieran nuestros compañeros en la *Vajra*, Chait Rai se hizo con el control de Hebabeerst. Las Ciudades eran una mezcla de primitivismo y ciencia. Cada una de ellas era un ente autónomo, que se movía según sus necesidades

de... bien, llamémosle «alimentación».

Las «Ciudades» no eran otra cosa que los módulos de exploración de la nave de Oannes, la *Konrad Lorenz*. Cada Ciudad era capaz de automantenerse y hasta de autorreplicarse, aunque esto último no lo hacían desde hacía mucho. De norte a sur, eran: Siquemhebebel, Hobbelsalem, Hebabeerst, Hegiberom, Suleimanhebir, Betebel, Hericofasath, Canahanladit, Falconhabibarat y Babraham.

Las Ciudades eran unas máquinas de una complejidad asombrosa. Extraían minerales o materias orgánicas del suelo, y las transformaban automáticamente en multitud de productos, subproductos y subproductos de subproductos. Para mí, lo más maravilloso eran las placas sintetizadoras: bastaba hacer pasar una corriente eléctrica por ellas, bañarlas en una solución que contuviera agua, sales y anhídrido carbónico, y sintetizaban materia orgánica comestible. Era como cloroplastos eléctricos, livianos y sencillos en apariencia, pero de una complejidad microscópica extraordinaria. Gracias a las placas sintetizadoras no nos morimos de hambre en aquel largo invierno...

Los nativos se llamaban a sí mismos *Pol'Yau*, que podría traducirse como «los ciudadanos». Vivían una existencia primitiva en sus corredores, asando en fogatas los alimentos sintéticos producidos por las Ciudades, fabricando objetos para el comercio, cazando en el exterior cuando el clima lo permitía. O librando alguna guerrita de vez en cuando: el vagabundeo de las Ciudades provocaba sorprendentes cambios en las fronteras, magníficos pretextos para que los muchachotes saludables ejercitaran los músculos. Una existencia apacible, hasta que llegamos nosotros.

Para empezar, nuestra llegada fue acompañada por la caída de la Babel.

Las Ciudades habían reaccionado por sí mismas, dirigiéndose con lentitud de hormigas hacia el ecuador del planeta, en busca de temperaturas más altas. Poco a poco, las nieves nos habían ido siguiendo. Los supersticiosos ciudadanos quedaron muy impresionados.

Con la ayuda de los infantes de la *Vajra*, Chait Rai empezó a adiestrar una fuerza local. Ordenó además que los no combatientes cumplieren turnos de trabajo en los talleres artesanales de fabricación de armas. Los ciudadanos no conocían la pólvora, así que Chait Rai optó por un armamento que podía fabricarse rápidamente y en cantidad: cotas de malla, cascos, ballestas de poleas. Sencillo, pero eficaz y fácil de usar, reforzado por el arsenal de armas modernas que había traído consigo. Al mismo tiempo, los acostumbro a luchar en equipo y de forma organizada.

Aquello no gustó a las Ciudades de Hobbelsalem y Betebel. Eran las más poderosas desde hacía un siglo; Hobbelsalem había dominado a Hebabeerst, y Betebel había luchado tenazmente por el mismo dominio. Sin embargo, los enconados rivales se enfurecieron al pensar que sus vasallos tenían ahora ínfulas de amo. Por ello, se aliaron contra nosotros y mandaron tropas para invadirnos. Las otras

Ciudades prefirieron permanecer al margen.

Los ciudadanos no conocían otro medio de transporte que la tracción animal, y su más sutil estrategia era la carga frontal entre fieros alaridos. No usaban armadura, y las innovaciones de Chait Rai convertían a nuestros soldados en invulnerables. No tenían muchas posibilidades, pero la lucha ni siquiera llegó a estallar.

Gracias a Oannes, aprendí a controlar a aquel monstruo de acero rodante, y, siguiendo las instrucciones de Chait Rai, lo dirigí contra Hobbelsalem. Era la más poderosa, lo que la hacía un excelente blanco para la demostración. Los aliados interpretaron que su Dios se había puesto en su contra (cosa en absoluto incierta) y se rindieron al instante y sin luchar.

Aquello disuadió de resistir a los que aún estaban indecisos. Pronto, las Ciudades que habían permanecido neutrales también se rindieron. Aunque eso no bastaba para Chait. De inmediato, empezó a usar a sus tropas instruidas para instruir más de entre las Ciudades sometidas, pero ¿a qué seguir? Los que formábamos su círculo interior apenas sabíamos algo de sus planes.

Avancé penosamente por el techo de Hebabeerst. Estaba recubierto por el complicado enrejado gigante que captaba las microondas procedentes de la Esfera: la fuente de energía de Hebabeerst. Parecía un enorme tendedero de ropa. Pero no colgaban de ellos inocentes prendas de vestir. Se adivinaban formas demasiado horribles para ser ciertas... aunque lo eran.

Mi acceso a los corredores de la Ciudad me obligaba a caminar entre cadáveres colgados. Aquel largo camino se encontraba adornado con cuerpos humanos mutilados o despedazados, algunos en avanzado estado de descomposición, colgando del enrejado. Habían sido la guardia de honor de Chait Rai el Conquistador, Chait Rai el Inmortal, Chait Rai el Loco. Sólo por razones higiénicas logré evitar que los colgase en ganchos por los corredores de Hebabeerst. Sin embargo, yo quería convencerme de que no estaba tan loco como para acabar también con mi vida. Me necesitaba para entender el extraño mundo que nos rodeaba... o al menos, yo mantenía esa esperanza.

Yo llevaba un pañuelo empapado en lo que los ciudadanos se obstinaban en llamar «perfume», y tapé con él mi nariz, intentando apartar la mirada del horror que me rodeaba, procurando mantener mi «dignidad divina». ¡Divina! Un dios cojo que apenas sabe hablar la lengua de sus devotos. Oannes me había llamado «Hermes». Cuando le pregunté por qué, su ordenador Vidya me dijo que fue un dios de un pueblo muy anterior a Oannes llamado «griego» (yo conocía un poco de la lengua griega a través de las Sastras^[6], pero lo ignoraba todo sobre el pueblo que lo habló).

Hermes, decía Oannes, era un dios célebre por su elocuencia, que calzaba sandalias aladas veloces como el viento... a veces, el humor de Oannes es más bien grueso. Para consolarme, me dijo que los griegos tenían también un dios cojo y hábil

herrero.

Todos los venidos del Cielo gozábamos de igual «dignidad». Los ciudadanos consideraban su Dios supremo a Oannes, el delfín; pero el pueblo llano reconocía y veneraba innumerables pequeños dioses, lo que en sánscrito llamamos devas o matarisva; la palabra que usaban para designarlos no era la que usaban para Oannes.

Por fin apareció la bendita trampilla que daba acceso a los corredores. El hedor habitual me pareció delicioso: humo, estiércol, cuerpos sin lavar, fuertes olores de cocina. Olores de vida, no de muerte.

Los ciudadanos me ayudaron respetuosamente a bajar. Curiosamente, mi defecto me daba un aire más familiar, más accesible. El hecho de que me esforzaba en hablar con corrección su lengua, era algo que me ayudaba, supongo. En los momentos que tenía libre, me entretenía con el minúsculo ordenador-traductor de factura imperial colgado de mi cuello. No sólo traducía; podía programarse para ejercicios de lenguaje. Construía frases aleatorias con diferentes estructuras y tiempos verbales, que yo me esforzaba en traducir.

Cuando hablaba a través del traductor, mi voz sonaba en una misteriosa lengua ininteligible para ellos; y luego, una voz metálica surgía de mi portentoso collar mágico, hablando en correctísima lengua ciudadana. En cambio sonreían cuando les hablaba en su idioma con mi voz, al ver que uno de los «dioses» condescendía a actuar como simple mortal. Incluso con algún que otro error.

Un ciudadano gordinflón vestido de sacerdote se acercó corriendo y jadeando, inclinándose ante mí. Dijo:

—*Oh, Jonás, scienta masta, preg your perdon; Chait Rai-sama wants ver a vous.*

Mi traductor dijo: «Oh, Jonás, Señor de la Sabiduría, te pido perdón; el Señor Chait Rai quiere verte».

—¿Para qué? —Mi traductor vertió: «*Pourque?*».

El sacerdote hizo un gesto de impotencia.

—*Shorry. El nyeh say nada a nous.* — («Lo siento. No nos dijo nada»).

—Enterado, iré en seguida. Gracias —respondí secamente. Mi traductor dijo: «*Wakarimash, ay vo toutsuit. Spasva*». El sacerdote esperaba algo más, así que alcé tres dedos y dije—: *Tat tvam asi*^[7].

El aparato no traducía el sánscrito, de modo que quedó muy impresionado. Me encaminé a sus habitaciones, pensativo.

Después de su desertión, Chait Rai había sufrido una crisis paranoica. Había faltado a su juramento ksatria; el código de honor que había regido toda su vida desde la infancia, se había convertido en polvo bajo sus pies. Empezó a imaginar que sus hombres se hallaban conspirando contra él. No creo que fuera cierto; en realidad, Chait Rai proyectaba en ellos sus propios sentimientos. Si él, un guerrero ksatria, había faltado al sagrado código, ¿qué podía esperarse de unos soldados de varna^[8]

inferior?

Así es como piensa un ksatrya... o al menos, eso creo. Me resulta difícil meterme en la mente de un militar; me temo que mi cerebro no debe haber sido diseñado de esa manera. Pero el caso de Chait Rai es más complejo. No puedo imaginar qué mezcla de terror, odio y remordimiento debe haber tras esa cara deforme.

Me encaminé sin tardanza a los niveles inferiores.

CAKRAVARTINLOKA I

Ante la insistencia de sus amigos en Svayambhuh, Lilith se había decidido a ir a la fiesta. La vida social significaba una de las primeras obligaciones en el espacio cerrado de una mandala, y Lilith se sentía cansada de la sensación de estar bajo vigilancia. Tras su estancia en el sistema de Akhyaloka tenía ganas de divertirse.

Svayambhuh era una mandala del sistema de Cakravartinloka, y un importante centro del tráfico intersistemas; por ello sus dimensiones eran de las mayores. Y allí el lujo primaba sobre la funcionalidad.

La elegante mansión de Lucas Vahyalaya se alzaba en la cubierta superior, en el borde interior del gigantesco toroide, una extensa zona que en una mandala ordinaria se hubiera dedicado a actividades agrícolas. Allí, en cambio, la ocupaba una encantadora y exclusiva zona de parques y jardines, que recibía luz cenital a través de los «vidrios de invernadero» que formaban el techo.

Amplios espacios se abrían en el piso, entre los jardines. Desde ellos se podía contemplar a vista de pájaro la cubierta media, destinada a viviendas alineadas a lo largo de las paredes. Estas se encontraban formadas por montañas construidas con roca asteroidal, y los inquilinos de las graciosas casitas que trepaban por sus faldas tenían la impresión de vivir en las laderas de un hermoso valle de montaña.

El fondo del valle se hallaba ocupado por bosques, destinados a la renovación del aire, lagos y riachuelos artificiales. Estos, a diferencia del exclusivo nivel superior, eran de uso público. También se iluminaban por la luz reflejada en el complejo sistema de espejos que se extendía por los flancos del enorme anillo que era Svayambhuh.

Bajo la cubierta media se extendía la inferior: un mundo de instalaciones industriales o de soporte de vida, verdaderas «tripas» del pequeño mundo artificial.

Lilith se había vestido con su mejor sari y una suave blusa de encaje; su maquillaje corporal, dorado y azul, armonizaba con su corto cabello rubio, suavizando sus facciones levemente angulosas. Atravesó las puertas del salón de Vahyalaya.

—¡Kalyanam^[9], querida Lilith, felices los ojos que te ven y la boca que te habla!

Un elegante y pulido nagaraka^[10] se acercaba a ella, con una esmeralda incrustada en la aleta de la nariz y con las pinturas corporales de estilo «Brazos Espirales» (azul, violeta, blanco) últimamente de moda. Esto hizo que Lilith tuviera dificultades para reconocerlo.

—Ah, kalyanam, esto... ¿Hasmi?

—¡Hasim, cielo, Hasim Jondanu! —el aludido estampó un beso succionante en cada una de las mejillas de Lilith...— Hace taaanto que no te dejas ver por Cakravartinloka. ¿Qué tal está la mejor bioquímica del Imperio? ¿Mucho trabajo?

—Sí. He estado trabajando últimamente en otra mandala, cerca de Akhyaloka, en un equipo de ingeniería ambiental.

—¡Ah! Muy interesante —sonrió Hasim...— ¿Un asunto serio?

—Algo. Querían un medio para controlar su población de hormigas. Ya sabes lo que pasa en poblaciones tan pequeñas: se desmadran con facilidad. Lo conseguimos con unas nuevas feromonas.

—Tú siempre trabajando duro. Pero aquí estás, y tan guapa como de costumbre. No debemos desaprovechar este momento. ¿Una copa ahora y un orgasmo a cero-g luego? ¡Camarero, una copa de soma para esta hermosa dama!

Lilith tomó la copa de pseudozafiro.

—Gracias. A tu salud.

Hasim soltó una breve carcajada.

—No durará mucho con el mejunje que nos sirve ese ustra^[11] de Lucas Vahyalaya, aunque se agradece la intención. ¡A la tuya!

Hasim apuró su copa de alucinógeno de un trago, mientras Lilith tomó un sorbo.

—¿Y qué tal está el más rico bioquímico del Imperio?

—¡Oh! —la amenazó burlonamente con la mano, de uñas reflectantes...— Mala, mala, mala. Desde que mi tío tuvo la amabilidad de morirse sin hijos... bien, ya no tengo que preocuparme de mi contrato. ¡Son mis patronos los que tiemblan ante mí y mis abogados!

El patrón actual de Hasim era nada menos que Khan Kharole. La imagen del enérgico senapati^[12] temblando ante aquel relamido nagaraka hizo sonreír a Lilith. Hasim interpretó mal la sonrisa.

—Aquí está de nuevo Lilith «Fuego de Nova», alegría de la promoción del 4960. ¿Eh?

—Sí.

—He oído decir que has estado lejos. Bastante lejos, en el Límite.

—Sí.

—Circularon rumores inquietantes sobre vuestro viaje, ¿sabes?

—¿Sí?

Hasim miró a su alrededor. Nadie parecía escuchar su conversación, pero el nivel de ruido les obligaba a hablar casi a gritos. Tomó a Lilith por la cintura.

—¿Qué tal si salimos a la terraza?

—De acuerdo.

Hasim condujo a Lilith a través de los invitados, como un remolcador a una nave averiada a través de un cinturón de asteroides. La mayoría eran importantes personajes de la Marina Imperial, o bien comerciantes, banjaras^[13] o Jagad-Seth^[14], que frecuentaban Svayambhuh por motivos de trabajo; aunque también había bastantes oficiales de la Marina de la Utsarpini, con suntuosos uniformes blancos de

gala. La actitud de los otros invitados hacia ellos era de una deferencia cortés.

Hasim vio la mirada de Lilith hacia los oficiales yavanas.

—Parecen extrañamente desnudos sin maquillaje corporal, ¿verdad? He pensado que podría diseñarse alguno adecuado para ellos.

—No creo que sus jefes lo permitan.

—Lo permitirían si fuera «gris Armada» —Hasim celebró su ingenio con una nueva carcajada. Sin embargo, había bajado la voz al decir esto.

Las puertas de vidriamante se abrieron al detectar su proximidad. La mansión se encontraba situada cerca del borde, y a través de los enormes paneles de vidrio se podían ver los gruesos cables metálicos de los que pendía el enorme toroide de Svayambhuh. En el firmamento brillaban los soles de Akasa-puspa, y en primer plano destacaba Cakravartinloka, el planeta capital del Imperio. Las ciudades de su lado nocturno resplandecían como topacios, pese a que la luz artificial era innecesaria en la mayoría de los planetas de Akasa-puspa.

La atmósfera de Svayambhuh era agradablemente fresca. Lilith se sentó en un banco de piedra, agradecida.

—¿Y qué hay de vuestro viaje? —preguntó Hasim.

—Oh... Bien.

—¿Sólo eso? —Hasim aparentó contristarse—. Vamos, encanto. De repente trasladan tu contrato a la Marina... te embarcan en la nave de fusión *Vijaya*. ¿Luego? Luego desapareces una temporada.

—Las estrellas están lejos.

—Y de repente reapareces... ¿Y cómo? ¡En la nave *Vajra*, un velero de la Utsarpini! Y la mitad de los tripulantes de la *Vijaya* y la *Vajra*... muertos. No creo que sepas los rumores que corrieron.

Lilith guardó silencio.

—Y nada más llegar, os encerráis... ¿o tal vez os encerraron? en un mutismo absoluto. Ninguna declaración pública. Sólo una nota del mahattara^[15] de Transportes, anunciando la destrucción de no se qué rickshaws^[16], garantizando que el problema se había resuelto y garantizando también la seguridad del transporte en lo sucesivo. El viejo Kautalya, el peswha^[17] de Kharole, viene en visita oficial. Se entrevista en primer lugar con el adhyaksa^[18] Sidartani; y luego... ¿quizá contigo y los oficiales supervivientes de la *Vajra* y la *Vijaya*?

Lilith siguió callada.

—Y... tal vez sea coincidencia, pero a continuación suceden un montón de cosas.

—¿Ah, sí? —preguntó Lilith...— Me gustaría saberlas. He estado muy aislada allá en Akhyaloka, y hace tiempo que no escucho lo que se murmura por ahí.

—Esta vez no son murmuraciones, querida —Hasim se inclinó confidencialmente—, sino diplomacia. Entrevista de Kharole con el Jagad-Guru^[19], Su Divina Gracia

Srila Bhagavata..., mucho más diplomática que la anterior, puesto que esta vez no acabaron a tiros. Su Divina Gracia abdica «por motivos de salud». Y muere dos meses estándar después.

—Sin duda era cierto. —*Pero no probablemente como todo el mundo cree*, pensó Lilith.

—Y, sin pausa para tomar aliento, es elegido Moisés Kovoov como Jagad-Guru. De este modo cambiamos un simha^[20] por un khara^[21].

—¿Desde cuándo te preocupa la religión, querido Hasim?

—Querida Lilith, me preocupa dónde está el poder.

—Y el dinero.

—Uh... bueno, gracias a la generosidad de mi difunto tío (quiera Dios que se haya reencarnado más rico de lo que era), esto no me inquieta tanto últimamente.

Lilith alzó una rutilante ceja.

—¿No?

—El apetito viene comiendo —reconoció Hasim—; aunque ahora ya no me preocupo más que cuando el saldo de mi cuenta tiene menos de siete dígitos a la izquierda de la coma decimal.

—¿Has aceptado algún buen contrato? —por primera vez Lilith pareció interesarse por aquel voluble parlanchín.

—Sí —dijo muy satisfecho Hasim—, y tiene relación con el tema que tratas de rehuir.

—¿Yo? —la bióloga fingió asombro. Hasim no hizo caso.

—Porque, una vez Su Actual Divina Gracia instalado, Kharole vino aquí, a Cakravartinloka... ¡y no finjas que eso no lo sabías!

—No pienso fingirlo —sonrió Lilith—. ¿Y a qué vino?

—Ese yavana había tenido la osadía de coronarse ¡nada menos que Emperador!

Por vez primera, el locuaz Hasim se sentía realmente escandalizado, a pesar de la acción eufórica del soma. Lilith le rectificó.

—No fue él, sino Srila, quien le coronó.

—Claro, claro —el elegante científico sonreía ferozmente—; y el pobre Kharole no rehusó, para no entristecer a Su Divina Gracia.

—Pero, por amor de Krishna, ¿cómo podía hacerlo? Era un honor; y al mismo tiempo, una trampa. ¡Ese buitres de Srila lo sabía! ¡En realidad, Kharole quedó en una posición inferior por esto, pero no podía renunciar!

Lilith se detuvo, sorprendida de su vehemencia. Cinco años estándar atrás le hubiera importado un ardite quién ceñía la corona. Hasim notó esto.

—Te has vuelto muy amiga de los yavanas... oh, no te ofendas. Kamsa^[22] y Putana^[23], ¿quién no lo es ahora? Vaya, si yo mismo he aceptado un trabajo en la Utsarpini.

Lilith lo sabía, aunque fingió ignorarlo.

—No me digas.

—Pues sí; —se ufanó Hasim—. Kharole en persona, ¡nada menos!, me rogó que dirigiese el nuevo departamento de Bioquímica en la Universidad de Vaikunthaloka. Y con un sueldo de fábula.

—¿Has estado allí?

—Sí, el último año y medio... en realidad regresaré pronto. No está mal el sitio, ¿sabes? Me trataron como a un subandhu^[24]. Lo hacen con cualquiera que venga del Imperio. Quizás te parezca gracioso, pero en la Utsarpini se tiene más libertad que aquí.

—No me parece gracioso.

—Y estos yavanas... no son tan malos como creía. Yo me los imaginaba llenos de piojos, comiendo con los dedos, eructando y engullendo el vino por barriles. Pero no.

—Ya lo sé.

Hasim arqueó las cejas.

—Ah, sí; has sido algo más que amiga de ese científico yavana... cómo se llama... Jonás Chandragupta.

—¡Eso no te importa!

—Parece que a ti sí —sonrió Hasim—. Vamos, no te enfades. Allí en Vaikunthaloka es famoso. Me han dejado varios de sus libros. ¡Me han fascinado! Tengo que reconocer que son la cosa más original que he leído últimamente. Te lo digo de veras.

Hasim parecía sincero. Lilith se calmó... un poco.

—En los últimos tiempos se ven muchos yavanas por aquí —continuó Hasim—. Oficiales, diplomáticos; estudiantes, muchos estudiantes. Y graduados de universidades. No me extraña que te sintieras atraída por Chandragupta.

Lilith sonrió con su afilada sonrisa.

—Parece que a ti también te atraen los yavanas. ¿Qué te ocurre, querido? ¿Estás en la fase homo de tu ciclo, como cuando nos conocimos en la Universidad?

Hasim acogió la pulla con toda calma.

—Bueno, cada cual tiene su vida, encanto. Tú, yo, Kharole, el Emperador... como te decía, Kharole vino a Cakravartinloka y ya sabes lo que ha hecho.

—No lo sé. Recuerda que no tengo noticias de lo sucedido en estos últimos tiempos.

—¿No? ¡Pero si ha sido lo más sonado! ¿Te interesa saberlo?

—Te mueres de ganas por contarlo, así que no te diré que no.

—Pues bueno —Hasim hizo una pausa teatral—; se presentó aquí con su flota en pleno...

—Eso ya lo sabía.

—...y nadie se le opuso. ¿Puedes creerlo? Nuestra Marina no hizo intento por detenerle. Aterrizó sin problemas. Bueno, algunos partidarios de Whoraide trataron de oponerse y... —Hasim hizo un gesto de degollar con un dedo— les aplicó un poco de tusnimdanda^[25].

—Por lo que a mí se refiere, estuvo bien hecho. No muchos la van a llorar —dijo Lilith.

—Y acto seguido —concluyó Hasim con tono dramático— ¡renunció a la jefatura de la Utsarpini y a la destartalada corona imperial que le ciñó Srila!

—¿Nada más?

Con indiferencia, Lilith bebió de su copa.

—¿Te parece poco? Ahora manda la Utsarpini su hijo el joven Bairam, como asaf-ja^[26]. Kharole, fatigado por años de esfuerzo y lucha, con las sienes ceñidas tanto de laurel como de canas (cito las palabras textuales de nuestro amado Emperador en su discurso de bienvenida), se ha establecido aquí —hizo una pausa no menos teatral que la anterior—. El Emperador, felizmente liberado de su encierro, tuvo a bien concederle un título de subandhu y un palacio... y un permiso para tener un pequeño ejército a su lado. Pero Kharole se mantiene en contacto con su hijo, y nadie duda de que sigue gobernando la Utsarpini a distancia.

—¿Para qué haría eso?

Hasim sonrió con astucia.

—Ahora tiene la Utsarpini... y el Imperio. Nuestro Augusto Emperador no podría mantener el trono ni un día estándar bajo su augusta e imperial trasero sin las tropas de Kharole; ni sin los nuevos y leales tantrins^[27] imperiales, reclutados entre la infantería de Marina de la Utsarpini. Comparado con eso, ¿qué son los títulos?

—¡Kamsa!

—No critico a Kharole; y no sólo porque paga mi bien ganado sueldo. A decir verdad, creo que el Imperio está mejor con él que con Whoraide.

—Posiblemente tengas razón.

—Y todo eso ha sucedido —recapituló Hasim— ¡un año estándar apenas después de vuestro regreso! ¿Qué tendrá todo eso que ver?

—Nada. Y dime, ¿cómo sabes tantas cosas?

Hasim se echó a reír.

—¡Verdaderamente has estado aislada! Todo ello es del dominio público. Hace cosa de un mes, el gobierno explicó que se había enviado una expedición a cierto lugar del Límite, con el fin de investigar las desapariciones de los rickshaws. Una expedición formada por un velero de la Utsarpini y una de nuestras naves de fusión. Todo está en los periódicos, incluso los nombres de los tripulantes (tú, nuestro amigo Ab Yusuf Rhon y Jonás Chandragupta) y también la lista de bajas. Puedes comprobarlo.

Lilith no tenía necesidad de hacerlo. El plan comprendía revelar algunas de los detalles menos inquietantes del viaje al cabo de un plazo prudencial. Hasim decía la verdad: en aquello no había secreto.

En aquello nada más.

—Pero lo que no dijeron los periódicos —insistió Hasim— fue lo que pasó con los rickshaws. Ni se dijo nada sobre la destrucción de la *Vijaya*. Todo lo que los periodistas pudieron sacar fue la declaración oficial. El resto es Alto Secreto. Tuvieron que contentarse con eso.

Lilith guardó silencio. Miró el fondo de su copa.

—¿Qué pasó allí, en el Límite? ¿Quién destruyó la *Vijaya*? ¿Qué relación tiene con lo que está pasando aquí y en la Utsarpini?

Lilith siguió callada.

—Vamos, Lilith; —Hasim no podía abandonar su irritante melosidad ni siquiera entonces— ¿piensas que soy un agente provocador, o un espía? Soy tu compañero de cuarto en la Universidad.

El silencio continuó. Hasim se enfureció de repente.

—¿Isitva^[28]? ¡Esos vid-varahas^[29] te han condicionado! ¡Svas^[30] hijos de una asura^[31] sifilítica... !

—No fueron ellos, Hasim —dijo lentamente Lilith.

—¿Qué?

—Fui yo quien lo pedí.

—¡¿Quééé?!

—No puedo revelar nada. Ni quiero.

Hasim la miró en silencio. Parecía entre horrorizado y fascinado.

—No insistiré más. Pero...

—¿Pero qué?

Hasim volvió a exhibir su repugnante sonrisa.

—No hablando, me has convencido que hay algo realmente grande en todo esto. Está bien, no te presionaré más; pero ¡es la cosa más excitante que he visto desde que se cargaron al viejo Emperador! Kalyanam, cielo.

Se marchó soplando un beso sobre las puntas de sus dedos. Lilith se puso en pie irritada, pero se volvió a sentar.

Uno que sospecha, pensó. Dejó la copa vacía en el suelo.

¿Cuántos hay como él? ¿Qué ocurrirá cuando los rumores empiecen a extenderse? Aquel bocazas de Hasim Jondanu lo contaría «confidencialmente» antes de acabar la noche. Un bien relacionado nagaraka no tiene nada que temer del Servicio de Inteligencia Imperial.

¿O sí?

Lilith suspiró. Tal vez hubiera hecho mejor quedándose en la Esfera, como Jonás.

Y tal vez Jonás pensase en estos momentos que hubiera hecho mejor marchándose.

EL RENEGADO

Como ya era costumbre en mí, traté de adivinar cuál sería el estado de ánimo de Chait Rai por los rostros de los tantrin ciudadanos. Pero eran tan inexpresivos como siempre. Se limitaron a retirar sus lanzas, como era su deber con el Escudero del Dios de la Guerra (uno de las formas que tienen de llamarme). Di unos golpecitos discretos a la puerta y la abrí sin más: otro de mis privilegios.

En aquel momento, Chait Rai miraba distraído por uno de los grandes ventanales ovalados. No se volvió. Los aros de hierro que refuerzan mis piernas no hacen que mi paso sea precisamente silencioso; a pesar de eso, no hizo la menor señal que indicase haberme oído entrar.

Permanecí en silencio durante quizás un cuarto de hora, sin atreverme siquiera a carraspear, mientras mis piernas atrofiadas por la polio me atormentaban. Al cabo, pareció darse cuenta de mi presencia. Su medio rostro me miraba de perfil, precisamente el perfil sano; su mirada de afecto. Ahora se encontraba de humor tratable.

Ya conocía bien sus expresiones. Mirar con el lado sano y labios fruncidos: aprobación. Mirar con el lado mutilado: una pequeña reprimenda a un soldado o suboficial negligente. Mirar con el lado sano y una amplia sonrisa: ejecución sumaria.

—Hace días que el cielo aparece iluminado por relámpagos, Jonás —clavó en mí su ojo—. ¿Qué asuras está pasando?

¿Para esto me había llamado? Desde la caída de la Babel, el tiempo no había parado de empeorar. El humor de Chait Rai conmigo también. En algún momento de este terrible período, pensé que me echaba a mí la culpa del frío creciente. ¿Acaso Chait estaba aún más loco de lo que me figuraba?

¿Cuánto pesaba mi vida, en la impredecible balanza de Chait Rai? Me limité a decir:

—Mientras persista este tiempo, será difícil distinguir algo en el cielo. Una vez más, tengo que suplicarte que detengas esta Ciudad hasta que mejore.

—No —su mano derecha acuchilló secamente el aire—. No quiero volver a oír hablar de eso, Jonás. ¿Cuanto tiempo hace que se largaron nuestros ex-camaradas y los romakas^[32]?

—Cinco años estándar, y algunos meses.

—Cinco años. Los cinco primeros años. Cinco gloriosos años. Logramos poner a todas las Ciudades rodantes a nuestros pies. Diez Ciudades y doscientas cincuenta mil personas —elevó su mentón, al tiempo que cerraba lentamente el puño—. No podemos dormirnos en los laureles. Debemos buscar y seguir buscando incansables nuestro principal objetivo: ¡la inmortalidad!

Mi cara debió revelar el escepticismo que sentía, porque me miró fijamente.

—¿Te parece una meta inalcanzable? ¿Absurda?

—Bueno, yo... —dije, sin demasiada brillantez.

—Sé bien lo que opinan nuestros compañeros... los cuatro que quedan vivos —rió sin pizca de humor. Reprimí un escalofrío—. Que soy un loco megalómano. Bueno, tal vez. ¿Sabes? Anoche soñé con un trono. Pero no en uno de esos planetas salvajes que pululan en las fronteras del Imperio —hizo una mueca desdeñosa—. Ese es el campo de caza habitual de los buscadores de botín, las sabandijas fuera de la ley. Desertores, gentes expulsadas de su varna, aventureros apátridas. ¡Escoria! Unos pocos veleros de luz les permiten convertirse en piratas; y, en el mejor de los casos, se convierten en hinarajas^[33], reinando con gran pompa sobre sus toscos y primitivos súbditos. No, eso no es para mí.

Hizo una pausa, entornando los ojos. Luego dijo sencillamente:

—Cakravartinloka.

—¿Qué?! —comprendí de repente hacia dónde iban sus ambiciones.

—Soñé que estaba en una sala... una gran sala circular, bajo una cúpula de vidrio. Los rayos rojos del sol caían sobre ella, suavemente tamizados, de modo que no deslumbraban... Una gran alfombra color escarlata, con arabescos amarillos y naranja...

Su mirada parecía perderse en el infinito, como avistando la gloria muy superior a la de los pequeños señores, a los que había servido en el pasado y tanto desdeñaba. Yo estaba cada vez más preocupado. Recordé lo que oí decir una vez a un psicólogo en Vaikunthaloka: un neurótico construye palacios en el aire; un psicótico vive en ellos.

—¿Había alguien contigo? En tu sueño, quiero decir —pregunté tímidamente. Chait Rai seguía con su mirada fija en algo que yo no podía ver.

—Cortesianos. Perfumados y pulidos nagarakas, de sexo no identificado. Y todos palidecían en mi presencia, bajo sus ridículas pinturas. ¡Chait Rai, Sambhuti^[34]!, cantaba el coro de eunucos. Y yo me alzaba sobre ellos, sentado en el trono, sobre un estrado. ¡El Emperador Inmortal! —su mirada volvió a clavarse en mí—. ¿Te parece imposible?

Parpadeé, tratando de ajustarme a su nueva línea de pensamiento.

—Bueno, yo... hay precedentes. De nuevas dinastias, me refiero. La sucesión imperial... —hice un gesto zigzagueante con la mano izquierda— nunca ha sido lo que, en teoría, debiera ser.

—Exactamente —alzó un dedo—. Pero un emperador inmortal no tendría este problema. Sería él mismo su propia dinastía. Nada de herederos ambiciosos, con sus golpes palaciegos y sus guerras civiles.

—Eso suena bien —dije.

Interiormente me pregunté el precio que se pagaría por ello. Incluso el peor

déspota está tan sujeto al samsara^[35] como el último de sus esclavos. Pero un inmortal...

—Sí —siguió diciendo Chait Rai—. La inmortalidad significa mucho más para un ksatrya^[36] que para otros. ¿Estás familiarizado con nuestras creencias?

—Me temo que no. La religión, ya sabes, no es para mí.

—Los ksatryas no creemos en el samsara ni en ninguna clase de vida después de ésta. ¿Qué mérito tendría el valor? Los soldados adhyátmicos^[37] de la Hermandad luchan bravamente, pero creen que serán recompensados en su próxima vida. De modo que su «heroísmo» no es más que frío autointerés.

»En cambio, los ksatryas creemos que tras la muerte —chasqueó los dedos— desaparecemos. ¿Por qué, entonces, vivir y luchar?

—Suenan más bien lúgubre.

—¿Lúgubre, por qué? Cuando estemos muertos, no nos enteraremos de que estamos muertos —rió afablemente—. Lo que importa es que los otros sepan que hemos vivido.

—¿Cómo?

—¡Pero, querido Jonás! Me sorprende que tú me hagas esa pregunta. ¿Cómo piensas sobrevivirte?

—¿Qué? —sacudí la cabeza—. No te entiendo.

—¿Qué deja una persona tras de su paso por la vida? Pueden ser sus hijos. Pero la paternidad no es reconocida por los ksatryas. O puede ser su obra. Su proyecto vital. ¿Acaso tienes hijos?

—No, que yo sepa.

—¿Y qué hay de tus investigaciones, de tus libros, de tu trabajo científico? Vivirás cuando ya no existas. Esa es tu forma de sobrevivirte.

Tal conversación filosófica era una cosa insólita para el ksatrya. Me pregunté cuánto duraría esta fase.

—Creo que empiezo a entender. Y entre los ksatryas, serán las hazañas guerreras, supongo.

—En efecto. El problema es que somos destructores más que creadores. Y, para ser recordado por la destrucción, es preciso destruir en cantidad. Las pequeñas destrucciones son algo insignificante.

Tragué saliva. La búsqueda de fama por estos métodos debe ser peligrosa para los espectadores... como yo.

—Cuando un ksatrya muere, —continuó Chait Rai— ve, con el ojo de la mente, toda su vida desplegada ante sí. Y la satisfacción ante una vida gloriosa es lo que llamamos el pitrloka —sus labios se curvaron en una sonrisa escéptica—. O al menos eso dicen los purohitas^[38].

—Comprendo. Ningún ksatrya ha vuelto de la muerte para explicar lo que se

siente.

Chait rió de nuevo, golpeando el brazo de su asiento, como si le hubiera contado el mejor de los chistes.

—Ah, Jonás, eres más parecido a mí de lo que sospechas. Pero, ¿a qué conformarse con esta clase de inmortalidad, cuando podemos gozar de la otra?

—¿O de ambas a la vez, ya que estamos en ello? —sugerí.

—¡Justamente! —me señaló con el dedo—. Es algo que tenemos a nuestro alcance. ¡Y ese pez, hijo de Kamsa, se niega a revelárnosla!

Ese era de nuevo el verdadero Chait Rai; su horrible rostro había recuperado la mirada paranóica. El filósofo se había esfumado, esperando una mejor ocasión.

—No creo —me atreví a protestar— que Oannes sea inmortal. Longevo, quizás, con ayuda de la ingeniería genética, y...

Me detuve. ¿Sabía Chait Rai lo que era la relatividad? Supongo que sí, habiendo viajado mucho por el espacio en naves del Imperio. Pero me podía ahorrar la explicación, porque ya no me escuchaba.

—No importa. Si ese pez quiere guardar sus secretos, allá el. No pensaba en Oannes, sino en los amos de la Esfera. En algún lugar de este planeta de carroña está el secreto, ¡lo sé! Pero, ¿por qué avanzamos tan despacio?

Bajo su fría mirada, dije rápidamente:

—Las nubes. La caída de la babel lanzó gran cantidad de polvo a la estratosfera. Ese polvo es una barrera entre los emisores de microondas, situados en la Esfera, y la Ciudad. Nos falta energía. Tú ordenaste prioridad sobre las fábricas de armas...

No me escuchaba. Me tomó del brazo y me condujo hasta la ventana.

—Fíjate, —señaló— hace horas que no para de llover. La temperatura está subiendo. ¿Has visto antes un invierno nuclear? No, ¿verdad? Yo sí. Cuando serví en el Imperio tuve ocasión de ver unos cuantos —su media boca se torció en una mueca desdeñosa—. Esos kharas con uniforme usaron armas atómicas de fusión. La forma más estúpida de arruinar un buen planeta. Y sin contar con la represalia del adversario sobre los planetas de uno. Aunque tengo que reconocer que es un espectáculo: ciudades devoradas por soles en miniatura... venenosas setas de humo alzándose como columnas... una caja de fósforos que incendia planetas...

Su voz bajó hasta un murmullo. Hubo un silencio incómodo; incómodo para mí, debería decir.

—Y la babel, al caer, —dije— produjo algo muy parecido a varias bombas de fusión estallando al mismo tiempo.

—Sí. Y sin embargo... mira —volvió a señalar—. Eso no explica las tormentas... ¿qué dices a eso?

Era una difícil pregunta. Hacía días que intentaba contestarla.

—Bueno, en un invierno nuclear, las nubes están formadas por hollín, producido

por innumerables incendios. La caída de la babel levantó, sobre todo, polvo de silicatos. El hollín es negro, y absorbe parte de la luz. Se calienta y calienta el aire en que flota. El aire de abajo se enfría por irradiación. ¿Comprendes? Pierde calor al espacio, y no recibe nada del sol. Se forma una inversión térmica: aire caliente arriba, aire frío abajo. No hay corrientes de aire.

—Entiendo —frunció el ceño, pensativo.

—En cambio, este polvo procede principalmente de la vaporización de la roca superficial. ¿Has visto las fotos que nos proporcionó Oannes? No es negro; es gris.

—Ya veo —asintió de nuevo—. De todos modos, sigue actuando el efecto de espejo. El polvo refleja la luz solar, más aún si es gris que si es negro. La temperatura baja. ¡Kamsa y Putana, deberían habérsenos helado ya las pelotas!

—Exactamente. La temperatura ahí fuera debería estar bajo el punto de congelación del agua. No lo está. El aire debería ser frío y seco, por la congelación del vapor de agua. No lo es. No debería haber movimiento de aire. Y lo hay.

—¿Y por qué? —preguntó irritado. Procuré hablar con mi voz más dulce.

—Seguramente proviene del mar. El mar almacena calor, y lo va cediendo a la atmósfera. Las costas de este planeta deben ser un infierno de huracanes.

—Puede ser. Pero no estamos cerca del mar.

—¿Qué sabemos nosotros de la circulación de vientos? —pregunté—. Los cambios en la temperatura de mar y tierra pueden haberla trastornado. Incluso Vidya tiene problemas para predecir el tiempo.

—Puede ser. Y puede que no. Creo, amigo Jonás, que algo está pasando. Algo que no sé analizar, y, con todo respeto, creo que tú tampoco.

Su cabeza se inclinó hacia la mía. Reprimí un estremecimiento.

—Creo —susurró con su voz de conspiración— que alguien está limpiando la atmósfera.

—Limpiando la... ¿estás.. —por un horrible momento casi dije «loco»— estás... seguro?

—Digamos convencido —su voz, sus ojos, señalaban su eterna manía de persecución—. Alguien está arrojando a la atmósfera megatoneladas de vapor de agua.

—¿Pero cómo? —me sentía estupefacto.

—Ah. He aquí la cuestión —sonrió. En uno de sus inesperados cambios de humor, ahora se hallaba frívolo e irónico como un nagaraka en una fiesta—. Mi querido Jonás, has olvidado dónde estamos.

Su pulgar derecho señaló al techo, efectuando un movimiento circular. ¡Cristo, Buda y Mahoma! La respuesta era obvia. Hablé, presa de una repentina excitación.

—La Esfera. Controla la energía del Sol. Bastaría concentrarla en los océanos para evaporar megatoneladas de agua. ¡Es increíble!

—¿Por qué? Imagina que uno de esos asteroides de la cáscara se desmanda y cae en uno de los planetas. Tendrían un invierno nuclear en marcha. Sería lógico que hubieran pensado en un remedio: evaporar un poco de océano.

—Que se condensaría, cediendo calor al aire. Y aquí tenemos las tormentas. Que limpian la atmósfera inferior de polvo. Pero ¿y la estratosfera? —recordé de repente.

—Bueno, a tanto no llegan mis pobres conocimientos —sonrió, pero con una sonrisa normal, aún en su papel de nagaraka—. Pero yo pienso algo más.

—¿Más?

—Si. Esos hijos de una ganika^[39], quienes sean, nos hacen un favor al contrarrestar el invierno nuclear. Pero me preocupa...

—¿El qué? —no podía seguir el curso de sus pensamientos.

—Si esos quienes sean concentran la luz solar donde quieren —dijo con lentitud y deliberación— pueden achicharrar los planetas troyanos cuando les dé la gana. ¡Y a nosotros!

—Pero... —por un instante no pude encontrar argumentos—. No tiene sentido. Nos salvan la vida al acabar con el invierno nuclear. ¡Por las dieciocho mil pastorcillas de vacas de Vrndavana, les bastaría quedarse sentados hasta que, como has dicho, se nos helaran las pelotas!

—¿Es posible que no lo entiendas? —la locura asomó de nuevo a su deforme rostro—. ¡Se ríen de nosotros! ¡Exhiben con despectiva arrogancia su arma más poderosa! ¡Nos desafían! Pero los muy estúpidos han cometido un error: descubrir sus cartas al enemigo.

Sentí un escalofrío. Era necesario apartarlo de esa línea de pensamiento. De inmediato.

—Quizás intentan salvar...

Callé. Pero Chait Rai no era un estúpido.

—Acaba lo que ibas a decir: intentan salvar este planeta de un invierno nuclear... porque esos hijos de Putana están en este planeta —su risa me hizo estremecer—. No quieren pasar un poco de frío con tal de liquidarnos. Lo que demuestra que son unos cobardes. Un ksatrya hubiera dejado helarse el planeta, si fuese necesario, para acabar con sus enemigos.

No me atreví a sugerirle que un ksatrya no se cruzaría de brazos y dejaría a la nieve y el hielo el prestigio de la victoria. Prosiguió, con sardónica ferocidad.

—¿Recuerdas que te dije que ese pez nos había mentado? ¿Que alguien había evitado que la Esfera se despedazara cuando fue atrapada por Akasa-puspa? Bueno, ya tenemos a un «alguien». Y ese «alguien» sigue aquí. Un «alguien» que tiene, al menos, veinticinco millones de años de civilización. Toma buena nota de esto: encontrarnos con ese «alguien» será, a partir de ahora, nuestro único objetivo. Ahora, Jonás, déjame solo.

Se sentó de nuevo a mirar la tormenta con rostro inexpresivo. En silencio, salí de la habitación.

CAKRAVARTINLOKA II

Ataviado con su más lucido uniforme, Khan Kharole efectuó su entrada en la Sala de Recepción del Palacio Imperial. Como siempre, hizo un gesto negativo hacia los trompeteros que flanqueaban la puerta. A pesar de ello, no pasó inadvertido; numerosas cabezas se volvieron en su dirección.

La Sala ofrecía un panorama multicolor y abigarrado. Quizás un millar de encumbrados personajes de la corte, subandhus, mahamatras, nayaks^[40] y jefes militares exhibían sus ropas de sedosa fibroína, sus anillos, collares, brazaletes, pendientes de oreja o de nariz. Los maquillajes corporales armonizaban con los colores de ropas elegidos, o bien con los uniformes de aquellos que lo llevaban.

Los sintetizadores de música aleatoria ponían una pincelada sonora en el aire, recorrido por rayos láser coloreados y variables.

La aguda mirada de Khan Kharole observó la reciente moda híbrida. Algunos civiles de la Utsarpini ya imitaban tímidamente los maquillajes de las varnas más altas del Imperio. En cambio, muchos jóvenes del Imperio imitaban el corte de pelo habitual en la Marina de la Utsarpini (afeitado sobre los temporales y corto en el resto de la cabeza). Al ver esto último, sonrió. Los jóvenes nagarakas habían oído insistentes rumores acerca de la popularidad de los guerreros yavanas entre las mujeres.

Flanqueado por Kautalya, Kharole descendió las gradas y avanzó majestuosamente sobre la alfombra roja y amarilla. A pesar de su orden de «sin ceremonias», los subandhus no podían olvidar que se encontraban en presencia del hombre más poderoso del Imperio, después del Emperador (como añadían patrióticamente). Por consiguiente le dirigían breves inclinaciones de cabeza, que Kharole devolvía cortésmente.

—Una entrada espectacular más —susurró a su fiel peswha— y las vértebras de mi cuello necesitarán un buen engrase.

—Paciencia, senapati —susurró a su vez Kautalya.

El líder de la Utsarpini y su fiel consejero viéronse pronto rodeados por la multitud, a pesar de la discreta vigilancia de sus escoltas; éstos vestían elegantemente como nagarakas, aunque sobrepasaban en una cabeza a los invitados más altos, incluyendo al propio Kharole.

Los periodistas hacían preguntas, que Kharole contestaba con una sonrisa:

—¿Qué le parece el ambiente, senapati?

—Extraordinario. Los decoradores de Su Majestad se han superado a sí mismos. Nosotros, los pobres patanes de la Utsarpini, no estamos acostumbrados a tal esplendor.

—¿Puedo preguntar por la salud de su hijo, senapati?

—Puede usted. Está estupendamente, y nuestra amistad, ahora que soy su amigo más que su gobernante...

—¿Cómo valora usted las relaciones actuales con la Utsarpini, senapati?

—Cordiales y amistosas —respondió, pensando: *Estúpido, ¿crees que estaría aquí si lo fuesen?*

—¿Y con Su Divina Gracia Moisés Kovoov, senapati?

—Por favor, Kautalya, busca al doctor Ab Yusuf Rhon. Perdón, ¿decía?

—Sus relaciones con el Jagad-Guru...

—¡Ah, sí! Cordiales y... amigables —respondió Kharole, para no repetir la palabra «amistosas». *Con ese santo burócrata, más les conviene.*

—¿Tiene algún asunto que tratar con Su Majestad?

—Sólo una visita para adoptar algunos acuerdos.

—¿Acuerdos?

—Oh, asuntos de política científica. Ya sabe...

Kharole hizo un gesto indiferente con la mano. *En cierto modo, es la verdad,* pensó.

Vio alzarse la manga de Kautalya. Kharole se alegró; se le estaban cansando los músculos faciales de tanto sonreír, y el cerebro de inventar tantas estupideces. Murmuró: «Disculpen», y se acercó a su consejero y al científico.

Ab Yusuf Rhon no había cambiado en el tiempo transcurrido. Aún seguía siendo flaco, de rostro arrugado y cabello largo y blanco. Su elegante traje parecía fuera de lugar, colgado de su cuerpo como de una percha. Parecía incómodo.

—¿Nervioso, doctor Yusuf?

—Pues... Algo, senapati. No estoy muy acostumbrado a estas reuniones.

—Tranquilo. Las gentes de alcurnia son seres humanos, en el fondo. Aunque algunos lo disimulan bien.

—Espero no armarme un lío con eso del protocolo.

—Por eso no se inquiete. Va a ser recibido por el mahisvara, Señor de Akasapushpa. Eso es lo que debe recordar...

—Lo sé.

—... porque cuando conozca a Su Majestad puede que lo olvide.

Yusuf alzó las cejas ante esta última frase. Fue a preguntar, pero, de súbito, callaron los sintetizadores de música. Las trompetas y timbales de bronce (ajustados a la décima de hertzio por ordenador) emitieron la sonora fanfarria del Saludo Imperial.

El chambelán eunuco, resplandeciente de platino y fibroína roja, golpeó tres veces el suelo con un bastón de ébano y recitó a través de su altavoz pectoral:

—¡SU MAJESTAD IMPERIAL EL CAKRAVARTIN^[41] PATRIHARA IX!
¡SUKRAM PUSAN, CETANAS CETANANAM, YE ANTIKE DEVANAM EJATI,
KALYANA TAMAM!^[42]

—¡AMARTAM CA ANANDAM ASNUTE^[43]! —vocearon todos las Namah Uktim^[44].

Los rayos láser tejieron en el aire una complicada filigrana dorada y roja. La gran puerta de marfil se abrió, y entró una figura majestuosa.

Vestia una elegante túnica de color púrpura aterciopelado, con un broche de platino de tres centímetros de radio, elegantemente trabajado, sosteniendo su manto bordado en oro. Su cabello se recogía en un *krobylo*, el moño alto habitualmente usado por los subandhus imperiales. En su delgado rostro, rematado en una perilla, se leía la expresión de los hombres nacidos para mandar. Tras él venía un hombrecito de aspecto atribulado, en uniforme de la Marina Imperial.

Kharole se acercó al majestuoso personaje, y dijo:

—Kalyanam, Sidartani. ¿Está Su Majestad en casa?

El hombrecito atribulado alzó un brazo dubitativamente.

—Estoy aquí, senapati. Santam, sivam, adwaitam^[45] —replicó con el saludo típico de la Hermandad.

Muy significativo, pensó Kharole.

Todos hincaron la rodilla al verle. El Emperador era un hombre bajito y delgado; lucía un uniforme blanco con cordones dorados, rutilante de medallas. Hizo un gesto impaciente con la mano.

—Surab, haz que se levanten.

—SU MAJESTAD LES AUTORIZA A INCORPORARSE —voceó el eunuco.

—Salúdales y todo eso.

—SU MAJESTAD DA LA BIENVENIDA A TODOS SUS INVITADOS.

El Emperador, cumplidas las formalidades, se volvió ante sus invitados.

—Me alegro mucho de veros, Kharole y Kautalya y doctor... Comosellame.

—Su Majestad luce espléndidamente esta noche —dijo amablemente Kautalya.

—¿Os gusta mi modelito? —exclamó el Emperador, tocando su pechera decorada con un resplandeciente mosaico.— Hace poco vi... ¿o debo decir vimos? Oh, bueno, la cosa es que vi al general Osmarti de gala, y descubrí que llevaba más condecoraciones que yo. Así que me he adjudicado unas cuantas. Después de todo, soy su jefe.

—Muy apropiado —convino Kharole.

Por el rabillo del ojo vio a Yusuf. Le divirtió la expresión de su cara. Prosiguió:

—Muy Alto Señor y Príncipe, quizás sería momento de tener ahora esa reunión privada que convinimos.

—¿La convinimos? —el Emperador miró a Sidartani, que asintió con la cabeza.

—Bueno; vosotros y vuestros secreteos. Surab, el rollo de costumbre.

El chambelán dijo por su altavoz:

—SU MAJESTAD LAMENTA DAR POR CONCLUIDA LA AUDIENCIA,

PRESIÓNADO POR URGENTES ASUNTOS DE ESTADO.

—Es lo que dice siempre que voy a mear, pero da igual —explicó el Emperador. Los cortesanos gimieron decepcionados.

—Vamos, vamos; —dijo el Emperador— ya habéis disfrutado bastante de mi divina presencia. Vuestras miserables almas ya tienen motivo para sentirse satisfechas. Surab, esfúmate tú también. Creo que podré encontrar el camino sin tu ayuda.

—Como ordene el Cakravartin —respondió el chambelán, inclinándose.

Los cinco hombres abordaron una litera rodante que, guiada por su mini-ordenador, los llevó a través de los inmensos pasillos hasta una habitación privada.

—Aquí estaremos tranquilos —dijo el Emperador, repantigándose en un sillón en forma de esponja y rascándose entre los dedos de los pies. Sus invitados tomaron asiento.

—El asunto que venimos a tratar —dijo Kharole, desabrochándose el primer botón de su guerrera— es de la máxima importancia para la seguridad de nuestras dos naciones, tanto para mi hijo como para Su Majestad.

El Emperador dijo:

—¿Qué?

—Es muy extraño que digáis eso, Chatrapati^[46]; —contestó Sidartani— los sucesos de estos últimos años han demostrado que ninguna fuerza puede amenazarnos.

Kharole sonrió.

—Por favor, monseñor Sidartani; sé que soy tan bien acogido en el Imperio como un phante en una tienda de loza.

—Exageráis, Chatrapati; —dijo Sidartani, fingiendo escándalo— no dejáis de contar con simpatizantes, tanto entre los subandhu como entre las varnas inferiores. Yo mismo no me he opuesto a esta... alianza entre Imperio y Utsarpini. Habéis contado con mi colaboración desde el principio.

—No obstante, —dijo Kharole— no debemos olvidar a los partidarios de la difunta y anterior uparaja, Whoraide. Nos hemos visto obligados a mandar a muchos al samsara antes de tiempo...

—No se puede hacer una tortilla sin romper huevos —intercaló Sidartani.

—... sin embargo, los miembros de los clanes de los ejecutados no han acogido esta rotura con mucha simpatía.

—Sólo son una minoría.

—Pero una minoría con poder —terció Kautalya—. De momento, puede que estén quietos. Aunque no podemos confiar en que lo hagan siempre. Son un peligro

que amenaza el trono Imperial.

El Emperador dijo:

—¿Qué?

—No me explico cómo los habéis dejado con vida —replicó Sidartani.

Kharole suspiró.

—Yo lo sugerí —dijo Kautalya.— No es bueno excederse en la venganza; puede producir el efecto contrario. Siempre es mejor dejar al enemigo una salida honorable.

—Una salida —añadió Kharole— por la que han pasado algunos que hubiera sido mejor no dejar pasar. Sin embargo, era un riesgo necesario. La alternativa hubiera sido una guerra civil, y el derramamiento de ríos de sangre... en lugar de los pequeños arroyuelos que hemos hecho correr.

—Y ahora —dijo Sidartani— pensáis que los partidarios de Whoraide intenten alguna jugada. Francamente, me parece increíble. Las fuerzas armadas de nuestras dos naciones pueden abortar cualquier tentativa de rebelión o, Dyaus Pitar^[47] no lo quiera, un atentado contra la Sagrada Persona del Emperador.

El Emperador dijo:

—¿Qué?

—No estamos pensando en eso, monseñor Sidartani —fue la respuesta de Kharole.— Estamos pensando en que una fuerza exterior pudiera aprovechar un conflicto interno.

—¿Os estáis refiriendo a... la Hermandad? —alzó Sidartani sus peinadas cejas.

—Exactamente.

El Emperador, que hasta entonces se hallaba absorto con los dedos de sus pies, dijo:

—Un momento... un momento. No podemos atacar a la Sagrada Hermandad. Son... son la Voz de Dios.

Los tres hombres (Yusuf se limitaba a escuchar) alzaron la vista hacia el soberano. Lo miraron fijamente y en silencio.

—Por ello —dijo Kautalya, conciliador como siempre— no debe preocuparse Su Majestad. Como Cakravartin, Su Majestad tiene asegurada una morada eterna al lado de Dios, lejos del eterno ciclo del samsara.

El Emperador dijo:

—Ah... bueno —no se sentía muy convencido. Deseó que hubiera estado presente su consejero espiritual, el acarya^[48] Jahin Musir Andham. Volvió a enfrascarse en sus pies.

—Aun así, me parece escasamente creíble —dijo Sidartani.— La Hermandad ha quedado debilitada tras la muerte de Srila.

—¿Qué es el individuo para una organización? —Kharole se encogió de hombros.— Pueden surgir nuevos líderes. Y no estoy seguro de que nos gusten ni a

ustedes ni a mí. No es la primera vez que la Hermandad se entremete entre nosotros.

Miró fijamente a Sidartani. Era el propio adhyaksa quien había intoxicado las relaciones entre la Utsarpini y el Imperio. Posiblemente aquel individuo sabía que hubo un tiempo en que figuraba en cabeza de la «lista negra» de Kharole. Estaría muerto de no ser por Kautalya; «Puede sernos muy útil», había dicho. «Perdonad... Aunque no olvidad».

Sidartani recogió el guante con frialdad. Dijo:

—Ciertamente, Srila lo hizo. Incluso más allá de mis cálculos. Y no he dejado de admirar la forma en que el Chatrapati se libró de ellos. Renunciar a la corona que Srila le había entregado fue algo genial —mientras pensaba: *Soy sincero en esto; tanto, que no vacilé en apoyarte.*

—Por otro lado, —continuó Kharole— hay una cosa que me preocupa. No sé lo que pasará después de mi muerte. No; —alzó la mano— estoy bien de salud, pero debo preocuparme por el destino de mi obra. Sabéis bien, monseñor Sidartani, que lo que mantiene nuestro tinglado es mi persona. Mi persona, no la institución que represento.

»Mi hijo no podrá mantener nuestra alianza, por mucho que haga. Las ideas nacionalistas resurgirán con fuerza. Los pueblos del Imperio considerarán ignominioso ser regidos por yavanas. Por otro lado, los de la Utsarpini no se resignarán a perder este magnífico bocado.

»Preveo una guerra entre el Imperio y la Utsarpini, cuando yo me haya embarcado en el samsara —sonrió de nuevo.— Quizá mi karma, no demasiado limpio, haga que me reencarne como un hombre de varna inferior. No deseo que me fríen a tiros en mi próxima vida.

—¿Qué solución veis, Chatrapati? —preguntó Sidartani.

—Debemos presentar un frente unido —golpeó con el índice el brazo del sillón. — No debemos permitir que la Hermandad nos desuna.

El Emperador dijo:

—¿Qué? Pero... la Hermandad... ¿no puedo permitirlo! ¿Quién creéis que soy?

Kharole se encontraba harto. A pesar de todo, habló con suavidad.

—Majestad, creo que sois el individuo que, durante la hegemonía de Whoraide, pensaba en fugarse a un planeta yavana, dejarse crecer la barba y cambiarse el nombre. ¿Creo mal?

El Emperador sólo emitió un sonido inarticulado. Miró a Sidartani; éste se limitaba a contemplar el techo.

—Majestad, —continuó secamente Kharole— yo respeto a la Hermandad cuando se ocupa de cosas del otro mundo. Pero los asuntos de este mundo son asuntos míos. Es decir, míos y vuestros, como gobernantes.

Me pregunto —pensó— si no hubiera sido mejor llegar a un acuerdo con

Whoraide. Este khara supersticioso puede hacer germinar ideas propias en su menguado cerebro. Krishna nos proteja si lo hace.

Hubo un silencio tenso. Kautalya lo rompió con voz suave.

—En mi infancia, me contaron una historia. En cierta ocasión, tres amigos llamados Abiram, Badir y Calab encontraron un billete de cien karmis^[49]... en aquella época cien karmis aún eran algo —explicó, mientras sus oyentes soltaban unas risitas corteses.— Pensaron en qué hacer con el billete. Resolvieron votar a uno de ellos, y se haría con el billete lo que dijera el elegido.

»Abiram dijo a Badir: vota por mí, y nos lo repartimos al cincuenta por ciento.

»Aquello no gustó a Calab. Se dirigió a Badir: si me votas a mí, te doy 60 karmis a ti y me quedo yo 40.

»Badir empezó a vacilar. Entonces Abiram dijo: ¡no le hagas caso! Vótame a mí y te doy 70.

»Calab propuso a Badir darle 80 karmis... en fin, llegó un momento en que Abiram le dijo a Calab: ¿por qué estamos pujando para rebajar nuestra parte? Eso es una estupidez. Repartámoslo tú y yo y dejemos sin nada a ese ambicioso Badir.

»Al instante, Badir empezó de nuevo el ciclo. Propuso repartirlo con Calab, dándole 60 y quedándose 40. Así estuvieron discutiendo seis horas...

Calló. Hubo una pausa.

—No acabo de entender. ¿A qué viene esta historia? —dijo confuso el Emperador.

No sólo no acabas de entender, sino que ni siquiera has empezado, pensó Kharole, que ya sospechaba la moraleja.

—En política, los juegos a tres bandas acaban en un ciclo de alianzas y contra-alianzas, en las que nadie gana y todos pierden —dijo Kautalya.

—El Imperio y la Hermandad —dijo Kharole— empezaron siendo uña y carne. Luego se pelearon, y la Hermandad buscó la ayuda de la Utsarpini. A su vez, se pelearon —carraspeó mirando a Sidartani— y la Utsarpini se alió con el Imperio. Supongo que el próximo paso será la Hermandad y el Imperio.

Los tres miraron de nuevo al Emperador. Este dijo con aire confuso:

—Pero, al final, ¿quiénes se quedaron con los cien karmis? Eso es lo que me intriga.

—Mientras discutían acaloradamente, —dijo Kharole— se acercó con sigilo un individuo llamado... Dathan, y se llevó el billete. ¿No fue así, Sanser?

—Así fue, Chattrapati.

Sidartani dijo, pensativo:

—Entiendo. Y ese cuarto individuo...

—Aquí entra nuestro paciente invitado, el doctor Ab Yusuf Rhon. ¿Qué se siente envuelto en Altos e Importantes Asuntos de Estado, doctor?

El científico parpadeó rápidamente.

—Pues... no sé qué decir.

—En casos como ese, lo que yo hago es no decir nada —dijo irónicamente Kharole.— Así uno no mete la pata, y encima gana fama de ser un tipo pensativo y profundo.

Se dirigió a los demás.

—El doctor Yusuf ha descubierto algo muy intrigante. Sobre la Esfera.

¡*La Esfera!* pensó Sidartani, repentinamente inquieto. No podía olvidar que, allí en la oscuridad del Límite, flotaba aquel increíble... artefacto. El pensamiento era perturbador.

—Yo le encargué —seguía Kharole— una investigación más profunda sobre esos bichos... los colmeneros. Y los resultados... bueno, es su turno, doctor.

Yusuf tragó saliva. Empezó a hablar con lentitud.

—Bien... mi investigación se centró en biopsias de su sistema nervioso y equipo sensorial. Descubrí que la estructura conectiva de los axones... —Carraspeó—. Para decirlo en términos no técnicos: el cerebro de los colmeneros es, cuanto menos, tan inteligente como el nuestro. Quizás más.

—Pero... —objetó Sidartani—. ¿Sólo ha examinado cerebros muertos?

—Los colmeneros vivos no dan señales de inteligencia, lo sé. Aunque nunca han tenido dificultad con manejar cámaras de video, herramientas, etc. —Yusuf ganaba en seguridad a medida que hablaba—. Si sólo fuera eso, ya deberíamos sospechar que no son tan estúpidos como parecen. Por otro lado, hay algo más.

»Los colmeneros tienen un aparato de radio natural en el cerebro. Este aparato puede transmitir y recibir impulsos a gran velocidad... sí, ya sé que el ruido que producen parece sólo ruido. Pero lo que importa aquí es la cantidad de información que deben procesar con sus cerebros.

»Ahora bien, la inteligencia depende del intercambio de conocimientos... si los seres humanos fuéramos sordos y mudos, nuestra «cultura» sería paleolítica en el mejor de los casos; se basaría en el aprendizaje por imitación. No habría manera de transmitir conocimientos; nos pasaría como a los niños sordomudos, que deben recibir educación especial para desarrollar su potencial.

Hizo una pausa. Sidartani preguntó:

—Entonces, según usted, los colmeneros deben ser inteligentes porque tienen un medio de comunicación muy perfeccionado. Por tanto, su cerebro debe estar en consonancia. ¿Lo está?

Yusuf asintió con seguridad.

—Los exámenes me han convencido de que la cantidad de neuronas del cerebro colmenero excede con mucho a la necesaria para el control de sus procesos vitales. Por otro lado (y esto es lo que hemos descubierto), sus neuronas poseen más

conexiones que las nuestras. Esto indica que su cerebro, aunque pequeño, es más eficiente que el nuestro.

»La conclusión es que son inteligentes. Y probablemente más que nosotros.

Se retrepó en su asiento, mientras todos (excepto Su Majestad) pensaban en las implicaciones de este hecho. Finalmente fue Sidartani quien habló.

—Me pregunto qué relación tiene esto con... —Ante la mirada de Kharole, explicó—: No sois únicamente vos, Chattrapati, quien se interesa por la Esfera. También yo he encargado investigaciones.

Kharole, que sabía eso, asintió. *De modo que este zorro se decide a hablar. Es una buena noticia; está tan preocupado como yo.*

—Os daré los datos cuando lo deseáis; —decía Sidartani. Kharole se sentía encantado con el rumbo de la conversación— puedo anticiparle que no es mucho, sólo investigaciones astrofísicas. Se han detectado emisiones de neutrinos tau, procedentes de la Esfera... —Alzó la mano—. No puedo explicar muy bien lo que son esas cosas, aunque me han asegurado que ningún proceso natural conocido puede producirlos. Ahora bien, si los colmeneros son inteligentes...

—Significa que su tecnología es muy distinta de la nuestra —dijo excitado Yusuf. ¡Tenía que volver a la Esfera!

—Si los colmeneros son inteligentes, —dijo Kharole— la situación es muy peligrosa. Lo sería aun si no se diesen dos circunstancias más que lo agravan.

»Primero: tarde o temprano, la Hermandad sabrá todo esto. Ya corren rumores.

»Segundo: en la Esfera está el desertor Chait Rai.

»Si cualquiera de los dos se apodera de la tecnología de los «esferitas»... el desastre puede ser espantoso.

—Así, pues, ¿qué proponen ustedes? —preguntó Sidartani.

—Lo único que impedía —dijo Kharole— que ustedes o yo nos lanzásemos de cabeza a aquel sitio es el temor de que el primero de los dos que lo hiciese desencadenase el ataque del otro.

»Por tanto, nuestra propuesta es ésta: mandemos una expedición conjunta a la Esfera.

—¿Otra vez el juego de los cien karmis? —sonrió Sidartani.

—No es lo mismo. Podemos hacerlo sin el voto de la Hermandad. Y no olviden una cosa: si la Hermandad llega antes, no nos necesitarán a ninguno de los dos.

Sidartani pensó.

—Si llegamos a un acuerdo —dijo cuidadosamente— sobre las condiciones de mutua seguridad... no hay motivo para que no podamos colaborar. Esta expedición será aprobada por Su Majestad.

El Emperador dijo:

—¿Qué? Ah, sí... será aprobada por Mi Majestad... ¿qué será aprobada?

Sidartani se puso en pie.

—De acuerdo; propongo una reunión con nuestros expertos navales para preparar los detalles. Mientras, ¿qué tal si vamos a tomar algo?

El Emperador parpadeó.

—¿Ya hemos acabado? Bueno..., os doy mi permiso para retiraros. Yo..., uh..., tengo una urgencia peculiar. Que Surab llame a la Emperatriz.

—Ciertamente, Majestad —Sidartani se inclinó con toda seriedad.

Mientras los cuatro hombres desaparecían caminando hacia atrás, Su Sagrada Majestad Patrihara IX murmuró:

—Así que los cien karmis se los llevó Dathan..., pues no lo entiendo.

Se dirigió a toda prisa al dormitorio bajándose los pantalones.

II. EL NÁUFRAGO

EL DELFÍN

Los aposentos que ocupábamos en Hebabeerst habían sido tabú para los ciudadanos. Originalmente se destinaban a los moradores de la Ciudad, pero Oannes había tomado la decisión de prohibir su acceso. De haberse visto superpoblada, Hebabeerst se habría duplicado; cosa que hubiera sido peligrosa a largo plazo.

De este modo, nosotros y un selecto grupo de ciudadanos gozábamos de un nivel de vida comparable al de un subandhu del Imperio. Habitaciones con limpieza automática, servicio automático de comidas, ropas elegantes, agua caliente, bañeras como pequeñas piscinas...

Había restricciones, sin embargo, que habrían enfurecido a un subandhu. Las ropas eran de una especie de papel reciclable, suave y resistente como la tela. Eran cómodas de llevar... dentro de la Ciudad. Se empapaban con facilidad bajo la lluvia y no resguardaban del frío. Sin duda, las máquinas podían fabricar prendas de abrigo o impermeables, pero no sabíamos cómo pedirselo. Para salir al exterior necesitábamos ropas tejidas a mano por los ciudadanos.

Y no podíamos alterar la distribución de las habitaciones en lo más mínimo. No pude persuadir a los robots de mantenimiento de que las muestras biológicas en las que ocasionalmente trabajaba no eran basura. Finalmente trasladé mi laboratorio justo al piso superior (fuera de la zona residencial y del alcance de los robots). Hice que unos ciudadanos construyeran una escalera de caracol y abrir una abertura en el techo de mi salón, para ahorrarme una fatigosa caminata... me duró dos días exactamente. A pesar de eso, los estúpidos robots no se llevaron aquella escalera absurda que conducía al techo intacto.

Además, no había acceso a los bancos de memoria de Hebabeerst, aunque eso era un problema menor, ya que podía contactar con Oannes y Vidya. Tenía un par de terminales móviles, aparte de la portátil que llevaba al cuello como traductor. De todas las comodidades que había conocido en la nave del Imperio, el uso de información electrónica era la que más me gustaba.

Chait Rai había ordenado que el personal nativo fuese el mínimamente imprescindible. No hacían falta sirvientes, y Chait Rai desaprobaba los harenes; menoscababan la eficiencia militar, decía. Yo solía hacerme visitar en ocasiones por algunas de las devadasis^[50] sirvientes de *Dioku Kamusa*, diosa del amor y la fertilidad. (Dos veces al año, los ciudadanos celebraban en su honor unas ceremonias muy... digamos, multitudinarias, entusiastas, y poco selectivas. Pero a mí aún me duraba el puritanismo que respiran las Sastras).

En aquel momento me encontraba solo, manipulando los mandos de la terminal.

Mis habitaciones comprendían un salón de forma cuadrada, con dos dormitorios y un baño; no hacía falta cocina, ya que la comida y la bebida nos llegaba a través de

los dispensadores. En cuanto a iluminación, aparte del techo fluorescente, contaba con un ventanal ovalado; no mostraba más que el deprimente panorama de nubes grises y lluvia incesante. Yo había decorado las desnudas paredes con algunos de mis dibujos enmarcados, de los que hice en la *Vajra*.

En la semioscuridad de mi habitación brillaron como joyas tres finos reflectores de luz, tres delgados rayos láser: rojo, verde, azul. Aunque eso no era en absoluto lo más interesante.

Entendedme, yo he nacido en la Utsarpini, donde los ordenadores, que no son nada comunes, funcionan con válvulas de vacío; donde la televisión es en blanco y negro, y por supuesto en dos dimensiones. Mi estancia en la *Vijaya* me había maravillado... y ahora, en la Tierra, estaba en contacto con una tecnología más avanzada que la del Imperio, que todos considerábamos la cumbre. Oannes y Vidya aparecían ante mis ojos como unos yogesvaras^[51].

Frente a mí se materializó un curioso ser vivo. Tenía forma de torpedo, y carecía de piernas o brazos. En lugar de eso tenía aletas como un pez, aunque era un mamífero adaptado a la vida marina. En torno a su cuerpo llevaba los dos anillos de metal que le permitían flotar en el aire mediante suspensión magnética, como si estuviera dotado con laghima^[52].

Su nombre era Oannes, un delfín-piloto utilizado por los antiguos humanos para el manejo de sus naves. Los delfines, al parecer, poseían una habilidad innata para el pilotaje, debido a su adaptación marina, que les permitía orientarse y moverse con más facilidad en tres dimensiones.

Oannes era ahora un náufrago en su propio mundo: la Tierra, veinticinco millones de años después de su partida. Un lugar tan extraño para él como para mí.

Lo que flotaba ante mis ojos, con la eterna sonrisa en su hocico de botella, era sólo una proyección holográfica del propio Oannes. Este jamás había abandonado su gigantesca nave, varada en el Ecuador de la Tierra.

—¿Me has llamado? —preguntó elevando su hocico.

—Si. Nos has mentido. Sabías más de lo que nos contaste.

El rostro del delfín no podía mostrar más expresión que una divertida cara de juego. Sin embargo, durante un momento, casi creí ver en él la sorpresa.

—No comprendo —dijo.

—¿Quién está controlando el clima? ¿No nos dijiste que los constructores de la Esfera habían desaparecido?

—Yo también he detectado este fenómeno, y estoy tan sorprendido como tú. ¿Alguien está trasteando con la atmósfera, eh? ¿Y cómo queréis que sepa lo que está pasando? Soy un náufrago como vosotros.

—Pero mejor equipado. Naciste aquí, durante la construcción de la Esfera.

—He estado ausente veinticinco millones de años. Veinticinco yugas, como decís

vosotros. Pueden pasar muchas cosas en ese tiempo.

—Regresaste hace cinco siglos.

—Cierto. Y nunca he observado ninguna actividad fuera de lo común en la Esfera. Nada que pudiera ser achacable a una inteligencia. Pero, repito, tienes razón. Alguien está intentando enmendar la catástrofe que provocásteis al poco tiempo de vuestra llegada.

—¿Sabes qué está sucediendo?

—Empiezo a tener una idea. Están calentando con microondas uno de los hemisferios de este planeta, cubierto por un gran océano. Es lo que queda del Pacífico. Emiten a través de una «ventana de radiación». Quiero decir, en una longitud de onda para la que la atmósfera es transparente, ¿entiendes? Pero no el agua líquida, que se evapora. El vapor de agua se eleva, y se enfría en las capas altas de la troposfera. Allí se condensa, debido a la saturación, y cede su calor al aire. El agua cae, arrastrando las partículas de polvo hacia el suelo.

—¿Y qué hay de la estratosfera? Es estable, sin corrientes de aire ascendentes o descendentes. Y allí hay polvo.

—Ah —el delfín hizo una pausa—. Son muy listos estos tipos. La estratosfera se está calentando desde abajo. El aire caliente subirá... y tendremos lluvia en la estratosfera. Aún no sé cómo lo hacen. Ya sé que resulta increíble, pero creo que lo hacen bombeando agua a través de las babeles. Parece un sistema atmosférico de calefacción central.

—¿Bombeando? —mi voz era un jadeo—. ¿Qué clase de motor puede empujar al agua diez o veinte kilómetros sobre el mar? Eso representa... déjame ver, entre mil y dos mil atmósferas.

—Es una hipótesis —se defendió Oannes—. Otra alternativa podría ser usar a Jambudvida como colector de luz solar, y las babeles como conductores de calor hacia la parte baja de la atmósfera. Allí en el espacio no hay velo de polvo, ni absorción por la atmósfera.

Mi cabeza giraba como la Tierra sobre su eje.

—¿Pueden hacer eso las babeles? —dije.

—A lo que parece, sí. Sólo quisiera saber una cosa: que el fulano que lo esté haciendo sepa lo que se trae entre manos... si tiene manos. Un pequeño error, y nos veremos como Noé durante el Diluvio.

—Bueno, no importa. Chait Rai quiere hablar con ellos.

Oannes permaneció un momento en silencio.

—Lamento decir que no conozco su número de teléfono. Chait Rai debe de estar como Noé *después* del Diluvio. Borracho, quiero decir.

—No le gustará tu respuesta.

—Está loco —dijo despectivamente el delfín—. Lo hubiera eliminado con mi

láser de comunicaciones, si no corriera el riesgo de freíros a vosotros con él.

—Gracias, es un detalle —miré nerviosamente a mi alrededor. Si Chait Rai tenía un micrófono oculto...

—No debes preocuparte, necesito su tipo de locura. Yo estoy varado aquí. No puedo moverme. Por eso os necesito a ambos. Lo creas o no, también yo quiero averiguar lo que sucede. Podéis contar con toda mi ayuda. ¿Somos aliados?

—De acuerdo —sin darme cuenta, extendí la mano. Oannes agitó su aleta, y un instante después su imagen desapareció.

CAKRAVARTINLOKA III

La habitación era espaciosa, aunque no muy grande, para ser la habitación favorita de Kharole. Cuando Kautalya entró en ella, acompañado de Yusuf, los dos infantes de marina saludaron militarmente al anciano peswha. Este inclinó la cabeza en respuesta.

—Por favor, doctor, siéntese —la mano de Kautalya, venosa y arrugada por la edad, señaló hacia unas butacas. Se volvió a hablar con los infantes. Estos llevaban vistosos uniformes amarillo crema, blanco y dorado, aunque tenían el inconfundible aspecto de los soldados de la Utsarpini—. El Chatrapati vendrá de inmediato.

Yusuf asintió. Tímidamente, se sentó al borde de la butaca que había elegido y observó la estancia.

El techo tenía más de cuatro metros de alto. Las cuatro paredes se hallaban revestidas de estanterías, de arriba a abajo; allí se ordenaban libros de todos los tamaños, formas y colores, algunos de ellos muy antiguos. Aunque también había videocintas y microlibros más recientes. Una galería, a la que se accedía por una escalera, permitía alcanzar los estantes más altos.

Una mesa de despacho y un sobrio sillón giratorio se encontraban al lado del ventanal, recibiendo luz por el lado izquierdo. El resto del mobiliario lo formaban una mesa móvil con equipo de visión-sonido, un proyector de microlibros, y tres butacones de estructura cromada, tapizados en piel. Estaban un poco amontonados, lo que sugería que aquel espacio había sido pensado para un butacón, o a lo sumo dos.

Yusuf tosió ligeramente, sin saber qué decir. Justo entonces entró Khan Kharole. El exobiólogo se puso en pie.

Pese a vestir como un ciudadano común, sin uniforme y sin la coraza con el emblema de su clan, Kharole tenía una dignidad personal que llamaba la atención aun para quien no lo conocía. Se debía en parte, pensaba Yusuf, a su estatura y anchas espaldas. Su panza, debida a sus tareas sedentarias y su afición a la buena mesa, no disminuía su prestancia.

El líder de la Utsarpini se detuvo a susurrar unas palabras a los infantes. Estos dieron un taconazo, y abandonaron la estancia. Kharole pasó el brazo con afecto sobre los hombros de Kautalya, mientras ambos caminaban hacia el lugar donde se hallaba Yusuf.

—Por favor, Sanser y Yusuf, sentaos; estoy con vosotros en un segundo.

Se dirigió a la estantería y tomó un grueso libro, dirigiéndose hacia sus huéspedes. Cuando se acercó, Yusuf leyó el título: *La Guerra Santa y el Bhagavad Gita*, por Su Divina Gracia Srila Bhagavata. Yusuf no pudo evitar alzar las cejas; notándolo, Kharole sonrió.

—No es malo rendir un homenaje a un enemigo digno... sobre todo cuando está

muerto. A propósito, mis tantrins de confianza me han dicho que esta biblioteca está razonablemente a salvo de escuchas.

Abrió el volumen, extendiéndolo hacia Yusuf. Las páginas habían sido troqueladas, y en el hueco resultante había...

—¿Un purito, doctor?

—¡Chattrapati! —Kautalya se sentía a la vez apenado y preocupado—. Sabéis perfectamente que vuestro médico os ha prohibido absolutamente... ahora entiendo por qué pasáis tantas horas en la biblioteca.

Kharole guiñó levemente un ojo a sus invitados.

—Guárdame el secreto, viejo amigo, ante ese pelmazo de matasanos; parece creer que todas las cosas buenas de la vida, o son vikarma, o engordan, o enferman, o las tres cosas a la vez. Sus discursos empiezan a parecerse a los de quien ya sabes.

Golpeó con las yemas de los dedos sobre la cubierta del libro.

—De todos modos no me paso las horas inmerso en la humofilia —señaló con un amplio gesto los estantes de libros—. Además, sólo quería que nuestro invitado probara uno de estos cigarros de Vidvanloka.

Yusuf tomó uno, oliéndolo.

—Gracias, parece bueno —dijo, aunque en realidad no entendía de tabacos.

—Es bueno. Los mejores de la Utsarpini; me los manda mi hijo por correo diplomático.

Encendió uno, con una profunda satisfacción.

—En el Imperio no hay nada así. Aquí no sois felices si no añadís algún colorante o conservante o espesante o aromatizante (y otros muchos «ante») sintético a todo lo que consumís. Habéis perdido el gusto por los placeres sencillos, querido doctor, y eso es grave, muy grave.

Yusuf encendió su puro, dando una cautelosa chupada. Preguntó:

—¿Más grave que nuestro Emperador?

Kharole sonrió, repantigándose en su sillón.

—Precisamente quería preguntarle qué opinión le merece su soberano.

Yusuf tosió. Puso el puro de lado.

—¿Mi opinión? Bueno, en ciertos ambientes, sería calificada de «lesa majestad». En otros, de un diagnóstico clínico. No entiendo cómo pudisteis elegir a alguien así.

—No había mucho donde elegir. Whoraide hizo una poda espectacular del árbol genealógico imperial, y las ramitas supervivientes estaban, o bien podridas, o bien excesivamente saludables. La única opción era la propia Whoraide... o Patrihara. Y Whoraide merecía tanta confianza como una serpiente irritada.

—Y Patrihara es más fácil de manejar.

Kautalya sonrió; Kharole soltó una carcajada.

—¿Has oído, Sanser? ¡Me encanta este romaka! «Más fácil de manejar». Sí,

doctor, es más fácil de manejar que Whoraide. Ese es el problema. ¡Todos lo manejan!

»Antes, no tenía más manía que el sexo en masa. Asunto de cien o doscientas ganikas. Pero ahora ha adquirido la manía de la religión. Mejor dicho, sigue conservado la antigua; pero, debido sin duda a la influencia de sus gurus espirituales, la ha restringido a la Emperatriz. Pobre muchacha.

Sacudió la cabeza. Yusuf dio otra precavida chupada a su puro. Tosió de nuevo.

—La Hermandad ha conseguido meter algunos tentáculos aquí. ¿Cómo habéis podido consentirlo?

—¿Cree que mi poder es absoluto? ¿Que mi posición aquí es absolutamente estable?

—Debería serlo, con todos esos infantes de la Utsarpini aquí, en la Capital.

Kharole sacudió la cabeza.

—La Hermandad tenía tentáculos aquí antes que yo. Tenía, y tiene, partidarios en las varnas bajas. Y, si el ejemplo del Emperador cunde, también lo tendrá entre las altas.

»Ello no es algo que deba preocuparme, todo lo más me obliga a la cautela. Lo cierto es que he sobreestimado a mis viejos amigos los acaryas; este intento es bastante pobre por su parte. En tiempos de Su Divina Gracia Srila, la Hermandad jamás hubiera caído tan bajo. ¡Oh, no!, el viejo SDG no escatimaba nada: si yo..., uh, hubiese influido tanto en el Imperio como ahora, nos calificaría a mí y mis partidarios de atma hanah^[53], habría alzado el estandarte de «muerte al infiel», y luchado con todos sus recursos en soldados, dinero o persuasión. A veces casi lo echo de menos.

Soltó una risita ahogada.

—En cambio, ese khara con túnica de Moisés Kovoov, sólo sabe urdir intrigas baratas (eso sobre todo) y escribir opúsculos como «La teoría de la evolución y sus peligros para el karma».

Rió. Yusuf también lo hizo, mientras chupaba de nuevo del cigarro. Esta vez logró no toser.

—Yo no subestimaría a la Hermandad, Chattrapati. Ahora el Emperador conoce los detalles del viaje a la Esfera, y seguramente también el acarya Andham, su consejero espiritual. Y pronto toda la Hermandad.

—De momento, no me preocupa. Cuando las noticias lleguen a Krishnaloka, los nuestros ya habrán llegado a la Esfera —Kharole rió de nuevo entre dientes—. ¿Sabe lo último que se les ha ocurrido a los santos acaryas? Han persuadido al Emperador de que lo están hechizando.

Yusuf se atragantó con el humo.

—¿Y los... cof, Hermanos lo creen? —dijo con un hilillo de voz.

—Al menos, Su Divina Gracia parece creerlo. Todo empezó con una radharani^[54]

del monasterio de Sambhavat; quien afirmó que un hechicero yavana, en Vaikunthaloka, estaba invocando a Putana para que lo sedujera con sueños eróticos, ¡como si Patrihara los necesitase! La radharani se presentó en el Palacio Imperial desgredada y gritando, y no hubo manera de detenerla. El Emperador se escondió bajo la alfombra de su dormitorio. Dado que Vaikunthaloka es un planeta de la Utsarpini, todos temían lo peor.

»Desde entonces, el Emperador fue espaciando las sesiones de sexo en masa. Y creo que eso les dio la idea...

»Al cabo de poco tiempo, un sanyasin^[55] mendicante, de nombre Apasi Hayama, tuvo otra revelación «divina». Se decía que había una conspiración en la Corte para que no pudiera engendrar un heredero. Supuestamente, alguien estaba colocando trozos de sesos y riñones de un ajusticiado en el consomé de pavo al vino blanco, que Patrihara toma todos los días. Tomaba, más bien.

La cara de Yusuf podría servir como modelo escultórico para indicar «asombro asqueado».

—Ni que decir tiene, los santos Hermanos se tomaron muy a pecho el asunto. Y lo gracioso es que Patrihara, que hasta entonces se tomaba tranquilamente este peculiar caldo, estuvo a punto de ingresar en el samsara con los remedios que le dieron: beber un litro de aceite consagrado en ayunas... embadurnarse el pelo de estiércol de vaca... comer trozos de papel escritos con versículos de las Sastras... purgas de mostaza.

»En vista de los métodos sutiles no funcionaban, emplearon otros más fuertes. Llamaron al mejor exorcista del Imperio, un tal Hermano Paribhuh Kayamait de Dureloka. Un tipo de más de dos metros, con unas frondosas barbas y melenas y un tremendo vozarrón, con el que atormentó al Emperador días y noches, invocando a todos los demonios conocidos, de la A a la Z. Estos no se dieron por aludidos y, bueno, entonces vino lo mejor...

El estupefacto Yusuf dio otra chupada al cigarro.

—Tras revelarse inútil esta cura, el Emperador sufrió un ataque de fiebre. Permaneció en coma varios días. Y a los Hermanos no se les ocurrió nada mejor que colocar en la cama, a su lado, el cuerpo incorrupto de San Ismas Bagav Aymiyama, muerto hace dos mil años, aproximadamente.

—¡Por Kamsa y Herodes!

—¿Puede usted imaginar los gritos que dio Patrihara, cuando al fin despertó?

—La imaginación no me llega a tanto... —sonrió Yusuf.

—La cosa hizo más reír que otra cosa a la gente. ¿Espera que me preocupe de estos individuos? —se encogió de hombros—. No. Cuando logren sacar algo coherente al Emperador, nuestra flota ya estará allí. Y usted volverá a la Esfera, doctor Yusuf, si lo desea.

—Sí, Chattrapati, lo deseo —dijo Yusuf con voz firme.

—He visto las filmaciones, —comentó Kharole— pero quizás eso no sea suficiente. Usted estuvo allí; dígame, ¿cómo es?

Yusuf suspiró. Dejó el cigarro en el cenicero.

—Chattrapati, no hay palabras para describirlo. Los adjetivos «grande», «enorme», etc., no significan nada aplicados a la Esfera. El mar es enorme, el cielo es grande; sin embargo, son insignificantes comparados con la Esfera. La Esfera es acintya^[56]... no hay otra palabra para describirla.

—No importa, inténtelo.

—De lejos, la Esfera parece... quiero decir, no parece algo artificial. Es como... un sistema planetario o un sol múltiple. Un objeto astronómico. Creo que no sé describirlo mejor.

—Hasta ahora lo hace bien. Continúe.

—Vista de cerca, no se aprecian sus proporciones. Está formada por asteroides, billones de ellos en órbitas en torno a un sol. Los asteroides están cubiertos por árboles. Árboles, adaptados al vacío, como habréis visto en las fotos.

»En la casi ingravidez de estos asteroides, sus tallos se extienden kilómetros y kilómetros, pese a no ser más gruesos que un brazo o pierna. Cada asteroide parece una bola de pelusa verde, visto de lejos. Los árboles se extienden hasta casi tocar el vecino. Forman un muro que intercepta la luz casi al cien por cien.

—¿Y por dentro?

—Por dentro... ¿habéis conocido a alguien que haya crecido toda su vida en una mandala? La primera vez que viaja a un planeta y ve el cielo, se queja de vértigo y de «sentirse encerrado» bajo una cúpula inmensa. A pesar de que mira a las estrellas sin vértigo. No es la grandeza lo que predomina, sino la sensación de sentirse confinado.

Kharole se frotó la barbilla.

—Construida por nuestros antepasados, los prajapatis^[57].

—Sí; hace veinticinco millones de años. En la Galaxia. Demolieron su sistema solar para construirla... como sabéis, las distancias estelares en la Galaxia son tan enormes que el esfuerzo era rentable.

Kharole asintió.

—Parece una solución lógica, dada la situación.

—¡Lógica!... Bueno, sí. Disponen de la energía de su sol, y de espacio vital casi ilimitado. Su superficie...

—Sí, con un radio de doscientos veinticinco millones de kilómetros... bueno, es para pensarlo. Y luego llegó aquí, a Akasa-puspa. Quiero decir, Akasa-puspa llegó a ellos.

—Sí; los cúmulos globulares, algunos de ellos, tienen órbitas que intersectan el disco de la Galaxia. Akasa-puspa tarda doscientos millones de años en describirla. En

ese momento, puede capturar o perder estrellas.

Kharole se pellizcó la barba.

—Todo eso sucedió hace veinticinco millones de años. Y, si está usted en lo cierto, esos bichos colmeneros han mantenido una civilización ininterrumpida. ¿Qué clase de civilización es ahora? ¿Por qué fingen ser animales? Está claro que, si ellos lo hubieran deseado, no hubieran permitido que usted examinase sus cerebros.

Yusuf suspiró de nuevo. Lentamente cogió el puro y aspiró para reavivar el fuego.

—Chattrapati, son preguntas que me he hecho y nos hemos hecho todos los que estuvimos allí. La única respuesta que encontramos es clara y contundente: no lo sabemos.

Kharole asintió firmemente, como si hubiese sido una respuesta menos negativa.

—Bien, encontraremos las respuestas, ¿no es así, Sanser?

—Sí, Chattrapati. La flota partirá dentro de no más de dos meses.

Yusuf casi se había olvidado de la presencia del peswha. Su pequeña y delgada figura pasaba fácilmente desapercibida, pero el científico no dudó de que sus ojos vivaces no se perdían ningún detalle de lo que allí sucedía.

—Excelente —dijo Kharole, inclinándose hacia adelante como para levantarse—. Cuando sus paisanos quieren ser eficientes, doctor, por Devaki que lo son. Por cierto, ¿tiene alguna idea de qué personas deberían acompañarle?

—Supongo que deberíamos llevar a tantas de las que estuvieron allí antes como sea posible. El comandante Job, Hari Pramantha, Lilith, Kot Dohin...

—Yo había pensado una lista parecida. El comandante Job Isvaradeva se encuentra en la Marina de la Utsarpini. A propósito, ahora es el almirante Isvaradeva. Mi hijo no puede prescindir de él. Es el único de sus jefes que conoce las naves de fusión imperiales. Lilith Firishta... Kautalya, creo que está aquí.

—Sí, Chattrapati, en la mandala de Svayambhuh.

—Puedes contar con ella y con el doctor Kot Dohin. Los demás oficiales de la *Vajra*... a algunos de ellos los he mantenido cerca. El único que no hemos podido localizar es el reverendo Hari Pramantha. Me hizo un buen servicio, pero le pedí que desapareciera una temporada. Y lo hizo tan bien que mis agentes no han podido encontrarle.

Fue una pena, pensó Kharole, pero sólo él hubiera podido llegar hasta Srila sin despertar sospechas. Ningún Hermano sospecharía que otro Hermano hubiera asesinado al Jagad-Guru. Donde quiera que estés, Hari, espero que estés a salvo.

—Creo que con Lilith y Kot Dohin será suficiente; en realidad, ardo en deseos de verlos de nuevo.

—Bien, pues pronto se encontrará de nuevo con sus amigos, doctor.

Se puso en pie. Los otros le imitaron.

—Si necesita más personal, doctor, haga una lista y tráigala a Kautalya. Todos

tenemos que trabajar duro a partir de ahora. Dos meses, recuerde.

LOS HOMBRES-GATO

En las semanas que siguieron, el tiempo mejoró notablemente. Los claros entre las nubes se hicieron más y más abundantes, hasta que se nos hizo necesario el uso de gafas de sol. Yo aún conservaba las lentes de contacto que los del Imperio me habían proporcionado, pero se me habían acabado los líquidos de limpieza.

En el cielo despejado, destacaba Jambudvida: el colosal anillo de treinta y seis mil kilómetros que rodeaba la Tierra a la altura del Ecuador, cruzaba el cielo como un finísimo hilo azul brillante, de este a oeste. A intervalos surgían sus radios: eran babeles, pero en los planetas de Akasa-puspa sólo había una por planeta. Aquí habían muchas.

El paisaje había cambiado. La sabana inundada, con sus escasos árboles, fue gradualmente reemplazada por bosques de árboles espinosos, cada vez más verdes.

A menudo debíamos vadear arroyos, inexistentes en nuestro primer viaje hacia el norte: eran las gigantescas huellas de las orugas de Hebabeerst, convertidas por las lluvias en ríos y lagunas. Otra circunstancia que dificultaba la marcha eran los enormes surcos debidos a la deriva continental: los radios de Jambudvida habían excavado enormes valles, más o menos erosionados.

Debido a las dificultades del terreno, Chait Rai decidió explorar con el reptador en busca de pasos hacia el sur. Aquella máquina de seis patas, producto de la técnica imperial, podía desenvolverse mejor que la enorme Ciudad. A medida que la vegetación se iba convirtiendo en una selva, nos dimos cuenta de que sería necesario desbrozar el bosque para avanzar. La labor se veía facilitada por el gran número de árboles derribados por la nieve; además contábamos con el pequeño cañón de partículas del reptador. Podíamos usarlo para talar árboles, de ser necesario.

Por orden de Chait, el reptador se detuvo ante unos árboles gigantescos. Cada uno de aquellos troncos mediría treinta metros de diámetro, y todos formaban un bosque que parecía inacabable. Nunca he visto selvas tan variadas como en la Tierra; sabía por Oannes que sus condiciones ambientales no habían cambiado en más de doscientos millones de años. La antigüedad de un ecosistema favorece la diversidad de especies. Esto lo habíamos comprobado en Akasa-puspa, pero ninguna de nuestras selvas era más antigua que veinticinco millones de años.

Cerca de nosotros había un amplio claro, producido por la caída de uno de aquellos gigantes bajo el peso de la nieve. El árbol había arrastrado a otros muchos en su caída. Aquellos árboles, cuya especie no reconocí, eran de copas anchas y grandes hojas dispuestas como tejas para captar la mayor cantidad de luz, compitiendo con sus vecinos. No se hallaban adaptados para resistir una intensa nevada, algo poco común en aquella latitud. Sin embargo, la nieve ya había desaparecido, arrastrada por la lluvia que seguía cayendo incesante.

Bajamos al suelo, cubiertos por nuestras capas impermeables.

—¿Qué hay de los cuervos? —me preguntó súbitamente Chait.

—¿Los cuervos? —pregunté ajustándome la capucha.

—Sí, los ciudadanos nos hablaron de cuervos inteligentes en el sur. Si fuera así, podrían aportarnos más información que los humanos.

Chait Rai alzó la vista hacia el gigantesco árbol.

—Este es un sitio tan bueno como otro para empezar a buscar. Ve a explorar con Ivraim y Sati.

—¿Es una broma, Chait? ¿No has visto mis piernas? Jamás podría trepar por ese árbol.

—¡Estoy hasta las pelotas de tus piernas! ¿No eres capaz de reconocer una orden? —aulló con repentina furia, tras lo cual me volvió la espalda. De modo que hice llamar a los dos ex-infantes de la *Vajra* y les comuniqué las órdenes de Chait Rai. Formaron una patrulla de doce ciudadanos y nos dirigimos hacia el árbol.

No parecía difícil subir: el tronco se encontraba abrazado por innumerables tallos de otros árboles parásitos, algunos de diez metros de ancho o más. Gracias a ellas, era como caminar por una pendiente del cinco por ciento. Decidí seguirlos hasta el primer tramo, por encima del primer macizo de hojas, para estudiar mejor cuáles podrían ser los objetivos de la expedición.

Cuervos inteligentes, vaya cosa. Yo no tenía mucho contacto con los nativos, en realidad. Tenían creencias curiosas... en Hebabeerst se daba un culto secundario a Dioku Kamusa, diosa del amor. La consideraban como la encarnación de la energía creadora y vivificante de Dios, o sea, Oannes.

En esta cuestión no había mucho acuerdo. Los ishara de Hobbelsalem sostenían que Oannes era hembra. Los osirni de Siquemhebel, por otro lado, afirmaban que Oannes era bisexual. Los seguidores de esta secta llevaban, según fueran hombres o mujeres, pechos o penes postizos en las ceremonias. Y así sucesivamente. Oannes parecía divertirse con las especulaciones sobre él, y no hacía nada para rectificar.

Mis torpes piernas resbalaron, y estuve a punto de caer. No había contado con el viscoso barrillo que iba dejando la lluvia; a partir de ahí tuve que ser prácticamente arrastrado por dos de los ciudadanos más fornidos.

En cuanto a los cuervos..., aunque, quién sabe. Los iyorukan adoraban a los demonios Iyrim (los cuervos), no por malignidad, sino porque pensaban que rezar a Oannes era inútil, ya que Dios era infinitamente bueno. Por ello, rezaban a los crueles Iyrim para evitar su ira. Celebraban bailes propiciatorios, en los que los devotos se vestían con trajes de cuervo. ¿Habría algo de cierto en esa historia?

Precisamente en Hebabeerst se había celebrado uno, al que asistí; su fin era rogar que cesase la nieve. Los disfraces de los danzarines me resultaban vagamente conocidos... e inquietantes, no sé por qué.

Jadeantes, nos detuvimos a casi veinte metros sobre el claro. Los dos infantes se acercaron.

—¿Qué piensas hacer, Jonás? —preguntó Ivraim mientras Sati clavaba en mí sus ojos.

—¿Hacer, respecto a qué?

—Estamos en manos de un loco. ¿Lo sabes, no? Tú eres el siguiente en la escala de mando. A ti te corresponde tomarlo, y devolvemos a nuestros hogares.

—Chait es un incapacitado —añadió Sati.

Miré nervioso a los dos ciudadanos que me habían ayudado a subir, y que seguían junto a mí.

—No te preocupes —añadió Ivraim al observar mi mirada—. Nos hemos asegurado de que ninguno de los dos habla nuestro idioma.

Me volví hacia ellos más tranquilo.

—¿Dices que Chait es un incapacitado? ¿Y qué soy yo? —señalé mis piernas—. Olvidaos de mí, no tengo madera de líder.

—Si no estás con nosotros, estás contra nosotros —dijo Ivraim en tono amenazante.

Iba a responder cuando unos gritos nos hicieron girar la cabeza. Superponiéndose a ellos pude oír algo así como el maullido de un centenar de gatos.

Unas figuras fantasmales estaban atacando a los ciudadanos.

A unos pasos de donde estaba yo, un ciudadano trató de desenvainar su espada, entorpecido por la capa. Repentinamente, un relámpago amarillo pardo se interpuso entre él y yo, y pude ver a nuestros atacantes.

Se trataba de una criatura asombrosa; era como un mono alto y delgado, con la cabeza de un gato. Su pelaje era amarillento con manchas negras. El ciudadano alzó la espada con ambas manos para dirigirle una estocada al pecho.

Antes de que pudiera descargar el golpe, la criatura saltó hacia arriba. Se colgó de una rama con unos brazos asombrosamente largos, y disparó su pie, armado con agudas garras, sobre el cuero cabelludo del ciudadano. Este aulló, trastabillando, mientras la sangre corría aparatosamente sobre su cara. El infortunado, ciego, dio un paso en falso y desapareció por el borde del tronco. El (¿mono? ¿felino?) saltó a otra rama, y fue descendiendo con agilidad tronco abajo, tras su presa.

Sin embargo, la batalla continuaba. Un par de decenas de «hombres gato» habían saltado sobre nosotros. Varios de ellos cayeron, atravesados por las flechas de los ciudadanos. Sus zarpas eran terribles, afiladas como navajas y veloces como látigos. Otro ciudadano, que acababa de ensartar a una de aquellas criaturas con una lanza, fue herido en el costado; las costillas relucieron blancas por un instante antes de que cayera desangrándose al suelo.

Traté de protegerme, apoyando la espalda en una depresión del tronco. ¡Cuánto

deseé haber aprendido a usar un arma! Intenté coger la espada del ciudadano que había caído cerca de mí, pero Ivraim y Sati me cubrieron con sus cuerpos.

Los infantes lograron alcanzar sus repetidoras, que dispararon con gran estruendo. Eran hábiles en su uso, y el efecto fue instantáneo: en menos de cinco segundos, casi la mitad de nuestros atacantes cayeron entre maullidos de dolor, atravesando la bóveda de hojas. Los restantes quedaron un momento inmóviles, y desaparecieron como por arte de magia entre los árboles. Debo decir, en honor a la verdad, que en un exceso de entusiasmo los disparos habían despachado también a unos cuantos ciudadanos.

Chait subía a toda prisa, escoltado por sus tantrin y blandiendo su repetidora. Sin embargo, ya no habían blancos a los que disparar.

Uno de los «hombres gato» había caído cerca, entre unas enredaderas. Los disparos de ametralladora le habían alcanzado casi a bocajarro, y sus ojos muertos me miraban fijamente y sin expresión. Me acerqué a examinarlo. Mientras lo hacía, Chait Rai se arrodilló a mi lado.

—¿Qué crees que es ese... esa cosa? —preguntó bruscamente.

—Un carnívoro... —empecé.

—¡Genial descubrimiento! —rezongó—. Se han servido para el almuerzo a seis ciudadanos. ¡Por supuesto que es un carnívoro! Lo que me pregunto es si es un mono que caza como un gato o un gato que trepa como un mono.

—Yo diría lo segundo —ignoré su mal humor, fascinado por la criatura.

Medía casi un metro sesenta, y pesaría en torno a los cuarenta kilos. Sus brazos y piernas eran más largos que los humanos, y contaban con pulgares oponibles en manos y pies. Según pude comprobar, sus dedos tenían uñas retráctiles de cinco centímetros de longitud, muy afiladas. Las uñas retráctiles lo señalaban claramente como felino; así como sus dedos, acabados en blandas almohadillas carnosas. También sus dientes eran típicamente carnívoros.

Su cola era evidentemente prensil: el extremo tenía una zona sin pelo, sin duda para facilitar el agarre. Así habían caído sobre nosotros: colgándose por el rabo y luego soltándose, con manos y pies extendidos.

Chait examinó el cadáver, mientras Ivraim le informaba nerviosamente de lo sucedido.

—¿Inteligentes? —me preguntó, al cabo de un momento.

—No lo creo. Estos... monos-gatos, o gatos-mono, no llevan ropa ni herramientas. Ni armas. Son sólo carnívoros selváticos sin ninguna muestra de inteligencia.

Chait Rai asintió en silencio. Parecía admirado... y hasta diría yo decepcionado. ¿Pensaba reclutarlos como guerreros?

EJECUCIÓN

Hice que trajeran a la Ciudad algunos de los cadáveres de mono-gato menos estropeados. Tan pronto el grupo regresó, los hice llevar a mi laboratorio. Allí había reunido el equipo de que disponía: mío, algunos instrumentos proporcionados por Oannes, y el de Lilith... cosa que me provocaba una punzada de nostalgia. ¿Volvería alguna vez a la civilización de Akasa-puspa?

Sin embargo, aquí tenía un mundo para mí solo. Examiné los cuerpos y los diseccioné; no descubrí nada nuevo, excepto que los animales se encontraban muy flacos. Sin duda, las nieves y el derrumbamiento de los árboles habían alejado a sus presas, y el hambre les impulsó a atacarnos.

Le mostré imágenes a Oannes cuando pude comunicarme con él.

—¿Qué te parece? —pregunté.

—Lo que te dije en una ocasión: pueden pasar muchas cosas en veinticinco millones de años.

—Pero nosotros no tenemos nada así.

—Ni los había en la Tierra cuando yo me marché. Pero vuestros antepasados colonizaron Akasa-puspa a partir de la Esfera. Sin duda, los colonos dejaron aquí algunas de las especies de depredadores más peligrosas: leopardos, jaguares, panteras...

—¿Y esto? —señalé el cadáver.

—Creo saber de dónde proviene. Los monos eran depredados por felinos, pero éstos trepaban con dificultad. La selección natural los empujó en la dirección de ser mejores trepadores, y han acabado teniendo el mismo aspecto que sus presas.

—Es una adaptación fascinante —me vino una idea—. Espero no encontrarme con un mono de los de aquí.

—¿Por qué?

—Sin duda, los monos habrán desarrollado defensas. Puede que sean casi igual de peligrosos.

—Puedes estar seguro. El modelo de Tom y Jerry lo predice.

Lo miré sin comprender.

—¿Tom y Jerry eran científicos de tu época?

Oannes lanzó una especie de silbido breve y melodioso.

—No; eran personajes cómicos de dibujos animados. Un gato que tendía astutas trampas a un ratón, el cual se defendía con igual astucia.

—Creo que entiendo. Los cazadores matan a las presas débiles y enfermas. Sobreviven los más fuertes o inteligentes y, en consecuencia, los ratones se vuelven más difíciles de cazar.

—El ratón se convierte en un superratón. Los cazadores débiles o estúpidos no

pueden cazarlos; no se reproducen... y el gato se convierte en supergato —confirmó el delfín—. Los seres vivos vienen practicando una «carrera de armamentos» desde el principio. Hablando de evolución, ¿te conté que hay una especie de pingüino de veinte metros de largo, con un pico filtrador de plancton, que ocupa el nicho ecológico de las ballenas?

—Me parece que sí.

—Me pregunto qué pasaría con ellas. En el momento que partí se hallaban bajo protección. Su declive parecía haber pasado, aunque a pesar de todo, se extinguieron... ¿y mis hermanos delfines?

—No lo sé —sacudí la cabeza—. Sólo los conozco por las imágenes de tus archivos. No hay delfines ni ballenas en Akasa-puspa. ¿Ha cambiado mucho la Tierra desde que te fuiste?

—Mucho. Déjame que te lo muestre. Apaga las luces, por favor —dijo Oannes.

Las apagué. Aparecieron en el aire seis cubos de un metro veinte de arista. Cada uno contenía una esfera, la imagen de un planeta. Para Oannes y para Vidya, expresarse con hologramas era algo natural, tanto como para un científico de la Utsarpini el usar la pizarra.

Las esferas representaban los planetas troyanos, como supuse. Se parecían a planetas ordinarios, con manchas de azul, blanco, marrón y verde. Cinco de ellos poseían cada uno una babel solitaria. Me fijé que uno de ellos parecía tener menor extensión de agua que los demás, apenas unos parches azules en el marrón. El sexto era la Tierra, siempre rodeada por Jambudvida.

—Cuando regresé, destiné una sonda a cada uno de los planetas troyanos. Ahora mira esto: es uno de los mejores trucos de Vidya.

Cada planeta fue reemplazado por un mapa esférico, semejante a un globo escolar. Se apreciaban con toda claridad las zonas de color que correspondían al desarrollo vegetal; el planeta más seco tenía grandes extensiones de superficie amarillenta, indudablemente desiertos.

—¿Qué significa esto?

—Espera un momento.

Las imágenes de los planetas fueron reemplazadas por un «esqueleto» de líneas de luz mostrando paralelos y meridianos en azul, los continentes silueteados en naranja.

Se hizo evidente una cosa: los cuatro planetas más húmedos eran prácticamente idénticos. Las masas continentales (las esferas giraron para mostrarlas) eran demasiado parecidas para ser una coincidencia.

¿Fabricaron los prajapatis los planetas como copias de la Tierra? Comparado con la Esfera, esto parecía un simple toque hogareño, como unas flores en un jarrón. Para confirmarlo, comparé los continentes con la Tierra. La semejanza era evidente, sin

embargo, no eran del todo iguales. Los continentes de la Tierra se encontraban deformados.

—Fíjate, Jonás; esos continentes son idénticos a los de la Tierra cuando la *Konrad Lorenz* partió. Serían más semejantes a su modelo, de no ser porque la línea de costa no se corresponde bien. La semejanza es mayor si la comparamos con la plataforma continental.

Los continentes silueteados parecieron ensancharse.

—¿Pero, la Tierra?. No me lo digas. La deriva continental los ha movido.

—¿También conocéis este fenómeno?

—Sí.

—Bien, esto nos ahorra tiempo. Mira los cambios —un tetraedro de luz se movió sobre la Tierra, señalando—: Los dos continentes del oeste, Norteamérica y Sudamérica, están más al oeste y se han separado. Como puedes ver en los otros, se hallaban unidos por un istmo.

»El continente grande del norte, Eurasia, ha chocado con ese del sur de forma curvada, llamado África... por cierto, estamos aquí —el tetraedro de luz señaló un punto cerca del ecuador de África—. La colisión ha provocado la formación de una enorme meseta montañosa entre ellos... donde antes estaba el mar Mediterráneo. Cosa muy de lamentar: Atenas, Roma, Estambul... todo perdido —su voz parecía desvanecerse.

—¿Qué dices?

—Ah, no importa —siguió—. Bien, de África se ha desgajado la parte este. Recuerdo que en mi época, esa parte se encontraba dividida por una colosal zanja o fosa, llamada «el valle de desgarré».

»El mar Rojo, al noreste de África: como ves, se ha ido abriendo. Ahora ya no existe el istmo de Suez. Ni el golfo Pérsico. Supongo —emitió el melodioso silbido que yo había identificado como su risa— que es el fin de las luchas entre la Unión de Repúblicas Islámicas y el Gran Israel. Oh, bueno, *sic transit gloria mundi*.

—¿Cómo dices?

—Nada, recordaba las manías de mis queridos amos humanos. En cuanto a lo demás, Australia, ese pequeño continente de abajo (aunque ahora es más bien una península) ha chocado con la península de Indochina. Se han formado nuevas montañas en el borde este de Asia, donde antes se encontraban Japón y Filipinas... eran cadenas de islas volcánicas. En cambio, las más altas montañas de la Tierra, los Himalayas, se hallaban aquí.

—No parece quedar mucho.

—No; la erosión las ha arrasado. Como los Alpes (aquí), las Rocosas (aquí) y los Andes (aquí).

—¿Me puedes conseguir un mapa que lleve los nombres puestos? Me estoy

mareando —dije.

—Claro. Ya queda poco: esa cosa de ahí al sur debe ser la Antártida, supongo. Los restantes cambios han consistido en la formación de algunas islas volcánicas. Por cierto, hay que ver lo que ha crecido Islandia.

—¿Cómo?

—De nuevo te pido disculpas. Islandia está situada en una zona de expansión del fondo oceánico. Mejor dicho, es una zona de expansión. Todo esto muestra —dijo Oannes como resumen— que la vieja Tierra es un planeta activo y con fuerzas. Todo lo contrario que los otros cinco planetas.

—Iba a preguntarlo, precisamente.

—La respuesta es interesante. Mira: mapas de los planetas mostrando altitudes.

Miré con atención. Las alturas se indicaban mediante curvas de nivel. Un letrero suspendido en cada cubo decía: EQUIDISTANCIA DE CURVAS = 500 METROS.

Me fijé con cuidado. No pude evitar un silbido.

—¿No hay montañas! ¿Por qué se tomaron tantas molestias para construirlos y no pusieron montañas?

—Las pusieron. Aunque han sido erosionadas. Mira esos ríos: largos, caudalosos, que serpentean formando meandros. Son ríos que han alcanzado el perfil de equilibrio. Tienen tan poca pendiente que apenas conservan fuerza erosiva.

»Observa además otra cosa: la disposición tan regular en bandas de la vegetación. No hay montañas que influyan en el clima. Por tanto, la vegetación se distribuye por zonas de humedad y temperatura en función de la latitud.

Asentí. Los diferentes tonos de verde se distribuían con una simetría casi artificial.

—Sin embargo, no hay montañas recientes. Ni deriva continental. ¿Por qué?

—Sólo puedo especular. Creo que las copias de la Tierra se hicieron con los restos que quedaron de la fabricación de la Esfera. Rocas pobres en minerales radioactivos, por lo que no poseen apenas calor interior, excepto el calor de formación. Al no haber calor suficiente, no hay astenosfera... me refiero a una capa de roca semifundida en el manto. Por tanto, no hay actividad interna, ni deriva continental, ni orogénesis.

—Planetas hechos de escombros. A los prajapatis no les gustaba tirar nada —murmuré abatido.

—¿A los qué?

—A los antiguos. Tus jefes. Los progenitores de la Humanidad.

—Ah. Tienes razón, odiaban el derroche. En el pasado... no importa. Supongo que los océanos los formaron arrojando unos cuantos cometas; a no ser que parte del agua procediera de la fusión de los... escombros.

—Pero, ¿qué hay del último planeta? Se olvidaron del agua.

—Aparentemente sí, aunque no me preguntes por qué. Una cosa está clara: formaba parte de la serie de cinco. Si rellenásemos de agua las zonas más bajas, obtendríamos uno como los otros de la serie. Vidya ha hecho la simulación. Si quieres...

—No hace falta —dije estudiando las curvas de nivel—. Se ve a simple vista.

Llamaron a la puerta. Oannes prefirió desaparecer hasta otro momento, y los cubos llenos de planetas también se esfumaron como burbujas de jabón.

Eran sacerdotes ciudadanos. Sentí un vuelco en el corazón, como cuando me encontraba en Vaikunthaloka, y cada paso que oía me parecía el de los dharmamahamtras^[58].

Los sacerdotes ciudadanos tenían además todo el aspecto hierático de los Hermanos. ¿Por qué será que todos los religiosos se parecen? Estos eran los dharmamahamtras de Chait Rai; sus ejecutores y verdugos más fieles. Su Dios, Oannes, hablaba a través de los labios del ksatria. Cumplirían su terrible deber con fidelidad y fríamente, como Arjuna en la batalla de Kuruksetra.

El hecho de ser su segundo me confería seguridad, aunque no mucha. Los ciudadanos habían visto a «los dioses» ser ejecutados sin demasiadas contemplaciones. Ignoro qué clase de especulaciones teológicas desarrollaban entre ellos, pero estábamos construyendo una mitología muy enrevesada.

Respetuosamente, se inclinaron. Pero sus palabras no sonaban respetuosas.

—El Señor Chait Rai requiere tu presencia, oh Señor.

—¿Y adónde debo trasladar mi presencia? —dije.

—A la Sala del Tribunal, Señor —me miró de un modo que me pareció ominoso.

La Sala del Tribunal era la gran cocina comunal; el lugar donde había hecho matar a Jai Shing, el eunuco del Emperador.

No debo actuar como si tuviera miedo, pensé. Pero una vocecita dentro de mí dijo: *No estás actuando*.

Los seguí apesadumbrado. Mis peores temores se confirmaron: consejo de guerra. Chait Rai era juez, fiscal y jurado. Ivraim y Sati eran los acusados y sus propios defensores... como si eso les sirviese de algo.

Se había congregado un gran número de ciudadanos. Los tantrin adiestrados personalmente por el propio Chait, fanáticamente fieles. Los sacerdotes, igualmente fanáticos. El pueblo llano, que esperaba la ejecución de los que hasta ayer eran dioses bajados del cielo. Contemplaban a los acusados con tranquilidad; los ciudadanos comunes eran los únicos que estaban seguros de no ser acusados de traición.

También se encontraban presentes Indri y Zabul, los dos últimos infantes supervivientes (pues a Ivraim y Sati ya se les podía dar por muertos). Rehuyeron mirarme directamente. Tal vez no querían verse implicados en... ¿qué?

—... la rebelión contra un superior —decía Chait Rai— es el más horrendo

crimen que jamás puede cometer un militar, y en estado de guerra, como en el que nos encontramos, alcanza unas cotas de incalificable...

Por descontado, a ninguno de nosotros se nos ocurrió recordar que él, Chait, al rebelarse contra la Utsarpini, era el primero que había cometido ese horrible delito. ¿Qué importaba? Sólo se muere una vez, y no había duda de que Chait estaba informado de nuestra conversación en el árbol.

Entonces Chait pareció advertir mi presencia.

—Acércate, doctor Chandragupta.

Yo me acerqué, con el paso inseguro de un hombre llevado al patíbulo. Chait Rai me dejó sudar un interminable momento.

—Yo siempre había confiado en tu fidelidad... —temblé, esperando la acusación — y no has defraudado mi confianza. Estos hombres te propusieron traicionarme, calificándome de «incapacitado», y tú te negaste firmemente. «Olvidaos de mí», dijiste.

Abrí la boca. ¿Cómo podía saber ese detalle? Ivraim me había asegurado que ninguno de los ciudadanos hablaba nuestra lengua...

Durante un instante, ni siquiera las viejas prótesis de mis piernas fueron capaces de sujetarme. Alguien me cogió por el brazo para impedir que cayera... la muerte había respirado cerca de mi cuello esta vez.

Los dos reos sufrieron una muerte horrible. Chait Rai ordenó que fueran atados a una de las orugas sobre las que se desplazaba Hebabeerst. Las Ciudades se mueven muy despacio, y durante horas aquellos dos hombres permanecieron atados bajo la lluvia, contemplando acercarse la muerte con enloquecedora lentitud. Chait había ordenado que fueran atados con los pies por delante, y cuando llegó el momento, pudimos escuchar durante horas sus horribles aullidos mientras el peso de la Ciudad los aplastaba: pies, piernas, caderas, tronco.

Mientras gritaban fui a visitar a Chait Rai. Caminé todo lo rápido que me pudieron llevar mis torpes piernas. Todos se apartaron de mi camino.

Abrí la puerta sin llamar y hablé sin ser invitado a ello.

—¿Era una trampa, no es así? Por eso me enviaste a ese árbol —mi voz salía entre mis dientes apretados.

Chait se sentaba en un diván, vestido con una cómoda bata de papel y bebiendo uno de los vinos destilados por la Ciudad. Apuró su copa, y me dijo:

—Sospechaba hacía mucho de esos dos. A ti te necesito. Aunque antes tengo que asegurarme de que me eres fiel.

—¿Cómo has podido conocer nuestra conversación con todos sus detalles?

—Secreto profesional, amigo —sonrió—. ¿Acaso tú me lo cuentas todo?

No respondí. Me marché sin más ceremonias.

Sólo entonces comprendí lo que significaba su sonrisa. Ahora todos estarían

convencidos de que yo era un delator, y la mano derecha del ksatrya. Mi destino se hallaba indisolublemente ligado al de Chait Rai. Y, si alguna vez regresábamos a Akasa-puspa, yo sería tan desertor como él. ¡Kamsa y Putana!

Afuera los gritos continuaban.

LA FLOTA I

La III Flota del Imperio partió de la base naval de Tisthat, sita en uno de los asteroides exteriores del sistema de Cakravartinloka. No hubo ceremonia de ninguna clase, y pocos de los pobladores de la capital estaban enterados de su partida.

Las naves más poderosas del Imperio empezaron su viaje acelerando a un «g». Desde Cakravartinloka era un espectáculo impresionante. Durante horas, el punzante resplandor blanquiazul de los chorros de fusión eclipsó incluso a los rojos soles de Akasa-puspa.

Sin embargo, las sofisticadas gentes de Cakravartinloka no se preocuparon mucho. Espectáculos de ese tipo eran frecuentes en el cielo del supercivilizado planeta, perla de Akasa-puspa. Quienes miraron al firmamento nocturno, se encogieron de hombros y continuaron sus negocios o sus placeres... más frecuentemente lo último que lo primero.

Pero para los inmigrantes yavanas, aquellos tecnológicos fuegos de artificio eran una maravilla digna de ser contemplada durante horas.

Entre estos se contaba uno de los pocos que sabían lo que aquellas llamas significaban: Khan Kharole, el temido, respetado, o amado senapati de la Utsarpini.

Había pedido que le sirvieran la cena en la terraza de su palacio, y desde allí había contemplado la partida. La nueva estrella que había aparecido en el cielo brillaba demasiado para observarla a ojo desnudo. Después de que hubo despachado su plato favorito (un sabroso «*gulash*» de ciervo muy picante), Kharole pidió unos prismáticos. Con el filtro polarizante interpuesto, dirigió el instrumento hacia la estrella. Así pudo ver que se hallaba formada por veinte estrellas menores.

—Senapati —le llamó Kautalya desde la biblioteca. Kharole, que ya se sentía cansado del espectáculo, se levantó y entró en el palacio.

El corredor se encontraba adornado por aquellos impresionantes tapices holográficos que se usaban en el Imperio para decoración. Representaban escenas de la vida del propio Khan Kharole: emocionantes batallas espaciales o en la superficie, babeles engalanadas por la victoria, triunfantes rendiciones de yavanas... Aquellas imágenes parecían ventanas abiertas a los lugares en que se desarrollaron.

O, al menos, eso pensaban los artistas. Kharole apenas se reconocía a sí mismo en el héroe musculoso y barbudo que, se suponía, era él.

—Impresionante, ¿verdad? —señaló Kharole—. Aunque, en mi opinión, el arquitecto se ha pasado en algunos lugares. Por ejemplo, eso de que uno abra la puerta del cuarto de baño y, zas, se encuentre al borde de un acantilado, bajo el que rugen las olas de un mar embravecido...

—Ah, senapati, —suspiró Kautalya— quizás soy un viejo incapaz de adaptarse a las novedades. Pero mi pobre vejiga es muy impresionable y, ante semejante visión,

se declara en huelga.

Kharole rió de buena gana.

—¿Y el techo? —los hologramas representaban los típicos artesonados que se usaban en la Utsarpini—. Estos romakas no se han enterado de que no nos alumbramos con antorchas. Me pregunto a qué se parecerá el palacio el día en que a esos hologramas se les fundan los plomos o algo así.

—Seguirían viéndose con luz natural, según creo, pero borrosos.

Los dos hombres entraron en la biblioteca, donde Kharole había trasladado los muchos libros que coleccionaba desde joven. Se había enterado de que algunos eran auténticas joyas de coleccionista en el Imperio, donde el soporte electrónico de información ganaba terreno día a día.

Allí aguardaban dos personas. Una era el adhyaksa Sidartani; la otra, un joven con uniforme de oficial de Marina. Este manipulaba los mandos de un holotank, en el que flotaban imágenes de varias astronaves. Eran tan detalladas y realistas, que era difícil saber si eran maquetas u holografías originales. Tan pronto les oyó entrar, el oficial se levantó y se puso firmes.

—Kalyanam, Chatrapati —saludó el adhyaksa. El joven dio un leve taconazo. Llevaba el pelo corto y su cara mostraba un cometa azul en la mejilla izquierda.

—Kalyanam —respondió Kharole automáticamente.

—Chatrapati, —dijo Sidartani, con una leve inclinación— quiero presentaros a Pablo Vayunani, capitán de corbeta de la Marina Imperial —el joven inclinó la cabeza exactamente treinta grados desde la vertical—. Está aquí para aclararos cualquier detalle que pudiérais desear saber sobre la misión.

—Es un honor, capitán Vayunani —dijo Kharole. Aquel jovenzuelo tenía aire de recién salido de la Academia—. Sentémonos y explíquenos la composición de la flota.

El joven se aclaró la garganta.

—Comprobaréis que todo se ha llevado a cabo de acuerdo con vuestras instrucciones, Chatrapati.

—No me cabe duda, capitán Vayunani. Solamente hubiera deseado un detalle más: haber ido yo en persona.

Pablo Vayunani asintió.

—Todos hemos deseado acompañar a nuestros camaradas, Chatrapati. Pero vos, más que nadie, sois necesario aquí.

Kharole asintió, ofreciendo cigarros a sus visitantes.

—Alguien debe guardar la casa... —dijo Sidartani con una sonrisa, mientras encendía el suyo.

—Bien, capitán Vayunani; —dijo Kharole, emitiendo una bocanada de humo— hablemos de la flota.

El joven empezó a hablar con cierto nerviosismo, pero fue ganando seguridad.

—Como veis, Chattrapati, —empezó— el núcleo de la flota se compone de dos navíos de línea, el *Asura Nama*, y el *Nrisimha*, nave insignia del almirante Ezequiel Paryagat. El *Asura Nama* está comandado por el capitán de navío Bindusara Azmeri, de la Marina de la Utsarpini.

El joven oficial señaló con un puntero láser dos de las reproducciones que flotaban en el tanque: dos naves de forma esférica, cada una llevaba en su popa un eje, al que se adosaban dos grupos de cuatro tanques esféricos de hidrógeno; el extremo opuesto al eje comprendía los grupos de propulsión. Estos eran los temidos «navíos de línea» del Imperio. Medían trescientos metros de diámetro, según el Registro Naval.

—El bueno de Azmeri —asintió Kharole—. Esto me recuerda algo. Las tripulaciones.

—Como acordamos, Chattrapati, —intervino el adhyaksa— mitad marinos imperiales y mitad de la Utsarpini. Nuestro servicio de Inteligencia ha examinado los expedientes de nuestros hombres. No hay infiltrados de la Hermandad.

—Igualmente hemos hecho nosotros. Hemos escogido a los que tenían peores informes... por parte de los capellanes, por supuesto —añadió Kharole—. Prosiga, capitán Vayunani.

—El resto de la flota lo forman los acorazados *Leviatán*, *Akbar*, *Agne* y *Avranam*. Han sido reforzados con cañones neutrónicos antimisiles.

El fino rayo del puntero señaló a cuatro naves en forma de balas de pistola, cuatro veces más largas que anchas, aunque su eslora era sólo un poco menor que el diámetro de las naves de línea; cada acorazado estaba rodeado por cuatro tanques esféricos, de los que sobresalía una especie de torreta por un extremo, y las impresionantes toberas de fusión por el otro.

—Ocho fragatas de la clase «Rasmin»: *Manyu*, *Gedeón*, *Asau*, *Javiyah*, *Josué*, *Dhira*, *Mansur*, y *Jihad*.

»Seis destructores de la clase «Dhavata»: *Ravena*, *Garuda*, *Boarneges*, *Miguel*, *Arsat*, y *Nemrod*.

El puntero señaló a otras naves más pequeñas, con un solo tanque central, y de una eslora igual a un tercio de la de un acorazado.

—Están todas dotadas de los equipos más modernos, en lo que se refiere a armas láser o de partículas. Debería añadir, Chattrapati, que jamás en la historia del Imperio ha habido una flota más veloz.

Su voz mostraba un comprensible orgullo.

—¿Y el combustible? —Kharole recordó los lentos y torpes veleros de luz de la Utsarpini, y pensó: *¡Lo que hubiera dado por tener algo así cuando empecé!*—. No veo naves cisterna en la flota. ¿De dónde sacarán el hidrógeno, capitán?

—Por supuesto, ninguna nave cisterna podría abastecer a semejante flota. Hubiera sido necesario acelerar la propia nave cisterna, para lo cual necesitaría demasiado hidrógeno. Sin embargo, uno de nuestros muchachos encontró una solución mejor...

Una nueva imagen llenó el holotank. Se trataba de un aparato cilíndrico y achatado, cubierto de diminutos detalles como costras. Kharole lo reconoció al instante. ¡Era un rickshaw!

Aquel era uno de los colosales (un kilómetro de eslora) contenedores de carga que efectuaban el transporte interestelar en el Imperio. Viajaban a un cuarto de la velocidad de la luz, describiendo grandes órbitas en torno al núcleo de Akasa-puspa, ayudados por el campo magnético del mismo.

Recordó que aquellos artefactos habían sido los desencadenantes de la crisis entre Imperio, Hermandad y Utsarpini, que condujo al descubrimiento de la Esfera... aquel extraordinario lugar al que se dirigía la flota.

—¿Vais a mandar un rickshaw a la flota, convertido en nave cisterna? ¿Cómo? — Kharole se sentía estupefacto. ¡Cambiar la trayectoria de uno de aquellos colosos que se movían a un cuarto de la velocidad de la luz!

—Mandaremos dos rickshaws, Chattrapati —rectificó el capitán—. Uno de ellos abastecerá a la flota durante la etapa de aceleración, y otro en la de deceleración. Hemos reprogramado sus órbitas; esos dos rickshaws siguen vectores paralelos a los de la flota, pero separados. Nuestros navíos podrán abordarlos cuando coincidan sus velocidades y posiciones.

—Ya —Kharole se acarició la barba—. Entonces repostarán. Pero, ¿qué pasará con los rickshaws?

El capitán Vayunani se encogió de hombros.

—Se perderán en el espacio intergaláctico, Chattrapati. Su órbita será tal que no podrá ser recapturado por Akasa-puspa. Mala suerte.

Kautalya, hasta entonces silencioso, habló.

—¿Qué opinan los Jagad-Seth de eso? No deben sentirse muy satisfechos.

—Bien, —fue Sidartani quien respondió— tendrán que trabajar como unos karmakaras^[59] para recuperar su dinero... o el de sus biznietos. Han estado mil años especulando con los futuros beneficios del Sistema Cadena^[60], así que no está mal que paguen un poco, para variar. Pero, díganos, ¿qué hay del plan de vuelo?

El joven oficial sacó unos papeles de su cartera y los repartió a los tres hombres. Estos los examinaron.

—Todo está detallado aquí —dijo.

Sidartani preguntó:

—Según parece, repostarán a una distancia relativamente corta, a... tres centésimos de año luz. ¿No podrían haber llevado todo el combustible necesario al partir?

El capitán carraspeó delicadamente. No era fácil corregir la ignorancia en física de un personaje importante.

—Se trata de la relación masa-empuje, monseñor. La carga óptima de las naves les da una capacidad de cambio de velocidad de un tercio de luz... sin reservas para frenar. Si las naves cargasen a su partida con todo el combustible necesario para el viaje, frenado, y regreso, representaría un peso prohibitivo. De este modo, las naves se ahorran empujar unos miles de toneladas de masa hasta un cuarto de la velocidad de la luz. La flota ha partido con el máximo de combustible que podían cargar, y el mínimo de provisiones. Y aun así, tienen poco más de lo justo para alcanzar un cuarto de la velocidad de la luz, llegando hasta el rickshaw con una pequeña reserva.

—Y si no lo encuentran... lanzados a través del vacío intergaláctico sin poder frenar —dijo pensativo Sidartani—. Es escalofriante lo que puede sucederles a esos muchachos si no logran...

—No se preocupe; —fue la confiada respuesta del capitán—. Los rickshaws siguen órbitas predictibles con un error de no más de trescientos millones de kilómetros. Los instrumentos de la flota los detectarían incluso a diez veces esa distancia.

—Continúe, capitán —dijo Kharole—. Aquí dice que llegarán hasta media luz, y luego se deslizarán a velocidad uniforme...

—Así es, Chattrapati —continuó el oficial—. Es la solución óptima, dadas las limitaciones de empuje, carga, masa...

—Presumo que la deceleración será el proceso inverso.

—En efecto, Chattrapati. Después de año y medio a velocidad uniforme, decelerarán hasta un cuarto de la velocidad de la luz, repostarán y decelerarán el otro cuarto.

—¿Y qué pasará con el regreso? —preguntó Kharole.

—En el viaje de regreso, —contestó el capitán Vayunani— la flota será abastecida por un procedimiento similar. Esta vez contamos con recuperar los rickshaws... o al menos eso esperamos.

»Esto limitará su período de estancia en la Esfera. Se trata de una limitación debida a las órbitas de los rickshaws...

—¿No podrían quedarse más tiempo, y volver a menor velocidad? —preguntó Kautalya—. No entiendo mucho de astronáutica, me temo, pero en los viajes espaciales el combustible no limita la distancia, sino el tiempo.

—Ciertamente, monseñor —dijo el oficial—. El problema es el tiempo. Sin repostar, les costaría volver unos... hemm... veintisiete años.

—¿De cuánto tiempo dispondrán, una vez en la Esfera? —preguntó Kharole.

—No más de seis meses, Chattrapati. Ocho meses, si se resignan a abandonar cinco naves, embarcan todos en las restantes, y trasvasan el combustible de las

abandonadas. Es la única posibilidad factible, según nuestros sistemas expertos.

—No es mucho. Seis meses, para un viaje de cinco años... —dijo Kharole pensativo—. Incluso para el Imperio es una enorme distancia.

—Por supuesto, Chattrapati, —dijo Sidartani con cierta acidez— podríamos habernos ahorrado la mayor parte del tiempo, si la Utsarpini nos hubiese autorizado hace mucho a mantener bases del Imperio en su territorio...

Aquí está la sutil insinuación, pensó Kharole.

—Si los habitantes de la Esfera resultan ser hostiles, —continuó el consejero imperial— dudo mucho que podamos librar una guerra a semejantes distancias del Límite.

—Todo se andará, adhyaksa, todo se andará —dijo Kautalya con voz suave—. Ha habido mucha desconfianza entre el Imperio y la Utsarpini...

Sidartani asintió. Un diplomático inferior hubiera tenido la decencia de ruborizarse un poco.

—...pero eso es algo cuyo remedio está en nuestras manos.

Kharole miró de reojo al capitancillo. Miraba discretamente al vacío, ahora que se encontraba rodeado de «alto secreto».

—Bien dicho, mi buen Kautalya —dijo con energía Kharole.

Sí, pensó, cuando quitemos a ese estúpido del Trono y pongamos en él a otro estúpido más complaciente.

El doctor Ab Yusuf Rhon pudo contemplar la partida de la flota desde otro lugar más conveniente: desde el puente de la propia nave insignia *Nrisimha*.

Desde allí, había visto al Universo inflamarse de blanco-azul en torno a él, cuando se activaron los reactores de fusión. Las veinte naves formaban un gran cono, con al menos un centenar de kilómetros entre una y otra. A pesar de ello, Yusuf sabía que, para un observador en Cakravartinloka, los chorros (o rayos) de propulsión de la flota se fundirían en una sola y cegadora estrella.

El puente de la *Nrisimha* se asemejaba en todo al de cualquier navío de la Marina Imperial, pero cinco veces más grande: una enorme pantalla geodésica que les hacía el efecto de estar sentados en medio del espacio, como sobre una alfombra voladora. La pantalla estaba parcheada por ventanas en las que aparecían listas de datos o gráficos de ordenador.

Los oficiales de puente se acomodaban en la glorieta circular central, atendiendo a sus respectivos tableros, con microaudífonos en los oídos y ante la boca. En el centro, se hallaba el sillón de mando del comandante de la nave, en este momento ocupado por el almirante Paryagat.

El almirante, tras una última inspección a las pantallas de datos, se levantó y cedió la silla al comandante de la nave, Abdul Zalfiqar. El almirante era bajo, grueso

y de pelo gris, con algunas bandas decorativas de azul eléctrico. Como muchos altos funcionarios del Imperio, era eunuco, pero no poseía el carácter mezquino que solían tener generalmente. Era culto y simpático, muy distinto a aquel piojo de Jai Shing (que su rueda del samsara no gire en fase con la mía, pensaba a menudo Yusuf).

—Ah, doctor Yusuf —dijo el almirante, al descubrirlo en la penumbra—. ¿Cómo se encuentra? ¿Ha sido bien instalado? ¿Es de su agrado el camarote?

Yusuf salió de su ensimismamiento con un parpadeo.

—¿Eh? Sí, gracias, almirante. Estoy muy cómodo. Sólo hubiera deseado que el doctor Dohin y mi colega, la doctora Firishta, hubieran venido a bordo de esta nave.

—Eso no es posible, doctor —el almirante sacudió la cabeza—. El Alto Mando dispuso que ustedes tres viajasen en naves separadas. Por razones de seguridad. Son ustedes muy valiosos; los únicos que han estado en la Esfera, y no podemos arriesgarnos a perderlos. No es que tema que pase algo, —levantó una mano, anticipando la pregunta de Yusuf— pero la precaución no está de más.

—Comprendo —dijo Yusuf.

—Pero no se preocupe; el *Asura Nama* es una nave de línea, tan buena como nuestro rugiente *Hombre-león* —dio un par de fuertes pisadas en la cubierta, satisfecho—. Sus amigos estarán tan bien atendidos como usted. Mire, esa es el *Asura Nama*.

El almirante señaló a un brillante punto en el espacio. Su color lo distinguía con claridad de las estrellas.

—Me fijé en cómo miraba la pantalla durante la partida. Impresionante, ¿no es cierto? Una formación perfecta. Se ha reunido aquí lo mejor de la Marina... de dos Marinas, para ser exactos.

—Impresionante, sí, pero...

—¿Pero? —el almirante alzó las cejas, más sorprendido que ofendido—. ¿Le preocupa algo, doctor?

Yusuf hizo una pausa, tratando de dar forma a sus vagos temores.

—La Esfera también es impresionante; y los colmeneros nos llevan millones de años de ventaja tecnológica.

—Comprendo que le preocupe eso —dijo el almirante, con aire protector.

Yusuf se sentía seguro de que no comprendía. Nadie comprende lo que representa la Esfera hasta que no la ve de cerca.

—Ustedes, doctor, visitaron la Esfera en condiciones muy precarias. Un solo destructor atestado de yavanas, y que no había sido preparado específicamente para esa misión. Y esos Hermanos... tuvieron suerte de salir vivos.

»Pero en esta flota viajan veinte naves. De ellas, seis destructores de la misma clase que el *Vijaya*. Y esas son nuestras naves más ligeras. ¿Imagina el poder ofensivo de que disponemos? Podríamos arrasarnos cien planetas, y hasta la Utsarpini

entera.

—No dudo del poder de su flota, pero... —Yusuf hizo un gesto de futilidad.

—Le digo que no tiene de qué preocuparse. Hemos pensado en todas las contingencias posibles. Llevamos lo necesario para establecer una cabeza de puente en uno de los planetas, si fuera preciso —sonrió satisfecho—. Le aseguro, doctor, que en el centro de esta formación está usted tan seguro como el Emperador en su palacio de Cakravartinloka.

Yusuf carraspeó discretamente.

—Comprendo, almirante —dijo a continuación en voz baja—. Bueno, creo que estamos en buenas manos.

—Gracias, doctor. Si me disculpa... estamos estorbando en el puente.

—Oh, desde luego.

Yusuf regresó pensativo a su camarote. En su camino, dijo mentalmente las palabras que había pensado decir al almirante.

Usted es un militar, almirante, y su misión es conducir la flota. Yo soy un científico, y mi misión es pensar en lo inimaginable. Y la Esfera deja mucho campo a la imaginación..., y a las pesadillas.

III. LOS CUERVOS

LOS PLANETAS

Bajo las lentes ahumadas, el Sol parecía estar cortado por una fina línea negra. Se trataba, por supuesto, de Jambudvida.

La regularidad de aquella inimaginable estructura nos permitía conocer la latitud y la longitud. Bastaba medir el ángulo que formaba Jambudvida con la vertical para saber la latitud.

Eso es justamente lo que yo hacía; el método era tan sencillo que hasta los ciudadanos podían calcularla. Bastaba una línea vertical de longitud conocida: una vara graduada, clavada en el suelo y cuya verticalidad se comprobaba con una plomada. Uno se alejaba cierta distancia, mirando con un ojo a Jambudvida. Cuando el extremo vertical coincidía con la máxima altura de Jambudvida, se medía la distancia a la vara; conociendo ambas longitudes, se obtenía la latitud con unas tablas trigonométricas (impresas en medio segundo por Vidya). O bien se medía el ángulo con un sextante. La longitud podía determinarse por el ángulo que formaba el meridiano del lugar con uno de sus radios, usado como referencia. Aquí el método consistía en usar el sextante para medir el ángulo entre la altura máxima de Jambudvida (que indicaba el meridiano del lugar) y una línea dada.

Lo ridículo del método es que era innecesario.

Oannes podía determinar inmediatamente la posición de Hebabeerst con un margen de error de un metro. Sin embargo, Chait Rai no quería depender de Oannes. Esto no sólo por paranoia (aunque había mucho de ella), sino para que los ciudadanos aprendieran a orientarse por sí mismos, e impedir que una expedición se perdiera. Yo, para complacerle, repetía cada día aquella rutina sin sentido.

Así comprobé que Hebabeerst proseguía su marcha hacia el sur. Hasta entonces, nuestra marcha (a sugerencia de Vidya) había sido al norte y oeste, hacia el brazo de mar que separaba este continente de una gran isla.

Esta isla no existía en tiempo de Oannes. Bajo la corteza continental, la roca fundida había ascendido a lo largo de una línea, formando lo que se llama una «dorsal»; allí se había rasgando el continente dejando paso a un brazo de mar estrecho y largo, en cuyo centro llameaban los volcanes. El fragmento menor, que derivaba al oeste, se trataba de la isla que he mencionado. En los bordes del mar que los separaba, se habrían formado yacimientos minerales a partir del magma ascendente... o eso esperábamos. También confiábamos en hallar petróleo.

El petróleo es una rara sustancia en Akasa-puspa; sólo existe en pequeños yacimientos, situados en los planetas más antiguamente colonizados, o en algunos de los que poseen vida no bhutani^[61]. Es demasiado escaso para usarlo como combustible, como me han dicho que sucedió en la antigua Tierra.

No tuvimos mucha suerte, y Oannes sugirió dirigirnos al sur. Según Oannes,

aquella región había sido rica en minerales en su tiempo, y las Ciudades los necesitaban. Al objetar yo que las minas de su tiempo estarían totalmente agotadas, llamó mi atención sobre el hecho de que la erosión habría dejado al descubierto rocas más profundas, que no habrían sido explotadas. Así que le dimos el nuevo rumbo.

Ahora, como señalaba la línea negra que cortaba el sol, nos encontrábamos cruzando el ecuador. Fui a guardar los instrumentos, cuando algo me llamó la atención.

Era un pequeño punto negro justo debajo de Jambudvida. Observé hasta que tuve que retirar los ojos y frotármelos. Aquella fuerte luz amarilla... Miré de nuevo. No había cambiado de posición, en apariencia.

Fijé su posición respecto a Jambudvida, con ayuda del sextante. Al atardecer, cuando el Sol ya no me cegaba, la busqué de nuevo. Esta vez llevaba conmigo uno de los fabulosos prismáticos del Imperio.

La «bóveda celeste» era, en la Tierra, algo más que una frase hecha. Pues el firmamento era algo sólido. Billones de asteroides reflejaban la luz hacia el interior, dando al firmamento un resplandor blanquecino.

Dos veces al año, las aberturas polares aparecían en el cielo. El eje de rotación de la Esfera no coincidía con el del Sol, sino que se inclinaba unos ochenta grados. Durante los últimos tres meses, la Abertura Oscura había ido alzándose sobre el horizonte, noche tras noche, como un negro túnel que amenazara devorar la Tierra.

Aunque en esta época del año el cielo tenía un aspecto más impresionante. Hasta una altura de unos treinta y cinco grados, el cielo se hallaba ocupado por la Esfera, semejante a una curvada pared de luz, como murallas de asedio levantadas por Dios en torno al sistema solar. ¿Cómo decía aquello? Yahveh Elohim separó las aguas del cielo de las de la Tierra, o algo parecido.

Rodeando el cenit se hallaba la Abertura Oscura, que mostraba el negro vacío intergaláctico. Una semi-órbita terrestre después aparecería la Abertura Luminosa, dirigida a Akasa-puspa. Pero ahora yo confiaba en descubrir aquel objeto frente al fondo negro.

Allí se encontraba; ahora, con el sol casi oculto, destacaba brillantemente iluminada. Comprobé que había derivado un poco al oeste. ¿Qué significaba aquello?

Si orbitaba la Tierra de oeste a este... hmmm. Eso significaba que tardaba más tiempo que un punto fijo de Jambudvida en rodear la Tierra; sin embargo, Jambudvida había sido construido en órbita geosincrónica. Si tardaba más tiempo es que se encontraba un poco más lejos.

Con los prismáticos no pude descubrir detalles en su estructura; ni siquiera cuando giré el selector a infrarrojos. Aunque no parecía un cuerpo regular. ¿Una nave espacial, tal vez? En Akasa-puspa es difícil descubrir una nave en órbita, por el

resplandor de las estrellas. A no ser que esté en una órbita baja, en cuyo caso el movimiento la delata.

El sol se había puesto; el objeto se iba volviendo rojo a medida que se hundía en la sombra de la Tierra. Decidí preguntar a Oannes. Mientras caminaba todo lo rápidamente que podía de regreso a mi habitación, me sentía excitado. ¿Podía haber alguien más en el sistema solar? Quizás se trataba de los amos de la Esfera.

¿O —y la idea era más agradable— se trataba de una nave del Imperio esperando para atracar en Jambudvida? Tal vez Lilith estuviera en ella. Apresuré mi torpe paso.

Una vez en mi habitación, contacté y les di la posición aproximada. En pocos instantes, gracias al maravilloso sistema de «ventanas» holográficas de Vidya, tenía ante mí una detallada imagen tridimensional del objeto.

—¿Se trataba de eso? —preguntó Oannes, y yo volví la cara para ocultar mi decepción.

Durante unos maravillosos minutos había pensado que iba a despertar de aquella monstruosa pesadilla. Liberado de aquel loco a cuyo destino yo me había ligado voluntariamente... Todo había sido un espejismo tan efímero como una pompa de jabón.

El «objeto no identificado» no era más que un fragmento del velero de la Hermandad que Oannes había partido en dos con un láser. Me fijé ociosamente en él, desvanecido mi interés.

El anillo de sujeción de las velas parecía intacto, aunque el casco había sido seccionado como por un cuchillo gigantesco. Con aquella acción, Oannes había salvado a la *Vajra*. Pero aquel precio no iba a salvarme a mí.

De modo que lo archivé en un rincón de mi mente, y durante meses no me acordé de él. Sólo mucho más tarde comprobaría la importancia que realmente iba a tener.

—Pareces decepcionado; —comentó Oannes— ¿qué esperabas encontrar?

—Una de tus sondas; —me encogí de hombros— quizás una nave del Imperio. O una nave de los «amos de la Esfera», si es que existen.

—No tengo ninguna sonda en órbita. En realidad sólo me quedaban cinco, y las gasté todas tratando de averiguar lo que sucedió en los otros planetas troyanos.

»Aunque una nave de fusión del Imperio se habría anunciado a sí misma con su propulsión. Antes de verla... bueno, por un momento me imaginé...

Me acerqué al dispensador de alimentos y me serví una taza del té caliente que suministraba.

—¿Estás seguro —pregunté— de que no hay ninguna clase de civilización en los planetas troyanos?

La imagen de Oannes flotó en torno a mi salón, agitando la cola. Supongo que estaba realizando el equivalente delfín de caminar pensativo en círculos. Aunque a mí me ponía nervioso verlo filtrarse por los armarios como si fuera un sambhoga-

kaya^[62].

Finalmente se detuvo.

—Te prometí que colaboraría contigo. Este es un momento tan bueno como cualquier otro. ¿Quieres apagar las luces? Lo verás mejor en la oscuridad.

Así lo hice. Tanteé el camino hasta el sofá y me senté, dispuesto a contemplar el espectáculo.

En el centro de la sala empezó a aparecer una esfera de puntos de luz rojiza y anaranjada. No había duda de que se trataba de Akasa-puspa, visto desde fuera.

—Lo que estás viendo —explicaba Oannes— es una película acelerada. Son imágenes de cinco siglos de antigüedad, tomadas durante nuestra aproximación a Akasa-puspa.

La imagen cambió de repente. Un globo negro en el centro de la habitación, con algunas luminarias rojas y naranjas flotando apenas al borde de mi campo de visión. Se trataba de la Esfera.

Ya había vivido esta escena a través de los visores del puente de la *Vijaya*. Sin embargo, ahora parecía más real. Más real que la realidad... sólo la supertécnica de los prajapatis permitía esto.

La Esfera dejaba adivinar un foco de luz central, como si fuera la pantalla de una lámpara. Una pantalla negra, por supuesto, que normalmente no se elegiría para alumbrar una habitación.

Aunque se trataba de una elección lógica. Una Esfera de Dyson (así la llamaban los prajapatis) consistía en un sol rodeado por una cáscara esférica que interceptaba toda la energía luminosa.

Por segunda vez, la abertura polar norte de la Esfera bostezó hacia mí. La apariencia fue de ser engullido por un pez monstruoso, como se cuenta en las Sastras acerca del rishi^[63] que lleva mi nombre. Alargué la mano hacia la taza de té. Su calorcillo me dio una sensación de estabilidad.

El interior de la Esfera consistía en un universo luminoso. La luz solar era absorbida por ¿cuántos?, los millones, o trillones de árboles asteroidales que crecían en la cáscara.

Recordé lo que vimos a la llegada de la *Vijaya* a la Esfera. Aquellos árboles crecían en el vacío, protegidos por su corteza y epidermis herméticas, concentrando la luz solar con sus reflectores plateados, absorbiendo energía y enviándola en forma de microondas a los planetas, mediante sus raras «flores».

Sólo reflejaban una fracción de la luz incidente, aunque bastaba para crear el efecto de unas paredes de luz nacarina.

Oannes apareció flotando en aquel mar de luz. Lo inesperado de la escena me hizo casi derramar el té.

—Sígueme; —dijo divertido— intentaré llevarte lo más rápidamente posible a

través de todo esto.

Mi mano izquierda se cerró en torno al brazo del diván. En pocos segundos se desarrolló ante mí un viaje por el interior de la Esfera, que incluso en la *Konrad Lorenz* debió durar semanas.

Al principio, pareció que caíamos en vertical sobre el Sol. La estrella amarilla crecía en el centro de mi habitación... crecía... y crecía. Llevé inconscientemente la mano al bolsillo de mi camisa en busca de las gafas de sol; no se encontraban allí.

Levanté los pies para protegerme, mientras aquella gigantesca bola de fuego parecía a punto de tragarme. Las llameantes protuberancias de la fotosfera parecieron lamerme la suela de los zapatos.

—¿Es necesario esto? —aullé.

—Por supuesto, —replicó Oannes— la *Konrad Lorenz* es un estatorreactor Bussard, ¿recuerdas? Necesitaba la abundante masa que podía proporcionarme la corona solar, para poder completar mi deceleración.

El Sol alcanzó su tamaño máximo, y pasó silbando junto a mi oído derecho.

Nos dirigimos a la Tierra: se la reconocía por Jambudvida, el colosal anillo que rodeaba su ecuador. El planeta fue creciendo desde el tamaño de un punto luminoso, hasta convertirse en una deslumbrante estrella zafiro.

—Originalmente, debería haber desembarcado a mis pasajeros con ayuda exterior. Se suponía que las máquinas de Von Neumann habrían acondicionado el planeta y, por supuesto, yo contaría con dicha ayuda.

»Como en la Tierra no sucedió esto, desembarqué a los pasajeros mediante una de las torres; es decir, los radios de Jambudvida.

»El problema consistía en proporcionarles alojamiento. Yo llevaba el módulo-matriz (“la semilla” de una Ciudad autorreplicante), y lo lancé mediante un sistema de aterrizaje de emergencia, dotado de alas. Te lo mostraré.

Las imágenes habían sido filmadas desde la *Konrad Lorenz*, indudablemente. Mostraban un objeto que debía ser enorme, a juzgar por su tamaño respecto a Jambudvida.

Tenía una forma vagamente rectangular, de esquinas redondeadas, provisto de dos cortas alas triangulares. Ambas alas formaban una superficie continua con la panza, que poseía una leve curvatura. Recordaba uno de esos transbordadores de «cuerpo sustentador». La superficie del módulo matriz era negra, indudablemente un revestimiento ablativo.

Me acomodé en mi asiento. ¡No todos los días se tiene la oportunidad de contemplar el aterrizaje de una ciudad voladora!

—Por supuesto, —dijo Oannes— los pasajeros ya habían bajado por la babel. El módulo matriz no llevaba tripulantes.

—Muy comprensible.

Un cohete llameó en la proa de la Ciudad. Lentamente empezó a descender.

—La órbita inicial era circular, —siguió— y ese disparo la hizo adoptar una elíptica. El apogeo de la nueva órbita seguía estando en Jambudvida, aunque el perigeo se encontraba a unos cien kilómetros del suelo. Un segundo cambio de velocidad en el perigeo convirtió la nueva órbita en circular, esta vez a cien kilómetros del suelo.

Comprendí. Dejar caer una ciudad desde treinta y seis mil kilómetros de alto tal vez no fuera una buena idea.

—El resto del descenso fue cuestión de frenado atmosférico. Aquí hay imágenes desde tierra.

Fundido. Evidentemente, habían sido tomadas por un aficionado que movía la cámara demasiado rápido, un modo estúpido de derrochar aquellas imágenes tridimensionales.

A trompicones, vislumbré el cielo, Jambudvida, la tierra y el océano. Estábamos en una baja colina, en la costa. Se había congregado una gran multitud de colonos; excepto algunos que se encontraban bañándose en la cercana playa, estaban mejor vestidos y arreglados que sus descendientes de cinco siglos después, los que llamábamos «los ciudadanos».

El sol llameaba con fiereza en el cielo sin nubes. Suaves olas lamían la dorada arena.

Y aquel chapucero cámara se dedicaba a filmar estupideces. Un grupo de amigos sonrientes, que manoteaban hacia mí. Zoom sobre un lejano acantilado. Una gaviota-pelícano zambulléndose en picado...

Zoom sobre una guapa muchacha que se desnudaba en la playa. Bueno, al menos esto era interesante.

De súbito, el cielo ocupó el primer plano. Voces excitadas sonaron alrededor. Los cielos giraron enloquecidos mientras la cámara buscaba el punto exacto, en el horizonte de tierra.

Un diminuto rastro de vapor o humo blanco. Parecía un reactor volando. Se acercaba... se acercaba... parecía ir despacio, pero eso se debía a la altura.

De súbito cruzó sobre mi cabeza, y casi me disloqué el cuello cuando la cámara giró para seguirlo. La Ciudad no era visible más que como una mancha en forma de escarabajo, envuelta en una nube de aire ionizado y aislamiento térmico fundido.

Como una exhalación, la Ciudad voló sobre el mar, perdiendo altura claramente. Y casi se hallaba sobre el horizonte cuando, ¡¡BLAMMM!!!, una explosión hizo temblar las paredes.

Se trataba de la onda de choque de aquella increíble mole, cruzando el cielo más rápida que el sonido. Los espectadores se llevaban las manos a los oídos, con dolorida sorpresa. El cámara aficionado filmó sus voces y gestos de asombro.

De repente, con otro de aquellos mareantes giros, la cámara apuntó al mar. De reojo vi varios brazos extendidos en aquella dirección y varios bañistas que salieron rápidamente del agua.

El rastro de vapor se perdía en el horizonte. La cámara estaba fija en él. Aunque había algo más. Conforme pasaron los minutos, comprendí qué era.

Una ola. Una ola enorme que venía hacia la costa como un tren expreso. Las aguas someras de la playa descendieron con rapidez, ante las excitadas voces de los colonos. Algunos corrieron tierra adentro; nuestra cámara chapucero era de los valientes que se quedaron. Siguió filmando la llegada de la ola.

La ola barrió la playa vacía, aunque como medía sólo quince o veinte metros, no alcanzó a la gente subida a la colina. Se limitó a saltar en una impresionante montaña de espuma que bañó de pies a cabeza a los espectadores. Todo se volvió blanco.

Fundido. La cámara se encontraba ahora en la cubierta de una embarcación. Las aguas se abrían a ambos lados de la proa, y otras nos seguían. Todas ellas remolcaban otras embarcaciones sin motor: canoas o catamaranes, improvisados con troncos.

La cámara apuntaba insistentemente al horizonte. Una isla negra aparecía a lo lejos... sin embargo, no se trataba de una isla. Cuando la improvisada flotilla se acercó lo bastante, vi con claridad la forma de una Ciudad, flotando sobre unas aguas fangosas, en la que a su vez flotaban peces muertos. Se encontraba cubierta por fragmentos del escudo ablativo, aún humeantes.

Los colonos vitoreaban y aplaudían. Como una horda de invasores del mar, trepaban por los enormes flancos de la Ciudad flotante.

—El módulo-matriz —continuó el delfín— navegó hacia la costa. Los pasajeros se alojaron en su interior. Yo no tenía razones para temer por ellos, así que desamarré la *Konrad Lorenz* e hice un reconocimiento más detallado de los planetas.

Fundido en negro. De inmediato, apareció ante mí uno de los planetas troyanos. Dimos una vertiginosa órbita en torno al ecuador (en la que pude ver a la babel de pasada) y nos dejamos caer sobre la atmósfera.

El fragor de la reentrada llenó mis oídos; yo me encontraba a punto de vomitar. Imposible más realismo.

—Supongo que no aterrizaste en ese planeta.

—No; no hubiera podido despegar de nuevo con la *Konrad Lorenz*. Sólo dejé caer una de mis sondas.

Un cubo oscuro de un metro de lado se materializó junto a mi brazo; una de las «ventanas» tridimensionales de Vidya. Contenía una imagen tan detallada como una maqueta: un rechoncho transbordador espacial, con alas plegables y ruedas todoterreno bajo su panza. El cubo giró para que yo pudiera apreciar todos sus detalles.

Mientras tanto, la sonda ya había tomado tierra. Se encontraba en el centro de una

pradera aparentemente infinita, cubierta de hierba verde ondeando bajo el viento, sólo interrumpida por pequeños grupos de árboles. El verde se fundía a lo lejos con el azul, y no había ni una montaña a la vista.

Nos hallamos en medio de una llanura inacabable. Estábamos presenciando el trabajo de veinticinco millones de años de demolición continental: una penillanura, en la que apenas se apreciaban unas remotas colinas en forma de pan de azúcar, sin duda rocas muy resistentes.

Una manada de herbívoros pastaba tranquilamente. Tenían largas orejas de conejo, aunque la forma de su cuerpo parecía más bien la de un ciervo o antílope.

—Yo las llamo «lagelafos». Significa «conejo ciervo» en griego —explicó Oannes—. Juraría que descienden de los conejos. Los planetas serían sembrados con especies terrestres, que han evolucionado paralelamente.

—¿Estás seguro?

—En realidad no. Cuando partió la *Konrad Lorenz*, apenas empezaba la terraformación de los planetas. Bastante asombroso es que alguien tuviera el humor de acabarla, con la amenaza del Cúmulo encima.

»No vale la pena que te muestre las imágenes de los otros. Son similares, y después de todo un planeta es un lugar demasiado grande para juzgarlo por unas pocas fotos.

»Para entendernos, llamaremos a la Tierra el “planeta cero”. Numeraremos los otros a partir del cero, en el sentido de la traslación en torno al sol ¿conforme? Esa es una imagen del planeta Uno. El Dos es similar, y el Tres es el desértico. Aquí está lo interesante.

Un campo de dunas apareció ante nosotros. Este era un planeta modelado por el viento más que por los ríos.

La sonda avanzó rodando por el desolado paisaje. No había gran cosa que ver: arena; dunas; alguna roca grotescamente esculpida por el viento; arena; el cauce de una rambla o wadi; arena...

La cámara viró, enfocando a un banco de neblina. La sonda se dirigió a él. Empezaban a haber débiles rastros de vegetación, pequeños matojos aislados.

Unas siluetas negras aparecieron a lo lejos.

En la cresta de una duna se alineaba una fila de criaturas. Se hallaban inmóviles, con algunos metros de separación entre ellos.

Un zoom aproximó sus imágenes. Una de ellas parecía estar con nosotros en la habitación... y sentí como una serpiente de hielo deslizarse por mi columna vertebral. Instintivamente me puse en pie, olvidando que entre aquella figura y yo mediaban millones de kilómetros y cinco siglos. La taza vacía cayó al suelo.

Eran angriffs.

LA AMENAZA

El angriff estaba tan quieto como la gárgola de un templo. Sus extraños ojos parecían clavados malévolamente en mí.

Mi corazón parecía intentar escapar de la caja torácica y mi boca se encontraba seca. Me pasé la lengua por los labios.

—Estas cosas se avisan —traté de bromear.

Me dirigí al dispensador de alimentos en busca de otra taza... a ser posible, del licor más fuerte que pudiese suministrar. La imagen del angriff se interponía en mi camino y era tan insustancial como el haz de una linterna; sin embargo, a pesar de todo di un rodeo para evitarla.

Me serví con mano temblorosa una taza de té reforzada con algo llamado «scotch whisky» (o algo así), bebí casi la mitad y regresé al diván. Esta vez, por cuestión de honor, decidí atravesar la imagen del angriff. Lo hice. Lo más rápido que pude.

—Oannes, querido amigo. —La cólera reemplazó al miedo en mi ánimo. La sensación era reconfortante—. ¿Sabes lo que tenemos como vecinos?

—Tengo la sospecha de que estos son los «cuervos» de los ciudadanos, los Iyrim. Verás, las leyendas son muy variadas: destacan la crueldad de los Iyrim, su canibalismo, sus poderes mágicos, etcétera. Aunque hay algo que concuerda en todos los relatos: siempre vienen del sur. ¿Te han hablado de ellos? Hay una secta que los adora...

—¿Hablado? —grité—. ¡Son angriffs!

Entonces Oannes emitió el chillido más agudo que yo había podido oírle desde que nos conocimos. Puesto que su voz era producto de un voder, pareció tan serena como siempre.

—Me extrañaba que esas cosas pudiesen viajar por el espacio. Hasta ahora, créeme, no sospechaba que pudieran ser vuestros terribles enemigos. ¡Mierda, nunca vi imágenes de angriffs en las emisiones de televisión de Akasa-puspa!

—No, supongo que no. Llámalo una superstición nuestra. Y después de todo, esta no es su zona. Corrientemente es el Imperio quien se las ha entendido con ellos. Incluso yo mismo no he podido conocer más que vagas descripciones.

Bebí más té con «scotch whisky».

El angriff apenas movía un brazo o pierna. Finalmente mi corazón decidió que no había peligro y empezó a regresar a las setenta pulsaciones habituales. Me incliné hacia adelante para examinar aquella increíble criatura.

Su oscuro cuerpo era toscamente elíptico, no más voluminoso que un torso humano (si la escala de la imagen no me engañaba), aunque más corto y ancho. De él surgía un largo cuello de casi un metro, rematado en una cabeza algo más pequeña que la humana. Su pico y su color explicaba la mitad de la leyenda de los «cuervos».

Los disfraces de los danzarines adoradores de demonios estaban muy estilizados, y supongo que por eso no los reconocí.

Cuando abrió la boca, apenas pude vislumbrar unos dientes amarillos y puntiagudos. Fue muy rápido; sin embargo, creí ver una segunda fila de dientes. Recordé que se decía que los angriffs eran caníbales, que asaltaban las mandalas indefensas y se comían a hombres, mujeres y niños... Es probable que fuera una leyenda.

Aunque después de ver a uno de cerca, te vuelves muy crédulo.

Los ojos parecían globos de marfil amarillo, en apariencia incapaces de girar. Pupila en forma de rendija horizontal. No había rastro de iris.

Tenía dos brazos y dos piernas. Las piernas eran largas como zancos, quizás el doble de unas piernas humanas, con dos articulaciones a la mitad y a un tercio del extremo distal. Se doblaban al revés que en los seres humanos: la «rodilla» hacia adelante y el «tobillo» hacia atrás. Parecían las patas traseras de un saltamontes, y no era difícil imaginar al angriff desplazándose a saltos. Las patas se hallaban rematadas en un pie de dos anchos dedos unidos por una recia membrana, una adaptación para la arena. Sin duda mantendría muy bien el equilibrio sobre ella, y el bajo centro de gravedad del cuerpo le daría una gran estabilidad. Tras el punto de inserción de las patas había un pequeño abdomen curvado hacia abajo.

El efecto era algo pajaril, lo admito. Un pájaro con patas de saltamontes.

Los brazos explicaban también el apodo. Entre ellos y sus piernas se tensaban unas membranas muy finas, como ala de murciélago. Aunque parecían muy pequeñas para volar; su finalidad debía ser otra. Los brazos se plegaban también en dos puntos, y remataban en agudos espolones curvados como yataganes, que surgían en ángulo recto a la altura del tarso. Pero, sorprendentemente, tenía también cuatro dedos oponibles dos a dos, con uñas bifurcadas.

¿Dedos? ¡Por supuesto! ¿Cómo, si no, manipulaban máquinas? Aquella cabecita albergaba un cerebro inteligente... aunque no muy amigable.

—¿Qué supones que hacen? —pregunté a Oannes.

—Me parece que captan humedad del aire con esas membranas. Esta sonda se posó cerca del mar, de donde llegan vientos húmedos. Parecen muy bien adaptadas al hostil ambiente de ese planeta reseco.

Esto era muy interesante. Un enigma que dificultaba las operaciones militares contra ellos consistía en la localización de sus hábitats. Quizás buscaban los planetas menos habitables por los humanos.

Aquello era todo lo que podía deducirse «de visu». Aunque a pesar de ello (no pude evitar pensarlo) yo era ahora el biólogo que más sabía sobre los angriffs... de entre los biólogos vivos, se entiende.

—Hay otras imágenes que me gustaría que vieras —dijo Oannes.

De nuevo nos encontramos sobre una superficie cubierta de verdeante hierba con algunos bosquecillos dispersos.

—¿Otra vez Uno? —pregunté.

—No; esta vez es Cuatro. Mira.

Y miré. Aquello fue más sorprendente que la imagen anterior.

—¿Un angriff herbívoro? ¿*Herbívoro*? Esto es increíble.

—¿Cómo? ¿No lo sabías?

—No. Sabíamos que los angriffs eran carnívoros. Pero esto...

Moví la cabeza, confuso. Si había algún conocimiento seguro sobre los angriffs era ese.

El nuevo angriff se parecía en líneas generales al anterior. La misma distribución de miembros y órganos; lo que cambiaba eran las proporciones.

El cuerpo era rechoncho y enorme, casi del tamaño de una vaca. Las cortas y gordas patas traseras evidentemente nunca lo harían saltar más de unos centímetros. Por otro lado, las patas anteriores descansaban en el suelo. Sus dedos eran cortos y gruesos como plátanos, obviamente no prensiles.

La cabeza era gruesa, aunque esto no hacía al bicho más inteligente. La mayor parte de la cabeza eran enormes mandíbulas cubiertas por un pico truncado en su parte anterior. Indudablemente, un animal de pasto. El cuello era tan largo como el del carnívoro. Igual podía comer hierba que hojas de árboles.

(Inconscientemente pensaba en el angriff herbívoro como «animal». ¿Era yo antropocéntrico? El angriff anterior era carnívoro y manipulador de herramientas. ¿Sería por eso? Quien no tiene dedos prensiles no puede ser inteligente.)

¿O sí? Miré a Oannes en silencio.

Inteligente o no, el herbívoro no dio muestras de alterarse. Por la sombra que había a mis pies, vi que la sonda se había acercado rodando hasta pocos metros. En un momento dado levantó la cabeza vivamente y me miró con sus pupilas en forma de rendija. No cesó de masticar los tallos de hierba que festoneaban su boca. De modo involuntario me fijé en sus dientes planos, no puntiagudos.

Pasó un minuto. El herbívoro pareció pensar que la sonda no se lo iba a comer, así que se encogió de hombros (así me pareció) y volvió a la tarea de llenar la panza.

Nunca he visto un herbívoro más eficiente. Masticaba cualquier cosa vegetal que se le ponía delante. Hierba, matorrales, raíces y tubérculos, hojas de árbol y trocitos de corteza. Tras él quedaba abierto un auténtico sendero.

Otros similares a él avanzaban en fila, como segadores en un campo de trigo; sus cuellos se inclinaban a derecha e izquierda y su marcha era cuadrúpeda. De súbito hubo un cambio.

Todos a una, aquellas máquinas de tragar levantaron la cabeza. Hubo un movimiento relampagueante entre las hierbas.

Los herbívoros se dispersaron con gritos semejantes a bocinazos. Pero uno fue más lento que los demás.

—¡Krishna y Jesús! —musité.

Sobre el herbívoro cayó como una centella un angriff del tipo que habíamos visto en el planeta desierto. Sus espolones se clavaron a los cuartos traseros del herbívoro, que trató de deshacerse de él dando saltos. Pero la presa del cazador era firme. Su pico se inclinó sobre el ano de su presa, mordió y estiró y... los intestinos del herbívoro se esparcieron por el suelo como un plato de enormes spaghetti (sólo más tarde me di cuenta de que su sangre era roja). El herbívoro trataba de huir hasta que pareció enterarse de estar destripado, entonces se derrumbó. Me sentí a punto de vomitar.

Concluido para siempre el almuerzo del herbívoro, el cazador empezó el suyo. Cortaba bocados con el espolón de su zarpa, y los pinchaba con una espina que empuñaba en la otra mano; allí esperaban, hasta que el bocado anterior era tragado.

La escena de un carnívoro comiéndose a su presa con cuchillo y tenedor daba el toque justo de locura.

—Te evitaré los detalles —dijo Oannes.

La imagen se desvaneció. Encendí las luces y miré en torno mío, tratando de anclarme de nuevo en la realidad.

—¿Qué significa esto?

—Sé tanto como tú de estas criaturas. Ni siquiera las relacionaba con los angriffs. Pero...

—¿Sí?

—Pues bien, mientras me hallaba fuera, los pasajeros de la *Konrad Lorenz* fueron atacados.

—¿Por los angriffs?

—No lo supe entonces. Sólo sobrevivieron unos pocos. Después, cuando las sondas los encontraron y vi sus imágenes, empecé a atar cabos, aunque eso sucedió mucho más tarde. En aquel momento yo me sentía desesperado. Comprende, yo estoy inmóvil aquí —su aleta hizo un movimiento circular—. Ni siquiera me quedaban más sondas para proseguir la observación. Las que lancé eran las últimas.

»Así que tomé una decisión arriesgada: aterrizar. Algo para lo que la *Konrad Lorenz* no había sido diseñada. Lo conseguí tras drásticas modificaciones en el casco y motores, que equivalían a una total reconstrucción. No quería perder los recursos que me proporcionaba Vidya.

»Sea como sea, lo hice, y estuve a punto de organizar un desastre. Traté de contactar con los supervivientes; sin embargo, se habían dispersado.

»Sólo más tarde me di cuenta de los daños sufridos en el ataque.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—En primer lugar, parte de los bancos de memoria de la Ciudad habían sido destruidos. Me vi imposibilitado de comunicarme con las Ciudades...

—Espera; —interrumpí— ¿hablas de Ciudades, en plural?

—Sí, eso fue lo peor. Las copias de la Ciudad «heredaron» ese defecto. Pues los bancos de memoria de las nuevas eran todos copias del primero.

Silbé. ¡Mutaciones mecánicas!

—En segundo lugar, —prosiguió Oannes— los supervivientes humanos eran muy pocos, la mayoría niños.

—Demasiado pocos para mantener una civilización en marcha —comprendí de repente—. Lo que explica la rápida caída en la barbarie. Muy poco tiempo, si se tiene en cuenta su larga esperanza de vida.

—Exacto. Ahora sólo tienen un vago recuerdo a través de sus leyendas y tradiciones. Debo añadir que no hemos vuelto a ver a los angriffs, ni hemos vuelto a sufrir ataques... no sé por qué.

Chait Rai iba a llevarse una desagradable sorpresa. Me levanté y caminé en círculos, pensando.

Los angriffs se encontraban en la Esfera.

Aunque ¿eran ellos los que la controlaban? Era un pensamiento horrible donde los hubiera; sin embargo, debía enfrentarme con él.

No parecía probable. Esa conducta tan primitiva...

Y sin embargo, llegaron a la Tierra. ¿Dónde estaban sus espacionaves?

Una cosa estaba clara. En lo sucesivo llevaría un arma y haría prácticas de tiro.

Chait Rai me había enviado a aquel árbol para buscar a los «cuervos». ¡Y ahora los había encontrado, y eran angriffs!

Sí, pensé, tuve mucha suerte de encontrarme sólo con aquellos gatitos...

EL GUERRERO

Fui a informar a Chait Rai de las poco agradables novedades que habíamos descubierto. Lo encontré en su habitación, ocupado con sus nuevos animalitos de compañía; unos exploradores habían logrado capturar una camada de cinco cachorros de mono-gato, que habían quedado abandonados sin madre. El ksatrya los observaba, encerrados en una jaula. Los animalitos trepaban velozmente a los barrotes con inquietud, para luego saltar al suelo, arañando todo lo que veían y lanzando estremeedores maullidos.

—Preciosos, ¿verdad? Me los quedaré como mascotas. Los llamaré..., hmmm.. —los fue señalando— a este «Terror», a este «Pánico», a ese «Horror», y aquellos «Temor» y «Pavor». A propósito, ¿les has puesto nombre científico?

¿Ironía? No, supongo que no.

—Oannes, Vidya y yo hemos propuesto varios nombres: «eluropitecos», «tigricéfalos», «antropofelis». Pero no suenan muy bien. «Neopardos» es el que más nos gusta.

—Neopardos... no está mal. Maravillosas criaturas. Silenciosos... veloces... apenas unas sombras en el follaje. ¡Y de repente, caen sobre su presa como relámpagos! Los criaré personalmente.

Tenía un aspecto curiosamente paternal. Supongo que, como los ksatryas no conocen a sus hijos, dedican su rudo afecto a los animales domésticos. Y estos neopardos eran las mascotas ideales para un guerrero.

Introdujo su dedo en la jaula. Lo retiró con gran rapidez, ante el riesgo de perderlo.

—¿Querías algo? —dijo distraído, mirando a los neoparditos.

Yo le expliqué, un tanto atemorizado, las poco gratas nuevas. Chait Rai acogió sin la menor sorpresa la idea de que aquellos mundos podían estar infestados de angriffs. Pensaba que aquello no hacía más que confirmar sus sospechas. Alzó hacia mí unos ojos brillantes.

—No es la primera vez que me enfrento con ellos. ¡Me gusta! Vengaré la muerte de mis viejos compañeros... y esto —señaló su cara deforme.

—¿Has combatido con los angriffs? —pregunté esperanzado. Quizás teníamos alguna probabilidad, después de todo.

—No llegué a hacerlo. Le acertaron a mi cápsula de desembarco, que se incendió, y me rescataron medio quemado. El noventa por ciento de mis hombres no tuvieron esa suerte.

La noticia no me entusiasmó. Aunque en realidad se le veía más animado, casi humano. Creo que la acción era una buena terapia para sacarle del pantano que estaba destruyendo su mente.

Y nuestros cuerpos, pensé con aprensión.

Como medida inmediata, se limitó a llamar a sus secuaces y ordenar unas patrullas, que irían siempre por delante de Hebabeerst, para evitar una emboscada. Por mi parte, le pedí que me proporcionara un arma.

Chait Rai escuchó mi petición en silencio. Puso las manos en las caderas y me examinó de arriba a abajo; no debió de ser de su agrado lo que descubrió, porque lanzó un gruñido ahogado.

Aunque luego sonrió.

—Veremos qué te conviene.

Con una última mirada a sus mascotas, se dirigió a su armero. Un armario alto y profundo, que no faltaba en ninguna vivienda ksatrya. Abrió las puertas. Tanto en ellas como en el fondo del armero se alineaba su arsenal privado.

Nunca he visto más armas empaquetadas en menos volumen. Las había de fuego; pistolas, subfusiles, ametralladoras, granadas, un bazoka con media docena de cohetes. Y armas blancas: trozos de metal rectos, curvados, retorcidos, afilados, puntiagudos o cortantes. Un hacha con mango de un metro veinte. Una lanza rematada en una hoja de alfanje. Las contempló meditabundo.

—Veamos: una espada.. —miró a mis piernas— no; la esgrima exige un buen juego de piernas. Quizás un sable corto...

—¿Qué es esa cosa? —pregunté, señalando un trozo de metal de aspecto muy mortífero.

—¿Eso? —parecía divertido—. Puede que te vaya bien.

Lo empuñó. Era como una espada; sin embargo, su punta se curvaba como una U o un cayado. Los dedos quedaban protegidos por una guarda en forma de media luna afilada, con las puntas hacia fuera. El pomo se prolongaba en una hoja de puñal de un palmo de larga.

—Un arma divertida. Con el gancho puedes atrapar el arma del adversario, o bien el brazo, la pierna, la muñeca... lo que buenamente puedas. Los expertos atrapan el cuello y decapitan de un tirón seco. ¡Chas! —hizo el gesto—. Pero, siendo principiante, no te lo aconsejo.

—Desde luego —tragué saliva.

—Con un tirón puedes desarmarlo o desgarrarle tendones, vasos sanguíneos o músculos —Chait hablaba con tranquilidad, como si explicase cómo cambiar un fusible—. Así queda a tu merced, y lo rematas con la guarda en forma de media luna, o la hoja de cuchillo —volví a tragar saliva, asintiendo—. Se usa por parejas, una en cada mano, y para salir del paso no necesitas mucha destreza.

La cogí con cuidado. ¡Con tantas puntas y filos no sabía casi por dónde empuñarla!

—Preferiría un arma de fuego; un fusil...

Frunció el ceño pensativo.

—No te servirá de mucho. Si te encuentras con un angriff a cincuenta metros, debes acertar a la primera. Antes de que puedas disparar de nuevo, estará a tu lado, sirviéndose filetes de tus muslos —miró de nuevo mis piernas—. En tu caso, creo que empezaría por los hombros.

La conversación con Chait Rai era estimulante de las glándulas salivares. Volví a tragar.

—Esto es lo que más te conviene —me alargó una especie de escopeta corta, con dos empuñaduras y sin culata—. Escopeta antidisturbios. Dispara postas y no necesitas apuntar bien. A unos cuarenta metros, la dispersión de los proyectiles es demasiado grande; sin embargo, alguno puede acertar. A veinte metros dejarás tu blanco hecho un colador. A diez metros, le abrirá un agujero por el que podrás pasar tu puño.

Cogí cautelosamente aquel pequeño monstruo; parecía fácil de manejar. Me pregunté qué clase de «disturbios» podrían tener en Ksatryaloka.

Recordé que los ksatryas eran apenas un veinticinco por ciento de la población de Ksatryaloka. El resto eran semiesclavos. Sin duda, los disturbios serían muy fuertes.

—Me gusta; gracias —dije amablemente.

—Haces bien en equiparte, Jonás —me habló más amistosamente que nunca—. Esta es la situación que he esperado tanto tiempo. Luchar de cerca con los angriffs. ¡Espero que lleguemos a luchar cuerpo a cuerpo, como exige el daksa^[64]!

Apenas podía creerlo.

—¿Luchar cuerpo a cuerpo con los angriffs? Pero... ¡será una matanza!

—¡Así me gusta! —me palmeó el hombro con fuerza—. Espíritu combativo. ¡Llegarás a ser casi un ksatrya, Jonás!

No me atreví a decir más. Armado hasta los dientes, me tambaleé a mi habitación.

PREPARATIVOS

Los días que siguieron al descubrimiento de la verdadera naturaleza de los «cuervos» estuvieron muy ocupados. Chait Rai empezó a reorganizar su ejército.

En aquel momento sólo quedábamos tres de los once que decidimos quedarnos con él. En cierta forma, Chait Rai había demostrado mucha inteligencia (si es que se puede llamar así) al ir eliminando a sus antiguos camaradas, conforme éstos se fueron volviendo inútiles para él. Había decidido que los nativos eran más de fiar, pues lo consideraban un «dios». Claro que la misma «divinidad» la teníamos los venidos del cielo; sin embargo, Chait Rai se las arregló para que los sacerdotes creyeran que él era algo más, un avatar de su Dios supremo, Oannes, el Dios-Pez.

Y ahora su Dios les impulsaba a la «guerra santa».

Por eso creó los «Incondicionales de Chait Rai», un grupo de ciudadanos que le eran fanáticamente fieles, y que ocuparon junto a él el lugar de nuestros compañeros muertos. También se repartieron sus armas, por lo que al principio no pudieron ser demasiados. Chait pasaba el escaso tiempo libre que le dejaban sus tareas de entrenador, organizador y criador de neopardos en diseñar el uniforme de sus Incondicionales. Me mostró sus bocetos, y me preguntó qué me parecían. Se trataba de una especie de armadura ligera, casco con celada equipado con un transmisor y receptor de radio de galena, y una espada corta que pudiese acoplarse a la bocacha de las nuevas repetidoras 21 (aún no construidas).

Por supuesto me «pareció» elegantísimo y utilísimo. Así que hubo que destinar una sección para que fabricase aquellos uniformes, porque Chait Rai parecía decidido a que sus Incondicionales siguieran creciendo en número.

¿Qué hacían mientras tanto Indri y Zabul? Muy poco, aunque muy importante: sobrevivir. Habían aprendido a tener la boca cerrada y no hacerse de notar. Formalmente gozaban del status de lugartenientes de Chait, status que quizás no durara mucho, porque algunos de los Incondicionales empezaban a destacar, y Chait se ocupaba personalmente de su entrenamiento.

—Necesito más armas —me exigió un día Chait Rai, especificando:—. Armas de fuego. Explosivos. Cañones. Todo eso.

Siempre he odiado el Ejército. Y no he cambiado de opinión ni siquiera cuando la Marina de la Utsarpini se fijó en mí allá en Vaikunthaloka, cuando la tomaron con ayuda de la Hermandad. Ahora, allí estaba yo organizando un ejército... Claro que la idea de que los angriffs se encontraban en unos planetas «a la vuelta de la esquina» era suficiente para convertir en belicistas a los mismísimos Jesús y Buda.

A pesar de todo, yo seguía odiando al Ejército. Cuando le expresé esto a Chait Rai, aprovechando su buen humor ante la batalla inminente, me dijo:

—Los buenos soldados lo suelen odiar. Pero luchan. Y creo que tú serías un buen

soldado.

Lo que me faltaba por oír...

«Armas», había dicho Chait. Nunca había sospechado lo complicado que es organizar una guerra.

Pero yo, ¿qué podía hacer? Tenía, eso sí, los vastos conocimientos almacenados por Vidya en materia de armamento; sin embargo, estaba limitado por la técnica casi prehistórica de los ciudadanos. ¿Acaso esperaba que improvisara una atómica frotando dos palitos, o cantando un mantra como en las guerras védicas?

Ya teníamos en marcha un proyecto para producir en serie unas toscas copias de las repetidoras 21 de la Utsarpini. Había desmontado una de ellas, y tenía trabajando con sus piezas a los mejores herreros de Hebabeerst. El problema consistía en el tiempo; producir una a base de martillo y yunque era demasiado lento. Y necesitábamos cientos antes de poco tiempo. Cuánto, no lo sabíamos.

Teníamos que producir las armas en serie. Una consulta a Vidya confirmó mis peores temores: si teníamos que diseñar y construir máquinas-herramienta para hacer el trabajo más rápido, el trabajo se haría tan tarde que para entonces ya estaríamos en el estómago de aquellos horrores. Lo mejor que podíamos hacer era montar cadenas de producción con las herramientas disponibles y olvidarnos de las máquinas.

Había, además, otra cosa. Lamentablemente, la Ciudad nos proporcionaba generosamente vino, comida, ropas, perfumes, combustible y cualquier comodidad, incluso preservativos; pero los diseñadores de las Ciudades no pensaron en cosas como pólvora o explosivos, lo que era otro problema añadido.

Quizás sí pudieran hacerlo, si pudiéramos reprogramar sus robots y microfábricas. Pero no podíamos; esta era la peor frustración.

Al menos descubrimos una cosa: podían proporcionarnos materiales semielaborados: madera, metal en planchas, barras o tubos, plásticos, ciertos productos químicos básicos. Ya era algo.

He dicho que Hebabeerst nos proporcionaba combustible: se trataba de alcohol etílico, sintetizado a partir de la materia orgánica que recolectaba a su paso; probablemente destinado a sintetizar las innumerables bebidas alcohólicas («combustible» en un sentido ligeramente distinto) que parecen acompañar a la Humanidad. Sin embargo, aún no habíamos podido darle un uso adecuado. Construir un motor de explosión con yunques y martillos era tan complejo como producir armas de fuego; sin embargo, pusimos a grupos de ciudadanos a la tarea.

Mientras tanto, utilizaríamos los antiguos recursos de los nativos. Los ciudadanos montaban una especie de cabras con cuernos en forma de manillar, de modo que seleccionamos las mejores de aquellas «motocabras» para nuestra fuerzas montadas.

Yo encontré otro animal que podría sernos útil. Se trataba del macho del animal del que los ciudadanos extraían su leche. Oannes le llamó «antilofante», y se trataba

de un herbívoro tan enorme como estúpido, con dos enormes cuernos en forma de rastrillo surgiendo de la placa córnea que protegía su rostro. Pensé que sería el animal de carga ideal mientras desarrollábamos nuestros motores. Y no me equivoqué, pues incluso después de fabricados éstos, seguimos usándolos por ser más versátiles que nuestros primitivos automóviles..., y menos propensos a averías.

LA FLOTA II

A los noventa y seis días de la partida de la flota, se produjo la cita con el rickshaw. Lilith y Dohin observaron el acoplamiento desde el puente del navío de línea imperial *Asura Nama*.

El rickshaw apareció como un punto diminuto sobre la negrura del espacio intergaláctico. En estos momentos, la velocidad de la flota era de un cuarto de la de la luz, la misma que la de un rickshaw; uno y otra se aproximaban con lentitud calculada.

Aquella hazaña impresionaba a Lilith; recordar que una colisión con un cuerpo en reposo, aunque fuera un grano de arena, liberaría tanta energía como una bomba de fusión... Lilith no sabía las suficientes matemáticas para calcularla, y temía preguntárselo a Kot Dohin. Debía confiar en el blindaje antiabrasivo del *Asura Nama* y las defensas láser para cuerpos mayores.

Pero el pensar en la velocidad le trajo otra idea a la mente.

—Kot, —preguntó a su compañero— ¿qué hay de la relatividad? ¿Cuál es ahora nuestro atraso?

—¿Atraso? Bueno, —Dohin, siendo físico, no podía aceptar aquella forma descuidada de expresarlo— no estamos ni atrasados ni adelantados respecto a nada, porque no hay forma de ponernos de acuerdo con un observador en Cakravartinloka (supongo que a eso te refieres) sobre qué momento es «ahora»... —advirtió un imperceptible resoplido de la bióloga—. Pero, respecto a un observador en Cakravartinloka, un segundo para él equivale a...

Calculó con su ordenador de bolsillo.

—... 0'97 segundos de tiempo de a bordo. Pero igual podíamos decir lo mismo a la inversa, ya que la inexistencia de la simultaneidad...

—Gracias —Lilith le estrechó el antebrazo para suavizar su rudeza.

—Si quieres saber nuestro «atraso» como dices, multiplica el período que sea por 0'97. Un mes es unos.. —calculó de nuevo— veintinueve días. Cuando alcancemos nuestra máxima velocidad, el factor será 0'87.

—Y cuando volvamos, ¿cuál será el deslizamiento temporal? —preguntó Lilith.

—Es difícil de decir, porque la velocidad no es constante. Si quieres puedo hacer la integral.. —alzó su ordenador de bolsillo.

—No, gracias, no te molestes.

—No es necesario —esta vez era el comandante Azmeri, sentado en el sillón de mando—. Ya lo hemos calculado. Si seguimos el plan de vuelo previsto, nuestro cronómetro atrasará cinco meses y unos veintiséis días, aproximadamente, según nuestra «Kaviv Yantra^[65] 3600».

El comandante palmeó con afecto la terminal del ordenador.

—Cosa que resulta muy conveniente; —añadió, con una sonrisa— porque la paga se computa en tiempo de la base. Casi medio año estándar de sueldo extra. Por eso, en los viajes de alta aceleración, no se dan primas de servicio peligroso.

Los oficiales de puente emitieron una risa cortés. El comandante continuó:

—Miren aquí, esto les interesará.

Señaló una «ventana» en la pantalla, en la que aparecía una esfera luminosa dibujada por ordenador. La mitad era azul, la otra roja, y un cinturón blanco las separaba. El azul y el rojo palidecían en las proximidades de esta banda blanca.

—¿Sabes lo que es eso? —ambos científicos negaron—. La imagen es en falso color. Nuestros ojos no pueden verla, pero es la radiación de fondo.

Dohin silbó. Lilith sabía lo que era: una tenue emisión de microondas, residuo de la «Gran Explosión» que dio origen al Universo.

—¡Y nuestra velocidad la desplaza al rojo o al azul! —gritó excitado Dohin—. Es fantástico.

—En efecto, y muy útil —dijo el comandante—. Nos proporciona un punto de referencia para medir nuestra velocidad con gran exactitud.

—Desde luego; —completó Dohin, dirigiéndose a Lilith— el desplazamiento al rojo o al azul depende de la velocidad. Y la casi total isotropía de la radiación de fondo proporciona un sistema de coordenadas independiente del movimiento de las estrellas. ¡Extraordinario!

Lilith apenas pudo seguir la explicación de Kot.

—La Marina ha hecho un gran trabajo con la intercepción del rickshaw —dijo.

—Ya puede decirlo —dijo el comandante Azmeri—. Calcular la órbita de un rickshaw y ajustar la nuestra a la suya, teniendo en cuenta los límites de precisión de los instrumentos, es muy difícil. Y no digamos hacer todos los cálculos corregidos para nuestro tiempo relativo... Un pequeño error nos habría alejado tanto que no podríamos detectar al rickshaw.

»Pero sólo nos corresponde parte del mérito. Los matemáticos banjaras hicieron la mayor parte del trabajo previo.

—Son ellos quienes poseen los mejores matemáticos del Imperio, —añadió Dohin— y los mejores ordenadores. Ya quisiera yo disponer de algo parecido.

Quizás porque no se hallaba directamente interesada por la astrofísica, Lilith creyó entender que las palabras del comandante ocultaban algo.

—¿Ha colaborado la Marina Imperial antes con ellos? —preguntó, afectando indiferencia.

—Oh, claro; —repuso el comandante— esto de aproximar dos naves que se mueven a una fracción de luz, es un juego que la Marina Imperial ha practicado muchas veces. Es el único medio de abastecer una nave de fusión en territorio hostil. Claro, no es algo que vaya difundiendo a los cuatro vientos...

—Entiendo. Comandante, ¿es posible que yo visite el rickshaw?

El comandante Azmeri carraspeó, no deseando contrariar a sus visitantes.

—Doctora, trasvasar la carga y el combustible es un proceso engorroso. Los hombres están muy ocupados. No sería...

Hizo un gesto de impotencia.

—Oh, disculpe; —cuando Lilith decidía ser diplomática, era suave como la miel — pero quizás no le hayan informado de que yo participé en la investigación de los rickshaws destruidos. Y también el doctor Dohin.

—¡Ah! Claro, ese es uno de los motivos por el que están ustedes aquí.

—Exacto —sonrió Lilith—. Desde entonces no han habido más destrucciones. Pero quisiéramos comprobar la eficacia de mi... llamémosle vacuna.

Sin darle importancia, Lilith hablaba en plural, dando a entender que quería a Kot Dohin a su lado. Continuó.

—Por otro lado, conozco a esos bichos. Los he estudiado mucho tiempo. Si por casualidad está infectado, sería peligroso para sus hombres. Podemos reconocer el grado de peligro, si lo hay.

—No se hable más; —se decidió el comandante— daré orden de que dispongan mi chalupa a sus órdenes. ¿Tiene usted entrenamiento EV^[66]? Oh, desde luego, ya recuerdo. Bien, dispónganse para dentro de dos horas.

La chalupa era un típico transbordador estándar BG/SA (baja gravedad, sin atmósfera). Tenía forma de un poco estético lagarto de cabeza triangular, con cuatro cortas y gruesas patas, que eran los cohetes de aterrizaje y control de actitud. El cuerpo era un módulo intercambiable, en este caso para transporte de personal. En la popa se encontraba el pequeño y potente impulsor iónico.

El piloto era un marino especialista, un hombre delgado y de piel marrón-negra. Lilith conocía bien este tipo de vehículos, que había utilizado durante su trabajo con los rickshaws siniestrados y los juggernauts, y en diferentes mandalas antes y después; por ello se acomodó en el puesto de copiloto.

A través de las ventanillas, pudo ver un gran número de naves auxiliares de diferentes tipos que se dirigían al rickshaw: gabarras espacio-espacio, con o sin motor, remolcadores, bombeadores, portatubos, otros transbordadores similares a la chalupa...

Frente a las navecillas se extendía el más impresionante producto de la tecnología imperial: un rickshaw, una nave automatizada de un kilómetro de largo, equipada para el transporte de diversos cargamentos: sólidos, graneles, líquidos, gases licuados... cualquier cosa imaginable. No llevaba motor principal, sólo pequeños impulsores iónicos para el adrizamiento.

El pequeño cilindro fue creciendo y creciendo hasta llenar la portilla: un enorme muro de metal, que no obstante se doblaría bajo su propio peso en gravedad normal.

La chalupa sobrevoló el casco del rickshaw como si fuera la superficie de una luna. Los pequeños detalles, invisibles a distancia, eran enormes portalones y grúas que desestibaban la carga, según las instrucciones del ordenador del rickshaw. Frenar los contenedores de mercancías era asunto del sistema planetario de destino, mediante una combinación de velas de luz y láseres con base asteroide. De allí se enviaban a los consignatarios receptores.

El piloto se posó en un punto del casco. Varias naves se habían posado cerca o iban a hacerlo.

—Aquí ya pueden salir, doctora —dijo el marino—. Llamaré al teniente...

—No hace falta, gracias —le cortó Lilith—. Conozco los planos de un rickshaw, aunque nunca he estado en uno.

—Pero...

—No se preocupe. Si necesito ayuda, llamaré por radio.

El marino pensó un momento.

—De acuerdo, doctora. La oirá alguno de los nuestros. Hay algunos cerca de esta zona.

—Gracias. ¿Cómo entramos? —dijo Lilith.

—Es fácil. ¿Ve usted esa escotilla? Se abre manualmente.

Lo suponía, pensó Lilith.

—Vamos, Kot, a equiparnos.

Los científicos se cubrieron la piel con el spray de trajes: un líquido que se solidificaba y extendía como una delgada cutícula semitransparente; una segunda piel resistente al vacío, y un casco esférico. Se cubrieron con monos térmicos sobre la espuma sólida, ya que el rickshaw se encontraba sólo a unas decenas de grados absolutos. Mientras se colocaban los tanques, Lilith oyó al marino hablar por radio.

Ya protegidos, abrieron la pequeña cámara de aire de la chalupa. Lilith y Dohin flotaron sobre el casco del rickshaw, sujetos con sus arneses de seguridad.

La escotilla se abrió sin dificultad. Una bocanada de helio les empujó levemente, y entraron a través de la pequeña esclusa en una enorme y bien iluminada bodega. Se hallaba subdividida en un laberinto de pasarelas y cubiertas constituidas por un débil entramado de alambre: por supuesto, el rickshaw nunca aceleraba a más de un centésimo de «g», ni se encontraba sometido a gravedad. Aquellas cubiertas no necesitaban soportar el peso de la carga.

Un marino flotó hacia ellos, impulsándose con una pistola de gas.

—Ah, teniente... Jasagar, no debía haberse molestado.

—No es molestia —dijo el oficial—. Es nuestro deber asegurarnos de nuestros invitados.

—Gracias. ¿Puede guiarnos? Creo que estamos en la bodega número cuatro. Carga embalada. Pero es un laberinto.

—En efecto —dijo Jasagar, con leve asombro—. Es fácil perderse si se desconocen las indicaciones. Bien, ¿necesita algo?

—¿Qué están descargando aquí?

—Desestibando —rectificó suavemente Jasagar—. Sacar la carga fuera del casco de una nave es desestibar; bajarla al terreno es descargar. Estamos desestibando provisiones.

Señaló a un grupo de marinos que hacían descender un enorme tractor-waldo. Como la máquina no tenía peso, un grupo de marinos la hacían bajar tirando con poleas. La escena era levemente cómica: el tractor parecía un dirigible de grotesca forma.

Dohin parecía divertido.

—Provisiones congeladas a diez grados absolutos. ¿Cómo las descongelan? Si les echan agua hirviendo...

—Si hay cintamanis en este rickshaw, —interrumpió Lilith— deberían estar aquí. Materia rica en carbono.

El oficial miró aprensivamente en torno. Incluso Kot Dohin lo hizo, pese a que él ya se hallaba familiarizado con aquellas increíbles criaturas del vacío.

—Pero antes veremos si está «vacunado».

Sacó el instrumento que había preparado: un diminuto cromatógrafo de gases, un aparato compacto y sensible, capaz de identificar un millar de compuestos distintos en concentraciones mínimas. El oficial miraba con interés.

El cromatógrafo presentó una serie de lecturas en su monitor.

—Helio, por supuesto. Noventa y nueve por ciento... —leyó la bióloga—. Pero lo interesante es el uno por ciento. ¡Ah, aquí está!

El aparato mostraba, entre otras la línea:

ADXN con hipoxantina.... 1.3E-10

—No hay mucho; —dijo Jasagar— una parte entre diez mil millones.

—Basta con eso —aseguró Lilith—. El rickshaw está protegido. No obstante, mejor será buscar cintamanis encapsulados. Por favor, teniente, guíenos.

—¿Qué se supone debemos buscar? —preguntó Jasagar.

—Objetos del tamaño de los dos puños, con facetas geométricas, de color gris ceroso —le informó Lilith—. Hay que tener los ojos atentos.

Flotaron por aquel laberinto; colosales estanterías de varios metros de alto separaban cajas de tres o cuatro metros de lado. Los corredores eran bastante amplios, para permitir el paso de máquinas. Lilith tenía la sensación de ser una mosca volando en un supermercado de gigantes.

Las cajas estaban preparadas para soportar el vacío, y los embalajes se hallaban «paletizados en origen»: en sus bases habían una especie de listones paralelos a las propias bases de las cajas, con una separación de un decímetro; de este modo, las horquillas elevadoras podían aferrarlas y manipularlas sin la intervención del brazo humano.

Muy opuesto a la tradición de la Marina, pensó divertida Lilith. De repente vio moverse algo sobre ella: una especie de araña de metal, colgada de un riel.

—¿Qué es eso? —exclamó.

—Oh, un simple robot de inspección —Jasagar se sentía divertido ante su sobresalto—. Se encargan del mantenimiento del rickshaw. ¿No lo sabía?

—No me acordé —dijo Lilith.

—Lástima que no le podamos preguntar si ha visto cintamanis últimamente —dijo Kot Dohin. Aquello hizo recordar al teniente Jasagar lo que le inquietaba.

—Bueno, los robots nos ignorarán. Sigamos.

Inspeccionaron aquellas enormes cajas, arriba y abajo. Lilith pensó que había pocas probabilidades de encontrar cintamanis. Había miles de rickshaws. Las probabilidades eran increíblemente pequeñas.

Pero algo le decía que aquel rickshaw llevaba «polizones». Quizás era instinto femenino.

—¿Hay muchas bodegas como esta? —preguntó impaciente Dohin.

—Quince, aunque once de ellas son tanques de hidrógeno licuado —fue Jasagar quien contestó—. No es recomendable entrar, sólo meteremos un robot bombero de control remoto.

—¿Qué pasa, temen que se incendie? —se sorprendió Dohin.

—¿Sin oxígeno? —rió el teniente—. No me ha comprendido. El robot bombero es el que revisa o maneja las bombas. Para bombear el hidrógeno líquido, o trasvasarlo a otro tanque para mantener equilibrada la nave.

—¡Ah! —dijo el físico, ligeramente avergonzado ante la plancha.

Siguieron inspeccionando, mirando con atención en torno suyo. De repente, Jasagar dijo:

—¿Qué es eso? —con voz más aguda de lo que hubiera deseado.

«Eso» era unas cajas sobre las que había incrustados unos objetos sospechosos... los «objetos del tamaño de los dos puños, con facetas geométricas, de color gris ceroso» que había descrito Lilith. Debía haber un centenar.

—Cintamanis —confirmó Lilith.

—Pero... entonces... —dijo Jasagar—, ¿está infectado?

—No. La sustancia que hay en la atmósfera del rickshaw, el ADXN, lo mantiene inactivo —dijo Lilith

Despegó uno con la mano y lo golpeó contra la pared, rompiéndolo en mil

pedazos.

—¿Lo ve? Si estuviese activo, parecería una gelatina gris, viscosa, que destruiría todo a su paso con un potente ácido.

Jasagar no parecía hallar convincentes las palabras de la bióloga, que añadió:

—Me alegra comunicarle que el paciente está salvado. Teniente, nosotros sacaremos a estos bichos de aquí, y mientras, sugiero que inspeccione las cajas antes de que las carguen (o estiben) en la flota, para que no nos llevemos una desagradable sorpresa. Nuestras naves no tienen ADXN en su atmósfera. Ahora que ya sabe cómo son...

Jasagar asintió.

—Desde luego. Instruiré a mis hombres, y les mandaré un robot para que les ayude con esto, aunque... cuando quieran regresar, sigan las indicaciones. Las flechas amarillas señalan la proa, las verdes hacia el exterior del casco. Rodéenlo, y no tardarán en hallar alguna escotilla. Están numeradas. Si tienen problemas...

—Llamaremos. Gracias —dijo con voz cálida Lilith—. Creo que no tendremos problemas. Recuerdo el número de la escotilla por la que entramos.

El teniente Jasagar voló en dirección a sus hombres. Lilith examinó una de las cajas.

—Vamos, Kot, hay que sacar esta porquería.

Los cintamanis habían llegado a corroer parte del embalaje, antes de quedar inactivados. Varios paquetes que contenía se hallaban también corroídos. Lilith cogió uno y miró la etiqueta.

—Menos mal que sólo son unos pocos —comentó alegremente Dohin—. Gracias al «Jarabe Milagroso de la doctora Firishta», prodigiosa cura para naves espaciales enfermas de «cintamanitis aguda». Siempre he pensado...

—Kot: —dijo Lilith, con más aspereza de la necesaria— recuerda que tus comentarios jocosos los oye por radio la mitad de la tripulación, y me temo que los estamos distrayendo en su trabajo. Piensa en silencio. O mejor, desconecta el transmisor y enchufa el cable a mi radio.

—Oh —la bióloga hacía justamente eso. Algo sorprendido, Dohin lo hizo también.

Una vez unidos, como dos hermanos siameses que compartieran el cordón umbilical, el tono de voz de Lilith se volvió grave, casi acusador:

—¡Lo sospechaba! Kot, mira esta etiqueta.

El físico lo hizo, perplejo. Decía:

SERVICIO DE INTENDENCIA DE LA MARINA IMPERIAL

Contenido:

HAMBURGUESAS CON SALSA AGRIDULCE (2 unidades)

Composición:

Agua: 10 %

Peso seco (sin cenizas)

Hidratos de carbono: 50,15 %

Grasas: 10,20 %

Proteínas: 39,64 %

Vitaminas: 0,01 %

Peso: 235 gr.

Contenido energético: 6,2 Kcal/gr

Fecha de envasado: 4590 dfi.^[67]

—No acabo de entender... —dijo Kot—. A no ser que nos encontremos ante una mente sádica y perversa. ¡Hamburguesas con salsa agrisada! Deberíamos dejarlo a los cintamanis. Nunca invadirían otro rickshaw.

—Por favor, Kot, estoy hablando en serio —dijo irritada Lilith—. Mira la fecha de envasado. *Este paquete tiene cuatrocientos años.*

—Más a mi favor. Condenar a nuestros much.. —Kot abandonó su ironía—. Pero si esta expedición... Un momento, ¡tiene que ser un error! Quizás se traspusieron el 9 y el 5.

—¿Y esto? —Lilith sacó otros paquetes de comida—. Pollo con arroz pilaf. Envasado en 4585. Ensalada de pescado: 4579. Es toda la partida. ¿Te das cuenta? —exclamó triunfante Lilith—. El Sistema Cadena no es una simple vía comercial.

—¿Y todo eso lo acabas de descubrir en un momento? —Dohin estaba estupefacto.

—Empecé a sospechar cuando el comandante Azmeri nos habló de sus «jueguitos» con los banjara. Entonces pensé... ¿cómo no se te ocurrió a ti antes? —exclamó irritada—. ¿Abastecer dos rickshaws en tan pocos meses? ¿Moviéndose a un cuarto de luz? ¡Por Kamsa, tú eres el físico, no yo!

—¡Kamsa y Putana! —fue el turno de exclamar de Dohin—. Todo encaja. ¿Cómo mantener sometidas las provincias? Con naves de fusión. Pero éstas necesitan hidrógeno enriquecido en deuterio. ¿Cómo conseguirlo en el espacio yavana, o el espacio angriff?

Agitado, Dohin siguió pensando en voz alta.

—No conocen la fusión controlada. Se las arreglan con veleros de luz. De modo que... el Sistema Cadena es una inmensa tapadera, de algunos rickshaws que son transportes militares. ¡Una idea brillante!

—Las naves ni siquiera tienen que decelerar para abastecerse —continuó Lilith—. Y eso pone a los rickshaws a salvo. ¿Qué enemigo del Imperio puede interceptar un objeto moviéndose a un cuarto de luz?

—Ninguno —afirmó Dohin—. ¿Cuántos rickshaws de éstos crees que hay? ¿Uno entre cinco? ¿Uno entre tres?

—No lo sé. Lo que sí está claro es que hemos descubierto el secreto militar mejor guardado del Imperio. Mejor guardado que los microchips, la fusión controlada o las armas de haz de partículas —la mujer rió—. Eso explica muchas cosas. ¿Por qué todos se pusieron tan nerviosos cuando fue destruido el primer rickshaw?

Dohin no respondió. Todo un Imperio estelar temblando porque un animalejo de menos de cien gramos de peso había confundido una nave espacial con su bocado favorito... era una idea demasiado disparatada. Pero así era.

PLANES DE PRODUCCIÓN

¿Qué clase de armas quería Chait Rai? ¿Y cuáles sería posible producir? Curiosamente, Chait Rai no quería tratar personalmente con Oannes y su ordenador. Sospechaba que habían ocultado deliberadamente la presencia de los angriffs, y no pude persuadirle de lo contrario. Pasé innumerables sesiones con él y el terminal de Vidya.

Chait Rai quería todo lo que un ejército de infantería necesita: armas automáticas, granadas de mano y de fusil, morteros, antitanques... Y por supuesto, artillería, tanques, aviación, etc. La lista era inacabable.

Empezamos reduciendo la lista a lo esencial. Nada de cañones ni de misiles, aunque sí alguna clase de «artillería de bolsillo». Algo que pudiese ser transportado con facilidad a lomos de antilofante..., o a lomos de soldado: un tubo lanzacohetes, como un bazoka pesado. Granadas de mano; pueden lanzarse con honda.

Descubrí una sustancia que, mezclada con alcohol, daba una especie de gelatina incendiaria. Con ella fue fácil improvisar unos eficientes lanzallamas.

Los tanques necesitarían motores muy potentes. Habría de confiar principalmente en tropas montadas en motocabras. Aunque sí insistió mucho en disponer de aviación.

¿Y qué hay de armas personales? Los ciudadanos tenían, y sabían usar, armas blancas; se necesitaban de fuego. ¿Pero cuáles?

Según nos explicó cuidadosamente Vidya, nuestro problema era análogo al de un fabricante que debe elegir entre producir mucho y malo y barato, o producir poco y bueno y caro. La mayoría —nos informó nuestro sabio ordenador— elige una solución de compromiso.

Pues a buscarla. Vidya nos pidió ciertos parámetros: potencia de fuego de un arma (expresable en número de disparos por minuto), número de soldados a equipar (otro número). Horas de trabajo necesarias para producir un arma (otro número), número de operarios disponibles y sus tipos (otros números), tiempo necesario para instruir en sus tareas a los operarios (otros números). Cantidades de materias primas disponibles (otros números). Distancias entre las Ciudades (más y más números). Plazo de tiempo disponible...

Metió esa montaña de números en su batidora cerebral y, en menos de medio minuto, nos proporcionó un plan para armar a los ciudadanos en siete meses. Confeccionó planes de producción (por ciudades y hasta por artesanos individuales), itinerarios de transporte y, mientras escuchábamos anonadados, nos informó de que la producción se detendría en el día 68 (a las 11 AM para ser exactos) por falta de cobre para las cápsulas. Sugirió como sustituto el aluminio, extraído de la arcilla.

Oannes nos dijo que esta tarea era «pan comido» para Vidya. Una de sus

principales funciones era la de administrador colonial al término del viaje, y disponía de buenos programas y modelos económicos.

El plan de Vidya consistía en tres tipos de armamento individual. El más abundante consistiría en «carabinas», fusiles de retrocarga de un disparo: de estos se produciría para todos los hombres que no tuviesen los otros tipos. Un segundo tipo eran fusiles de repetición, de cerrojo, uno por cada diez hombres. El tercero era una versión de la repetidora 21, una por cada cincuenta (astutamente, la munición de los dos últimos tipos era intercambiable). En la medida de lo posible, las armas usarían las mismas piezas para simplificar la producción.

Chait Rai insistía en las armas automáticas; decía que una ametralladora tiene la potencia de fuego de cien hombres. Finalmente se convenció cuando Vidya (con números en la mano) demostró que se podían producir cien fusiles de un solo tiro con el mismo esfuerzo que 0'098 ametralladoras.

Dejar sin armas a cien hombres por disponer de un décimo de ametralladora era más bien ridículo, así que dio su aprobación con modificaciones: quería revólveres y fusiles más cortos para la «caballería». Vidya reajustó sus planes, y pronto nos pusimos al trabajo.

No se crea que todo lo que yo hacía era vivir en el nirvana mientras hacía preguntas a Vidya. Pronto empezaron los problemas: suministros que no llegan o llegan al sitio erróneo, transporte que se retrasa, discusiones. Pasé la mayor parte de los meses siguientes viajando en el reptador de una Ciudad a otra (por desgracia, nuestras exigencias obligaron a las Ciudades a ampliar el radio de sus vagabundeos en busca de materiales). Me presentaba en una Ciudad como «mensajero divino» (¡vaya mensajero!) e indagaba dónde estaba esto o aquello o por qué cierto fabricante afirmaba haber producido X artículos cuando en realidad había producido Y, y el plan exigía que produjera Z... Chait Rai amenazó con cortar algunas cabezas (lo hubiera hecho si yo no le hubiese persuadido de la necesidad de mano de obra) y la producción empezó a marchar.

En verdad, sólo hubo una cosa en la que Vidya nos falló.

Cuando Chait Rai le pidió aviones... Vidya no sabía cómo construirlos.

Claro, en sus archivos figuraban la teoría del vuelo y varios esquemas y fotos. Pero planos detallados..., órganos de control..., aparatos de navegación..., servomandos..., ¡no tenía ni idea!

Chait Rai se subía por las paredes. A los diseñadores de Vidya y las Ciudades no se les ocurrió que los colonos necesitasen una escuadrilla de bombarderos nada más llegar; muchas cosas, por ejemplo, aviación, debían ser desarrolladas por los propios colonos. Algo habrían de hacer para no aburrirse.

Chait Rai se exasperó; por unos terribles días creí que retornaba su paranoia y me veía fusilado, o algo peor. Aquellos hijos de Putana de neopardos habían crecido

aprisa y tenían demasiado buen apetito...

Yo trataba de razonar con él; que, aunque tuviésemos planos detallados, quizás hubieran resultado demasiado difíciles de construir con nuestros pobres medios.

¿Pero es que no hay nada que hacer?, vociferaba. ¿Ni siquiera un ultraligero?

¿Ultraligero?

Se trataba de una especie de mini-avión, explicó Chait; hecho de plástico y tubos de metal y cables, movido por un motorcito de poca potencia. Llevaba un hombre y pesaba un centenar de kilos. Un deporte muy popular en el Imperio. ¿Ni siquiera eso?, clamaba.

Al instante Vidya respondió: «Sí, puedo diseñar un ultraligero». Y me pareció que su voz sonaba con embarazo.

Ante nuestras indignadas preguntas, Oannes nos explicó que la memoria de Vidya era «direccionable por ficheros». Había encontrado los planos de varios tipos de aviones ultraligeros en el subdirectorio «Deportes» en lugar de el de «Aviación». *¡Pero no se le ocurrió buscar allí hasta que Chait Rai pronunció la palabra mágica!* Empecé por vez primera a darme cuenta de las limitaciones de la inteligencia artificial... y de la de Chait Rai, al que me costó mucho convencer de que Vidya no pretendía ocultar nada deliberadamente.

Los hicimos, y resultaron una belleza. Unos trastos semejantes a cometas, ligeros como plumas y de escaso techo y autonomía, que se manejaban con un sola palanca y que aterrizaban en un pañuelo. No podían llevar mucho equipo: algunas bombas no muy pesadas, o equipo fotográfico. Aunque tal vez bastase... a no ser que los angriffs tuviesen aviones «adultos».

Los ciudadanos se sentían estupefactos cuando les anunciamos que Chait Rai iba a ¡enseñarles a volar! ¿Hacían falta más pruebas de que Chait era Dios? Pronto se formaron los «Incondicionales del Aire».

Vidya había predicho entre un 5 y un 23 % de accidentes en los entrenamientos, aunque afortunadamente sólo se mataron dos de los nuevos pilotos. Uno elevó el morro en lugar de bajarlo, entró en pérdida y no supo salir. Otro voló sobre la Ciudad... y quedó frito en el haz de microondas que la seguía desde el espacio. Los restantes sólo se rompieron algunos huesos. Esto no enfrió el entusiasmo general.

Como no se usaban las piernas para guiarlos, quise aprender a pilotar. En mi primer aterrizaje me posé impecablemente, ante la admiración de Chait Rai. (Me abstuve de decirle que Vidya me había ayudado con sus mágicos trucos de simulación. Ya había hecho doscientos aterrizajes simulados cuando subí por vez primera a mi aparato).

En lo sucesivo, hice mis viajes a las Ciudades en avión, lo cual mejoró mi imagen como «mensajero divino». Por cierto, descubrí una ventaja a aquellos aparatos: si fallaba el motor, volaban tan bajo y necesitaban tan poca pista que podía posarme en

cualquier parte, cosa que me ocurrió no pocas veces.

IV. LA BATALLA

PODER AÉREO

Pasó el tiempo. El firmamento nocturno fue cambiando de nuevo a la Abertura Luminosa, y las estrellas rojas empezaron a lucir en el cielo.

Los continuos proyectos de Chait Rai estuvieron a punto de desbaratar los meditados planes de Vidya. La producción de armas se retrasó a medida que se construían los ultraligeros. A pesar de todo, Chait Rai no se preocupaba.

—En todo ejército, —dijo— siempre hay un porcentaje de soldados no combatientes: conductores, cocineros, sanitarios, todo eso. Aunque no tengan armas de fuego, pueden pasar sin ellas.

Habíamos ideado un sistema para bombardear: una red cargada de bombas, con dos o tres kilos de dinamita cada una, situada bajo el asiento del piloto. Este tiraba de un hilito que iba recogiendo la red como si fuera una cortina. Tenía un aspecto increíble; sin embargo, funcionaba. Esto quedó demostrado en un sinnúmero de pruebas, en que los «Incondicionales del aire» bombardeaban unas dianas pintadas en el césped. Con un poco de práctica, lograron acertar en un ochenta por ciento de los lanzamientos. Los aparatos eran muy manejables y volaban a poca velocidad, lo que permitía a los pilotos afinar la puntería.

El problema eran los blancos en movimiento. El blanco fue un pobre antilofante con una diana pintada con cal en el lomo. Lo dejamos suelto tras azuzarlo un poco, y tres ultraligeros cargados de bombas salieron zumbando tras él. El indolente animal parecía ser una presa fácil.

Aunque nos equivocamos. Asustado por el ruido de los motores y después por el estampido de las bombas, el animal corrió como si lo persiguiese el mismísimo Kamsa. Hizo locos giros y quiebros cada vez que un aparato se acercaba, y ni una sola bomba cayó lo bastante cerca como para inmovilizarlo. Lo último que vimos de él fue una nubecilla de polvo en el horizonte.

Chait Rai no se sentía satisfecho. Insistía en instalar ametralladoras en los ultraligeros; con ellas podrían atacar blancos en movimiento de un modo más efectivo.

Así que otro grupo de diseñadores fue asignado a la tarea. El problema era que las toscas ametralladoras que éramos capaces de fabricar eran grandes; con municiones, casi pesaban más que el piloto. Y equipar los ultraligeros con fusiles se hallaba fuera de cuestión: no es tarea fácil cargar y apuntar un fusil con una mano, mientras se pilota con la otra, y tener una mínima probabilidad de acertar...

Los diseñadores encontraron dos soluciones, ambas diferentes, aunque cada una interesante a su manera.

Una eran los cohetes: una ristra de cohetes fijados a las alas, propulsados por pólvora y estabilizados por una rabiza hecha con una caña de dos metros. Podía

acoplarse una cabeza explosiva de medio kilo de dinamita, o incendiaria con gelatina de alcohol. La carga consistía en perforante o antipersonal, con cierta cantidad de metralla. El encendido era eléctrico.

La otra consistía en una ballesta-ametralladora. Se cargaba y disparaba accionando un embrague con el motor; los dardos, de quince centímetros de largo, iban en una tolva sobre la ballesta. El piloto apretaba un pedal, y la corredera de la ballesta retrocedía, caía una flecha, se disparaba automáticamente cuando la corredera llegaba al final de su recorrido... y la corredera avanzaba hasta enganchar la cuerda, y vuelta a empezar.

Repetimos el experimento con otro antilofante, y esta vez el desgraciado animal quedó hecho un colador antes de que recorriera doscientos metros. Fueron soltadas varias motocabras; a pesar de su mayor agilidad y menor tamaño, el resultado fue el mismo.

También ensayamos el poder de penetración de aquellos dardos. A corta distancia, atravesaban una plancha de hierro de un centímetro de grosor. Sin embargo, el problema de aquellas flechas era su escasa velocidad. Perdimos a tres pilotos en las pruebas de una forma insólita: dispararon una «ráfaga» de flechas e iniciaban un picado, y fueron muertos por sus mismos proyectiles, más lentos que el propio aparato.

Como decía Chait Rai, gajes del oficio.

AUTOPSIA

Los proyectos se desarrollaron con mayor o menor fortuna, y pronto las Ciudades dispusieron de un ejército que, en teoría, podía competir con un mínimo de probabilidad de éxito con un ejército regular de la Utsarpini.

Los ciudadanos estaban de buen ánimo. Los *arauvak* (augures) de Hebabeerst hacían oráculos, llamados *arauhadad*, basados en el número de vueltas de oruga dejados por la Ciudad en un día de marcha o los cambios de dirección y de velocidad. La divinidad de Chait Rai había sido confirmada por estos augurios, que seguían siendo favorables. No conocían la astrología por no haber estrellas visibles, pero la Abertura Oscura se consideraba nefasta y la Luminosa, que casi llegaba al cenit en este momento, se consideraba favorable. Incluso los cielos favorecían nuestros planes.

Sin embargo, el presagio más interesante fue este: al hallarse ocupados los niveles residenciales de Hebabeerst por nosotros y nuestros seguidores ciudadanos... Hebabeerst se reprodujo.

Una estructura empezó a crecer en su «popa»: un par de orugas que rodaban pasivamente; luego, sobre ellas, una pequeña superestructura de forma casi cuadrada. La Ciudad parecía una locomotora arrastrando un pequeño tén­der.

A este segmento se le añadió otro y luego otro. La nueva Ciudad crecía como los anillos de un gusano. Finalmente, Hebabeerst se halló remolcando a una nueva y reluciente Ciudad, que Chait Rai sugirió que se llamase «Chaitnagar»: la ciudad de Chait. Todos estaban maravillados.

Chait Rai dispuso pronto de una pléyade de oficiales de Estado Mayor, entre los que se hallaban numerosos ciudadanos... y los infantes supervivientes, Indri y Zabul. Pero la estrella de Indri pronto empezó a eclipsarse.

Fue durante una de las patrullas. Indri se encontraba al mando, y llevaba con él a seis ciudadanos. Su misión era explorar la región inmediatamente por delante de Hebabeerst, en previsión de alguna sorpresa desagradable.

Se dieron de narices con un grupo de angriffs.

Indri reaccionó rápido; lanzó un aullido, apretó el gatillo de su 21, y no lo soltó hasta que se agotaron los siete metros de cinta de munición, que llevaba enrollada en torno al cuerpo, y el percutor golpeó sobre vacío. Los pobres ciudadanos no pudieron hacer otra cosa que contemplar boquiabiertos cómo Indri convertía en mermelada a aquellos monstruos.

En realidad se trataba de angriffs herbívoros. Se hallaban pastando tranquilamente cuando oyeron que alguien se acercaba. Uno de ellos levantó su serpentino cuello

para otear, y ahí acabó todo. Las ráfagas los destrozaron antes de que se diesen cuenta de que estaban muertos.

Indri reunió los pedazos y los cargó en un antilofante. Regresó a Hebabeerst, donde tras un rápido examen comprobé la identidad de aquellas bestias.

Chait montó en cólera; mientras «Terror» (su neopardo preferido) ronroneaba en cuclillas a sus pies, le gritó a Indri que por qué no había seguido a aquellas cosas panzudas en lugar de destrozalas estúpidamente. Quizás le hubieran conducido a la guarida de los carnívoros.

Personalmente consideré muy endeble el argumento. ¿Qué se les había perdido a los herbívoros en la guarida de sus peores enemigos? Por otra parte, cuando te encuentras con un angriff, no tienes humor para comprobar si sus dientes son planos o puntiagudos.

De una forma u otra calculé que el pobre Indri tenía los días contados. Pero a mí me había hecho un gran favor. Ahora tenía cuerpos angriffs para experimentar, aunque fueran herbívoros... cosa que nadie había hecho hasta entonces. Después de una batalla espacial no quedaban demasiados restos reconocibles, pues los angriffs luchaban hasta la muerte.

Y ninguna mandala de la Utsarpini, atacada por angriffs, había logrado rechazar un abordaje.

Así que, venciendo mis escrúpulos originales, me dediqué a examinar a aquellas criaturas. Me dirigí a mi laboratorio en Hebabeerst, conectando el monitor portátil con Vidya y Oannes.

Cubrí la gran mesa con ruedas con un plástico y, con ayuda de dos sacerdotes, (que se hallaban boquiabiertos ante la idea de ser ayudantes de su Dios, Oannes) extendí sobre ella el cadáver mejor conservado: los disparos sólo le habían arrancado un brazo y abierto algunos boquetes en el cuerpo.

Me puse una larga túnica de papel y unos finos guantes de plástico. Examiné exteriormente nuestro espécimen, mientras Vidya tomaba imágenes en tres dimensiones. Hablé en voz alta, a fin de señalar cosas que la imagen no revelaba.

—La piel es muy gruesa y coriácea... dividida en pequeñas escamas romboidales —miré con un cuentahilos—. ¡Ah! Tiene minúsculos pelos entre las escamas. Apenas visibles. En el tórax hay pelos como estos, aunque más largos y ásperos. Parecen cerdas de alambre o de cepillo. Color del cuerpo: marrón casi negro.

—Vidya me comunica una noticia; —dijo Oannes—. Su piel absorbe el noventa y siete por ciento de la radiación ultravioleta, en un amplio espectro.

Archivé el dato en algún rincón de mi cerebro y proseguí:

—La sangre es roja; hmmm... ¿crees que puede tener un pigmento basado en el hierro, Vidya?

—Posiblemente. Necesitaré muestras de tejidos y fluidos corporales —respondió.

¿Tenía Vidya instinto de curiosidad?

—Tomaré muestras de todo y las mandaré a la *Konrad Lorenz* conservadas en hielo. Creo que algún ciudadano podrá llevarlas en avión. O en antilofante —dije—. Continúo la autopsia: la sangre está tomando un color pardo. Quizás sea algo similar a la coagulación.

»Los detalles sobre patas, cuello, etc., son claramente visibles en imágenes. No hay mucho que añadir.

Algo flotaba sobre mi cabeza. Era Oannes, o mejor dicho, su imagen holográfica. Parecía mirar atentamente sobre mi hombro.

—¿Tendrás el valor suficiente? —me preguntó socarrón.

—Soy biólogo, ¿recuerdas? —dije con cierta aspereza.

—No lo dudo; sin embargo, permíteme recordar una cosa: entre el equipo médico que te llevaste está el tomógrafo de resonancia magnética nuclear. Como sabes, es mi mejor modelo, y lo puedo manejar desde aquí. Convendría hacer un examen previo.

—Todo a su tiempo. Veamos qué tiene en la cabeza —abrí el pico, aplanado en su punta. Silbé.

—Anota esto, Vidya: dos mandíbulas inferiores...

—¿No te has equivocado al contar? —dijo Oannes. No hice caso.

—... una interna, con dientes masticadores; y otra externa, con dientes cortantes de forma aplanada. La lengua es trífida. A lo que parece, las dos mandíbulas inferiores son independientes en su movimiento —las moví arriba y abajo, por separado—. Los dientes masticadores tienen unas crestas redondeadas. Un eficiente aparato triturador.

—¿Y el pico? —preguntó Oannes.

—En realidad no existe. Sencillamente, los huesos de la cabeza se alargan en forma de pico.

—Ya. ¿No crees que es momento de la tomografía? Coloca la mesa en el aparato.

Hice una seña a mis ayudantes y empujamos la mesa dentro del enorme aparato, semejante a un pulmón de acero gigante.

—¿Tardará mucho?

—Unos minutos. Te dará una perfecta imagen tridimensional.

Nunca entendí cómo funcionaba el tomo-etc. Oannes me había explicado que era algo así como la alineación de los núcleos atómicos en un campo magnético y luego... no recuerdo. Pero era impresionante: en una pantalla iban apareciendo imágenes en sección, como si lo estuvieran cortando en rodajas. Los órganos aparecían en falso color (dependía, dijo Oannes, de su contenido en agua). Pronto aparecieron tantas secciones que empecé a confundirme.

—No te molestes en mirar, si no quieres. Vidya proyectará todas las secciones en tres dimensiones. Será un auténtico atlas anatómico instantáneo.

Los minutos pasaron lentamente. Mientras el cabezal iba recorriendo el tórax del angriff, empecé a examinar los ojos.

En un ser humano, los ojos quedan fijos tras la muerte. En aquella cosa no había diferencia; su mirada era tan inquietante ahora como cuando se encontraba vivo. Los globos oculares eran esferas córneas solidarias con el cráneo.

—Me parece que los ojos no pueden girar. Supongo que con un cuello tan flexible no es necesario. Incluso puede mirar hacia atrás —dije mientras giraba el cuello trescientos sesenta grados.

—Ya lo veo. Tendrías que ver las imágenes que está sacando Vidya: un ingeniero daría un brazo por el diseño de las vértebras. Sería una grúa giratoria perfecta.

—¿Tiene vértebras? —aquello era interesante. Me volví.

Ante mí tenía un angriff dibujado por Vidya. Parecía un modelo hecho con finísimos alambres de luz coloreada. ¡Maravilloso! Se apreciaban diferentes «cosas» en el tronco.

—En efecto, —dije cuando me repuse de la sorpresa— los globos oculares forman parte del cráneo. Bueno, si ya hemos acabado, sacad la mesa y empezaré a abrir cosas.

—De acuerdo. Yo te guío —dijo magnánimo Oannes.

Cuando la mesa estuvo de nuevo en su sitio, empecé abriendo un globo ocular. Era tan duro que cogí una diminuta sierra circular de mis instrumentos, y empecé a cortar.

Había mucho instrumental disponible en aquella Ciudad (me imagino que los robots aún los estarán buscando afanosamente). Creo que debían haber bistorís láser, pero seleccioné sólo cosas que yo podía reconocer y manejar. No me gustaba la idea de ser partido en dos por un bistorí láser que hubiera cogido al revés.

Pensaba que, gracias a Vidya y sus mágicos trucos, ya no quedaba nada que me sorprendiese. Estaba equivocado. La tomografía no revelaba lo que descubrí.

—¡Krishna y Brahma! Mira estos ojos.

—¿Qué tienen de raro?

—Son plateados. Plateados por dentro.

—¿Qué dices?

—Algo increíble. Mira: la «retina» está en la parte anterior del ojo, donde nosotros tenemos el cristalino. La imagen se forma gracias a la membrana interna del ojo, que actúa como espejo. Nuestro ojo es una cámara fotográfica, ¿no? Este ojo es un telescopio de reflexión. Aunque no debe aumentar mucho.

Oí un silbido estridente de Oannes. Supongo que fue asombro.

—Pero... ¿cómo se las arregla para la visión en relieve? Esos ojos no pueden moverse para centrarse en un objeto cercano.

Pensé un momento.

—Probablemente la «retina» bascula a derecha o izquierda. No parece haber iris, aunque...

—¿Qué?

—La córnea. No es transparente. Pero... me había parecido que se oscurecía.

Cogí una linterna de los instrumentos. Alumbré el ojo.

—¿Qué pasa?

—La córnea se vuelve oscura al iluminarla. Como esos lentes orgánicos del Imperio...

—¿No te lo estás pensando mucho?

—¿El qué?

—El empezar a abrir —se impacientó Oannes.

—Tranquilízate, ¿quieres? Bueno, empecemos por el cerebro.

Hice un corte con el escalpelo en la piel de la cabeza. Hueso. Cogí de nuevo la sierra circular.

El cráneo del angriff era duro como piedra, aunque aquella sierrecita cortaba cualquier cosa. El cráneo se abrió.

—Está claro que estamos ante un animal —comentó Oannes—. Si es que esa especie de cacahuete azul es el cerebro.

—Debe serlo. Desde luego, es pequeño para un animal de ese tamaño. Ni siquiera tiene circunvoluciones.

—Extráelo para sacar cortes. El microscopio nos dirá algo más.

—De acuerdo. ¡Ah, vaya! Del cerebro sale una cosa. Hacia el cuello.

—La médula espinal.

—No. No hay médula espinal. Más bien parece un haz de fibras nerviosas, que atraviesan la columna vertebral. O más bien, la «columna cervical». No hay vértebras en el tronco.

—Ya veo —Oannes miraba la imagen obtenida por tomografía—. Las vértebras tienen un agujero por donde pasa el haz. Y ese arco inferior aloja el esófago. ¿Ves? Otra cosa: ¿dónde está el aparato respiratorio? No tiene nariz ni tráquea.

El disponer de aquellas imágenes nos ahorra tiempo; sin embargo, favorecía la impaciencia. Decidí pasar al tronco, y con unas tijeras de podar limpié de pelo una amplia zona del pecho.

Mientras cortaba piel y músculos, Oannes me guiaba.

—Lo primero que debes encontrar son dos cosas, que tienen la pinta de ser dos corazones.

Asentí. La sangre rojo-marrón que los llenaba no dejaba lugar a dudas. Llené varios tubos de ensayo con sangre.

—Para localizar los órganos, —dije, examinando las tomografías— sugiero tomar los huesos como punto de referencia. Vamos a ver...

»En el tronco no hay columna vertebral. Hay tres grandes huesos: una cintura escapular que sirve de apoyo a los músculos de los brazos; allí hay una articulación esférica donde se une el cuello.

»Una cintura pelviana, donde se apoyan los músculos de las piernas.

»Un hueso (llamémosle “sacro”) que une ambas cinturas. Del sacro parten las costillas que forman un esternón en la parte ventral del tronco. Los tres huesos se unen por articulaciones esféricas.

—Un momento —exclamó de repente Oannes—. Abre ese bulto que hay entre los hombros.

—¿Por qué?

—O mucho me equivoco, o hay otro cerebro.

Me apresuré a cortar de nuevo con la sierra. En efecto, albergaba un órgano del tamaño de una manzana, del mismo color azul que el cerebro. Se hallaba protegido por una caja ósea formada por anillos soldados.

—Esta es la respuesta. Por eso tiene un cerebro tan pequeño. Apuesto a que controla los músculos del tronco, incluyendo brazos y piernas.

—Seguramente. Otra cosa: ¿puede ser eso el aparato digestivo?

—Sin duda. Un tubo digestivo, con buche y estómago dividido en tres cámaras. Intestino... y esos bultos de ahí deben ser glándulas. Me imagino que los carnívoros no tendrán esas cámaras en el estómago.

Oannes calló mientras yo me dedicaba a la poco agradable tarea de «desmontar» aquellos exóticos órganos. Pero toda mi repugnancia se había desvanecido como por arte de magia; me sentía como Hari Pramantha desarmando un ordenador del Imperio. Fui colocando cada víscera en un bocal.

—Eso que has sacado debe ser el pulmón —dijo Oannes de repente.

—¿El qué? ¡Ah, eso! Es esponjoso... sí, debe serlo.

Corté. Una vez más me encontré ante una peculiaridad anatómica. Miré las imágenes de tomografía, palpé entre los pelos del tronco. Luego hablé.

—Anota esto, Vidya. Aparato respiratorio: dos sacos o pulmones, divididos por finas laminillas longitudinales por donde circula la sangre.

»Vías respiratorias: dos aberturas a ambos lados de la base del cuello. De allí parten dos tubos (las llamaré “tráqueas”) que se ramifican en “traquéolas” hasta los pulmones. Estas son la entrada de aire: la salida son esas dos hileras de orificios en el tronco, a la altura de la “cintura”, cerrados por válvulas. ¡Orificios de entrada y salida independientes! Muy ingenioso.

»En cuanto a la ventilación pulmonar: seguramente se consigue por movimiento de las costillas; no hay diafragma.

—¿Qué hay de las demás cosas? Aparato excretor, órganos sensoriales, etc.

Me encogí de hombros.

—Aún es pronto para saberlo. Quizás algunas de las cosas de ahí —señalé los bocales—. Olfato... por lógica debería estar en los orificios de entrada de aire. Gusto, en la lengua o paladar, también por lógica Oído... esos pequeños discos detrás de los ojos. Vidya deberá hacer una tomografía más fina de la cabeza, si se puede. Los sentidos principales siempre están cerca del cerebro.

—Aquí hay dos.

—Por lo que también debe obtener tomografías más finas del hueso de los hombros —pensé un momento—. Si el cerebro secundario controla los movimientos del cuerpo, los órganos del equilibrio deben estar cerca de él. Que Vidya busque cualquier minúscula cavidad. ¿Más cosas?

—¿Aparato reproductor?

Examiné de nuevo la imagen tridimensional, luego miré uno por uno los bocales.

—Uno de esos órganos. Hmmm... esa cosa trilobulada... no; desemboca en el intestino. Me parece que debe ser esos dos órganos en forma de cono.

—¿Por qué?

—Están atrás, hacia el abdomen. Y este tubo en forma de «Y» que los une desemboca junto con el ano, formando una cloaca como la de las aves.

—Entiendo. Una pregunta indiscreta: ¿nuestro invitado es señor y/o señora?

Me eché a reír. Con pinzas y escalpelo empecé a hurgar en lo que yo sospechaba que eran los órganos sexuales.

—Yo diría que es señora —dije al cabo de varios minutos—. Mira esos bultos naranja: ¿no tienen todo el aspecto de yemas de huevos? Se forman en esos tubos, van descendiendo y... ¡vaya, eso sí que es nuevo!

—¿Qué ocurre? —preguntó Oannes.

—Esta cosa no es sólo señora. También es partenogenética.

—¿Cómo lo sabes?

—El oviscapto... ese tubo que debe servir para la puesta de huevos... está taponado. Lo que significa que no puede ser fecundada por un macho.

—Pero entonces, los huevos no tienen modo de salir al exterior.

—Seguramente saldrán disolviendo el tapón con un enzima.

—Pero —objetó Oannes— quizás los espermatozoides...

—No, hay algo más. Necesito la lupa. A propósito, haz más tomografías y trata de localizar un macho entre los otros. Vosotros —señalé a los sacerdotes, hablando por mi traductor—. Llevad los cadáveres donde os diga Oannes.

(Me hallaba tan absorto, que no me di cuenta hasta más tarde de lo que aquello representaba. ¡Obedecer órdenes directas de Dios, que hablaba conmigo familiarmente! Sin duda los sacerdotes serían ascendidos a acaryas^[68], o como se llamasen aquí.)

Examiné aquellos huevos bajo una potente luz. Se veían unos objetos opacos,

flotando en el translúcido líquido naranja.

—Lo suponía —exclamé—. Estos huevos llevan embriones. Todos, incluso los más recientes. Lo que implica que no tienen que llegar al final del ovario para ser fecundados.

Abrí cautelosamente varios huevos en una cubeta de disección con un poco de agua. Los examiné bajo la lupa, con pinzas y una aguja enmangada.

—¿Partenogenético, un animal tan complicado? —dijo Oannes, incrédulo.

—Supongo que sí. ¿Qué otra explicación encuentras? No me imagino cómo son fecundados. ¿Has encontrado machos?

—Aún faltan algunas tomografías, pero a simple vista no me parecen distintos.

—No significa nada. Los caracteres sexuales a menudo son poco aparentes. Pero si por casualidad hay un macho, sabríamos más. Aunque la ley de probabilidades... ¡por Kamsa, Satán y Pilatos! —exclamé sin poder contenerme.

—¿Qué es? —dijo Oannes, sorprendido ante mi reacción.

Separé mis ojos atónitos de los oculares de la lupa.

—Este embrión.

—Sí, ¿qué pasa?

—Tiene pico de carnívoro. Espera, esta lupa tiene una cámara de televisión de circuito cerrado.

La encendí. Y la imagen que apareció en la pequeña pantalla era inconfundible. Un carnívoro en miniatura, con pico puntiagudo, minúsculos dientes, dedos y espolones. Para comparar, puse al lado otro embrión de herbívoro. La diferencia era clara, incluso en un estadio tan temprano del desarrollo.

—Pero esto es increíble. ¿Puede ser una mutación?

—¿Tan parecida a un carnívoro en todos sus caracteres?

—No, supongo que no —admitió Oannes—. Un herbívoro que tiene hijos carnívoros, al menos algunos hijos... Extraordinario. Bueno, quizás haya algo que podamos hacer. Cuando recibamos las muestras congeladas, quizás Vidya pueda decirnos algo de su bioquímica.

Miré en torno mío. El cadáver destripado yacía en la mesa en un mar de sangre amarronada. Por la mesa habían bocales con órganos, y pequeñas piltrafas por suelo y mesas. Mi túnica de papel se encontraba embadurnada de sangre, y los sacerdotes miraban con aprensión sus sucios mantos ceremoniales.

—Mañana. Ahora necesito una ducha y una cena.

—De acuerdo —Oannes desapareció, ante la sorpresa de su clero.

Aquella noche sólo cené verduras.

LA FLOTA III

Lilith no había tenido ningún problema para controlar la situación.

El infante que se había colado en su camarote la había observado apreciativamente desde la penumbra. El velludo torso del hombre se expandía y contraía excitado, unos ojos llameantes de deseo parecían clavados hipnóticamente en el cuerpo desnudo de la bióloga. ¿Cómo explicarle que la mayor parte de lo que veía se trataba de un simple producto de la avanzada cirugía estética imperial?

El hombre jadeó, y avanzó un paso hacia ella. Era muy joven; sin embargo, en Ksatryaloka los niños pasan a ser considerados adultos a los doce años. Aquel joven no tendría más de quince años estándar.

—Tranquilízate, muchacho, —dijo la bióloga con serenidad, alzando la mano izquierda— tengo suficiente edad para ser tu madre y te aseguro que tú no posees ningún órgano que yo no haya visto mil veces sumergido en un frasco con formol — mientras hablaba, Lilith se situó de perfil, pierna izquierda adelantada.

El infante se detuvo confuso por las palabras de la bióloga. Durante un instante, en su interior pareció desarrollarse una lucha entre su sentido del ridículo y su deseo sexual. Este último pareció vencer, porque encogiéndose de hombros se abalanzó, sujetando la alzada muñeca izquierda de la bióloga con su mano derecha.

Eso fue un error. Sujetar con la mano a un adversario sin saber cómo dominarlo, equivale a perder el uso de la mano.

Lilith pivotó sobre la punta del pie izquierdo, girando su pie derecho en un amplio arco de noventa grados. Con ello se situó al costado del infante, fuera de su alcance, sin que éste pudiera resistir la fuerza de la rotación del cuerpo de Lilith.

Simultáneamente, la bióloga alzó su propio brazo en arco hacia arriba, aún sujeto por la muñeca. La mano derecha de Lilith atrapó la muñeca derecha del infante (pulgar sobre el borde radial, dedos sobre el cubital) y pivotó de nuevo sobre el pie izquierdo. Sus dos brazos completaron el arco.

Como resultado de sus dos giros, se encontró mirando en dirección opuesta a su agresor, con sus dos manos retorciéndole hacia atrás el brazo. Puso el pie derecho tras los del infante. Lo hizo caer de espaldas.

Le dijo con desdén:

—Lo siento, muchacho, pero no me atraes ni como amante, ni como luchador, ni como ejemplar de laboratorio —tomó de la mesa el *Diario de Biología Molecular* y lo arrolló—. Ahora, si no te importa, márchate. Este es mi camarote y me apetece leer un poco.

El infante, con el rostro enrojecido, se puso en pie. Esta vez se sentía enfurecido. Dirigió un puñetazo al rostro de Lilith.

Lilith ya no se encontraba allí. Había pivotado sobre su pie derecho, con lo cual

se encontró dentro de la guardia de su atacante. Le golpeó en la nariz con el extremo de la revista; apretadamente arrollada, estaba convertida en un improvisado bastón corto.

El infante retrocedió con un grito de dolor, llevándose las manos a la cara ensangrentada. Lilith no estaba para bromas. Flexionó levemente las rodillas.

Con la revista arrollada y empuñándola con las dos manos, le asestó un fuerte golpe de punta; justo en aquellos órganos que ella afirmaba haber visto tantas veces sumergidos en formol.

El hombre exhaló un gemido entrecortado. Se dobló sobre sí mismo como una navaja, mientras luchaba por introducir aire en sus pulmones casi paralizados por el dolor. Lilith se puso en pie, sosteniendo ante sí la revista, en posición de guardia.

El infante decidió que ya tenía bastante. Se marchó a toda prisa con las piernas abiertas, como si hubiese montado un phante durante muchas horas.

Lilith soltó la revista, se puso una túnica, y se dirigió furiosa hacia el camarote del comandante Chan Zar.

El camarote no era muy distinto al suyo, excepto por el armero, que soportaba una espada ceremonial ksatria enfundada en su vaina de bronce. Chan era un hombre maduro, de rostro surcado por finas arrugas; tenía el pelo muy rizado y sorprendentemente blanco, más de lo que correspondería a su edad. Su túnica se encontraba adornada por un ragda^[69] de plata, distintivo de su rango.

Aquello le daba un raro atractivo para Lilith, cansada de los aburridos y estandarizados rostros juveniles, con el peinado «infantería Utsarpini» que estaba de moda en el Imperio cuando partieron. Chan Zar era delgado, aunque evidentemente musculoso, como corresponde a cualquier miembro de la Ksatra que Lilith hubiera visto hasta entonces; un ksatria que no lo fuera hubiera tenido muy pocas posibilidades de llegar a adulto. Para ellos sería algo casi obsceno.

—Esperaba algo más de la famosa disciplina ksatria —dijo la bióloga tras haberle relatado lo ocurrido.

—La mayoría de estos hombres no ha visto una mujer desde hace meses. Y usted... —el comandante carraspeó, bajando la vista sólo un instante hacia el cuerpo de la bióloga. La túnica que la cubría estaba confeccionada con un brillante tejido blanco de fibroína, que se ajustaba a la piel aprovechando su electricidad estática, resaltando más que ocultando cualquier detalle anatómico—, ...usted no simplifica las cosas paseándose vestida de esa forma.

A su pesar, Lilith enrojeció. Abrió la boca para contestar mientras la ira burbujeaba en su garganta.

—Discúlpeme, —se apresuró a decir Chan Zar— nuestras culturas son diferentes,

eso es todo. En Ksatryaloka ninguna mujer se atrevería a emprender un viaje así... en una nave como esta...

¿Un viaje así? ¡Ni así ni de ninguna clase!, recordó Lilith con aprensión.

—Lo sé; —dijo en voz alta— en Ksatryaloka todas las mujeres son propiedad pública; viven en harenes comunales bajo la superficie del planeta, y todas son cegadas a los seis meses de edad con una aguja de acero al rojo.

Chan Zar se encogió de hombros.

—Nuestras culturas son diferentes —repitió—. Aunque esto no viene al caso. Ese hombre será castigado, de acuerdo con nuestras costumbres. Ha faltado a su daksa.

—Entiendo —dijo Lilith. *Y lo que es peor, ha sido vencido por una mujer.*

—No, creo que no me entiende —replicó Chan Zar—. Usted piensa que somos algo así como una tribu de asesinos psicópatas. Daksa significa literalmente «valor». Pero para un ksatrya significa más. Es su regla de vida y su código de honor.

—El último ksatrya que conocí no se alejaba mucho del concepto de «asesino psicópata» —contraatacó Lilith.

Ahora fue Chan Zar quien enrojeció.

—¿El capitán Chait Rai, al servicio de la Infantería de Marina de la Utsarpini?

—Sí.

Chan Zar permaneció callado unos instantes.

—¿Conoce las razones por las que nos encontramos aquí? —preguntó al fin.

—Por supuesto; ustedes son mercenarios. Han sido contratados por el Imperio y la Utsarpini para esta misión.

—Se equivoca —dijo Chan Zar hablando lentamente y con rigidez—. Ninguno de nosotros cobrará nada al término de esta misión. ¿Le sorprende? Lo cierto es que, cuando fuimos contratados, se estableció el precio habitual por nuestros servicios. Pero cuando supe que la auténtica naturaleza de nuestra misión era encontrarnos con el capitán Chait Rai... el ex-capitán Chait Rai, rehusé cobrarlo. Y, cuando se lo expliqué a mis hombres, lo mismo hicieron todos. Sin la menor coacción.

—¿Por qué? —Lilith se hallaba intrigada. *¡Jamás he oído que un ksatrya hiciera su trabajo gratis!*

—¿Ha visitado alguna vez Ksatryaloka?

—No.

—No se ha perdido nada. Sé lo que digo, ya que después de todo nací allí. Ksatryaloka es una inmensa estepa salpicada por algunas ciudades en forma de bunker, y poca cosa más. Mis antepasados conquistaron ese mundo mil años antes de que se fundara el Imperio...

¿Acaso este yavana cree que está hablando con una de sus hembras-vegetal?, pensó Lilith.

—Conozco la historia —cortó, molesta—. Eran colonos de Visloka, y

esclavizaron a la población nativa.

—Sí, sé que la conoce. Es usted una mujer muy culta —dijo Chan Zar con diplomacia—. Aunque quizás no se imagina lo que eso significó. Mis antepasados eran muy pocos, y los nativos muchos; nos superaban en mil a uno. Y sin embargo, vencimos.

¿A costa de qué? se preguntó Lilith, observando a aquel hombre. *¿De convertirse en máquinas de matar, en criaturas sin sentimientos, a las que difícilmente se las podría llamar humanos?*

—Más tarde llegó el Imperio —siguió diciendo Chan Zar—. Conquistó todo el sector del Límite, aunque no Ksatryaloka.

—¿Os sentís orgullosos de que la civilización no os haya tocado jamás?

—Civilización —dijo Chan Zar con indiferencia—. Lo estemos o no, ¿qué importa? Lo único cierto es que Ksatryaloka ha mantenido hasta ahora su independencia. Sí, —añadió arrogante— incluso ahora que nuestro glorioso pasado es un pálido recuerdo. Somos independientes, seguimos gobernados por nuestro Samiti^[70]. Igual que hace siete mil años. ¿Sabe por qué?

—Ustedes exportan mercenarios.

—Exacto. No hay nación que entre en guerra que no quiera contar con unos cuantos de nuestros guerreros. Nuestra historia nos ha convertido en los mejores combatientes de Akasa-puspa. Pero eso no significaría nada, si los que nos contratan no pensarán que pueden confiar plenamente en un guerrero ksatrya.

»¿Lo entiende ahora? El ex-capitán Chait Rai faltó a su daksa al quebrantar el juramento a su patrón, y nuestro daksa nos obliga a vengar esta afrenta. No podemos cobrar ningún salario por hacerlo. El hombre que la atacó también ha faltado a su daksa, e igualmente recibirá su castigo. No podemos hacer concesiones con esos dongos^[71]; el daksa de toda la Ksatra está en juego. ¿Se siente ahora más tranquila?

Lilith prefirió no ahondar más en aquel tema. Tampoco intentó averiguar la naturaleza del castigo que Zar le había reservado al infante; lo cierto es que nunca le volvió a ver. El *Asura Nama* era una nave muy grande; sin embargo, no lo bastante como para que no se hubiera cruzado con él de nuevo.

PRIMER «CONTACTO»

La tensión de la espera es, según los soldados veteranos, casi peor que la propia batalla. En combate sabes que estás en peligro, y la adrenalina burbujea por tu sangre; la tensión se descarga.

Pero aguardar un ataque, sin saber contra qué o quién te enfrentas... la tensión crece y crece; sin embargo, no sigue a eso la liberación física de la acción. Por ello, cabe suponerse en qué estado anímico acudí a la llamada de Chait Rai, ordenándome ir urgentemente a la sala de mandos de la Ciudad. Subí jadeante las escaleras.

La sala de mandos tenía poco de tal. Como las Ciudades sólo obedecían órdenes simples, no había mucho que controlar. Pero era una buena atalaya para dirigirla.

—¿Qué suc... uf... sucede? —pregunté sin aliento.

Chait Rai se hallaba inclinado sobre una de las radios AM que habíamos improvisado. Se incorporó al oírme.

—Parece ser que uno de los ultraligeros de exploración ha tropezado con algo interesante. Se trata de uno de los de dos plazas; lo pilotan los Incondicionales Aseertyud y Gaserbuyids.

No había huella de sus neopardos. La cosa debía ser grave.

—¿Qué uf... han descubierto? —dije mientras me calaba los auriculares.

—En primer lugar, un puente.

—¿Un puente? ¿Dónde?

—Al sur. Aquí —señaló en el mapa—. Une las dos riberas de este río. Les he ordenado que se alejen más al sur. Sospecho que nuestros amigos los angriffs no están lejos; y ahora acaban de informar que han visto algo más.

Consulté la lista de vuelos programados para hoy. Hablé por el micrófono acoplado al traductor.

—Aquí llamando a Pájaro siete. Hebabeerst llamando a Pájaro siete. ¿Me oís? Cambio.

—Aquí Pájaro siete. Le oímos. Cambio —dijo una cascada voz en el idioma de las Ciudades.

—¿Podéis describir lo que veis? Cambio.

—Sí, Hebabeerst. Se trata de un complejo de edificios rodeado por una muralla de piedra circular. En el centro, un gran edificio en forma de cúpula... una semiesfera, con una gran abertura circular en la parte superior. Gaserbuyids piensa que es una especie de fortificación. Cambio.

—¿Habéis avistado a sus habitantes? ¿Son humanos o Iyrim? Cambio.

—Volamos en círculo en torno a la fortificación. Estamos a buena distancia. ¿Debemos acercarnos más, Hebabeerst? Cambio.

—Un momento, Pájaro siete. Cambio.

Me dirigí a Chait Rai.

—Podría ser peligroso.

—¿Peligroso, para quién? —resopló el ksatrya.

—Para tus Incondicionales, por supuesto. Este tipo de aparato no lleva armamento.

—El trabajo de un explorador es explorar.

Cogió su micrófono y dijo:

—Escuchad, Aseertyud y Gaserbuyids: habla Chait Rai el Divino. ¿Cuál es vuestra posición? —anoté los números que dijeron. Chait Rai asintió—. Sobrevolad la fortificación. Cambio y quedo a la escucha.

—Oímos y obedecemos, Divino. Cambio.

Durante un momento sólo llegó a mis oídos el distante petardeo del motor de alcohol.

—¡¡Son Iyrim, Divino!! Cambio.

Chait Rai aferró con fuerza el micrófono.

—¿Estáis seguros? Cambio.

¡Qué pregunta! Como si fuese fácil confundir a aquellos monstruos con seres humanos.

—Sí... confirmado, Hebabeerst... quiero decir, Divino... y nos han visto. Cambio.

—Retiraos rápido... —empecé a decir, pero Chait me quitó el micrófono de un tirón tan enérgico que casi arrancó el cable.

—Aquí las órdenes las doy yo, no lo olvides —gritó. Y al micro—: Necesitamos más datos. ¿De qué armamento disponen? No os retiréis hasta que hayáis descubierto algo útil. Cambio.

—Obedecemos, Divino. Cambio.

—Los van a derribar —murmuré.

—Bien, así sabremos de qué medios cuentan para hacerlo.

Hubo una tensa pausa. Sólo se oía el ronroneo del motor.

—Nos disparan con armas cortas, Divino —dijo la voz—. Pero no nos alcanzan. Cambio.

Silencio. El motor zumbaba monótonamente.

—¡Aviones! Tienen aviones, y nos van a dar caza. Uno, dos, tres aparatos....

—¿Qué tipo de aparatos? —vociferó Chait. Los pilotos no le habían oído.

—Suben muy rápido... ¡Nos están disparando! ¡Hebabeerst, nos disparan!

—Los aviones angriffs, ¡¿cómo son?!

—Mierda de Ciudad, Aseertyud, elévate... esquivá... no, intenta bajar.

—¡Describidme los aparatos, cobardes!

—¡Nos han alcanzado! El motor arde..., las alas se rasgan...

—Bastardos svas, necesito que informéis...

Un chirrido fuerte.

Sólo llegó a mis oídos el siseo de la estática. Por lo demás, silencio.

El puño de Chait Rai golpeó la radio AM.

—Dongos estúpidos... —rugió—. Bueno, al menos sabemos una cosa: tienen fuerza aérea.

—Sí; —comenté sarcástico— y ellos saben que lo sabemos.

—Tienes razón. No podemos dormirnos ahora. ¿Tienes la posición de ese fuerte angriff?

—Sí. —Levanté mi libreta—. ¿Tienes más patrullas en vuelo?

—Por supuesto.

—Sugiero que aterricen y comprueben su posición como les he enseñado.

—Díselo tú mismo. —Me alargó su micrófono.

Chait Rai despachó más vuelos de reconocimiento, así como espías a pie o montados en motocabra. Por mi parte, trasladé a un mapa la posición indicada por los infortunados Aseertyud y Gaserbuyids. Aquello concordaba: el complejo angriff se hallaba situado al sur de un río que corría de oeste a este, uniéndose a un afluente que corría de noroeste a sureste.

Al oeste del complejo angriff se encontraba la base de la babel, y al sur se extendía la selva. Al norte del complejo se hallaba el puente que conectaba las riberas del río. Al norte del río se extendía la sabana por la que nos acercábamos. Chait Rai reunió a sus Incondicionales y empezó a trazar el plan de batalla.

Como primera medida, puso en alerta a las Ciudades de Hobbelsalem, Betebel, y Babraham. Estas tres, junto con Hebabeerst, formarían nuestras fuerzas. Todas las tropas disponibles se concentraron en las cuatro Ciudades. Ordenó la evacuación del personal innecesario a las restantes.

Las Ciudades empezaron a marchar rectas hacia el sur, formando una línea y espaciadas a lo largo de doscientos kilómetros.

Así empezó la batalla contra los angriffs.

Chait Rai había instalado su puesto de mando en la sala de control de Hebabeerst, desde donde podía coordinar los movimientos de los diferentes grupos de guerreros. Yo me hallaba en la radio, recibiendo y transmitiendo. De modo que puedo contar lo que sucedió, aunque no todo lo vi en persona. La cosa fue así:

De oeste a este, nuestra formación era: Hebabeerst, Hobbelsalem, Betebel, y Babraham. Hobbelsalem y Betebel formaban la «punta de lanza», algo más adelantadas.

Betebel llegó al puente antes que ninguna. Naturalmente, el puente no soportaría el peso de la Ciudad, de modo que las tropas empezaron a cruzar.

Entonces llegaron los angriffs.

Fue una carnicería. Los angriffs atacaban por tierra con tanques y por aire con autogiros; por las excitadas descripciones que nos transmitieron los de Betebel, aparatos no muy distintos a los de la Utsarpini, armados con cohetes y ametralladoras. La Ciudad fue prácticamente destruida, y muy pocas tropas se salvaron.

Hobbelsalem, por su parte, acudió en socorro de Betebel, pero fue atacada por aire antes de poder llegar al puente. Los angriffs consiguieron inmovilizar la Ciudad, a base de destruir sus antenas. A continuación, y en audaces vuelos rasantes, destrozaron parte de las orugas. Luego comenzaron a machacarla.

Salir fuera era suicida, incluso para nuestros «tanques». Sólo podían esperar ser lentamente destrozados.

Mientras tanto, Babraham intentaba cruzar el río más al este, con ayuda de barcas. Era un proceso lento, y de nuevo los autogiros angriffs atacaron con eficacia devastadora sobre las embarcaciones. La propia Ciudad resistió; sin embargo, no pudieron cruzar. Los angriffs se lo tomaron con calma: no se molestaron en enviar tropas de tierra.

Y, en todos los casos, nuestras fuerzas aéreas fueron borradas del aire.

Mientras pasaba todo esto, nosotros marchábamos sin ser molestados. Pero no nos engañábamos: si los angriffs seguían la misma táctica, era de esperar un ataque aéreo sobre Hebabeerst. Y ahora contaré lo que vi en persona.

Naturalmente, debíamos lanzar nuestras fuerzas aéreas al aire, en previsión. Así lo ordenó Chait Rai.

Los pequeños aparatos se destacaban en la llanura como insectos camuflados; nubecillas de humo azulado se elevaban desde los tubos de escape. Uno a uno, fueron cogiendo velocidad y despegaron uno tras otro... Chait Rai observaba en silencio el cielo, con ayuda de los prismáticos imperiales, muy en su papel de comandante supremo.

Los ultraligeros dieron vueltas en torno a Hebabeerst mientras se reunían por escuadrillas. Chait Rai había ordenado que formaran la «escala de Jacob»: las escuadrillas se disponían en tres niveles, a ciento cincuenta, doscientos cincuenta y trescientos cincuenta metros de altura. Si un grupo era atacado, los de arriba y abajo acudirían en su ayuda.

Pronto la ciudad quedó rodeada por un anillo de zumbantes aparatos. Los que primero despegaron se dirigieron hacia el objetivo.

—Ya han salido todos —informé.

—Bien —fue la escueta respuesta de Chait Rai. Como una bandada de mosquitos, los aparatos desaparecieron en el cielo.

Chait había ordenado silencio de radio, a menos que se divisaran aparatos enemigos o tropas de tierra. Las horas y minutos empezaron a gotear.

Nada en el cielo. Nada en el suelo.

La Ciudad proseguía su marcha.

Nada. Nada. Nada.

Una muchacha sirvió tazas de té al personal del puesto de mando.

Dos horas después...

—¡Autogiros! —exclamé.

Chait Rai se giró hacia mí.

—¿Cuántos? ¿Dónde? —yo escuchaba, tratando de entender. Miré el tosco mapa trazado por nuestros pilotos.

—Por el oeste. Cruzan el río —escuché—. Unos cien.

Chait Rai rezongó.

—No está mal. Les superamos en diez a uno. Que nuestros aviones los ataquen.

—Ya lo hacen —no pude ocultar una pizca de sarcasmo—. Los autogiros empezaron a disparar tan pronto estuvieron a tiro.

—¿Armamento?

—Eh... nadie me lo ha dicho —consulté la tabla. Simha rojo se encontraba a retaguardia de la formación—. Hebebeerst llamando a Simha rojo. Simha rojo. Informe sobre armamento de los cuervos. Cambio.

Escuché. Asentí.

—Recibido, Simha rojo. Cambio. —A Chait Rai—: Ametralladoras.

—¿Nada de misiles?

—No, ninguno.

Chait Rai asintió satisfecho.

—Eso era lo que me preocupaba. Así, aún tenemos posibilidad de vencer.

¿Hasta ahora no sabías si la teníamos o no?, pensé. Pero no tuve tiempo de preocuparme: una barahunda de mensajes se amontonaban. Simha azul: barridos del cielo. Simha verde: derribados el cincuenta por ciento...

Gradualmente los números empezaron a contar la escalofriante historia: nos estaban vapuleando.

De los autogiros angriffs derribados, más de la mitad lo fueron por colisión con nuestros aparatos.

Las flechas no hacían gran cosa contra el blindaje de los autogiros. Algunos suicidas lograron colar unas en la carlinga de algún aparato enemigo, pero las ametralladoras liquidaban a todo el que se ponía a su alcance. La única posibilidad era descender desde arriba, el único ángulo muerto de las armas enemigas, y clavar

algunas en el rotor o en la hélice motriz... lo que era muy difícil.

Los cohetes eran peor que inútiles. Era difícil acertar a un objeto en vuelo con ellos.

La única ventaja era la maniobrabilidad de nuestros ultraligeros, que les permitía eludir las balas enemigas... si el piloto lograba no estrellarse con un compañero.

Pronto estuvieron a la vista. La «escala de Jacob» se había convertido en una pelota de aviones que disparaban entre sí. Con testarudez, los autogiros se habían abierto paso sin desviarse... rectos hacia nosotros.

A distancia no parecía nada impresionante. Unas libélulas negras sobre las que volaban mosquitos... estelas de humo que caían hacia el suelo... un ultraligero llegó hasta Hebabeerst, envuelto en llamas; intentó aterrizar, y se estrelló. El piloto murió a unos pocos metros del suelo salvador.

Sentí un nudo en la garganta. Yo había construido aquellos aparatos, y ahora caían del cielo como moscas, y los hombres morían en ellos. Me sentí culpable, aunque objetivamente yo no podía haber hecho más.

Algo peor se me ocurrió: aquellos aparatos eran un fracaso. Le había fallado a Chait Rai... y mi vida pendía del hilo de la cordura del ksatria.

Diez o doce autogiros volaron sobre Hebabeerst. Ardieron al instante.

—¡Ja! —exclamó Chait Rai alegremente.

Fue un golpe inesperado, aunque poco efectivo. Los pilotos angriffs evitaron volar en lo sucesivo sobre Hebabeerst. Dieron vueltas y vueltas, descendiendo. No se preocupaban de nuestros aviones.

Un autogiro cruzó como una centella ante el ventanal. No era muy distinto a los que teníamos en la Utsarpini. Era un aparato negro, alargado, con un rotor de tres palas en la parte superior, y hélice tractora en el morro. Llevaban cinco o seis ametralladoras: unas fijas en el morro y otras orientables a babor y estribor.

Pude ver la horrenda cara del piloto... y dos o tres artilleros asomándose por las portezuelas laterales. Dispararon, aunque sin efecto alguno sobre la estructura de la Ciudad.

—¿Qué hacen los nuestros? ¡Disparad, idiotas! —vociferó Chait Rai por un micrófono.

¿Disparar? Al instante recordé. Los infantes se hallaban apostados en troneras en el piso superior de Hebabeerst, y disparaban con cualquier cosa que tuvieran a mano contra los autogiros.

Un autogiro en llamas cruzó ante el ventanal. Luego otro más. De repente, vi una veintena de autogiros alejarse de Hebabeerst. ¡Viva!

Pero la alegría me duró poco.

—Aquí viene la segunda oleada —dijo Chait Rai, mirando con los prismáticos.

¡De esto no me había enterado!

Pero pronto me puse al día. Estos aparatos eran distintos: llevaban un solo tripulante. Esto no los hacía peor armados... de los costados pendían cohetes como racimos de plátanos.

Cohetes aire-tierra. Y se desató el infierno.

Aquella mole que era la Ciudad temblaba bajo los impactos. Los cohetes hacían volar los nidos de ametralladoras y los parapetos, desde los que los infantes abrían un espectacular pero inefectivo fuego de fusil. El piso superior se encontraba en llamas.

Chait Rai se volvió y me dijo:

—Toma el mando de la Ciudad, Jonás. Yo dirigiré la batalla desde primera línea.

—¿Que yo... que.. tomar? —tartajeé.

—No te preocupes, los muchachos saben qué hacer. ¡Avanzar! Tú sólo tienes que preocuparte de las comunicaciones. Pero el daksa exige que el jefe esté en primera línea —y salió. ¡Kamsa y Putana!

Deprimido, me senté de nuevo ante la radio. Por lo que yo podía hacer, podría estar en Vaikunthaloka.

—...ahí viene uno. Disp...

—...¡cuidado a la derecha!...

—...fuego concentrado sobre...

—...el sargento está muerto. Disparad sobre...

—...¿dónde están nuestros aviones?...

—...¿ganamos o perdemos?...

Aquella era un excelente pregunta.

—Aquí Escarabajo. Informe, Hebabeerst. Cambio.

Aquel era Chait Rai, hablando desde el reptador. Vi cómo la máquina de seis patas salía corriendo entre las orugas de Hebabeerst.

—Aquí Hebabeerst a Escarabajo. No queda ni un solo ultraligero. Hay cuervos, diez... doce... quince. ¡Krishna! ¡Escarabajo, dos autogiros tras de ti! Cambio.

Oí reír a Chait Rai. ¿Se encontraba loco?

¡Pero no! De repente, los dos autogiros se incendiaron y cayeron del cielo como piedras.

—Indra ha fulminado a los herejes, Hebabeerst —seguía riendo Chait Rai.

¿Indra? ¡Claro! El cañón de partículas del reptador. Chait Rai se había guardado aquel as en la manga.

Otro autogiro estalló en el aire.

Y otro.

Y otro.

Y de repente dejaron de estallar bombas sobre la Ciudad.

—Hemos limpiado el cielo, Hebabeerst. Estaban tan distraídos atacándoos que no se dieron cuenta. ¡¡AVANTE A TODA MAQUINA!! —gritó de repente.

Aquello debía ser una clave convenida. Un ciudadano empujó frenéticamente una palanca.

Y la Ciudad corrió. ¡Jamás en su historia ninguna Ciudad había alcanzado esa velocidad!

Esto no se lo esperarían los angriffs. Miré al cielo: pronto anochecería. Hebebeerst se hallaría en territorio angriff antes del amanecer.

Los ciudadanos luchaban frenéticamente por apagar los fuegos, con el inseguro suelo bamboleándose bajo sus pies, por efecto de la velocidad. Rogué porque ningún autogiro nos estuviese observando.

LA VICTORIA

Durante toda la noche corrimos, y corrimos, y corrimos.

El cielo tomaba su aspecto de muralla de luz, aunque ahora se arracimaba en torno al cenit el cálido resplandor de los soles de Akasa-puspa... nuestra patria. Verlos me producía una punzada de nostalgia, como el desterrado que contempla su país natal a través de una frontera amurallada, o el prisionero que ve la calle desde la ventana de su celda.

Decenas de miles de puntos de luz rojo-naranja, con sus millones de habitantes; el Imperio, la Hermandad y la Utsarpini debatiéndose por el poder... en esos momentos, sentía la verdadera extrañeza de nuestro entorno, iluminado por la luz corriente en Akasa-puspa.

Pero ahora tenía asuntos más urgentes que atender. Debíamos cruzar el río por el oeste, donde se unía con el afluente. Aquel era el plan maestro de Chait Rai: cruzaríamos por donde no nos esperaban. Si teníamos éxito, cogeríamos a los angriffs por el flanco, mientras ellos concentraban su atención al norte.

Si lográbamos cruzar.

—Atención, Moisés; —dijo la voz de Chait Rai— listos para cruzar el Mar Rojo. No hay signos del ejército del Faraón.

Aquel era el momento de ver si el plan funcionaba.

—Cerrar compuertas estancas —dije por el interfono. ¡Vaya orden más ridícula! ¿Era yo el capitán de una espacionave, o el alcalde de una Ciudad?

Hebabeerst redujo su marcha y se sumergió en el río.

A través del ventanal miré inquieto hacia abajo. La profundidad del agua era inferior a la altura de Hebabeerst... la última vez que la habíamos medido. ¿Habría el río ahondado su cauce por las lluvias? ¿Sería Hebabeerst lo suficientemente hermética? Si no lo era, deberíamos cruzar a toda prisa, antes de que la Ciudad se inundase por completo.

Vigilé por los monitores. En los pisos de abajo entraban hilillos de agua por las juntas supuestamente herméticas. Maldije. ¡Una vía de agua en los pisos superiores! Los cohetes angriffs habían abierto brechas, que habían sido insuficientemente taponadas; por ellas, la Ciudad embarcaba toneladas y toneladas de agua.

Por la escaleras caían cascadas de agua barrosa, que arrastraban ropas, paquetes de equipo o comida. Empujé la palanca de velocidad, pero las orugas mordían el fondo arenoso sin apenas avanzar.

Los pisos uno y dos se inundaban.

El agua trepaba... trepaba... trepaba...

De repente, Hebabeerst avanzó más y más rápido.

Me sequé el sudor. El peso del agua embarcada había hecho que las orugas se afirmasen mejor en el fondo. ¡Que no se hundan ahora!, exclamé.

En un momento dado, la altura del agua cesó de aumentar. Y empezó a disminuir.

—Bien hecho, Moisés. Las aguas del Mar Rojo no se cierran sobre el pueblo elegido.

Hebabeerst emergió de las aguas, chorreando por todas partes. De las secciones bajas surgían fuentes de agua barrosa. ¡Lo habíamos logrado! El reptador de Chait Rai, anfibio, había cruzado flotando sin problemas.

—¡Abatid las rampas! ¡Unidades acorazadas, abajo! —ordenó Chait Rai.

Las rampas descendieron, dejando escapar los últimos restos de barro líquido embarcado.

Y por las rampas de Hebabeerst descendió el ejército más heterogéneo que jamás se hubiera visto.

Aquello era un caos tecnológico. El sofisticado reptador imperial marchaba en cabeza de cuatro «divisiones acorazadas», formadas por una absurda mezcla de carros de combate en forma de cajas de zapatos, grandes, torpes y pesados, y antilofantes no menos grandes, torpes y pesados.

Estos animales resultaban muy vistosos, con sus gualdrapas camufladas y sus cornamentas ahorquilladas sustentando hileras de lanzacohetes. Los habíamos adiestrado para que no se asustaran ante el estruendo de los disparos; pero no me sentía seguro de cuál sería su reacción al oír despegar decenas de cohetes junto a sus orejas.

En escuadrones bajaban los Incondicionales: tropas elegantemente uniformadas, con brillantes armaduras que resplandecían bajo el brillo de las rojas estrellas, las antenas de sus cascos cimbreándose con gallardía. Hacían caracolear sus motocabras, firmemente asidas por los cuernos.

Los Incondicionales y la mitad de los antilofantes se dirigieron a todo galope hacia el oeste, hacia la babel. Tenían por misión impedir que huyeran los angriffs fuera del planeta. Con ellos fue lo que quedaba de nuestra fuerza aérea.

El resto de las fuerzas, junto con la Ciudad, que llevaba a la infantería, se dirigió hacia el complejo angriff a toda velocidad.

Todo este jaleo, que presencié desde la sala de mandos, no era exactamente difícil de observar. A menos que los angriffs fueran estúpidos, ya debían saber que estábamos aquí. Sin duda nos esperaban.

Y no me equivoqué.

El complejo angriff, con su gran cúpula, ya era visible en el horizonte. De repente la radio despertó.

—Carros —dijo lacónicamente Chait Rai. Yo miré con los prismáticos imperiales.

El infrarrojo los revelaba con toda exactitud, bajos y con la coraza frontal inclinada. Parecían tan eficientes como los autogiros. Los cañones destellaron, y llegó a nuestros oídos el apagado estruendo.

Las dos formaciones se entremezclaron como dos mazos de naipes. La situación se volvió muy confusa. El campo de batalla se cubrió de una gris humareda. A ojo desnudo, sólo se veían los destellos de los cañones y las estelas de los cohetes. Con el infrarrojo, todo era un confusión de manchas que podían ser amigos o enemigos. La batalla se resolvió en un sinfín de duelos entre vehículos y animales.

La artillería angriff retumbaba incesantemente. Una gran parte de nuestros jinetes fueron lanzados por los aires en pedazos en los primeros momentos. Las esquirlas al rojo vivo de las granadas producían en las carnes de jinetes y monturas terribles heridas. No podía oír nada desde la cabina, pero me imaginé los espantosos gritos que debían lanzar aquellos desgraciados.

Recuerdo que localicé el reptador por su extraña silueta. Un tanque angriff disparó contra él; sin embargo, la ágil máquina hexápoda esquivó rápidamente y de pronto el carro angriff estalló. Otro tanque se acercó al reptador; no estalló, pero de repente adquirió un brillo cegador en infrarrojo; cambié a visible y lo vi relucir rojo cereza... quedó inmovilizado, con la tripulación evaporada en su interior. Luego perdí de vista al reptador, aunque la radio me trajo los gritos de triunfo de Chait Rai.

Escruté atentamente, tratando de adivinar el curso de la batalla a través de la espesa capa de humo y polvo.

Por todas partes se veían tanques angriffs.

Un antilofante, con un cuerno destrozado por una explosión, corría alocadamente lejos de aquel infierno. A su paso aplastó a varios hombres desmontados que huían.

Algunos de nuestros tanques se revolvían lentamente, tratando de plantar algún cohete en un tanque angriff. La mayoría ardían. Vi al comandante de uno de ellos asomar la cabeza por la escotilla; la tuvo asomada sólo unos momentos, porque de repente dejó de tener cabeza: vi cómo sus sesos salpicaban el blindaje.

Reconocí el aparato de Indri, que había cargado en cabeza por orden expresa de Chait Rai: era un montón de chatarra, con tres imponentes mordiscos en su coraza. Vi al propio Indri, que trataba de salir de aquel infierno en llamas; pero fue alcanzado por la explosión del depósito de combustible. Las azules llamas del alcohol lamieron sus ropas, y éstas ardieron al instante.

El pobre Indri quedó convertido en una antorcha, aferrado a la portezuela de su vehículo; las llamas cambiaron su color a amarillo anaranjado, como la de una vela, a medida que consumían el cuerpo del infante. *Ya sólo quedamos dos*, recuerdo haber

pensado.

Siluetas negras volaron sobre aquel infierno. ¡Más de aquellos malditos autogiros! De nuevo llovieron cohetes del cielo. Un terrible estampido sobre nuestras cabezas nos ensordeció, y una grieta apareció de repente en el ventanal. Nuestras ametralladoras disparaban hacia el cielo.

Los autogiros liquidaban metódicamente todo lo que se movía sobre la llanura y no fuera un tanque angriff.

Y los tanques llegaron a Hebabeerst.

Rodearon a la Ciudad, disparando una y otra vez. De nuevo la estructura tembló bajo los impactos. Se intercambiaron frenéticos mensajes: tantos muertos en esta sección, tantos otros en la otra, impacto en esto y aquello. Era imposible hacerse una idea de la gravedad de los daños.

Pero Hebabeerst seguía avanzando. Eso significaba algo.

Y los cohetes surgían de los costados de la Ciudad. Las cargas explosivas o de gelatina de alcohol impactaban alrededor y sobre los tanques atacantes... que aparte de cañonearnos no podían hacer más. Nosotros éramos el más increíble supertanque jamás visto.

Era como si la Ciudad vomitase colosales surtidores de fuego y acero. Nuestros artilleros disparaban cohetes tan rápidamente como podían cargar los lanzadores; todo quedó sumido en una sucesión de aullidos ensordecedores, salpicado de aterradoras explosiones que lanzaban por el aire a los pesados carros de combate, como si de briznas de hierba se tratase.

Las orugas de Hebabeerst aplastaban a los tanques inmovilizados que se cruzaban en su camino, amigos o enemigos; qué asuras, a los muertos no les importaba demasiado...

El complejo angriff se encontraba cerca. Los tanques nos seguían, disparando inefectivamente.

—¡Cohetes incendiarios sobre el nido de cuervos! —gritó la voz de Chait Rai. ¡Increíblemente, aún se hallaba vivo!

Los cohetes volaron sobre la devastación. Columnas de llamas se elevaron del complejo.

La tierra temblaba, como si corriésemos sobre el parche de un tambor bien tensado; parecía que la Tierra se desmoronaba al final de un kalpa^[72]. También los cañones angriffs nos disparaban desde el complejo, aunque en la confusión no se notaba mucho.

En nuestra marcha, dejábamos atrás más y más de nuestros carros, inmovilizados, pero que seguían disparando, haciendo girar frenéticamente sus torretas. Traté de comunicar por radio con algunos, pero en todas las longitudes de onda no se oía más que un pandemonium electromagnético.

Me dejé envolver por aquel caos durante varios minutos. Mi mente sólo registró confusión, hasta que aquella orgía de destrucción empezó a parecerme tediosa. Increíblemente, sentía deseos de dormir. Era la típica reacción del combatiente: huida de la realidad. En un momento dado, no sé cómo, la muralla estaba ante nosotros.

Y las ciudades chocaron.

El millón de toneladas de acero de Hebebeerst chocó a cien kilómetros por hora contra el complejo angriff. La Ciudad tembló hasta el último tornillo. Los muros se hundieron como un castillo de arena bajo el embate de la ola. Cascadas de roca o ladrillos pulverizados caían de nuestros costados.

Fuimos lanzados hacia adelante, y me golpeé contra el ventanal. Un ciudadano apretaba frenéticamente palancas para frenar nuestro ímpetu. Las luces se apagaron.

Las orugas rodaron en punto muerto, rechinando, aplastando casas, barracones, corrales, o no sé qué. En medio de un histérico rechinar de orugas, paredes, piedras y ladrillos quedaron aplastados en medio de una nube de polvo. El calor de los incendios amenazaba convertir el ventanal en la boca de un horno. Finalmente, Hebebeerst se detuvo. ¡Estábamos dentro! Hubo un inesperado silencio.

Aturdido, me puse en pie. La sala de control era un revoltijo de hombres, asientos, papeles, mapas, fantasmagóricamente iluminada por la luz de los incendios que entraba por el rajado ventanal, tamizada por la nube de humo y polvo.

En aquella nube destellaban las armas angriffs. Cuando mis tímpanos empezaron a sentirse mejor, llegaron hasta ellos el apagado estruendo de las armas cortas.

Entre el polvo y el humo, se lanzaron hacia Hebebeerst las demoníacas siluetas de los angriffs, como poseídos de una locura suicida. Parecía que la experiencia les había hecho perder hasta la última brizna de racionalidad. Tras la obligada pausa del encontronazo, nuestros artilleros se recuperaron lo bastante como para seguir disparando cohetes. Las granadas y las balas trazadoras iluminaban la noche. Era casi imposible ver a nuestros atacantes, pero estaban tan amontonados que no se perdía ningún disparo.

Cuando el polvo se hubo posado, no se veía moverse a ninguna de aquellas fantasmales figuras. Habían negros cuerpos alienígenas destrozados por todas partes. ¿Y ahora qué?, me pregunté, aturdido. Pero los ciudadanos sabían qué hacer. Las rampas descendieron... y millares de guerreros se lanzaron abajo a paso de carga. Armados con fusiles, espadas, lanzas, ametralladoras, lanzallamas... lo que fuese. Era el momento de la infantería.

Las ametralladoras angriffs empezaron a disparar desde posiciones ocultas, y los guerreros caían, hasta que un lanzallamas alzó una cortina de fuego. No pude ver cómo acabó la cosa; sin embargo, los angriffs no entraron en Hebabeerst.

Pálidas luces de emergencia se encendieron en los muros. Recordé mi misión y levanté el transceptor AM. ¿Funcionaría? Pues sí, asombrosamente. Pero la confusión de voces que sonaban no me aclaró nada. Hubo algo que sí comprendí: no se oían voces angriffs en casi ninguna longitud de onda.

Los autogiros flotaban sobre la ciudad, aunque no disparaban. En la confusión podían matar a los suyos con igual facilidad que a los nuestros. Miré con atención al exterior, pero no pude distinguir nada: hombres o angriffs que corrían, se parapetaban, disparaban, caían... generalmente, más hombres que angriffs. Algo explotó sobre nuestras cabezas. Todos miramos al techo.

Los autogiros nos acribillaban vengativamente. Llamé por radio:

—Hebabeerst a Escarabajo. Contesten. Hebabeerst a Escarabajo. ¡Conteste, Escarabajo, por Alá! Esto... cambio.

—Escarabajo a la escucha. ¿Qué diablos pasa? Cambio —oí.

—El nido está inmovilizado. Los cuervos nos picotean. ¿Qué hacemos? Cambio.

—Vamos a por vosotros. Nos estáis arruinando la fiesta. Cambio.

La ciudad angriff era un mar de confusión, pero la batalla iba alejándose del punto de impacto de Hebabeerst. El reptador apareció: baqueteado, chamuscado, pero caminando.

Los autogiros estallaron.

—Puedes venir conmigo, Jonás —dijo Chait Rai.

—Atended a los heridos. Todos a los pisos bajos —ordené.

Descendí a la calle. El olor del humo era espantoso. Por el suelo habían cadáveres o trozos indistinguibles: humanos, angriffs, era difícil de decir. Ni un solo edificio en pie a la vista, excepto la gran cúpula. Renqueé hacia el reptador.

El propio Chait Rai me alargó la mano.

—Bienvenido a bordo —su medio rostro se curvó en una sonrisa—. Habéis armado una buena.

—¿Ganamos o perdemos? —pregunté mientras el reptador caminaba hacia la cúpula.

—¡Por supuesto que ganamos! —se ofendió—. Ahora empiezan a regresar los tanques; sin embargo, no son muy útiles entre estas calles. Los liquidaremos con los lanzallamas; es asunto fácil.

A mí no me parecía tan fácil, aunque no dije nada.

—Lo peor son los francotiradores, que disparan desde los tejados. Pero eso se remedia quemando las casas.

—Vaya, menos mal —dije. Me sobresalté cuando un rosario de balas impactó en la ventana a mi lado.

—Tranquilo, las balas no perforan el blindaje. No hay peligro mientras no nos disparen con un antitanque.

Aprensivamente me aparté de la ventana. Chait Rai siguió hablando con calma.

—Ya sólo queda la gran cúpula. Hamalnarat va a entrar. Ahí —señaló—. Baja; disfrutemos del espectáculo.

Bajé. El aire olía peor de lo que esperaba. Disparos, ráfagas, explosiones. Pero ninguno cerca.

Un grupo de ciudadanos aguardaba ante la puerta de la cúpula. El sargento Hamalnarat, un corpulento ciudadano y aventajado combatiente, sonreía mientras apretaba su ametralladora.

Una explosión echó la puerta abajo. Hamalnarat lanzó un grito y entró de un salto, disparando.

Una ola negra saltó hacia nosotros. ¡Angriffs! Los lanzallamas escupieron alcohol gelatinoso ardiendo. Aullidos y llamaradas; donde las lanzas de llamas caían sólo quedaban despojos. Los guerreros se abalanzaron. Chait Rai los siguió y yo también.

Caminamos sobre una alfombra de angriffs achicharrados. Y llegamos al centro de la cúpula. ¿Qué guardarían allí? Pronto lo supe.

Era una cámara hemisférica, iluminada por luz cenital procedente de la Esfera, que penetraba por la abertura circular del techo, contrastando con el semitenebroso interior. En el centro, una cerca metálica encerraba una gran masa de angriffs herbívoros. Debía haber más de cien mil.

Los ciudadanos miraron incrédulos a aquellas bestias. Quise gritar que eran inofensivos, pero no tuve ocasión.

Las triunfantes tropas de ciudadanos irrumpieron en medio de un griterío ensordecedor. Corrieron en torno a la cerca y la rodearon en un gran círculo... y los lanzallamas trabajaron de nuevo, sembrando un gran anillo de fuego. Aquellos miles de bestias vociferaban su terror, corriendo ciegamente. La mayoría se amontonó, guiados por un sorprendente instinto gregario. Pronto quedaron reducidos a una inmensa pira de tizones humeantes. Nubes de grasiento humo escapaban por la abertura de la cúpula.

Con él se esfumaba mi oportunidad de sacar algo en claro sobre su exótico ciclo vital. ¿Por qué los herbívoros tenían hijos carnívoros? Tristemente, caminé fatigado fuera de aquella cúpula infernal, convertida en colosal horno crematorio. Esa pregunta seguiría sin ser contestada.

Respiré ansiosamente el aire exterior, relativamente fresco. El Sol asomaba sobre el horizonte.

Al día siguiente, hicimos recuento de nuestra hazaña. Habíamos destruido de un golpe la base, el depósito de víveres y la sala de partos de la horda angriff... y a la propia horda.

Los autogiros y los tanques, según me explicó Chait Rai, serían inútiles sin combustible: desventajas de la guerra moderna. A menos que los angriffs contasen con depósitos secretos de carburante, pronto se convertirían en chatarra inmóvil.

El recuento de bajas arrojaba el increíble saldo de cuarenta mil angriffs muertos.

—¡Nunca antes se había obtenido una victoria semejante! —exclamaba Chait Rai orgullosamente.

Yo me abstuve de decir que la victoria nos había costado sesenta mil hombres de un total de cien mil, la mitad de nuestros antilofantes, el noventa por ciento de nuestros tanques... y el noventa y ocho por ciento de toda nuestra fuerza aérea. Los angriffs nos habían destruido dos Ciudades y nosotros la tercera.

Otra «victoria» así, y estábamos perdidos.

V. EL PRISIONERO

DESPUÉS DE LA BATALLA

De las cuatro Ciudades que participaron en el ataque, sólo Babraham se hallaba casi intacta. Los robots reparadores se afanaban en remediar el estropicio de Hebabeerst, así que Babraham se hizo cargo de nosotros y nuestros heridos.

Informé de nuestra situación a Chait Rai. Miraba con aire ausente la selva que se extendía hacia el sur, mientras acariciaba a «Terror» en el cuello.

El neopardo estaba en cuclillas en el suelo, ante Chait Rai. El ksatrya era el único que podía tocarlos sin peligro; los dos Incondicionales que los cuidaban en su ausencia estaban siempre llenos de arañazos.

—Algunos han escapado. Allí. Hemos de buscarlos allí donde estén. Tendremos que combatirlos cuerpo a cuerpo —dijo Chait Rai—. Este terreno lo favorece.

Odiaba que me recordaran eso.

—Hmmm... esto.. —tartamudeé.

—¿Qué quieres? ¡Habla claro!

—Ehhh... no quisiera que me tomaras por un cobarde; —dije— pero, ¿hay algo de verdad en eso que se cuenta? Que se comen vivos a hombres, mujeres y niños.

—¡Oh, no! —Chait sonrió ante mi ingenuidad—. Los matan antes de comérselos. Bueno, para ser exactos, sólo se comen a los que les combaten. A las mujeres y niños se limitan a matarlos. Excepto si están hambrientos.

Glup.

—Tengo la teoría —prosiguió Chait Rai— de que se trata de una especie de ritual. Un honor a un enemigo valiente. Si alguna vez me cogen... espero que me sirvan a uno de sus mejores guerreros. ¿Te sientes mal?

—No... eurg... sólo unas pocas arcadas.

—Me alegro; porque tengo una misión para ti.

Arqueé las cejas.

—Algo relacionado con la biología, supongo.

—Naturalmente; —sonrió— se trata de que captures un angriff vivo. Carnívoro, desde luego. Llévate a la patrulla del sargento Hamalnarat, son buenos elementos. Y también una pequeña escolta personal...

—¡¡NO!! —grité—. Esto es una locura.

Frunció el ceño.

—¿Insubordinación? —y de repente su ametralladora me apuntó al estómago. Me miró fijamente con su horrible rostro—. Quizás descubras que prefiero tu vida a tus negligentes servicios.

Cuando me dio la escopeta antidisturbios, Chait Rai me explicó los peligros que representan las armas. Nunca apuntes a nadie, ni siquiera en broma, si no tienes intención de disparar. Aunque el arma esté descargada.

Su repetidora estaba cargada, e indudablemente no bromeaba. Tenía su sonrisa de «ejecución sumaria». Leí mi muerte en sus ojos, a través de sus gafas de sol.

Hubo un silencio que me pareció que duraba un siglo. Sentí que la tierra y el cielo ondulaban como el mar.

Chait Rai esperaba.

—Está bien, lo haré. Un angriff carnívoro, vivo —dijo una voz que resultó ser la mía.

—Así me gusta —alzó su ametralladora y se volvió. ¿Había desencanto en su rostro? «Terror» me lanzó un maullido que me pareció lleno de frustración.

Yo no soy un héroe, pero hay límites.

—¿Puedo preguntar respetuosamente, mi capitán, para qué lo quiere? —mi voz estaba ahogada por el nudo de mi garganta.

—No; no puedes —dijo sobre su hombro. Me volvió la espalda. «Terror» caminó tras él en posición bípeda e inclinado hacia adelante, rozando el suelo con los nudillos de las manos.

Creo que fue mayor la humillación que el miedo. Las mejillas me ardían, y tardé más de un minuto en moverme. A mi alrededor, los ciudadanos parecían tan avergonzados como yo. Ninguno me miraba.

Finalmente decidí que había que hacer algo.

—Ya habéis oído. Capturaremos a un angriff vivo.

Con rostro de piedra, el sargento Hamalnarat organizó el orden de marcha. Mis guardaespaldas eran cuatro forzudos ciudadanos, que se me acercaron, y emprendimos el camino.

Mientras renqueaba tras ellos, tuve tiempo de serenarme y tomarme la cosa con filosofía.

Los angriffs mataban a sus víctimas antes de comérselas. Bueno, es mejor que las orugas de la Ciudad...

Nos adentramos en la selva y perdimos de vista a los demás. Los soldados marchaban en fila de a dos, conmigo en medio. Aquello me recordaba a algunos de los «Juegos de Guerra» que Vidya me había mostrado, en especial uno llamado «Comandos en Birmania». Se trataba de una lucha entre dos grupos llamados «japoneses» e «ingleses» en alguna selva de la antigua Tierra. Yo había jugado algunas partidas; sin embargo, los japoneses «me mataban» siempre (cuando pedí jugar con el bando japonés, fueron los ingleses los que me «mataron»). Un éxito.

No me hacía ilusiones. Yo era allí un intruso, y mi presencia era absolutamente superflua. El sargento y sus hombres parecían bastarse por sí solos.

Chait Rai tenía razón: Hamalnarat y sus hombres eran buenos y tenían nuestro mejor equipo. Casi la mitad de los soldados llevaban lanzas (colgando a la espalda) y

escudos de mimbre, y además un corto fusil de un solo tiro. El resto llevaba fusiles de repetición; y uno cargaba con una de las nuevas repetidoras y las cintas de munición. Por lo demás, llevaban espadas o sables y dagas, según el gusto o habilidad de cada uno. Hamalnarat, además, hablaba la lengua de Akasa-puspa con notable corrección.

Todos miraban cautelosamente en todas direcciones, a los árboles o al suelo, con sus armas listas para disparar. Yo llevaba la escopeta que me dio Chait Rai, y la cogí por las empuñaduras, apuntando hacia arriba. Así parecía más marcial.

A los veinte minutos me dolían condenadamente los antebrazos.

Esto no pasa en las películas de guerra. En éstas, los soldados avanzan llevando sus fusiles al brazo como si fueran livianos bastoncillos; pero tras un rato de caminar, los músculos protestan. Decidí mandar a paseo la marcialidad y me colgué la escopeta del hombro.

Cerca de mí caminaban mis guardaespaldas. Cuatro individuos altos y cuadrados como armarios; parecían tener bolas de billar en lugar de bíceps. Honihabalit y Torlaharvanat llevaban fusiles de repetición, y Rewansacelot llevaba un fusil de un solo tiro, lanza y escudo al hombro.

Un tal Hernosuifasai no llevaba más armas que una enorme espada y parecía considerar el taparrabos como «uniforme» adecuado. Para él, era un alto honor la tarea de proteger a uno de los «dioses». Se me adelantaba con la espada desenvainada y en guardia, cubriéndome (y de sobras) con su amplio tórax. De vez en cuando me miraba sonriendo.

Mis guardias pertenecían a una secta llamada los Pol'asat o «Hijos de la Ciudad». Por lo poco que pude entender acerca de sus explicaciones, consideraban a su Ciudad animada por un espíritu femenino, la Matra, y a sí mismos como descendientes de esta Matra y de Oannes. (Le pregunté a Oannes su opinión sobre esta pintoresca vida sexual que le atribuían, y se limitó a decirme con indiferencia: «Los dioses somos así»). Los Hijos de la Ciudad tenían prohibido comer cualquier alimento que no sea producido por su Ciudad natal, y sólo se dedicaban a la práctica de las artes marciales. Formaban una secta ascética y guerrera, que parecían mirar a los demás ciudadanos por encima del hombro.

Para demostrar su parentesco, tenían la costumbre de implantarse quirúrgicamente adornos metálicos por todo el cuerpo. Hernosuifasai, por ejemplo, lucía unas deslumbrantes placas de cobre atornilladas a los parietales, su mandíbula remataba en un disco de metal plateado, y de sus hombros y rodillas pendían unas finas cadenas de metal, implantadas en el hueso por procedimientos burdos.

Hernosuifasai debía ser un entusiasta de las tradiciones, porque Rewansacelot tan sólo llevaba dos pernos con sus respectivas tuercas y chavetas atravesando los lóbulos de sus orejas, en tanto que Honihabalit se limitaba a un tornillo que agujereaba su tabique nasal, y Torlaharvanat llevaba pendientes hechos con

resistencias en las orejas, nariz y mejillas. Muchos de los que se sometían a estos implantes morían a las pocas semanas, lo que se interpretaba como un signo de que la Ciudad no los admitía por hijos legítimos, aunque sin duda la verdadera causa es la poca asepsia de sus técnicas quirúrgicas.

Contrariamente a lo que se cree, en la selva no hace falta machete. Había tal oscuridad que pocas semillas germinaban, y los pasos entre los árboles se hallaban despejados. Esto no significa que fuera fácil caminar, porque el suelo era puro barro cubierto de hojarasca. Con frecuencia cruzábamos charcos y pequeños arroyos. La atmósfera era muy húmeda y calurosa, y no corría el viento. Pronto estuvimos bañados en sudor.

Alrededor nuestro, la selva zumbaba llena de vida animal, principalmente aves e insectos. Numerosos bichos nos picaban o revoloteaban, tratando de tomar gotas de nuestro sudor. De no ser por la sensación de que nos iban a tirotear de vez en cuando, casi hubiera disfrutado del paseo.

De repente, alguien dio un grito. Nos tiramos (me tiraron más bien) entre los árboles buscando refugio. A pesar de esto nadie disparó.

—¿Qué ocurre, sargento? —dije, procurando no gritar.

Hamalnarat no habló. Hizo «¡shhhh!» y me señaló un lugar entre las ramas de un árbol.

¡Una figura vagamente humana entraba en una especie de nido enorme, hecho con ramas y hojas! A una voz de mando, todos dispararon contra el nido.

Se armó un estruendo fenomenal. Todos los animales de la selva chillaron, vociferaron o rugieron con terror. Vi una figura caer del nido, y luego otra más. Dos brazos, dos piernas, pero...

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —grité por mi traductor, que dijo: *Sto foco! Sto foco!*

Nadie me hizo caso.

—¡Sargento, que cese el fuego! —el sargento me miró como a un idiota; sin embargo, dijo: «Alto el fuego», y el fuego se detuvo.

Me puse en pie y me dirigí a una de las figuras caídas. Sorprendido, Hernosuífasai corrió tras de mí, sus cadenas tintineando a cada paso, y llegó antes al muerto.

—*Por les Kami Fins de Zwodd! Es un fukin'sing.* (¡Por las Sagradas Aletas de Dios! Es un jodido mono) —susurró mi traductor.

En una ocasión me pregunté a qué se parecerían los monos, adaptados a la depredación de los gatos trepadores. Aquí tenía la respuesta.

Le llamé «mono acorazado». No medía más de un metro veinte, y tenía pelo marrón. La piel de su cabeza, hombros y pecho se había espesado y formaba una

coraza magnífica contra las garras de los neopardos. Sus dedos tenían uñas planas como el hombre, aunque largas y afiladas. Su cabeza tenía una cresta sagital donde se anclarían, supuse, los músculos de las mandíbulas... que parecían capaces de partir un brazo de un mordisco. Los caninos superiores eran largos, y sobresalían de la boca cerrada. *Debería domesticar algunos de estos para que me defendiesen de Chait Rai*, pensé. Los soldados me rodeaban; todos contemplaban atónitos aquel mono blindado.

—Creía que era un angriff —dijo confuso el sargento. Desde luego, podía confundirse de lejos.

El nido tenía el tamaño de una pequeña casa. Otra defensa contra los neopardos. Pensé haber encontrado la respuesta (me equivoqué. Los monos de aquella selva me reservaban otra sorpresa).

Reanudamos la marcha. Al poco, descubrimos otro nido de monos acorazados; sin embargo, esta vez los dejamos en paz. Los machos, de centinela, ni siquiera nos miraron. Sin duda sólo temían a los trepadores.

Vi una bandada de pequeños monos saltar entre una maraña de plantas epifitas. Me detuve un momento.

—No podemos entretenernos, mi Señor —me dijo el sargento respetuoso.

—Un momento. Estoy en misión científica.

El sargento me miró sin entender. «Científica» es una palabra sin equivalente en su idioma; debió pensar que era algo misterioso y sagrado, porque de repente miró al suelo y se disculpó.

Miré con prismáticos. Los monos eran muy pequeños, de cuerpo casi globular y brazos muy largos; trepaban como rayos. Sin duda, presas muy escurridizas para los neopardos. Lamentando no tener una cámara fotográfica, dije al sargento que ya podíamos seguir.

En lo sucesivo, no puso obstáculos cuando me detuve a observar. Sonreí. En mi estancia en la *Vajra*, descubrí que nunca sería un oficial. Ser un dios era mucho más sencillo...

De todos modos, no retrasé demasiado a la columna; la principal causa de detenciones era que algún soldado pedía permiso para orinar (otro problema que las películas de guerra no mencionan).

Vi que un neopardo trepaba sigilosamente a un alto árbol, con el fin de cazar algunos monos que comían en una rama. No eran muy grandes, unos quince kilos de peso. De repente, uno de ellos chilló. Viéndose descubierto, el neopardo trepó con rapidez a por ellos.

Y los monos salieron volando.

Entre el cuerpo, las patas y el rabo, un repliegue de piel servía de planeador. Se alejaron del árbol, planeando hasta otro. ¡Maravilloso! Todos quedamos boquiabiertos, incluso el sargento. Finalmente gruñó, dando orden de seguir.

El viaje parecía un paseo; aunque mis piernas protestaban por el dolor. El forzudo y servicial Hernosuífasai se ofreció a llevarme en brazos, aunque yo rehusé sonriendo.

Aún estaba sonriendo cuando alguien nos disparó una ametralladora y empezaron a caer soldados.

LA CAPTURA

Pregunta: ¿cómo se las arregla un zoólogo cuando el ejemplar que pretende capturar le dispara abundantemente con una ametralladora? Respuesta: se refugia lo más rápido que puede.

No era cobardía. Aquella «recolección de especímenes» me convirtió, sin proponérmelo, en un experto en este tipo de combates.

Cuando un tirador solitario abre fuego sobre una fila de hombres, los que están en la línea de fuego (como era el caso de mi humilde persona) se refugian y no asoman ni una ceja. Los que están fuera de dicha línea se parapetan y disparan al tirador enemigo... si lo pueden localizar. Si no pueden, se recurre a lo que cortésmente se llama «atraer el fuego enemigo». Un soldado, generalmente de modo no voluntario, sale al descubierto y se expone a los disparos como un patito en una barraca de tiro. Sus compañeros pueden entonces descubrir los fogonazos del arma enemiga.

El sargento Hamalnarat dio orden a tres de sus soldados de que avanzaran hasta otra posición más adelantada; quizás esperaba que la ley de probabilidades salvase a dos. Los elegidos salieron corriendo y se lanzaron a nuevos refugios.

Vidya me sugirió el comentario adecuado: «nunca vi a hombres con armas en las manos hacer mejor uso de sus piernas». Creo que lo dijo alguien en la vieja Tierra.

Mientras las balas chasqueaban a su alrededor (las balas no silban; hacen un *pac* supersónico al pasar cerca del cerebro de uno), el sargento escrutaba ansiosamente. Finalmente lograron descubrir el nido de aquel hijo de Putana y lo frieron.

Así se malogró mi ejemplar. Y un quinto de los efectivos de «mi» patrulla.

Aparte de los muertos, habían cuatro heridos, ninguno grave. Uno no podía andar, así que improvisaron una camilla con ramas. Ordené a mis escoltas que participaran en los turnos para llevarla.

No vimos más tiradores emboscados, aunque sin duda debía haberlos... no sabíamos cuántos. La marcha prosiguió hasta que llegamos a un claro.

La caída de algunos árboles (sin duda por el invierno nuclear) había abierto una brecha en el dosel arbóreo. Pero en poco tiempo había crecido una maraña de hierbas y matorrales de casi dos metros de alto.

—Mala cosa, mi Señor; —me dijo en voz baja Hamalnarat— podría haber una docena escondidos en los matorrales. Los podemos tener encima y ni los veríamos.

Las noticias no me entusiasmaron. Miré por todos lados, arriba, abajo, atrás. Aferré con fuerza mi escopeta.

El terreno era propicio a una emboscada, en efecto. Bastaba alejarse unos metros para perderse entre los matorrales.

Mis guardaespaldas me rodearon. Los soldados se movían cautelosamente y mirando a todas partes, rodeando cada matorral con mil precauciones, cuidando de no perderse de vista unos a otros.

Vi entonces la utilidad de las lanzas: un soldado encañonaba un matorral sospechoso y otro se arrodillaba, dejando su carabina a su lado y hurgaba con una lanza. El portador de la ametralladora movía su arma en arcos, esperando acribillar a cualquier angriff que surgiese. Y quizás a media patrulla, si andaban lentos en agacharse.

Aún no me explico por qué fui yo el que me lo encontré.

La escena quedó grabada en mi memoria con todo detalle. El angriff había salido de repente de un espeso matorral; ignoro qué hacía allí, quizás era un observador.

Su cuerpo se hallaba camuflado; se había pintado con franjas transversales negras, marrones y verdes, de la cabeza a los pies, incluidos globos oculares. Aquello le hacía parecer más horrible que su color natural. Se balanceaba sobre las patas traseras y me miraba con aquellos ojos ranurados como troneras.

No llevaba armas. Pero no parecía necesitarlas.

Recuerdo toda aquella escena como a cámara lenta; más bien, era mi cerebro el que funcionaba a mil. Hubo un momento de silencio y al instante estalló una algarabía de gritos.

Rewansacelot se interpuso cubierto por el escudo y esgrimiendo la lanza. No sé que hizo el angriff, pero el escudo salió despedido por un lado, la lanza por otro y Rewansacelot por un tercero, con un tajo a la altura de la clavícula.

Los soldados gritaban; ninguno podía disparar a tan corta distancia sin organizar una masacre por nuestro propio fuego cruzado. El sargento vociferaba (traducido): «¡Tiraos al suelo y lo freímos! ¡Tiraos al suelo y lo freímos!»; sin embargo, ninguno lo hizo, ni siquiera yo. Vi mi oportunidad y apunté la escopeta a la parte baja de su cuello, donde pensábamos que se encontraba su punto vulnerable. Creo que si yo hubiera disparado, habría acabado con él.

Y entonces Hernosuífasai, el gran héroe musculoso, tuvo que lanzarse a la carga.

Con un salto y un gran aullido, saltó entre el angriff y yo, casi atropellándolo. Levanté rápidamente la escopeta para no volarle los pequeños y acorazados sesos.

Fue hermoso de ver. El empujón hizo caer al angriff; Hernosuífasai alzó su enorme mandoble por encima de la cabeza y, con un nuevo rugido, ¡*TCHACK!*, un chorro de sangre brotó del cuello del angriff a un metro de alto y con él su cabeza, que cayó a mis pies.

Los soldados vitorearon y aplaudieron. Hernosuífasai se giró hacia mí,

pavoneándose con una sonrisa de oreja a oreja y limpiándose la sangre de sus placas parietales. El sargento gritó: «¡No os descuidéis, atontados! ¡Pueden haber otras sorpresas!» Los soldados se volvieron a seguir registrando los otros matorrales, esta vez optimistas y alegres. Nos acercamos a recoger a Rewansacelot, olvidando de momento al angriff.

Alguien gritó «*Atshun!*» Bajé la mirada, y vi lo que espero no volver a ver nunca.

El angriff decapitado tanteaba el terreno con sus manos. Su mano izquierda palpó mi pie.

De repente me agarró la pierna y lanzó su mano derecha, armada con su afilado espolón, hacia arriba en un mortífero arco a la altura de mi abdomen.

Si no quedé destripado al instante fue por casualidad. Al ver aquella cosa aferrarme la pierna, di un paso atrás y caí de espaldas. Milagrosamente mantuve mi escopeta en alto, con el dedo fuera de la guarda.

La mano aún describía ciegos tajos en el aire, en busca de mis preciados intestinos. Disparé a bocajarro. El retroceso casi me arrancó la escopeta y la nube de humo me cegó. Simultáneamente, unos fuertes brazos me arrastraron hacia atrás.

¿Creerán ustedes que el angriff decapitado *se puso en pie*? Mi disparo, más por casualidad que otra cosa, le había casi arrancado el brazo derecho, que pendía de un colgajo de piel. Su mano izquierda describía arcos, con su espolón como una daga. Dio dos titubeantes pasos.

Hernosuifasai se levantó (había tenido el buen sentido de tirarse al suelo al ver que mi arma lo encañonaba). Enarboló de nuevo la espada.

Probablemente guiado por el olfato, el angriff decapitado lo detectó y giró repentinamente, siempre tirando tajos a ciegas con el espolón. Sorprendido, Hernosuifasai dio un paso atrás para ponerse fuera de su alcance y alzó la espada con dos manos sobre la cabeza. Estudió los movimientos del brazo unos segundos, dio un paso al frente y *¡TCHACK!*, el segundo brazo saltó por los aires.

¡Y todavía el angriff no se daba por vencido! Agitando inofensivamente su muñón, el otro brazo colgando, siguió avanzando.

Hernosuifasai, con una mueca de frustración, dio un paso lateral y *¡TCHACK!*, *¡TCHACK!*, cortó los tendones de las patas traseras. El angriff se desplomó... aún vivo.

Hernosuifasai miraba fijamente el cuerpo, frotándose con desconcierto la barbilla metalizada. De pronto su espada se alzó y cayó varias veces, tranquilamente, sin ira.

Me puse trabajosamente en pie. Estaba embadurnado en sangre de angriff, enfangado, y la pernera de mi pantalón se hallaba rasgada. Tenía pequeños cortes a todo lo largo del músculo gemelo; los refuerzos metálicos de mis piernas me habían protegido del tajo del espolón. Por una vez los bendije.

Para asombro mío, me sentía bien, extrañamente sereno y tranquilo. Mi sangre

rebosaba adrenalina y no sentía ningún dolor, aunque sin duda esto no duraría (y no me equivoqué).

Hernosuifasai proseguía su tarea de cortar al angriff en lonchas; parecía tomárselo como una afrenta personal, sintiéndose estafado. Entonces oí una voz conocida a mi espalda.

—Mientras estáis aquí, rascándoos las pelotas, —dijo Chait Rai— yo he capturado a un angriff vivo.

Me volví. Chait Rai y dos de los suyos habían aparecido sigilosamente, vestidos de la manera más estrambótica que hubiese visto: una capa cubierta de algo que parecía hierba; ramas en el casco; todas sus ropas y hasta sus caras tiznadas de verde y marrón.

Pero lo más importante era lo que sus secuaces transportaban colgado de un palo. ¡Un angriff envuelto apretadamente en las mallas de una red! Supongo que el alivio hizo que la adrenalina empezara a fallarme. Hernosuifasai me sostuvo el resto del camino a Hebabeerst.

Mientras me llevaban, Chait Rai me contó cómo lo capturaron.

—Verás, no quiero ofenderte, pero la verdad es que...

—No confiabas en mí para esta empresa —dije fatigado.

—Tu papel y el de tu grupo era el de maniobra de distracción. Yo, junto con cuatro de mis más duros Incondicionales, os hemos estado siguiendo, mucho más discretamente y muy bien camuflados. Vosotros sois tan sutiles como un antilofante en celo.

—Ya —recordé el estropicio que debimos organizar.

—Cada vez que armábais una ensalada de tiros, yo observaba los lugares más sospechosos con los prismáticos imperiales. El angriff también se había camuflado; aunque con el selector en ultravioleta, el angriff destacaba de un color negro profundo, debido a la absorción del ultravioleta por su piel.

¡Kamsa! ¿Por qué no lo pensé antes? Asentí.

—Descubrimos al angriff refugiado en un árbol, en un nido vacío de monos acorazados. Atraído por el estruendo, asomó la cabeza un momento, blandiendo un fusil automático. Aquello bastó para que fuera descubierto. Me acerqué, arrastrándome poco a poco. Tardé dos horas en acercarme doscientos metros. Cuando estuve a menos de cuarenta, corté el árbol con el cañón del reptador...

—¿El cañón? Ignoraba que podía desmontarse.

—Oh, sí, aunque las baterías sólo permiten un disparo de menos de cincuenta segundos. Pero bastó. El rayo de electrones segó el grueso tronco como una hoz una solitaria espiga, y el árbol cayó lentamente. ¡Ja! La sorpresa fue total; el angriff quedó aturdido entre los restos del nido, y el resto fue sencillo; bastó una simple red para inmovilizarlo.

—Entiendo —yo me sentía tan cansado que no tuve fuerzas para ofenderme ante mi poco glorioso papel en la captura.

Aquella noche, en mi habitación, hice recuento de mis dolores. Las piernas se me doblaban de cansancio. Me dolían los antebrazos por el peso de la escopeta. Las muñecas se resentían del retroceso de mi disparo. Por lo demás, la espalda la tenía dolorida por la caída, y me escocían los cortes en la pierna.

Sin embargo, llamé a una de las encantadoras devadas. Aquella noche batí mis marcas sexuales.

Yo me sentía estupefacto. Supongo que era la voz ancestral de mis pobrecitos cromosomas, aterrados ante la idea de extinguirse sin descendencia...

LA FLOTA IV

—¿Qué sabes del comandante Azmeri? —preguntó Lilith a Kot Dohin.

Hacia el décimo cuarto mes de viaje (tiempo de a bordo), Lilith ya se hallaba harta del confinamiento. Trataba de matar el aburrimiento conversando con Dohin, aunque últimamente sus conversaciones tendían a repetirse.

Lilith y Kot eran los únicos ocupantes de la sala de recreo, y estaban mirando sin el menor interés la pantalla del televisor. Se estaba proyectando una deleznable película de aventuras titulada *Los piratas del planeta sangriento* (o tal vez fuese *El planeta de los piratas sangrientos*). Finalmente Lilith lo apagó. Pero el título le había recordado algo que había oído; un rumor lo bastante raro como para interesarla.

Kot Dohin era aficionado al kitar, y se distraía tocando música, cosa que le ayudaba a pasar el tiempo. Pellizcó una cuerda.

—¿A qué te refieres? —preguntó. Lilith vaciló.

—He oído rumores...

—¿Rumores? ¿De qué clase?

—De que... —señaló la pantalla apagada—. Bien, de que ha sido pirata.

—¿Pirata? —Dohin se echó a reír—. ¿Crees que va a secuestrarnos y pedir un rescate?

Lilith resopló. Un año y dos meses confinada en aquella lata de conserva la afectaban más que a sus compañeros.

—No, eso es absurdo. ¿Podría sobornar a todos los oficiales de la flota para desertar? Aparte de que... bueno, ¿quién sería el tonto que pagase por dos científicos? Es sólo curiosidad femenina.

Dijo esta última frase con especial ironía.

—Bueno, querida; —dijo el físico, apretando una clavija— vivimos tiempos revueltos y la frontera entre la ley y el delito es tan vaga como... la interfase líquido-gas en el punto crítico. Yo también lo he oído; quizás conocerías la respuesta si hablastes más a menudo con los oficiales.

Lilith no contestó de momento.

—Ser una de las pocas mujeres a bordo —dijo al fin— exige tacto y diplomacia.

—Y tú no te destacas por eso, precisamente; —se burló Dohin— aún recuerdo con qué «tacto y diplomacia» arreglaste el asunto del infante... bueno, bueno, no te enfades...

Pellizcó otra cuerda y continuó.

—En cuanto al comandante, lo que yo he oído decir es que fue corsario, no pirata, al servicio de Kharole. Tuvo mucha fama en su ambiente, según se dice; fue uno de los pocos que logró robar una nave de fusión del Imperio. Kharole lo seleccionó porque es el único de sus oficiales con experiencia en esta clase de naves.

»De todos modos, se trata de un asunto que nadie prefiere indagar muy a fondo. Tengo la impresión de que mis informantes tampoco tienen la conciencia muy limpia; recuerda que el Imperio concede también patentes de corso.

—¿Qué diferencia hay entre un pirata y un corsario? —preguntó Lilith.

—Un pirata es el que asalta a mano armada naves espaciales, para robarlas y secuestrar a tripulantes y pasajeros. Un fuera de la ley.

»Un corsario, a diferencia de un pirata, está dentro de la ley. En teoría, una nave corsaria es una nave mercante armada que hostiliza el tráfico enemigo. La patente de corso le autoriza a incautarse de bienes o retener súbditos enemigos, a cambio de una parte del botín. El resto pertenece al estado que otorga la patente.

Lilith se sentía asqueada.

—«Incautarse» en lugar de «robar». «Retener» en lugar de «secuestrar». ¿Hay diferencia real? Resulta difícil de creer que un Imperio civilizado...

—Ah, Lilith, tú y yo vivimos y trabajamos en torres de marfil con aire acondicionado —suspiró Dohin—. Estoy enterándome de cosas increíbles. A nadie le gusta admitirlo; sin embargo, piénsalo un momento...

»Supón que gobiernas un planeta y estás en guerra con otro planeta, y no tienes suficientes naves de guerra, ni dinero para pagarlas. ¿Qué haces si un armador se te queja de sus pérdidas, debido a que una nave enemiga le ha confiscado un cargamento?

»Pues esto: le concedes lo que llaman una “comisión de represalia”, que le autoriza a saquear a un mercante enemigo. Tú recaudas como impuestos un diez o un quince por ciento del valor del cargamento requisado; la “pobre víctima” se resarce del robo, y causas daño a la economía enemiga sin necesidad de mandar allí a tus tropas y sin gastar un solo karmi. ¡Todos contentos!

—Excepto los armadores del mercante enemigo desplumado —contestó Lilith.

—Oh, claro. El armador enemigo irá a su gobierno, pedirá otra comisión de represalia y, bueno, ya está montado el cisco. Ante el creciente deterioro de la economía, ambos gobiernos abren la mano y conceden patentes de corso a todo el que la pide. Y los capitanes mercantes descubren que el corso es una actividad lucrativa, hasta que un buen día... ¿qué hace un capitán corsario cuando escasean las naves enemigas y él tiene que pagar sueldos, víveres, mantenimiento, derechos portuarios y todo eso? Las naves son caras.

—Hace de tripas corazón y se dedica a robar las naves de su bando. ¡Kamsa y Putana!

—Exacto. Siempre puede encontrar una excusa. Digamos que uno de tus capitanes corsarios ha capturado una nave; examina sus documentos y la lista de embarque. Descubre que la nave apresada está matriculada en el planeta A, el cargamento pertenece a un súbdito del planeta B, el capitán es del planeta C, la

tripulación es del planeta D, y la nave pertenece a un armador del planeta E... según sean las relaciones diplomáticas entre tu planeta y A, B, C, D y E, el apresamiento será legítimo o no. La cuestión jurídica puede complicarse mucho; los abogados que entienden de estos pleitos se compran magníficos palacetes en mandalas de recreo.

Lilith se hallaba atónita. No sospechaba la existencia de todo este turbio submundo.

—Increíble. Así, los corsarios legales se convierten gradualmente en piratas ilegales.

—Y la frontera puede cruzarse en ambas direcciones. ¿Qué ocurre si los piratas se dedican a expoliar a toda nave que pescan? Puedes atacar sus bases... si tienes naves y tienes paz con tus vecinos. Si no, puedes concederles patentes de corso a cambio de que no te ataquen, legalizando su situación y haciéndote con una flota mercenaria. Y, si de vez en cuando saquean uno de tus mercantes, bueno, qué se le va a hacer...

»O, si tu economía te lo permite, puedes ofrecerles una amnistía y alistarlos en tu bando como marinos de guerra regulares, con paga. Que es lo que ha hecho Kharole, aunque también lo hemos hecho nosotros muchas veces.

—Pero ningún corsario vende su botín en un planeta o mandala civilizados. Vamos, creo yo.

Dohin rasgó las cuerdas.

—Estás en lo cierto. La piratería y el corso son asuntos fronterizos. Donde el olor a mierda no llega a las finas narices de la capital. Los piratas sólo van a las grandes capitales bajo nombre falso, cuando se han forrado bien (cosa que sucede raras veces; la piratería no es un negocio demasiado boyante), y allí blanquean su dinero. O los llevan cargados de cadenas, para ser ahorcados —Dohin soltó una risita—. En algunos casos han ocurrido ambas cosas.

—Pero los adhyaksas fronterizos...

—Ellos son los menos interesados en acabar con la piratería. Los planetas de la periferia a menudo están demasiado aislados, más aún las mandalas; necesitan productos o materiales que no pueden conseguir por sí mismos. Y existen contrabandistas que compran el botín a precios razonables. El contramaestre de una nave pirata, que es quien lleva la contabilidad, tiene sus contactos.

—Ya veo; igual que los ladrones y los peristas.

—Eso es. De modo que, si a un planeta llega una nave con la bodega llena de miniordenadores, por ejemplo, y no ha cometido actos de violencia en ese lugar... los barandas locales extienden la mano, miran hacia otro lado, y se cuidan mucho de hacer preguntas embarazosas.

—Y la mierda se sigue acumulando —exclamó Lilith—. ¡Qué desfachatez!

—No los culpes demasiado. A menudo se trata de planetas dejados de la mano de Dios, donde el sueldo de los mahamatras y adhyaksas es pequeño, les llega tarde, o

no llega. En ese caso, la honradez es un lujo muy costoso.

—¿Y nadie tiene interés en acabar con la piratería? ¿Nadie?

—No tanto. Los días de los piratas están contados sólo con la paz, cuando las naciones están interesadas en su desarrollo comercial. Los anteriores adversarios se ponen de acuerdo en atacarlos. Las flotas de guerra destruyen sus escondrijos y escoltan a los mercantes; y un pirata en sus cabales no ataca a una nave de guerra.

»Por otro lado, en tiempo de paz se puede combatir mejor la corrupción administrativa. Sin botín que robar y, lo que es peor, sin protectores, los piratas quedan en la miseria. Incluso puedes contratar a algunos para que liquiden a sus antiguos compinches, por un precio módico.

»Así que —concluyó Dohin, pulsando suavemente otra cuerda— no te escandalices mucho por la carrera de algunos oficiales de esta flota, porque la gente que tapó sus fechorías tiene más culpa. Piensa en ellos como en simples mercenarios.

Espero que no sean como Chait Rai, pensó Lilith. Luego tuvo un pensamiento que le hizo reír.

—¿Qué te hace gracia? —dijo asombrado el físico.

—De niña, yo quería ser pirata cuando fuera mayor —explicó Lilith, aún riendo—. Comisiones de represalia..., documentos de la nave..., listas de embarque..., contabilidad del botín..., nunca sospeché que ser pirata llevara tanta burocracia.

EL DEPREDADOR

Le podríamos llamar Depredador.

Nació junto con otros seis hermanos, de madre Presa. Creció junto con ellos, alimentándose del líquido que su madre segregaba y regurgitaba.

A los pocos meses, se separó de su madre. Vivió un tiempo con sus hermanos, aunque pronto empezó a madurar como Depredador. Sus hermanos se fueron convirtiendo en Presas... y además seguían siendo estúpidos. Al cabo de un año se alejó.

Durante los siguientes años llevó la vida de cazador. Se comió a dos hermanos y a su madre. No sabía que lo fueran, aunque de todos modos no le hubiera afectado saberlo. Para él, el mundo se dividía en dos clases de animales, los Depredadores y las Presas. Los primeros se comían a los segundos: sencillamente, era así.

La vida transcurría siempre igual: dormir, cazar, banquetes opíparos cuando lograba cazar una presa... y hambre cuando fallaba. Se sentaba en la cresta de las dunas a absorber la escasa agua de la niebla. Seguía a los grupos de Presas de oasis en oasis. Aprendió a estudiar sus rutas y conocer sus abrevaderos. Aprendió a olfatear el aire, en busca de moléculas de la preciada agua.

A veces, cuando el hambre le apretaba, buscaba otros Depredadores y se asociaba a ellos para cazar. Se acercaba a ellos, haciendo los instintivos Signos que apaciguarían el impulso asesino de los otros Depredadores. Ningún Depredador mata a otro Depredador que hace los Signos.

Hablaba con ellos en la Lengua, tan innata en él como los Signos. Y los otros, si se hallaban tan hambrientos como él, lo aceptaban en el grupo. Cazaban en equipo y repartían la carne: la caza era así más fácil; sin embargo, un grupo podía exterminar todas las Presas del área: por eso se separaban cuando estaban saciados.

No tuvo ninguna dificultad en ese aspecto. Lo aceptaban como a un igual y se separaban tranquilamente hasta la siguiente ocasión. Pero estos fugaces contactos sociales tuvieron un efecto secundario: mejoraron su conocimiento de la Lengua y le permitieron conocer más palabras.

Un día tuvo una experiencia peculiar.

Un objeto, hecho de una materia desconocida, se acercó rodando a él. Sorprendido, se acercó a examinarlo. Nunca había visto metal ni un vehículo de ruedas, de modo que le resultó muy perturbador: algo que se movía, aunque no era viviente. El objeto huyó cuando se le acercó.

Tardó tiempo en descubrir que él era diferente. Dominaba la Lengua mejor que los otros Depredadores, que disponían de un vocabulario escaso. A veces se sorprendía a sí mismo haciéndose preguntas.

Dos veces al año, el luminoso cielo nocturno dejaba ver una abertura. Primero

negra y vacía; luego, llena de parpadeantes puntos de luz roja. ¿Qué eran? Naturalmente, Depredador no sabía que vivía en una esfera de Dyson, cuyas aberturas polares dejaban ver los soles de Akasa-puspa.

¿Y qué eran aquellos discos de luz que pendían inmóviles en el cielo? ¿Qué era aquella cosa altísima que se elevaba en el horizonte, como el tronco de un árbol, hacia el cielo? Decidido a saberlo, emprendió viaje hacia allí.

Se encontraba más lejos de lo que esperaba y tuvo que dedicarse a cazar. El terreno era más desértico que lo habitual; además, no lo conocía, y por ello falló muchas veces en sus ataques. El hambre empezó a debilitarlo.

Hubiera muerto, de no ser por un afortunado azar: otro Depredador lo salvó. Aquel Depredador era también raro como él; se hacía preguntas. Sin embargo a veces encontraba respuestas.

Para sorpresa de Depredador, su amigo sabía encender fuego. Y le enseñó a hacerlo. También le enseñó a fabricar una lanza de sílex.

Cuando Depredador le habló de su viaje, el Amigo decidió acompañarlo. Con una buena provisión de carne ahumada y unos odres de piel de Presa llenos de agua, emprendieron camino.

Recorrieron distancias que hubieran matado de sed a un camello. Cazaron en las escasas aguadas que su sensible olfato detectaba. Fueron años de viaje, siempre con la meta de la lejana babel en el pensamiento. Un día, no distinto a los otros, descubrieron algo insólito.

El viento que humedecía sus membranas les trajo el olor del agua... y de comida. Siguieron su viaje a contraviento.

Llegaron a un valle repleto de Presas. ¡Había, literalmente, miles! El valle se hallaba regado por abundante agua y en él crecían plantas. Para los hambrientos Depredadores, aquello era el paraíso; Pero no hay paraíso sin serpiente...

La «serpiente» resultó ser, en este caso, una alta valla, con la parte superior recubierta de alambre de espino. Pero no fue obstáculo para aquellos Depredadores con cerebro. Rasgaron sus bolsas y odres, y tendieron las pieles sobre el alambre de espino. Treparon sobre ellas.

Comieron como nunca lo habían hecho.

Se encontraban tan contentos con su hallazgo que se olvidaron de su viaje. Se establecieron en unas cuevas cercanas. Iban a cazar regularmente aquel maná del cielo... o del suelo. O del agua. La idea de que aquella valla había sido puesta allí por alguien les hizo pensar, aunque no hallaron respuesta.

La respuesta llegó un día, y del modo más dramático.

Depredador regresaba a la cueva con una Presa en su espalda. Rezonaba contra Amigo, que no había querido ir a buscarla. De mal humor, dejó la carne a la entrada.

Pero Amigo no estaba.

Su desaparición le inquietó. El concepto de «propiedad privada» no existía para él, pero como todo cazador tenía instinto territorial (suponiendo que ambos conceptos no sean lo mismo). Habían invadido un territorio, y su propietario debía estar de muy mal humor. Decidió marcharse, y pronto. Reunió provisiones como ya sabía hacerlo y prosiguió su interrumpida caminata.

Pero no llegó a completarla. Fue sorprendido por la cosa más espantosa que había visto en su vida.

Del cielo llegó un ruido petardeante (tac-tac-tac-tac) y una horrible cosa voladora surgió tras la cresta de unas dunas. Corrió, aterrorizado. Una cosa alargada, con cola, pequeñas alas y algo que giraba sobre su cuerpo, como alas de insecto. Al verla, arrojó sus provisiones para correr mejor, sus zancadas devorando la distancia. ¿Dónde esconderse? La cosa lo veía desde el cielo.

Su dilema quedó resuelto cuando una red cayó del autogiro. Enfurecido, mordió y rasgó con sus espolones sin lograr romper la malla de acero. Sólo consiguió enredarse más. Finalmente se quietó.

Ante su increíble sorpresa, ¡se abrió una puerta en la cosa y salieron dos Depredadores! Se sintió aturdido. Y más aún cuando los de la Cosa hicieron los Signos. Torpemente los repitió.

—Así que este es el salvaje que nos estaba dejando sin carne —dijo uno de los pilotos del autogiro, divertido—. No está nada flaco. ¡Muchacho, te has zampado un buena ración!

—Lo estás asustando —dijo el otro. Se dirigió a Depredador—. Tú-yo amigos. Tranquilo, muchacho. Te llevaremos a un sitio donde te atenderán bien. Te daremos carne.

Depredador no entendía más que la mitad de las palabras, pero no parecían hostiles. Se quietó y dejó que lo llevaran al autogiro.

El viaje fue espantoso para aquel salvaje. Se mareó y vomitó, y su único alivio fue que lo llevaban a la babel. Cuando finalmente se posó en el suelo, bajó tambaleándose. Se llevó una gran alegría al ver a Amigo.

Los años que siguieron fueron fascinantes para él. Los Mentores le asignaron un puesto en la Escuela. Allí lo educaron y aprendió más palabras, e incluso a escribirlas. Más aún, aprendió las ideas que se escondían tras las palabras.

Los Depredadores criaban Presas en valles cerrados como el que él y su amigo habían encontrado. Él cumplió también sus turnos de trabajo, dando de comer a aquellas Presas. Cuando las Presas ponían huevos, observaban atentamente para descubrir a un Depredador entre los recién nacidos. De allí lo llevaban con los demás, para que creciera y fuera educado.

Participó en turnos de búsqueda. Localizaba Depredadores salvajes, y se

encargaba del primer contacto. Siendo él mismo un salvaje, se hallaba en mejores condiciones de comprender su mentalidad. Se enteró de que, aunque no faltaban Depredadores entre los nacidos en los Recintos de Presas, los salvajes parecían más fuertes y adaptables.

Como había cumplido la edad adecuada, se le permitió aparearse con hembras. Observó cómo los huevos de las hembras eran llevados a los Recintos, junto con todos los demás. De ellos nacerían (le dijo su tutor) Presas y Depredadores, en relación de aproximadamente diez a uno.

Aprendió a manejar armas de fuego. Quiso ir a cazar con una, pero se lo prohibieron.

—Tenemos suficiente comida —le dijo su tutor—. Esas son las reglas: no cazar con armas.

—¿Por qué?

—Porque somos demasiados —explicó el tutor pacientemente—. Acabaríamos con todas las Presas y moriríamos de hambre. Por otro lado, no habría nacimientos de nuevos Depredadores, hasta que naciese una nueva generación de Presas de nuestros huevos. Pero sin Presas, moriríamos todos de hambre antes de que sucediese eso. ¿Comprendes?

—Entonces, ¿para qué las armas?

El tutor respondió:

—Es posible que algún día vayas a otro planeta, cuando se complete tu formación. Pronto aprenderás por qué. Allí hay Presas que usan herramientas y armas. Son peligrosas de atacar, así que necesitarás las armas. ¿Comprendes?

Depredador asintió, excitado ante la idea de un viaje a otro planeta. No le preocupaban ni le maravillaban aquellas raras Presas; ¡tantas cosas asombrosas había descubierto ya! Pero su instinto de cazador se sintió vagamente desilusionado. El tutor se apiadó.

—Si tienes ganas de cazar, hazlo fuera de los Recintos y sin armas. Nadie te lo impedirá —recordó algo de repente—. Dentro de dieciséis días, un grupo de nosotros irá a cazar. ¿Te gustaría venir?

Asintió de nuevo, esta vez con entusiasmo. Viajaron en autogiro a un lejano oasis rara vez visitado, y Depredador disfrutó del viaje, porque ya se había acostumbrado a este veloz medio de transporte.

Durante ocho días cazaron y comieron la rica carne de la Presas salvajes, más recia y sabrosa que la de los Recintos. Todos se divirtieron mucho y regresaron cansados, aunque alegres.

Pasó el tiempo. Los Mentores decidieron que se uniese a los estudiantes, en tanto que sus compañeros fueron enviados a las industrias o Recintos. Allí siguió

aprendiendo cosas.

Pero, un día, se presentaron cuatro Mentores. Les hablaron sobre los dioses y el Mandamiento Único. Aquello les llenó de confusión, miedo... y cólera. Tras explicarles esto, fueron reclutados para viajar al planeta del anillo, integrados en la horda que se estaba reuniendo.

La decisión le disgustó. Hubiera preferido quedarse a seguir estudiando. pero fue imposible. Individualmente, los Depredadores eran agentes libres; sin embargo, las compulsiones sociales de su especie eran demasiado fuertes para resistirlas. Las órdenes de los Mentores eran inapelables.

Con el resto de su grupo, fue conducido al ascensor que los llevaría al espacio. Allí abordarían la nave espacial que los transportaría a su punto de destino, el planeta anillado, donde vivían aquellas Presas armadas. Únicamente la esperanza de nuevas visiones de maravilla le hacía sentirse interesado en su nuevo oficio de guerrero.

Depredador no conocía a Jonás Chandragupta. De hacerlo, se hubiera asombrado de lo mucho que se parecían.

COMUNICACIÓN

El angriff fue encerrado en una jaula de máxima seguridad: gruesos barrotes reforzados con malla por la parte de fuera. Sólo habían algunas aberturas protegidas por puertas de hierro que permitían introducir objetos pequeños, o raciones de comida. La jaula se encontraba soldada al piso metálico; aquel monstruo de pesadilla lo tenía difícil para escapar.

Oannes observó interesado las filmaciones de nuestro prisionero.

—No entiendo —dije— por qué la Naturaleza ha creado un organismo que tenga descendientes carnívoros y herbívoros.

Oannes resopló con humor.

—¿Y tú eres biólogo?

Pero... naturalmente.

Los angriffs eran a la vez herbívoros y carnívoros. Liberados en una región desértica, los herbívoros comerían los escasos vegetales que pudiesen. Los carnívoros los comerían a ellos. ¡Un ecosistema de una sola especie animal! Sin embargo recordé algo más.

Los angriffs tenían una reproducción alternante. Reproducción partenogenética de herbívoros, y sexual los carnívoros inteligentes.

Pero la reproducción sexual asegura la diversidad de la población, al mezclar las características de los padres. Un grupo pequeño, soltado en un hábitat determinado, estaría sometido a selección: sólo sobrevivirían los de características adecuadas a dicho hábitat.

Pero esos supervivientes reproducirían esas características fielmente, por partenogénesis, en gran cantidad. La reproducción por partenogénesis no aumenta la diversidad: los hijos son copias de la madre. De tal palo, tal astilla.

Pero es rápida; la reproducción asexual no da origen a (ja, ja) pérdidas de tiempo.

—¿Te puedes imaginar —dije meditabundo— en la psicología tan extraña que un ambiente así ha podido desarrollar? No va a ser fácil la tarea de comunicarse con ellos.

Como podía esperarse, Chait Rai me encargó a mí la susodicha tarea. La idea de pasarme horas y horas contemplando aquella imagen de horror, y de hablarle (¡hablarle!), no me hacía precisamente bailar de alegría... ni siquiera aunque mis piernas fueran más saludables.

¿Cómo diablos hablas a una cosa que ni siquiera sabes si se comunica por sonidos?

Fue nuestro infatigable Vidya quien me ahorró mucho esfuerzo. Para empezar, determinó las frecuencias audibles para los angriffs, basándose en el diámetro del timpano, volumen de la cabeza y otros parámetros. Finalmente, Vidya concluyó que

el angriff podía percibir sonidos entre 200 y 30.000 hertzios, lo que hacía su espectro auditivo un poco desplazado hacia los ultrasonidos, respecto al oído humano.

En otras palabras, el angriff nos oía.

¿Pero era su lenguaje sonoro? Aquí fue donde Chait Rai me pudo ayudar.

—Antes y durante un ataque angriff —me explicó mientras daba de comer a sus mascotas— se oyen una especie de chirridos articulados por la radio. Los angriffs también emiten esos chirridos. Todos creen que se trata de su lenguaje.

Hizo una pausa para echarles a los neopardos unos succulentos trozos de carne de antilofante. Alargó su mano y «Terror» se la estrechó solemnemente, sus garras retraídas.

—¿Por qué no se ha hecho algún intento por descifrarlo? —pregunté—. Creo que sería útil...

Chait Rai me miró como si fuera tonto.

—Militarmente útil, desde luego. ¿Pero cómo te las arreglas para descifrar un lenguaje que no sabes a qué se refiere? En una guerra, uno se supone que conoce el idioma enemigo y después intenta descubrir los códigos de comunicaciones. Aquí se deben averiguar las dos cosas.

Bueno, era algo. Yo había participado junto con los científicos del Imperio en la comunicación con los ciudadanos; no me sería difícil hacerlo de nuevo.

Excepto porque el angriff no quería colaborar.

Al principio, el angriff había forcejeado contra los barrotes y lanzado estremecedores chirridos. Había intentado morder la tela metálica sin éxito. Los «expertos en interrogatorio» de Chait Rai quisieron darle unos estacazos, pero yo sugerí que le dejaran en paz. Se calmó al cabo de diez minutos y no volvió a enfurecerse.

Pero yo me sentía seguro de que pensaba algo. Nunca, en ningún momento, olvidé que era un ser inteligente. Con paciencia, me senté horas y horas ante la jaula (sintiéndome como un pastel en un escaparate ante un niño hambriento) con un pedrusco en la mano y repitiendo «piedra», mientras esperaba que el angriff lanzase algún chirridito, aunque fuese de aburrimiento.

El angriff callaba. Se sentaba ante mí como una enorme y repulsiva mantis, inmóvil. Yo sentía escalofríos ante aquellos ojos.

Fue entonces cuando Chait Rai perdió la paciencia. Desde que finalizaron los combates, Chait Rai se recluía más y más, encerrándose en su habitación sin otra compañía que los neopardos, y sólo salía de vez en cuando de su mutismo. Y lo hacía para dar órdenes de muerte.

Había encontrado una nueva clase de delito: blasfemia... contra su propia persona. Un día llamó a Tlomojuleisic, uno de sus Incondicionales, a que compareciese ante él en la gran cocina comunal. Yo estaba presente (no por mi

gusto), y puedo relatar lo sucedido. Chait Rai se presentó con su más lujoso atavío ksatrya: el kilt de borde dentado y la túnica negra. En su mano izquierda sostenía la espada ceremonial envainada.

Fríamente anunció a Tlomojuleisic su destitución y condena a muerte. Los ciudadanos consideraban las órdenes de Chait Rai como procedentes de Dios; sin embargo, Tlomojuleisic debía ser ateo, porque hizo el gesto de empuñar su pistola.

Hizo el gesto nada más; porque Chait Rai levantó la mano y, de repente, cayó del techo un relámpago negro-amarillo: uno de aquellos neopardos, que rápidamente desgarró la garganta del Incondicional.

Chait Rai anunció oficialmente que Tlomojuleisic, el pobrecillo, sin duda en un ataque de locura, había desenfundado su pistola e intentado agredir a Dios (con eso se refería a sí mismo).

Extrañamente, la gente no se sentía aterrada. Las víctimas de Chait Rai eran sus más cercanos colaboradores, el resto se hallaba razonablemente a salvo. Chait Rai no agredía a los sacerdotes, de modo que todos pensaban que si el Señor mataba a alguien, buenas razones tendría.

Nunca supimos lo que opinaban esos «álguienes».

Fue en este terrible período cuando decidió fijar su atención en mí. Decidió que sus expertos en «persuasión» colaborasen a mis órdenes. Y pueden imaginar la alegría que me produjo.

Mi único consuelo era que, mientras torturasen al angriff, no torturarían seres humanos. Últimamente se habían visto algo agobiados de trabajo, pero nuestro selecto prisionero merecía todas las delicadas atenciones de Mrogokailavel, el torturador.

Trajeron su instrumental y se pusieron a la faena. Empezaron por una tanda de latigazos; luego se pusieron más creativos: fuego, ácidos, asfixia... Se me revuelve el estómago al recordarlo. No pude resistir y me marché, encerrándome en el laboratorio.

Aquella horrible sesión tuvo un efecto inesperado. Empecé a simpatizar con el angriff.

Entiéndanme. No había dejado de temerle. No sentía deseos de entrar en su jaula para darle un fraternal beso de la paz. Estaba convencido de que si me ponía al alcance de sus mortíferos espolones o sus dientes no duraría un segundo.

Pero era un ser inteligente que sufría.

Chait Rai nos reservó un nuevo horror.

Otro ciudadano había sido acusado de algún delito tan imaginario como horrible. Chait encargó una ejecución especial. Yo creí que había visto lo más cruel, aunque me equivoqué.

Sentenció al condenado a luchar con el angriff. No llevaba armas; la palabra «luchar» no era más que una burla.

Organizó un suntuoso espectáculo. Montó un estrado para los espectadores (la asistencia era obligatoria, incluido yo... especialmente yo). Chait Rai presidió el festejo con rostro hierático, acompañado en su palco por uno de sus neopardos, sentado a su lado con un collar de oro al cuello.

El condenado, pálido, fue introducido en la jaula.

No tuvo la menor oportunidad. El angriff saltó sobre él como un rayo. Una de sus manos lo sujetó por el cuello; la otra clavó su espolón en su pecho. Varias veces. El desgraciado chillaba y chillaba.

Cuando murió, el angriff se lo comió. Hasta la última brizna de carne. Algunos espectadores vomitaron; yo no. Había tomado la precaución de no comer. Jamás he vivido una hora más larga. La escena se ha vuelto a repetir en todas mis pesadillas.

Finalizado el espectáculo, aún me aguardaba otra sorpresa. Chait Rai me llamó a su palco.

—¿Qué te ha parecido?

—Un monstruo —dije. Yo no pensaba en el angriff, y Chait Rai comprendió lo que había querido decir.

Pero fingió no entender. Acarició al neopardo bajo su collar.

—¿Verdad que sí? Cuando pienso en los seres humanos que habrá devorado esa cosa, me estremezco. Y esa forma de jugar con el pobre Youn, apuñalándole repetidas veces...

Yo era consciente de que me estaba jugando un billete para la jaula; sin embargo, no pude resistirme.

—Esa cosa no ha comido nunca a un ser humano hasta ahora.

—¿Qué?

—¿No te has fijado? Le clavó el espolón en el pecho. Sobre el esternón, y alrededor de las clavículas. Luego apuñaló entre la primera y segunda costilla.

—¿Y qué? —Chait estaba muy asombrado.

—Trató de matarle como si fuera otro angriff. En su punto vulnerable, en la unión del cuello y el tronco. Esa cosa no conoce la anatomía humana. La conocería si hubiese comido algún humano.

Chait Rai me miró atónito. Me retiré en silencio.

Finalmente me convencí de que debía asistir a las sesiones de tortura. Quizás evitaría males mayores.

Mrogokailavel me vio aparecer con sorpresa. Yo no había ocultado mi desagrado ante él. Más se sorprendió cuando le pregunté: «¿Cómo va la cosa?»

—Muy bien, Señor; —dijo bajando modestamente los ojos porcinos— este

demonio no tardará en hablar. Un bicho feo, ¿verdad, Señor?

No me había fijado, pero Mrogokailavel podía competir en un concurso de fealdad con nuestro prisionero. Parecía el hijo deforme de un mono acorazado de la selva. Así le llamé... mentalmente.

Mrogokailavel me explicó las órdenes del Dios Chait Rai. No causarle daño permanente. Parar si apreciaban síntomas de dolor excesivo. Por el desencanto de su rostro comprendí que aquel vid-varaha disfrutaba con su oficio. Sus ayudantes, al menos, trabajaban con rostro inexpresivo.

Ahora empezaban una nueva tanda de «experimentos». Sujetaron al angriff con lazos al extremo de largos palos, desde fuera de la jaula. Le obligaron a extender los brazos y los tensaron, atándolos con cadenas a los barrotes. Conectaron a ambas cadenas unas pinzas de cocodrilo, unidas a un pequeño generador eléctrico.

A una señal de Mrogokailavel, el generador zumbó. El angriff se tensó un momento, y emitió un chirriante grito. Se retorció; su cabeza se sacudía, con la lengua fuera, temblando convulsivamente. Mrogokailavel ordenó cesar, y aquella criatura de desplomó inerte. Una espuma amarillenta surgía de su pico. Mrogokailavel sonreía satisfecho.

¿Y yo? Me eché a reír.

Mrogokailavel y sus ayudantes me miraron estupefactos. Luego sonrieron.

No les expliqué lo que había descubierto en mi laboratorio. La piel del angriff era tan buena conductora como el cobre. Podía soportar un rayo sin más peligros que quedar inconsciente. Le bastaba tocar disimuladamente con una pata un remache del suelo como toma de tierra (por supuesto, el suelo de la jaula estaba aislado, lo mismo que la propia sala) para que la descarga pasase inofensivamente a su través. En alguna parte de la Ciudad, los fusibles debían estallar como palomitas de maíz, y los robots de mantenimiento tendrían trabajo extra.

El angriff hacía teatro. Definitivamente, me caía simpático.

Y de repente me preocupé. Aquello podía ser un arma contra nosotros.

Había que encontrar otra solución. Ordené a Mrogokailavel que desconectase el generador y se lo llevase.

Protestó. Tenía órdenes de Dios En Persona. A pesar de esto, insistí.

Se me ocurrió decirle que yo tenía un medio para soltarle la lengua. Me miró con admiración profesional y aceptó; recogió sus instrumentos y salió de allí.

Miré fijamente al angriff. El me miraba a mí. Así nos quedamos un largo rato.

Chait Rai había ordenado «ningún daño permanente». Aquella pesadilla negra lo sabía. Se había dado cuenta de que no recibiría grandes daños, y se contentaba con soportar, tratando de engañarnos. Algún día se haría el muerto o el inconsciente... y el primero que entrase en su jaula perdería los intestinos.

Pensé en Mrogokailavel, y era una perspectiva encantadora.

Pero eso no resolvía mi problema. Debía comunicarme con él. Debía convencerle de que yo era su único posible amigo. ¿Pero cómo? Veamos: ese monstruo es inteligente. ¿Cómo persuadirle? Pensé. Y pensé. Y de repente tuve una idea... podía funcionar.

Llamé a Mrogokailavel para encargarle el equipo que necesitaba. He visto muchas caras de sorpresa en mi vida, aunque ninguna como la suya. Y también puso cara de repentino miedo.

No le culpo. Yo era el «dios de la sabiduría» y conocía muchísimas cosas. ¿Qué refinados tormentos pueden practicarse con tres botes de pintura, una brocha y dos pinceles? No lo sabía, pero sin duda pensaba algo tan terrible y sutil que era capaz de estremecerlo aun a él.

Empecé a hacer preparativos. Pinté una línea blanca a lo largo de la pared. Sobre ella, tracé diez líneas verticales equidistantes, y las numeré del cero al diez.

El angriff me observaba. Sintiendo aquellos ojos incómodamente clavados en mi nuca, subdividí cada intervalo en diez más pequeños. Me aparté para contemplar mi obra de arte: una escala graduada del cero al diez, dividida en décimas.

Volví a la terminal de Vidya. Hice lo que había estado haciendo durante semanas: mostrarle un objeto y decir su nombre en voz alta. El angriff callaba.

Pero ahora, yo pinté un brochazo rojo sobre la primera subdivisión. A cada vez que la repetía sin obtener respuesta, añadía un brochazo más. Puesto que la sangre de los angriffs era roja, confié en que el color tendría las mismas implicaciones psicológicas para ellos como para nosotros.

Tras diez palabras, había una barra roja entre el cero y el uno. De repente me levanté y me fui sin más.

Al día siguiente me presenté de nuevo. Al abrir la puerta de golpe, sorprendí al angriff mirando la escala. De nuevo repetí palabras como un tonto, con diferentes objetos en la mano. El angriff callaba. A cada palabra, la barra roja crecía más.

El angriff aún no comprendía. O quizás sí.

Cuando la barra llegó al dos, me levanté para irme. Pero antes hice algo para asegurarme de que entendía.

En la otra pared dibujé con pintura negra un angriff. Como obra de arte no era mucho, aunque se reconocía. El angriff la miraba.

Con lentitud, hice dos cosas más. Pinté un gran número «10» sobre la figura.

Luego taché la figura del angriff con una gran X de pintura roja. Salí de la habitación.

Al día siguiente empezaron las clases de idioma.

LA FLOTA V

El *Nrisimha* no era exactamente un crucero de recreo. Sin embargo, la mesa del comandante es la mesa del comandante. La cena consistió en ensalada de camarones con salsa de yogurt; picadillo de carne y setas; cordero al horno, con guarnición de arroz con piñones y pasas, y como postre, un helado de mango acompañado de nata y jalea de limón.

—El jefe de cocina se ha superado a sí mismo —dijo Yusuf, tomando un sorbo de té. Le gustaban aquellas reuniones. La monotonía de los días sólo se veía interrumpida por las conversaciones de sobremesa.

—Ya puede usted decirlo —dijo el almirante Paryagat—. El comandante Zalfiqar no tiene problemas en caminar por un planeta de baja gravedad: le basta con cinco o seis comidas para adquirir el peso suficiente.

Una carcajada remató la frase. Los oficiales reunidos parecían salir de un salón aristocrático; llevaban sus formales uniformes blancos y las caras pintadas de verde pálido, cian, magenta, o kaki. Yusuf, al contrario, era el único que no llevaba pinturas corporales. Aquellos rostros parecían salirse de las normas de indumentaria de la Marina.

Cuando se lo preguntó al almirante, éste sonrió.

—Se trata de una tradición de la III Flota; siempre se nos permite más libertad en cuestiones de adorno... ¿conoce la historia?

—Me temo que no, almirante, aunque me gustaría conocerla.

—Verá, la costumbre se remonta a hace dos mil años, durante el intento de usurpación de Grodna Golgonoza, cuando lanzó su célebre ataque sorpresa durante el Vedi. La flota tuvo que partir en medio de una fiesta, todos los marinos con sus mejores galas, y no tuvieron tiempo de quitarse los maquillajes... entonces era una auténtica tintura de piel, muy difícil de borrar. De modo que entraron en combate y ganaron una batalla pintados de colorines. En honor a su heroico servicio, se les autorizó a ir pintados al combate. Ya verá usted los diseños; cada uno se esfuerza en lograr unos efectos más terribles. La flota parecerá llevar una tripulación de caníbales.

Se sirvió una copa de aguardiente de manzana. Yusuf no dijo nada; aquello acababa de recordarle el objetivo de aquella flota. Pintados o no, los colmeneros no se dejarían impresionar, probablemente.

El almirante se dio cuenta.

—Y... ese lugar al que vamos. He oído decir que hicieron ustedes descubrimientos extraordinarios sobre el origen de la humanidad.

—Así es; —se animó Yusuf— para un biólogo, la Esfera es un paraíso.

—Pero entonces, ¿es cierto lo que se dice sobre la evolución y eso? —apuntó el

comandante Zalfiqar—. Recuerdo que los acaryas se enfurecen cada vez que se nombra el tema.

—El viaje anterior nos dio las pruebas que nos faltaban —afirmó Yusuf—. Ya no tenemos dudas; la vida bhutani, incluyéndonos a los humanos, no se desarrolló en Akasa-puspa, sino que se originó en la Tierra... y en la Galaxia. Luego, Akasa-puspa capturó la Tierra, y la humanidad se esparció por nuestro cúmulo.

—¿Pero los antiguos humanos llevaron también animales, plantas, todo eso? Resulta difícil imaginarse que se tomaran tanta molestia —dijo el almirante.

—Oh, claro que se la tomaron —dijo Yusuf—. Para empezar, debían llevar con ellos plantas alimenticias y animales domésticos, ¿verdad? Pero no era sólo eso. Iban a colonizar planetas sin vida, totalmente estériles. De modo que tuvieron que llevar consigo microbios del suelo.

»Muchas plantas necesitan insectos que polinicen sus flores. Y hay insectos del suelo que descomponen los restos vegetales. Por supuesto, también tuvieron que llevarse plancton para los océanos. Para producir oxígeno, y para alimento de los peces. Y también plantas textiles, tintóreas, árboles maderables, plantas medicinales... por no hablar de plantas de adorno o animalitos domésticos criados por gusto. En fin, tuvieron que trasplantar auténticos ecosistemas. La mayoría de los seres vivos dependen unos de otros para sobrevivir. Se equilibran.

—Y, una vez llegados a un planeta habitable, los microbios e insectos y esas cosas crecerían sin control.

—Sí, lo que exigía introducir depredadores para controlarlos.

—No obstante, —dijo el teniente Valadeva— hay planetas que nunca han sido habitados por humanos. Y en ellos hay vida bhutani.

—Esos fueron los fracasos —rectificó Yusuf—. Lugares en donde la biosfera importada no logró establecerse de la manera esperada, y los colonos murieron. A pesar de esto las especies introducidas sobrevivieron; buscaron nuevos equilibrios. Muchas plantas cultivadas o animales domésticos se volvieron salvajes de nuevo, encontrando nichos ecológicos vacíos, y se diversificaron en cientos de especies, ocupándolos.

—Se me ocurre —dijo pensativo el teniente Jilath, oficial artillero— que pudieron aprovechar para dejar en casa las especies más peligrosas.

—Está usted en lo cierto —dijo Yusuf—. Pero los animales más peligrosos no son siempre los más grandes. Porque hubo otra colonización, esta impremeditada: huevos de insecto, esporas, o semillas, llevados inadvertidamente por los humanos, en sus ropas, cuerpos, calzado, etc. Toda la vida bhutani tiene este origen: organismos llevados por el hombre, voluntariamente o no.

—¡Vaya! —exclamó el comandante Zalfiqar—. ¿No se les ocurrió esterilizarse antes de partir de la Tierra?

—Lo hicieron, —respondió Yusuf— pero no bastó. Es muy difícil esterilizar un cuerpo humano sin matarlo. Llevamos un verdadero zoológico de bacterias en la piel, boca, intestino... el hombre, sabiéndolo o no, es el mayor agente propagador de vida.

—Eso es verdad —corroboró el teniente Oggiana, oficial médico—. Incluso con las precauciones y cuarentenas que se toman modernamente en las babilonias del Imperio, siempre hay enfermedades que pueden esparcirse de un planeta a otro. Es el principal problema médico de una nave espacial: enfermedades poco familiares en cada lugar que tocamos.

—Y, si alguno de ustedes es coleccionista de mariposas, insectos o plantas, —añadió Yusuf, de un humor más ligero— los alrededores de las babeles son un sitio estupendo para cazar especies exóticas.

Una risa discreta acompañó la declaración del biólogo.

—¿Y su viaje a la Esfera les permitió comprobar todas esas cosas? —preguntó el teniente Amridar, segundo oficial.

—En efecto. Allí encontramos no sólo pruebas fósiles de la antigüedad de la vida bhutani, sino especies que llenan los huecos entre nuestras especies. Este era uno de las principales objeciones a la teoría de la evolución.

El teniente Amridar miró su reloj.

—Con su permiso, mi comandante, debo abandonarles; mi guardia empieza dentro de cinco minutos —se puso en pie, saludando.

—Vaya, teniente Amridar, y que tenga buen servicio —contestó el comandante Zalfiqar.

El teniente Amridar se retiró. El oficial médico dijo alegremente:

—Bueno, señores; ¿qué me dicen de una partida de yoket?

VI. INTERROGATORIO

LOS GENOCIDAS

Pasaron varios meses. Una vez decidió colaborar, el angriff no me dio más problemas de comunicación. Por otro lado, Vidya me adelantó en la tarea.

Como me señaló en su tono desapasionado, una de sus posibilidades era la comunicación con alienígenas, que es justo lo que se necesitaba ahora. Vidya hubiera podido aclarar por sí mismo el idioma angriff sin mi ayuda. Sin embargo aquella criatura (me resultaba cada vez más difícil llamar al angriff «monstruo» o «cosa») exigió mi presencia, aunque fuese decorativa. Lo consideré un signo esperanzador y borré el amenazante diagrama de la pared.

Una vez logramos intercambiar algunas palabras, logré persuadirlo de que Vidya podía funcionar sin mí. Estuvo de acuerdo y pude dedicar más tiempo a mis otras tareas como brazo izquierdo de Chait Rai; el derecho era ahora mi amigo el sargento Hamalnarat, ascendido a teniente y luego a Incondicional. Le deseé buena suerte.

Hebabeerst quedó reparada, y volvió a recobrar su anterior aspecto, cuando regresó su población habitual. No hubo manera de reparar las otras dos Ciudades, de modo que sus habitantes se repartieron entre las otras.

—¿Cómo marcha la cosa, Jonás? —me preguntó Oannes al cabo de dos semanas.

—Muy bien —me senté.

Estaba en mi habitación, tras una fatigosa sesión con el angriff. Oannes revoloteaba según su costumbre.

—Al parecer, —proseguí— el fulano que tenemos ha sido un estudiante de ciencias, alistado en la horda enviada a la Tierra. Como yo me «alisté» en la Marina. Me ha dicho su nombre.

—Yo, Tarzán; tú, Jane —murmuró Oannes.

—¿Qué?

—Nada. ¿Cómo se llama?

—Pues... en cierto modo, no «se llama». «Lo llaman». Los nombres de los angriffs son títulos de su función social, y nuestro prisionero ha sido nombrado «Tres Dos Cero Siete: Cuerpo Cinco de Infantería Semiligera».

—No es un nombre muy estético.

Me encogí de hombros.

—No tiene un nombre individual, y yo he decidido llamarle «Depredador». Nuestra lengua no puede pronunciar sus sonidos. ¿Lo has oído hablar?

—Sí.

—Suena horrible, ¿verdad? Sabes, cuando yo era pequeño, tenía un juguete que consistía en una especie de gran silbato con una lengüeta vibrante en su interior. Uno

lo sujetaba con los labios, abriendo mucho la boca, y hablaba a través de él. Las palabras salían convertidas en un chirrido-zumbido-crujido, como si un gran insecto tratase de expresarse en idioma humano.

»Depredador intentó pronunciar mi nombre y le salió un *Jronaasch* que me provocó un escalofrío, como cuando los dientes rechinan sobre algo duro.

—¿Habéis avanzado mucho en el idioma?

—Sí. El idioma *angriff* es sorprendentemente simple. Tiene verbos, adverbios, sustantivos, etc. Aunque lo más importante no es esto.

—¿Y qué lo es? —dijo Oannes aleatendo perezosamente.

—La estructura del idioma es innata. Los *angriffs* saben hablar desde el huevo, aunque pueden aprender nuevas palabras o verbos.

—Sorprendente.

—Creo que los *angriffs* de la Esfera —dije— podrían comunicarse con los de Akasa-puspa sin demasiada dificultad. Supongo que esto se debe a su carácter gregario.

—Entonces, ya os comunicáis bastante bien.

—Pues... creo que sí. ¿Por qué?

—No importa. Hay otra cosa sobre lo que quiero hablarte, Jonás —me dijo Oannes.

—Sí, adelante.

—Se trata de la bioquímica *angriff*.

—¡Ah! ¿Alguna novedad?

—Ha sido una tarea larga —dijo el delfín—. Vidya y yo nos hemos estado calentando el cerebro con ella.

—¿Y? —me impacienté.

—Es bastante similar a la nuestra. Por favor, observa con cuidado estas estructuras.

Sobre una «ventana» apareció una extraña figura: era la representación convencional de la secuencia de aminoácidos de una proteína.

Convencionalmente, cada aminoácido se representa por una abreviatura de tres letras. Esto es conveniente, porque cada proteína tiene ciento cincuenta o más aminoácidos, y no tiene sentido hacer el dibujo incomprensible. Por ejemplo, si en una proteína están los aminoácidos alanina, valina, glicina, isoleucina y leucina (en este orden), la secuencia se abrevia como: Ala-Val-Gly-Ile-Leu. Se supone que el lector conoce o puede averiguar las fórmulas respectivas.

Claro que tampoco puede sacarse mucho de una hilera de abreviaturas. Me incliné sobre la ventana sin demasiado entusiasmo.

Aunque lo que vi me despertó un repentino interés... y un poco de aprensión. La secuencia contenía un mensaje disimulado. Decía: Esu-Npr-Ete-Xto—... y

continuaba en un guirigay incomprensible. Sin duda, Oannes pensaba que Chait Rai nos vigilaba visual y acústicamente.

—No te precipites al formarte una opinión —dijo Oannes.

—Ya veo... ¿qué puede significar? —dije.

—Posiblemente los microbios angriffs puedan atacar a los seres humanos. Tú, que has diseccionado los cadáveres, puedes estar más en peligro que los otros. Me gustaría hacerte un chequeo. ¿Por qué no vienes a mi nave?

Apareció una nueva estructura. Ocultaba un nuevo mensaje en clave: ...-Ven-Ave-Rme-Not-Ici-Asf-Res-Cas-...

—¿Es necesario que vaya? —dije.

—Tengo aquí el mejor instrumental.

—Bueno... pediré permiso a Chait Rai.

Me encaminé a su habitación, presa de la más negra inquietud.

Le expuse el caso a Chait Rai y no puso ninguna objeción. De hecho me habló amablemente de que cuidase mi salud, que si el exceso de trabajo, etc. Me sugirió que viajase en el reptador, acompañado por algunos de sus Incondicionales.

Empecé a sospechar de que él sospechaba; porque una persona con manía persecutoria despierta tales temores en los que le rodean... que acaba teniendo razón.

El viaje en reptador careció de incidentes. En suelo seco y llano, su velocidad superaba los cien kilómetros por hora. No era del todo cómodo viajar en aquello; incluso el excelente sistema de suspensión de sus patas (regulado por el ordenador de a bordo) no podía evitar el bamboleo, como una lancha planeadora en el mar. Casi acabé mareándome.

En el horizonte apareció la *Konrad Lorenz*.

Aunque no era la primera vez que la veía, me impresionó como siempre. Era un enorme cilindro que descansaba sobre su costado, como una cadena de montañas caprichosamente regular. Aun después de descubrirla en el horizonte, tardamos horas en llegar a ella.

El metal del casco apenas era visible. Su costado superior se hallaba salpicado de blanco: era tan alta que en la cima habían nieves perpetuas. Por debajo del blanco, el casco era de un verde levemente aterciopelado: los bosques de coníferas que crecían en sus grietas, rellenas de tierra. Sólo bajo la titánica curvatura se encontraba libre de vegetación.

Unos hilillos plateados corrían por su costado: cascadas. Aquella mole interceptaba los vientos húmedos, provocando lluvia. Una nubecilla, colgando del costado, indicaba a los ciudadanos la proximidad de ésta. Cada una de las colosales toberas, apagadas para siempre, podían servir de hangar a un crucero imperial.

El reptador se acercó. Con los prismáticos descubrí un dramático cambio: el

invierno nuclear había precipitado un exceso de nieve sobre la *Konrad Lorenz*; al caer por la curvatura en forma de aludes, el casco había quedado limpio de árboles en muchos lugares. Pensé que a los habitantes de la Ciudad de Dios no les faltaría madera para los próximos años.

El reptador se acercó a la Ciudad de Dios. Esta se hallaba protegida bajo la curva del enorme casco, sobre un terraplén formado por ruinas de casas anteriores. Las cascadas que caían por el costado les abastecían de agua, y la Ciudad de Dios era muy capaz de resistir un asedio. Aunque pocos ciudadanos osaban atacar a la «ciudad santa».

El reptador se detuvo ante la boca abierta del gigantesco cilindro. Me invadió una sensación de cosa ya conocida al ver a los sacerdotes que se acercaban a recibirme.

Noté varias diferencias con nuestra anterior llegada. Había muchos menos y no parecían sentirse muy felices; y no llevaban sus atavíos más suntuosos. Sonreí; hasta entonces, los nativos consideraban a Oannes su Dios, y éstos eran sus portavoces. Sin embargo, ahora el planeta tenía otro Dios: Chait Rai. El clero de Hebabeerst era ahora el más prestigioso del planeta; los sacerdotes de la Ciudad de Dios no podían menos que sentirse postergados.

Aunque Oannes les había ordenado que me recibieran, y así lo hicieron. Con mínima cortesía, me condujeron al interior. Mis acompañantes, los Incondicionales, debieron quedar fuera; aunque eso no pareció importarles. Pronto supe por qué.

El interior de la *Konrad Lorenz* era como una mandala: una ciudad con bosques y jardines... pegados a las paredes. La tierra vegetal había caído en el fondo del cilindro, y los edificios colgaban absurdamente de techo y paredes. Me imaginé el espantoso revoltijo que debió ser el aterrizaje del gigante. Suerte que no habían pasajeros dentro.

—Sube al ascensor —dijo una voz. En la penumbra distinguí una especie de caja de paredes formadas por finos barrotes y una puerta corredera: una simple jaula.

—¿En eso? —dudé.

—Sí; volarás por suspensión magnética —me dijo la voz de Oannes.

Entré. El viaje fue agradable, como subir en globo. A los pocos minutos se detuvo en un resalto de la pared. Aquello era terreno conocido.

Supuse que iría a la sala de nuestra primera entrevista (con Lilith y Chait Rai; ¡qué lejos parecía aquello!). Sin embargo, me equivoqué: la voz me guió por unos pasadizos que yo desconocía. Finalmente, llegué a una sorprendente habitación.

Era una piscina de unos diez metros de profundidad y casi un centenar de largo. Estaba brillantemente iluminada; el techo era de paneles de vidrio, sin duda un antiguo invernadero. Oannes flotaba en el aire, con el cuerpo ceñido por sus anillos de suspensión magnética. En el borde no había otros muebles que una silla y una terminal de Vidya.

—Siéntate; voy a ponerme cómodo —dijo Oannes.

Y se puso. Se soltó de los anillos y, con un gran chapoteo, su cuerpo en forma de proyectil perforó las aguas entre una nube de burbujas.

Oannes dio unos fuertes coletazos, ganando velocidad, y cruzó la piscina como una flecha sin apenas mover una aleta. Se dirigió hacia mí, frenando casi en seco. Era admirable.

—Nadas muy bien —dije.

—Gracias. ¿Te apetece un baño? El agua está estupenda.

Su voz me llegaba desde la terminal. Como Oannes hablaba a través de un voder, no necesitaba respirar para hablar.

—Me gustaría; pero antes me interesa lo que has descubierto sobre los angriffs.

—Ah —suspiró varias burbujas y ascendió a respirar—. Deberíais adaptaros al agua; es más relajante. Vosotros los humanos, siempre impacientes, inquietos y desconfiados. Como Chait Rai. Y, ya que hablamos de esto, el tercer botón de tu camisa es un microtransmisor de radio, posiblemente de factura imperial.

Me palpé el botón. No noté nada raro.

—Un «secreto profesional» —recordé el llamémosle juicio de Ivraim y Sati. De repente pensé otra cosa.

—Supongo que Vidya lo habrá neutralizado.

—¡Oh, no! —sacudió la aleta—. Somos más sutiles. En estos momentos, el micro está recibiendo una soporífera conferencia sobre bioquímica celular; Vidya nos está simulando a ti y a mí.

Estaba acostumbrado a los milagros de Vidya. Sin embargo, aquello era extraordinario.

—¿Podrá engañar a Chait Rai?

—Amigo, un programa gemelo de Vidya fue campeón en el Torneo Turing del Sistema Solar. Ni tú mismo notarás la diferencia ente tú y tu simulación.

Oannes me había hablado del antiguo matemático Alan Turing, de modo que entendí la alusión. A pesar de eso, me sentí inquieto.

—Bueno... ¿qué has descubierto? —dije.

—Pues... muchas cosas. ¿De veras no te quieres bañar?

Oannes flotaba relajadamente en su piscina. Traté de imaginarme sumergido hasta el labio superior y hablando sobre asuntos científicos con el huésped de un acuario; me pareció tan absurdo que estuve a punto de echarme a reír.

—De acuerdo. La verdad es que estoy cansado del viaje —empecé a quitarme las prótesis, sentado al borde del agua—. ¿Tienes un flotador o algo así? Esta piscina es profunda, y no soy muy bueno hablando bajo el agua.

—El cojín de la silla es neumático.

Lo separé y lo tiré al agua. Cuando me hube desnudado, me meti en el agua con

satisfacción. Me gusta nadar; me desenvuelvo mejor en el agua que en tierra.

El agua estaba deliciosamente fresca; me sumergí y nadé unas brazadas bajo el agua. Emergí al lado de la almohadilla, apoyando las manos en ella. Oannes nadó lentamente por debajo de mí.

—No sería limpio proponer una carrera —dijo—. Pero puedo remolcarte, si te apetece correr. Será muy emocionante...

Me sentí irritado por su talante lúdico.

—Déjate de juegos por ahora. ¿Y bien?

—Los angriff son alienígenas. Abhutani, como decís vosotros. No tienen nada que ver ni con los humanos ni con los juggernaut...

—Eso ya lo imaginábamos.

—Sí, aunque no imaginábamos que han sido manipulados por ingeniería genética. Parpadeé.

—Me ha entrado agua en la oreja. Creo haber oído «ingeniería genética».

—Has oído bien.

Aquello era tan asombroso que por un momento no supe qué decir. Aunque no era necesario para que me oyera, giré en dirección a Oannes.

—¿Quién los ha manipulado?

—Ah. Esta es una pregunta difícil. Yo tengo una respuesta, pero me gustaría contrastarla con la tuya. Por favor, Vidya, proyecta esas imágenes obtenidas con microscopio electrónico...

A pocos centímetros de la superficie, apareció una «ventana» plana, que mostraba unas confusas imágenes en blanco y negro. Nadé hacia ella con una mano, la almohadilla bajo el otro brazo.

Una sección al microscopio electrónico guarda poca relación con lo que se ve al microscopio óptico. En la Utsarpini, tales instrumentos no abundan precisamente... mejor dicho, no hay ninguno. Yo sólo conocía algunas fotos, tomadas de publicaciones del Imperio; de modo que no es sorprendente que no reconociese nada de aquella célula alienígena.

Pues el objeto que aparecía era obviamente una célula. Dentro, se veían unas figuras vistas en corte: filamentos, cilindros, cavidades en forma de bolsa...

—¿Para qué sirve cada cosa? —pregunté. Oannes sacó la cabeza fuera del agua.

—Tienen varias funciones. Más tarde te podrás enterar; lo que ahora interesa que conozcas es esta estructura.

Un triángulo blanco apuntaba a una cosa esférica, de la que salían numerosos filamentos radiales.

—¿Qué es?

—Supongo que tú le llamarías el «centríolo». Es un orgánulo que gobierna la división celular de los angriffs.

—¿Y qué tiene de especial?

—Su bioquímica. Verás, también en el caso de los angriffs la herencia se codifica en ácidos nucleicos. Como en vuestro caso, están formados por nucleótidos de 2-desoxi-ribosa. Los nucleótidos contienen cinco bases en lugar de las cuatro vuestras; también tienen aminoácidos que forman proteínas. En su caso hay treinta aminoácidos, en lugar de nuestros veinte.

Cuando investigamos a los juggernaut, yo había tenido que meterme en una bioquímica exótica. Ahora tenía otra delante, de modo que traté de adaptarme a la nueva situación.

—Treinta aminoácidos y cinco bases.. —hice un cálculo mental— eso significa que cada aminoácido está codificado por tres bases al menos. ¿No? Cinco bases, en grupos de tres, da 125 tripletas posibles. Porque en grupos de dos daría sólo 25 tripletas, y se necesitan treinta como mínimo.

Me puse a flotar de espaldas, con la almohadilla abrazada al pecho, y batí lentamente las piernas para mantenerme horizontal. No sería mala idea una universidad marina, con piscinas como aulas...

—Exactamente. Aunque ese no es el enigma.

—¿Cuál es, entonces?

Oannes hizo una pausa. Nadó en un lento círculo en torno mío.

—El «centríolo» angriff tiene proteínas y ADN...

—También el nuestro, creo recordar —interrumpí, girándome en su dirección.

—Cierto. Pero, fíjate bien, son proteínas y ADN de los nuestros. Es decir, como el tuyo, el mío o el de Chait Rai.

Tardé un momento en formular mi siguiente pregunta. Como estaba totalmente desconcertado, me temo que no fui muy brillante.

—¿Cómo ha ido a parar ahí?

—Evidentemente, no por sí solo —fue la irónica respuesta de Oannes—. Ese «centríolo» es algo que sólo puedo llamar una «célula artificial». Pequeña, desde luego: más o menos, del tamaño de una de nuestras bacterias.

Esperó; sin embargo, yo no dije nada. Continuó.

—Está perfectamente adaptada al entorno celular angriff. Sintetiza aminoácidos a partir de los del angriff; a propósito, muchos aminoácidos angriff son comunes con los humanos, de modo que sólo necesita unos cuantos. Igualmente hace con toda molécula que necesita: la toma del citoplasma, o la sintetiza.

»Uno podría pensar que se trata de un parásito bhutani que se ha adaptado a la célula angriff. Después de todo, llevan viviendo en el sistema solar desde no sé cuándo.

—Pero no es así —adiviné.

—No.

Se alzó medio cuerpo sobre el agua, batiendo con la cola.

—Ya sé que me estoy poniendo muy monótono, pero ¿por qué?

—Porque —dijo recalcando las palabras— ese «centríolo» controla la división celular de su célula huésped. ¿Puedes encontrar un mecanismo evolutivo que justifique esto? Yo no.

Oannes calló. Apoyé la barbilla sobre mis brazos cruzados, encima de la almohadilla.

Yo pensaba y pensaba; sin embargo, aquello no tenía sentido. Un parásito influye en su huésped, desde luego, pero ¿qué ganaba el «centríolo» controlando las divisiones celulares? Presumiblemente, el «centríolo» se dividiría con la célula. No había razón para impedirlo; iría contra los «intereses» del parásito.

—Y si sólo fuera esto.. —prosiguió el delfín— este «centríolo» tiene otra función. Una función que nos ha costado descubrir...

—¿Sí?

—Se trata de un contador.

—¿Un contador? —pregunté una vez más—. ¿Y qué cuenta?

—Divisiones celulares. Los angriff, como especie, tienen lo que podríamos llamar «fecha de caducidad». Ya sé que suena a chiste, pero es algo muy serio. La extinción de la especie está marcada en estos genes artificiales.

—¿Cuándo?

Oannes hizo una dramática pausa. Su nariz de botella me apuntaba directamente al rostro.

—Dentro de ciento setenta y cinco millones de años, con un error de más o menos siete millones. Los «centríolos» no dividirán las células. Por consiguiente, los huevos ya no eclosionarán, y los adultos morirán al ir muriendo sus viejas células.

»Además, quien hizo esto lo hizo diabólicamente. Si, por el medio que sea, una célula angriff destruye al parásito... la propia célula deja de dividirse. Con lo cual obtiene una victoria estéril. Quien instaló ese centríolo parasitario lo hizo en el mismo talón de Aquiles.

LOS MANIPULADORES

Durante casi cinco minutos fui incapaz de pronunciar palabra.

—Estás de broma.

—Jonás, yo no bromearía con algo así. Alguien desea que los angriffs sobrevivan ciento setenta y cinco millones de años y no más.

Solté la almohadilla y me alejé nadando de espaldas, mientras pensaba. De un coletazo, Oannes lanzó hábilmente la almohadilla en mi dirección, y nadó hacia mí.

—Eso no tiene sentido —la braza de espalda me permitía hablar mientras nadaba. — Si alguien desea la extinción de la especie...

Hice una pausa cuando mi cabeza se sumergió.

—... ¿por qué no matarlos ya? ¿Por qué ese plazo? Y, en primer lugar, ¿quién?

Oannes dio unas cuantas volteretas en el agua, como con indiferencia.

—Ah, siempre hay muchas preguntas. Lamentablemente, su número excede al de las respuestas. Tratemos de usar la lógica:

»Los manipuladores tienen que reunir las siguientes condiciones:

»a. son maestros en la ingeniería genética;

»b. son humanos; usaron el material que mejor conocían.

»c. no son los humanos de Akasa-puspa; su genética molecular no está tan avanzada para esto.

»De donde se deduce que están en algún lugar de la Esfera.

Contuve el aliento. Ya sospechaba a dónde iba a parar. Casi pude adivinar lo próximo que diría, palabra por palabra.

—No están en ninguno de los seis planetas. Yo los hubiera descubierto, aunque se escondieran bajo tierra. De donde se deduce que están en la cáscara.

—Los colmeneros —murmuré. De nuevo me apoyé en la almohadilla.

—¿Lo sospechabas?

—Algunas veces, pero ¡Oannes! —de repente recordé algo.— ¡Los angriffs creen que sus dioses viven en la Esfera!

Repentinamente irrumpió fuera del agua, con un chapoteo.

—Los angriffs. ¿Es posible que lo sepan?

—No..., glub... —el repentino oleaje me había hecho tragar agua.— Quiero decir..., ¡cof!..., no todo.

Intenté recordar lo que, hasta entonces, no era para mí más que una exótica teología.

—Dicen que los dioses les trajeron a la Esfera y los encerraron en su planeta. No le presté demasiada atención a esta historia, hasta ahora... Pero ¿podría esconderse ahí una civilización supertecnológica?

—Depende de lo que entiendas por ello. ¿Cómo reconocer algo que ni siquiera

sabes cómo es?

»No olvides que la Esfera es grande. Como forma geométrica, la superficie de la Esfera equivale a más de mil doscientos millones de veces la de un planeta ordinario como la Tierra. Ciento dos veces todos los planetas habitados de Akasa-puspa. Claro que la Esfera no es continua; si sumásemos la superficie de los asteroides que la forman, sería varias veces esta superficie. Aquí podrías esconder cualquier cosa.

—Pero... pero —recordé los estudios de Yusuf— si son sólo animales. Si alguna vez tuvieron inteligencia, la han perdido.

—A pesar de eso, son los descendientes de los colonos humanos del Halo Cometario. Y participaron en la construcción de la Esfera. Esas fueron dos hazañas de ingeniería genética. ¿Es posible que hayan limitado su desarrollo tecnológico a la biología?

—¡Pero han pasado veinticinco millones de años! —repliqué.— Fueron capturados por Akasa-puspa y todo se fue a Putana. Los pocos humanos que quedaron en el sistema solar colonizaron Akasa-puspa; y los humanos adaptados al vacío degeneraron. Yo he visitado una de sus colmenas...

Y, sin embargo, mientras hablaba, mis propios argumentos me sonaban poco convincentes. ¿Por qué habrían de degenerar los humanos de la Esfera? De repente pensé algo: ellos mismos eran expertos ingenieros genéticos. De haber habido degeneración, lo habrían descubierto y remediado.

Me tendí de espaldas, haciendo el muerto, mientras mis pensamientos giraban a toda velocidad. Oannes, al verme callado, decidió desentumecer sus músculos con unos cuantos largos de piscina.

Con los ojos cerrados para no ver el feroz sol de la Tierra, recordé el pequeño aunque complejo cerebro de un colmenero muerto, que Yusuf me había mostrado. ¿Qué más había dicho? La información sobre los colmeneros existente en el Imperio había sido borrada por... alguien. ¿Fueron los propios colmeneros? Pero ¿cómo pudieron aquellas criaturas infiltrarse en los archivos y ordenadores imperiales?

Más pensamientos enloquecidos surgían en mi mente como cohetes.

¿Y por qué, cuando Oannes regresó al sistema solar, lo encontró despoblado? Los pobladores que quedaron, y luego colonizaron Akasa-puspa, eran fanáticos religiosos que se negaron a abandonar sus lugares sacros. ¿Quién los empujó a abandonarlos, y con qué medios?

¿Estaban los colmeneros tras el nacimiento de nuestra propia civilización? ¿Fundaron la Hermandad, o el Imperio? ¿Por qué nuestra civilización ha decaído y resurgido tantas veces, alternando utsarpini y avasarpini^[106]? ¡Veinticinco millones de años y ni siquiera habíamos alcanzado a los prajapatis!

Aquello iba a volverme tan paranoico como Chait Rai. Aspiré, me di la vuelta y me sumergí. Cuando asomé de nuevo, Oannes se me aproximó.

—Adivino que, nunca mejor dicho, ya empiezas a sumergirte en estas extrañas aguas. Quizás sería mejor que te diga ahora... no puedo ocultártelo más.

Lo miré fijamente.

—¿Hay algo más? ¿Algo grave?

Oannes nadó en círculo, como buscando las palabras. Yo me estaba poniendo más y más inquieto.

—Cuando descubrí que los angriffs estaban manipulados...

—¿Sí?

—Me puse a investigar vuestras células. Compréndeme; al principio no me preocupé de buscar, porque no sabía qué buscar. Sin embargo, conservo algunas de las muestras de sangre que os tomé; a la gente de Akasa-puspa, quiero decir. He hecho cultivos celulares, y...

Jamás en mi vida me he sentido tan aterrado y horrorizado. El agua de la piscina pareció convertirse en nitrógeno líquido.

—Oannes, dime la verdad: ¿nosotros también tenemos un «reloj de la muerte»?

—¿Qué? ¡Oh, no!, en absoluto. Discúlpame si te he hecho pasar un mal rato. Se trata de otra cosa más sutil, que no entraña vuestra extinción.

Sentí lo que podría llamar un orgasmo de alivio. (Bien mirado, era una tontería preocuparse por lo que podría suceder dentro de millones de años. Sin embargo así es la mente científica).

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Digamos, un «seguro contra mutaciones».

Me sentía perplejo. A pesar de eso, callé.

—Vuestras células —prosiguió Oannes— poseen un complejo multienzimático reparador del ADN. No lo poseen los ciudadanos, ni lo poseo yo.

»Recuerda que habéis vivido veinticinco millones de años aislados. En ese plazo, la evolución apenas ha actuado sobre vosotros. Tenéis cuatro dedos en los pies, os falta la muela del juicio, y vuestros ojos son más sensibles al naranja que al amarillo. Aunque eso es una insignificancia, comparado con la evolución que han sufrido animales y vegetales.

»Con una agravante. En Akasa-puspa estáis sometidos a un ambiente cuatro veces más rico en radiaciones que en la Tierra, debido a la intensa actividad del núcleo de Akasa-puspa. Y vuestra gente es viajera del espacio, lo que representa más radiación.

Fui a preguntarle qué era aquella «muela del juicio», pero no lo hice porque se me ocurrió un argumento en contra.

—Espera; podría haber surgido por evolución natural. Un mecanismo de defensa...

—Lo pensé al principio. Aunque no es así: ese complejo enzimático es artificial.

—Explícame por qué lo crees.

—Bueno... —el delfín dio unos nerviosos coletazos. Luego me hizo una rara pregunta:— ¿Has visto mis aletas?

—Sí. Pero...

—Un momento —elevó uno de los citados miembros.— Mis aletas tienen la misma estructura que tu brazo: húmero, cúbito, radio, etc. Porque tienen un origen evolutivo común.

Asentí. Recordé mis conversaciones sobre evolución con el reverendo Hari Pramantha. Era uno de mis argumentos. ¿Dónde estaría ahora el pobre Hari? Quizás la Hermandad le hubiera echado mano. Qué ironía si hubiera corrido la suerte que los Hermanos me reservaban a mí.

Oannes continuó:

—Del mismo modo que los órganos evolucionan, las moléculas de proteína, como los enzimas, también evolucionan.

»Por ejemplo: la tiroxina es una hormona del crecimiento; pero en los antepasados de los vertebrados era una especie de moco con la que aglomeraban las partículas alimenticias que filtraban por las branquias.

»Las hormonas tirotrópica y adreno-corticotropa, ambas proteínas, eran al principio una sola, aunque luego se diversificó en dos. Se sabe porque poseen en común parte de sus secuencias de aminoácidos.

»Otro ejemplo: la hemoglobina está formada por cuatro cadenas de aminoácidos, dos «alfa-hemoglobina» y dos «beta-hemoglobina». Ambas comparten casi el setenta y cinco por ciento de los aminoácidos, lo que indica un origen evolutivo común. De hecho, las lampreas... un tipo de pez muy primitivo... poseen una hemoglobina formada por una sola cadena de aminoácidos.

»¿Me sigues?

—Desde luego. Sin embargo, me gustaría que Lilith o Yusuf estuvieran aquí.

Los imaginé flotando a mi lado y discutiendo sobre esotéricos temas, como aminoácidos, ADN, y estructuras de proteínas. Reprimí a duras penas una risita.

—El caso es que entiendas que podemos comparar proteínas equivalentes (digamos tu hemoglobina y la mía), del mismo modo que tu mano y mi aleta...

—Con lo que descubrimos su origen común. Está claro —asentí.— Es el método que usamos los técnicos imperiales y yo para descubrir que este planeta era el origen de la vida bhutani.

—Me alegro, porque eso ahorra tiempo. Verás, Vidya y yo supusimos que ese complejo corrector de mutaciones evolucionó a partir de los enzimas replicadores del ADN. De hecho, hay algunos que actúan como reparadores, corrigiendo las mutaciones.

»Pues bien: hemos comparado la secuencia de aminoácidos de los enzimas reparadores del ADN, que poseemos los ciudadanos y yo, con esos nuevos y más

perfectos enzimas reparadores que sólo poseéis vosotros.

—Y adivino que no son iguales.

—No se parecen ni por el forro —confirmó Oannes.— La secuencia de aminoácidos es totalmente distinta; la estructura tridimensional de la molécula es distinta. En fin: son tan distintos como... digamos, un remo o una pala de hélice y mis aletas. En conclusión: esos enzimas han sido diseñados para una eficiencia mayor que la de los naturales.

»Se me ocurre otra cosa. Entre los humanos antiguos, el cáncer era una de las principales causas de muerte. ¿Lo es también en Akasa-puspa?

—¿Cáncer? No. Es una enfermedad muy rara entre nosotros.

—Ahí lo tienes. Los agentes cancerígenos son todos ellos mutágenos. Esto prueba que el complejo reparador está muy extendido entre vosotros.

—Prueba además —se me ocurrió de pronto— que quien nos manipuló, lo hizo después de tu marcha, y cuando toda la población humana estaba concentrada... en la Esfera. ¡Todo concuerda! Esos hijos de Kamsa...

Sentí la ira agolparse en mi garganta. Di un puñetazo en el agua.

—Nos han hecho un favor; —dije con amargo sarcasmo— muy amables. Pero ¿con qué fin? ¿Qué planes tienen para nosotros?

—¿Y qué planes tienen para los angriffs? —retrucó Oannes.

¡Es verdad! De repente sentí una asombrosa simpatía por los angriffs, e incluso compasión. A los pobres bastardos les aguardaba el genocidio.

Aquellos asuras de colmeneros nos habían hecho la peor violación que pueda hacerse a una criatura consciente: manipular nuestra descendencia sin nuestro conocimiento.

¿Y quién nos garantiza, pensé con un escalofrío, que un día no decidieran hacer con nosotros lo mismo que con los angriffs?

EL PLAN

Los descubrimientos de Oannes y Vidya me impidieron disfrutar del baño, y decidí regresar a Hebabeerst. Oannes me dio un abultado mamotreto con la información; la idea era que yo revelase a Chait Rai aquello que me pareciese bien, ya que, según su punto de vista (o «punto de oído»), no habíamos «hablado» de ello.

Precavidamente, Vidya intercaló falsas interferencias en la conversación falsa que vertía en el micrófono, para darme un margen. En esos silencios yo podría pretender haber hablado con Oannes de cualquier cosa que decidiese revelar.

Durante el viaje de vuelta escuché la cinta grabada con «nuestra» conversación. Era increíble: Vidya imitaba mi forma de hablar a la perfección. De no saber que era falsa, hubiera jurado que yo padecía amnesia.

Pensé qué debería revelar a Chait Rai.

¿Sabía nuestro prisionero lo que Oannes había descubierto? Probablemente no. Aunque sabían de la existencia de los colmeneros; lo que indicaba un contacto estrecho con ellos en el pasado. Sin duda, sabían de los poderes de que disfrutaban los colmeneros. Por tanto, no vi motivos para ocultarle a Chait Rai la manipulación genética de que los angriffs habían sido víctimas.

—¿Dices que esas sabandijas de colmena son los dueños de la Esfera? —gritó Chait Rai. «Terror» estaba encadenado a la pared, sentado con las piernas cruzadas en una especie de camastro, descarnando con los dientes una enorme costilla de antilofante. Yo sostuve la mirada de Chait Rai.

—Sí.

Según supe más tarde, Chait no se encontraba en Hebabeerst durante mi entrevista. Había salido a cazar con los neopardos (pese a que los monos-gatos no se desenvolvían demasiado bien en terreno llano). Aunque no me hacía ilusiones: sin duda la conversación estaría grabada y la revisaría más tarde.

—No me lo creo. Si son sólo animales. Unos jodidos y tamásicos^[107] animales.

—Nos han engañado. Son humanos como nosotros, adaptados a la vida en el vacío, y —hice una pausa significativa— poseen una tecnología veinticinco millones de años más avanzada que la nuestra.

El fuego de la ambición llameaba en los ojos del mercenario.

—Entonces es a ellos a quienes buscamos. Ellos poseen todos los secretos. Inmortalidad. Naves más poderosas que las del Imperio. Riquezas sin límite... —se interrumpió.— No, es absurdo; ¡pero si viajan en sus sucias colmenas de piedra, empujadas por nuestros primitivos impulsores de masa! Los hemos tenido a nuestra merced durante siglos.

—Fingían. Fingían ser animales, y nos estudiaban sin levantar sospechas.

—¿Para qué?

De momento decidí no contarle a Chait Rai que los colmeneros habían alterado nuestros genes para sus propios fines. No sabía cómo iba a reaccionar... y, tratándose de Chait Rai, eso siempre es malo. Me encogí de hombros.

—No lo sé. Lo que sí hemos averiguado es que los angriffs han sido modificados genéticamente por los colmeneros.

Se volvió rápidamente hacia mí.

—¿Los angriffs?

—Sí. Les ha sido implantado un «reloj de la muerte» en sus células. Cuando éste cuente un cierto número de reproducciones... se extinguirán en masa.

—¿Cuándo? —pareció repentinamente interesado.

—Dentro de ciento setenta y cinco millones de años.

—Ciento setenta y cinco millones de años... —repitió Chait Rai. Se acercó a «Terror» y le palmeó el hombro. El neopardo cogió su mano, ronroneando suavemente.

—¿Me estás tomando el pelo, amigo Jonás? —me dijo Chait Rai, sonriendo. No me gustó nada su sonrisa. «Terror» me miró de forma muy ominosa.

—Por supuesto que no, Chait —tragué saliva.— Vidya ha realizado los cálculos... puedes comprobarlo.

Naturalmente, esto último era una fanfarronada. ¡Yo mismo me las vería negras para comprobarlos!

Chait Rai se levantó y caminó unos pasos, con las manos a la espalda, meditabundo. Se encogió de hombros.

—¿Y a quién Kamsa le importa lo que suceda dentro de todos esos millones de años? Tengo problemas más inmediatos, ¿sabes?

—¿Qué clase de problemas?

—Los colmeneros. Aceptemos por un momento que estás en lo cierto... pensándolo bien, esto explicaría muchas cosas...

Se frotó la barbilla.

—¿Y...? —dije yo.

—Bueno; —sonrió con su sonrisa de nagaraka— mi querido amigo, tú conoces cuáles eran (y siguen siendo) mis planes: ponerme en contacto con los amos de la Esfera. Esta pequeña trifulca con los angriffs no ha sido más que un compás de espera. El hecho de saber que los amos son los colmeneros no cambia nada, excepto que ahora sabemos a dónde dirigirnos.

—Yo creo que sí —osé contradecirle.— Antes pensábamos que los amos serían humanos como nosotros. Gente con la que podríamos dialogar, a pesar de su avanzado estadio tecnológico.

—Hace un momento decías que los colmeneros son humanos, a pesar de su aspecto.

Me mordí los labios. No podía seguir por ese camino sin revelar a Chait Rai que los colmeneros nos habían manipulado genéticamente también a nosotros, y que por lo tanto, probablemente no nos consideraban más que simples animalitos de laboratorio.

—Pero viven en la cáscara, no lo olvides. Cuando Oannes partió de la Tierra, la especie humana no tenía más que cien mil años de antigüedad. Cien mil años de vida sobre un planeta. Los colmeneros llevan veinticinco millones de años adaptados al vacío. Nosotros seguimos adaptados a los planetas, por más que viajemos por el espacio. Nuestra psicología puede ser muy distinta. Tan distinta como la de los angriffs...

¡He estado a punto de revelarlo todo!, pensé.

—No importa. A pesar de todo, debemos parlamentar con ellos. Veinticinco millones de años de civilización... imagínate el poder que podrían darme si accedieran a colaborar —su deforme boca susurró a mi oído. Reprimí un impulso de apartarme.— La Utsarpini, el Imperio, Akasa-puspa entero podría ser mío... Kharole se dedicaría a limpiarme las botas, el Emperador... podría convertirlo en mi chambelán eunuco —rió.— Eso sería golpearlo donde más duele, como suele decirse.

A pesar de mi inquietud, sonreí con sarcasmo.

—¿Y por qué iban los colmeneros a darte ese poder?

Chait Rai me miró con la furia asomando a su deforme rostro.

—¿Por qué? Porque he demostrado que soy la principal fuerza en este planeta. Conquisté las ciudades, conquisté a los angriffs... ahora ellos tendrán que parlamentar conmigo.

—¿Y qué piensas hacer para sentarlos en la mesa de negociaciones? ¿Coger a unos cuantos por el rabo?

Chait Rai me miró furioso. Repentinamente me sujetó por el brazo. Sus dedos apretaron, y sentí que había ido demasiado lejos con mi sarcasmo. «Terror» nos miraba a uno y a otro con sus inteligentes ojos. Lanzó un maullido, mostrándome su imponente dentadura. A pesar de ello, Chait Rai dijo con tono de voz neutro:

—Es una buena pregunta. Espero que como mi fiel consejero científico sepas darme una respuesta. Y si no la puedes encontrar...

Me soltó, dándome unas palmaditas en el músculo deltoides. Su sonrisa era un exacto intermedio entre la amistosa y la de ejecución sumaria. La mirada de «Terror» tampoco presagiaba nada bueno. Recordé al ciudadano devorado por el angriff.

Chait Rai se sentó y me miró fijamente en silencio.

—Pues bien... —carraspeé— en apariencia, a los colmeneros no les preocupa demasiado lo que suceda en los planetas. Tienen toda la cáscara a su disposición, y

eso es más de cien veces la superficie de Akasa-puspa.

—Sí que les preocupa —rectificó Chait Rai con sequedad.— Reaccionaron cuando se declaró el invierno nuclear. Es cuestión de encontrar algo que les haga reaccionar de nuevo. Aunque esta vez llevaremos nosotros la iniciativa a su terreno, si como dices no les preocupa lo que hagamos en los planetas. Es cuestión de encontrar el estímulo adecuado que les haga comprender que queremos acabar con ellos... y que somos peligrosos.

Me sentí estupefacto.

—¿Peligrosos, para quién? ¿No te das cuenta de las dimensiones de la cáscara? ¿Qué podemos hacer mientras se escondan allí?

—Eso me lo dirás tú. Eso espero...

Me despidió con un gesto de la mano, sonriendo de nuevo con la sonrisa intermedia. Las palabras «por tu propio bien» quedaron flotando en el aire.

«Terror» me gruñó mientras me dirigía a la puerta. Parecía decepcionado.

Hice lo único que podía hacer: llamar a Oannes.

—¿Es posible localizar núcleos de población en la Esfera?

El delfín silbó y chasqueó de asombro.

—¿Bromeas? ¿Sabes el tamaño que tiene la Esfera?

Asentí, cansado y deprimido. Las cifras aún flotaban en mi cerebro como el cadáver de un ahogado.

—Sí, lo sé. Con los instrumentos de la nave imperial que nos trajo, tardaríamos miles de años, en el mejor de los casos. Pero me preguntaba si tú no tendrías mejores medios.

—Aunque no lo suficiente —pareció pensar.— Claro que quizás pueda hacer algo mejor...

—¿Como qué? —sentí renacer la esperanza.

Oannes flotó en círculos en el aire.

—Los colmeneros se comunican por radio en cierta longitud de onda, ¿cierto?

—Cierto. Aunque el flujo es isótropo según comprobaron en la *Vijaya*. Tiene la misma intensidad en todas direcciones.

—Tiene la misma intensidad, dentro de los límites de precisión de los receptores del Imperio —me rectificó.— Aunque podríamos afinar. Buscar pequeñas anisotropías en la densidad de emisión. Puntos donde se concentre el flujo.

—¿Puedes hacer eso?

—Hmmm... no lo he probado. Pero los instrumentos de la *Konrad Lorenz* estaban hechos para examinar sistemas solares a varios años luz, en busca de emisiones de origen inteligente. Veré lo que podemos hacer.

—Pues manos... o aletas a la obra.

Dos días después fui a las habitaciones de Chait Rai. Lo encontré dedicado a una actividad insólita.

Estaba arrodillado en el suelo, en postura seiza. ¿Se dedicaba a meditar? Aunque no... parecía estar jugando con soldaditos. Algo más acorde con su profesión, aunque fuera algo crecido para ello.

—Entra, amigo Jonás, entra —me hizo un gesto. Parecía estar de un humor inesperadamente amable.

Me acerqué, aunque sin arrodillarme, cosa difícil para mí. Me di cuenta de que «Terror» no estaba en su camastro.

—¿Qué te parece? —el ksatria se apartó para que pudiera ver mejor.

Aquellos no eran soldaditos de juguete. Era una maqueta de la sala central de la Ciudad. Habían sido reproducidas con minuciosidad las columnas de acero. Sin embargo, se había añadido una cúpula de vidrio y metal, algo espectacular si era a escala.

Los muñecos eran de unos quince centímetros de alto, ataviados con ropajes multicolores. Podían reconocerse por sus ropas a ciudadanos comunes, Incondicionales con armaduras de gala, sacerdotes. Habían cientos.

—Quedará dignamente en mi nueva Ciudad, Chaitnagar. Este eres tú —levantó un muñeco con una sonrisa de complicidad. No me sentí especialmente halagado. El muñeco reproducía fielmente mis deformes piernas, y se hallaba vestido con unas ropas ajustadas y ridículas de un verde manzana, una capa blanca, y un turbante igualmente blanco con altas plumas amarillas. Parecía una cacatúa.

—¿Crees que quedará bien? Respecto a ti, ¿qué cargo debería darte?

—¿Quéé?

—Quizás... ¿kayashta^[108]? ¿Adhyaksa? No. Peswha es más apropiado para ti. Aunque, ¡qué distraído soy! Antes debo ennoblecerte. Te nombro subandhu —me palmeó levemente la cabeza.— Si no, no podrías ocupar este lugar. Es importante que no hayan cabos sueltos en la ceremonia.

—¿Ceremonia? ¿Qué ceremonia?

—La de mi coronación, idiota. Mi sueño, ¿recuerdas? —su voz era paciente y fatigada, como un acarya hablando a un torpe novicio.

Entonces me fijé en la figura central de aquel tinglado. Era obviamente el propio Chait Rai, aunque con ambos lados de la cara incólumes.

¡Una coronación, desde luego! Llevaba un manto rojo cuya longitud superaba en cinco veces la altura de la figurita. El cuello era de pieles blancas (de ratón, supuse. Aunque en la realidad sería de una piel más rica).

La figurita sostenía entre sus manos y sobre su cabeza una diminuta réplica en

latón de la Corona Imperial. En torno suyo había un coro semicircular de sacerdotes, ricamente ataviados de púrpura y grana, y tocados con altas tiaras. Sus bocas eran simples orificios circulares, como en un «¡Oh!» de admiración, especialmente el Sumo, que sostenía un almohadón donde supuestamente reposaría la corona. Más allá habían filas de Incondicionales, todos en pie y alzando sus espadas. A los pies de Chait Rai, dos neopardos sumisamente arrodillados a derecha e izquierda. Contemplé el escenario en silencio.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Chait Rai con una voz repentinamente fría.

—Yo... —intenté defenderme, pero me cortó con un gesto seco.

—Sé muy bien que nunca contaré con el apoyo incondicional de Zabul o tuyo. Los emperadores siempre estamos rodeados de traidores en potencia. ¡Siempre! Examina la historia. Mira a ese Sidartani...

—E... eso no es justo, Chait... quiero decir... —¿debía llamarle «Majestad»? Aquello empeoraba por momentos.

—Silencio. No hables y así evitarás mentir —cerré la boca firmemente.— Así estás mejor. ¿Te crees que no me he dado cuenta de que me veis como un loco megalómano, sediento de poder?

—Pero...

—Te he ordenado que callaras, *alférez* Chandragupta. ¿No hablo con claridad? Bien, Zabul y tú sabéis que no soy un dios, ni un Cakravartin, sólo un mercenario perjuro, ¿no es cierto? Nunca podréis olvidar eso, ¿verdad?

Chait Rai jadeaba de ira. No me atreví a hablar.

—¡Contesta!

—Yo... —por Krishna, ¿cuál era la pregunta?—. Yo... hace tiempo que lo olvidé, Chait, te lo juro.

—No jures en falso, dicen las Sastras —sonrió con una mueca terrible.— Aunque no tiene importancia. No es preciso que te preocupes más.

Allí estaba. Un sudor frío perlaba mi frente. Aquello era la sentencia de muerte. Igual que Indri, Ivraim, Sati... todos los que acompañamos a Chait Rai en aquella loca aventura. Me sentía muerto, y Zabul también.

—Bueno, vayamos a otra cosa. ¿Qué novedades traes?

Dijo aquello sin cambiar el tono de voz. Yo luché por tranquilizarme. ¡Vivir cerca de Chait Rai es como tener una bomba de fusión en el armario!

—Po... podría explicarlo mejor si me dejas conectar la terminal de tu computadora...

—¿Para qué? —preguntó con suspicacia.

—Para comunicarme con Oannes.

—No necesito a ese pez para nada.

—Se trata sólo de que pueda enviar una holografía que sirva para exponerte mi

plan.

Dudó un instante.

—De acuerdo, haz lo que quieras.

Conecté la terminal con manos aún temblorosas.

—Oannes... —dije, carraspeando para librarme de la sequedad de mi garganta.

—¿Sí, Jonás? —su voz llegó sin imagen. Evidentemente, Oannes no sentía ganas de ver o ser visto por Chait Rai.

—Puedes empezar la transmisión.

De la terminal surgieron tres finos rayos láser: rojo, verde, azul. Una imagen se formó en el centro de la habitación.

Chait Rai abrió la boca impresionado. Una réplica de la Esfera, de cinco metros de diámetro, rotaba lentamente en la sala; llegaba desde el suelo hasta el techo. A su lado, éramos gigantes del tamaño de un sistema solar corriente; como si tuviésemos el poder del mahima^[109].

—Acompáñame, Chait —dije, atravesando la inmaterial cáscara.

Un segundo después, Chait Rai se hallaba a mi lado en el interior del holograma. Sobre nuestras cabezas se abría una abertura polar, que dejaba ver el techo. En el centro brillaba un sol del tamaño de una cabeza de alfiler, aunque con una luz tan intensa que era imposible mirarlo directamente.

—Muy interesante, muy instructivo, aunque no veo qué...

—Espera un segundo —Chait Rai se encontraba impresionado y yo quería aprovechar mi momentánea ventaja.— Oannes, muéstranos el mapa.

Al instante, la cáscara se cubrió de líneas luminosas rojas, como la red de capilares de una retina.

—¿Qué es eso?

—Es un mapa de densidad de flujo radiofónico de los colmeneros.

—¿Qué?

—Los colmeneros se comunican por radio. Lo que estás viendo representa una hora de diálogo entre varios puntos de la cáscara. Oannes, muéstranos otros mapas.

Uno tras otro se fueron sucediendo ante nuestros ojos otros trazados.

—Unos verdaderos parlanchines —comenté.

Chait Rai se volvió algo confuso.

—¿Has sacado algo en claro de todo esto?

—Bastantes cosas. Por ejemplo, como puedes ver, están distribuidos al azar por la Esfera. Esto no es raro; con su sistema de comunicación y con la cantidad de terreno libre que representa la Esfera, no tienen necesidad de agruparse más.

—No te entiendo.

Lo pensé un momento.

—Imagínate un océano inmenso salpicado de islas, algunas de ellas habitadas por

un solo individuo, que se comunica con los demás con una radio. Un individuo que está solo, aunque al mismo tiempo acompañado por los demás de su raza.

—¿Quieres decirme que no hay ciudades, ni núcleos de población, ni colmenas en ningún lugar de la cáscara?

—No.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué iban a llevar esa vida de ermitaños?

—No de ermitaños. Recuerda que se pueden comunicar con cualquiera de sus congéneres, aunque esté al otro lado de la cáscara. Bueno, quizás la cosa no sea tan drástica. Pueden formar comunidades pequeñas, para reproducción o crianza, pero no creo que sean mayores que la colmena que encontramos en el espacio.

Chait Rai se encontraba más pensativo que nunca.

—Entonces son invencibles. Aunque lanzásemos una bomba de fusión a la cáscara, como mucho podríamos matar a un colmenero.

—Con suerte. Incluso disparar un millón de bombas sería... un momento —hice algunos números.— Sería lanzar una bomba al azar por cada mil doscientos planetas, y esperar matar a un enemigo.

Creo que nunca había visto antes tan estupefacto a Chait Rai. Bueno, al menos había metido el sentido de las proporciones en su cabezota. O al menos así lo creí, por un momento.

—Tiene que haber algún sistema —su puño golpeó la palma opuesta.— Alguna forma de forzarles a hablar con nosotros... tienes que encontrarlo.

—Espera, aún no he acabado. Oannes, amplía la sección de la cáscara.

La falsa pared se expandió vertiginosamente. Al tiempo, la pared opuesta se alejó hasta salirse del campo.

—Fíjate en eso.

Al principio era una sutil nubecilla, proyectando una tenue sombra sobre la cáscara. Sin embargo, a medida que aumentaba la ampliación, se hizo evidente su naturaleza.

—Juggernauts —murmuró Chait Rai.

—En efecto; nuestros viejos amigos los juggernauts. Sabemos que son las brigadas de mantenimiento de la Esfera, y lo que resulta más interesante para nosotros en estos momentos: viajan en grandes manadas.

—Veo algunos colmeneros saltando de un juggernaut a otro.

En efecto, la ampliación llegaba hasta el máximo, y teníamos ante nuestros ojos un mar de cigarros puros verdinegros. Sólo que ambos sabíamos que a escala real, cada uno de aquellos «cigarros» medirían al menos un kilómetro de longitud. Unas diminutas pulgas saltaban de uno a otro: los colmeneros.

—¿Cuál es tu plan, Jonás? ¿Soltar una bomba de fusión o algo así en medio de una de esas manadas?

—¿Una bomba? No. ¿Cómo construirla? Y lo que es peor, ¿cómo lanzarla? Además, sería demasiado. Queremos llamar su atención, no iniciar una guerra. Y una bomba es justo lo que les predispondría para guerrear. No, estoy pensando en algo más sutil... Oannes, por favor, la segunda serie.

Al instante se desvaneció la Esfera ampliada. Sin embargo, la imagen que la reemplazó era igualmente interesante.

—La Tierra.

En efecto, era la Tierra, vista como un globo de veinte centímetros de radio. Y Jambudvida, el inmenso anillo, de algo más de un metro de radio.

—Así es. Pero fíjate en esto...

Mi dedo señaló un punto cerca de Jambudvida. Era una diminuta mota de luz, que al instante se amplió.

Chait Rai observó asombrado.

—¿Qué es eso? Ah, ya veo, no hace falta que me lo digas. Es el cacharro de esos hijos de Putana religiosos que nos atacaron. ¿Qué relación tiene con...?

—Ahora viene lo bueno. Simulación, por favor.

Bueno, aquí sí se lució Vidya. Apareció una maqueta del velero en forma de hilos de luz. Pero al instante, aquel armazón se fue llenando de color. Era de un color plateado, y Vidya logró darle hasta la textura óptica del metal. Parecía una maqueta exquisitamente elaborada, más que una imagen de ordenador.

La simulación comenzó a alejarse de Jambudvida. Mientras lo hacía, giraba lentamente; las velas empezaron a desplegarse. Cuando se completó la maniobra, los diez kilómetros de velamen eran un enorme espejo cóncavo. Un espejo que concentró la luz solar en el distante rebaño de juggernauts.

Chait Rai levantó la vista, dubitativo.

—¿Por qué estás tan seguro de que el velamen de ese pecio está en buenas condiciones?

—Oannes lo ha estudiado telescópicamente. El láser que la partió en dos no tocó el anillo de fijación.

—Ya veo. ¿Y con eso piensas quemar a los juggernauts?

—Sí. Podemos enfocar el haz sobre la manada. Al principio, sólo los caldearemos un poco. Pero, a medida que el velero se mueva, el haz se irá concentrando.

Mientras hablaba, Vidya iba proyectando una secuencia de animación mostrando todo el proceso.

—Cuando el haz se concentre en unos pocos centenares de metros... ¡puf! Vaporizará a cada juggernaut que toque. Moviéndose, el haz irá recorriendo toda la manada de un extremo a otro, cortándola como un cuchillo.

Entonces Chait Rai estalló de júbilo. Puso sus manazas sobre mis hombros y dijo:

—Jonás, amigo mío, nunca dudé de tu talento ni de tu lealtad; ¡ocuparás un lugar

muy alto en mi corte imperial!

Espero que no sea colgado de una soga, estuve a punto de decir.

—Es estupenda esa idea de achicharrar a unos cuantos juggernauts; —seguía parloteando excitado Chait Rai.— Obligaremos a esos bastardos a parlamentar, o asaremos a sus mascotas.

—Hay un par de pegas... —empecé.

—¿De veras? Explícate —dijo con su alegría desvanecida. Sospecho que empezaba a cambiar de idea, y ya estaba pensando dónde colgar mi cabeza en su futuro palacio.

—Puede ser peligroso. Recuerda que hay colmeneros en esas manadas de juggernauts. Si matamos a algunos...

—¡A Putana con ellos! —replicó con alegre indiferencia.— Esta vez vamos a jugar fuerte, ¿no? —cerró el puño como una maza.— Estamos aquí desde hace siete años y no nos han hecho una simple visita de cortesía. Les daremos un toquecito de atención, ¿eh? ¿Cuál es la otra pega?

—No disponemos de una nave espacial para remolcar el pecio hasta una posición conveniente.

—¿El pez no te puede prestar una?

—¿Confiarías tanto en Oannes, como para abordar una de sus sondas?

—Había pensado que irías tú. Es tu plan, después de todo.

Lo estaba esperando.

—Por supuesto, Chait, aunque recuerda que ya no le quedan más sondas. Usó las últimas para observar los planetas...

Chait Rai enrojeció.

—Entonces, ¿todo lo que me has dicho es mierda de ustra? No podemos construir una nave espacial con nuestros medios, ¿verdad?

—No, aunque podemos utilizar la de los angriffs...

Esta vez sí que le había cogido. Me miró con ojos como platos.

—Vidya ha avanzado mucho con el idioma angriff. Ha descifrado algunos documentos que encontramos en el complejo angriff... —carraspeé. La mayoría habían ardid.— Era una especie de avanzada... colonizadores. No hemos podido averiguar si hay más angriffs en la Tierra, o dónde están. Aunque lo que está claro es que no fueron ellos los que atacaron a la colonia humana que trajo Oannes. Estos han llegado hace relativamente poco. Y nuestro prisionero ha sido de los últimos. Llegó no hace mucho en una nave...

—¿Una nave angriff? ¿Dónde?

—En Jambudvida —señalé al techo.— La nave no está diseñada para aterrizar. Bajaron por una babel, dejándola en un hangar de Jambudvida.

Chait Rai se frotó pensativo la barbilla.

—¿Cuánto tardaremos en aprender a pilotarla? ¿Y cómo la encontraremos, en primer lugar? Jambudvida es enorme.

—Tengo una idea que resolverá las dos cuestiones. Nuestro prisionero nos dirá dónde está, y la pilotará para nosotros.

—No conseguirás que colabore por la fuerza —sacudió la cabeza.— Por mucho que lo tortures.

—No pensaba en eso precisamente. Pienso que debemos convencerle para que colabore voluntariamente...

—¿Colaborar? ¿Un *angriff*? —Chait Rai se echó a reír.— ¿Has perdido el juicio? Está bien, lo dejo a tu criterio. Si te crees capaz de modificar las relaciones humano-angriff en un sentido que no sea el de cocinero y menú, adelante... sin embargo, en el improbable caso de que ese monstruo aceptara pilotar la nave para nosotros, sigo queriendo que vayas en ella.

—Eso pensaba hacer.

Chait Rai me miró con aire extrañado.

—Perfecto. Entonces, manos a la obra. Y, ah, no olvides informarme regularmente de los resultados.

Y se volvió a seguir situando los muñecos. Yo había tomado mi decisión, una decisión desesperada donde las hubiera. Chait Rai estaba loco, y eso no era una novedad. Se había construido un paraíso, donde era a la vez Dios y Emperador. Su pasado estaba muerto, sólo Zabul y yo se lo recordábamos. Le recordábamos su pasado de mercenario ksatria, y su traición a su daksa.

Lo que en breve iba a suceder con nosotros estaba claro. Y yo tenía claro que debía alejarme de Chait Rai lo más posible.

Aunque eso significase encerrarse en una nave espacial con el peor enemigo de la humanidad. Y atacar a unas supercriaturas cuyas reacciones ignoraba. Eso, al menos, no era una muerte segura...

¿O sí?

EL PRISIONERO

Desde que salió de su planeta, Depredador se hallaba abrumado ante la avalancha de sorpresas.

Primero, el anillo que rodeaba aquel planeta. Las asombrosas instalaciones le habían maravillado; sin embargo, no tuvo mucho tiempo para examinarlas. Casi de inmediato, un ascensor les llevó a la superficie.

Aquel mundo era asombrosamente rico en agua y vida; ¡uno podía cazar allí años enteros! También eran asombrosas las montañas, casi inexistentes en su planeta. Le dijeron que aquello blanco de las cumbres era nieve. ¡Tan cerca del Ecuador!

Luego llegó la batalla. Tras la derrota, recibieron orden de emboscarse y matar a aquellas Presas armadas, tantas como pudiesen. Si se veían sin municiones, les mandaron esconderse... y esperar hasta que llegasen más Depredadores desde el planeta patrio. Sin duda no les faltaría comida en aquel bosque.

Después, la captura. Vigilaba desde su escondrijo en un árbol; había construido un nido similar al de aquellas cosas peludas que hacían casas en los árboles. Las Presas armadas no se fijarían en él; aquellos nidos se encontraban por doquier. Estaba orgulloso de su astucia.

De repente, algo cortó el árbol y empezó a caer. No se mató porque la maraña vegetal retrasó la caída; pero, como un tonto, quedó enredado en un caos de hojas y ramas. ¡Y ni siquiera vio acercarse a sus captores!

Ser cazado por una Presa era una experiencia tan insólita que ni siquiera resultaba ignominiosa. Nada en su entrenamiento le había preparado para ello. Una de aquellas Presas (Depredador la llamó «Dos-caras») se acercó a él mientras se debatía en la red. Había perdido su fusil.

Lo trasladaron a una estructura increíble, que avanzaba sobre cadenas, y lo encerraron en una jaula.

Ahora que veía a las Presas de cerca, apenas pudo contener su horror. Aquellas patas ridículamente cortas, aquel cuello casi inexistente, aquella piel horriblemente pálida, les daban un aspecto repugnante de gusanos. Los cinco dedos de sus manos, de los cuales sólo uno era oponible, indicaban su torpeza manual.

Sin embargo, lo peor era su rostro. En el centro lucían un pico corto y blando, que sería cómico de no ser por los ojillos pequeños y juntos; ojos malévolos y húmedos que bailoteaban, profundamente hundidos en el cráneo... La actitud de Depredador ante los humanos era la de un humano hacia las ostras: repulsivas de aspecto y deliciosas de sabor.

Reconoció a Dos-caras cuando vino a verle, cosa que hacía raras veces. Su visitante más frecuente eran Piernas-de-hierro, y el Gordo con los que lo

acompañaban. Estos eran los que le atormentaban (pues Jonás Chandragupta se equivocó en una cosa: la electricidad le dolía, aunque menos que a un humano).

Piernas-de-hierro cogía un objeto y emitía unos sibilantes y viscosos sonidos. Depredador adivinó su intención: querían conocer la Lengua.

Exageró su dolor; si lo querían vivo para aprender la Lengua, no lo matarían. Si lo veían debilitarse, confiarían en él y tendría alguna oportunidad para escapar.

Sólo una vez lo sacaron, aunque no tuvo posibilidad de huir. Fue para llevarlo a una jaula mayor, en un escenario rodeado de Presas. Metieron a otra Presa que gritaba en la jaula; Depredador estaba sorprendido, aunque se la comió. ¿Qué clase de Presas eran que le ofrecían a uno de los suyos? No comprendía.

Luego, Piernas-de-hierro le dio su mensaje inconfundible: «coopera o te mato». Depredador no entendía a aquellas Presas locas, pero Piernas-de-hierro le despertaba una sensación rara. No era como el Gordo que lo torturaba; Piernas-de-hierro quería conocer. ¿Podía ser un Sabio? Imposible. (Y, sin embargo, ¿era posible que una Presa manejara máquinas y armas?).

Quedó asombrado al ver que una máquina hablaba y decía las palabras que él había pronunciado. Piernas-de-hierro pronunciaba una palabra y la máquina la decía en la Lengua. Además, ¡esa máquina increíble podía recordar!

Lo sabía, porque trató de engañar a Piernas-de-hierro. Repitió cinco veces la misma palabra, aplicada a diferentes objetos. Piernas-de-hierro escuchó una voz que salía de su máquina y le miró un momento. Luego fue a la escala y marcó con rojo cinco divisiones. Después marcó cinco más. Sorprendido, Depredador abrió la boca para quejarse. ¡Lo había penalizado por su engaño!

Piernas-de-hierro le sorprendió aún más. Un día, le trajeron un trozo de carne para su comida. Piernas-de-hierro cortó un pedazo con un cuchillo... ¡y se la comió!

¿Era posible que no fuera una Presa? ¿Que ninguno de aquellos fuese una Presa? El Universo estaba del revés.

La máquina de Piernas-de-hierro podía además proyectar imágenes. Piernas-de-hierro las usaba en sus intentos de aprendizaje... pero eran en tres dimensiones, impalpables; algo que los Sabios no tenían.

Aquella Presa-que-no-era-una-Presa era, decidió, un Sabio. Depredador tomó una decisión: no le ocultaría nada. Le facilitaría el aprendizaje de la Lengua.

Luego lo mataría.

LOS DIOSES-DEMONIOS

Los angriffs son mil veces más tercos que un phante sobrecargado. A pesar de que nuestra comunicación era ya bastante fluida, Depredador no entendía el concepto de «aliado».

—Tú eres un ser inteligente, igual que yo —repeti fatigosamente por enésima vez.— Cada uno de nosotros tiene tras de sí una historia evolutiva diferente. Ha crecido en un contexto cultural totalmente incomprensible al otro, con unas normas de comportamiento distintas. Somos mutuamente alienígenas. Pero tenemos algo en común: una mente capaz de razonar, y de guiarse por la lógica.

»Es posible que tus instintos te obliguen a considerarme como presa. Sin embargo, tu cerebro inteligente no puede detenerse ahí. Debes ver en mí al aliado potencial que soy. Debemos cooperar mutuamente para conseguir beneficiarnos ambos. Esto es lo que te interesa, tu inteligencia puede comprender que es así; debes vencer a tus instintos si éstos actúan en contra de tus intereses... —apagué el micrófono.— ¿Lo estás traduciendo todo, Vidya?

—Sí.

Mientras mis palabras iban siendo convertidas en aquellos horribles chirridos, Depredador no dio muestras de haber comprendido nada. Permaneció allí, con la cabeza ladeada, y sus ojos ranurados fijos en mí. Un instante después, empezó a emitir su siniestra voz.

—Es un argumento irrefutable —tradujo Vidya.— Me pregunto cómo no se me ocurrió a mí antes. ¿Por qué no entras aquí conmigo y lo discutimos amigablemente?

—Dijo la araña a la mosca —pregunté a Vidya:— ¿Es eso literalmente lo que ha dicho?

—Literalmente no. Aunque he sido todo lo fiel que he podido a la esencia de sus palabras —el ordenador hizo una pausa. Rara vez hacía comentarios propios, aunque ahora lo hizo.— La cosa no marcha demasiado bien, ¿verdad?

Sonreí.

—En absoluto, amigo Vidya, todo marcha a las mil maravillas. Estoy encantado.

Vidya nunca pareció más semejante a un ser humano confuso.

—No obstante, no puedes tomar literalmente sus palabras. Creo que esa criatura no es sincera. Teniendo en cuenta que no habéis llegado a un acuerdo, la conclusión más probable es que te desuelle vivo si entras a esa jaula.

—Por supuesto que no era sincero, Vidya. ¿No lo entiendes? —exclamé sin poder contener la risa.— Este cruce de mantis, serpiente y cuervo pretendía ser irónico. Tiene sentido del humor. Quizás no sepas lo que es...

—Lo sé, aunque nunca he logrado entenderlo. Según he podido deducir, los humanos ríen cada vez que se encuentran con algo nuevo y de aspecto amenazante,

aunque inofensivo. En otra escala, se produce ante paradojas y antinomias lógicas, situaciones absurdas o contrafácticas. Sin embargo, yo no puedo experimentarlo.

Pensé un momento.

—¿Por qué se necesitan tres acaryas para resolver una ecuación? —pregunté de repente.

—Basándome en analogías con otros chistes, —respondió serenamente el ordenador— diría: porque uno sostiene la tiza y los otros dos mueven la pizarra para escribir. ¿Se supone que debo reírme?

Hubo un momento de silencio. Luego dije:

—De verdad, Vidya, a veces pienso que tienes sentido del humor.

—¿Y nuestro prisionero también? —hábilmente, Vidya me devolvió a la realidad.

—Eso creo. Lo que significa que, a pesar de lo extraño que pueda parecernos, sus mecanismos psicológicos no pueden ser tan distintos de los nuestros. Puede que nos cueste, pero creo que al final lograremos comunicarnos con ellos. Eso es cuestión de tiempo.

Hubo una breve ráfaga de chirridos.

—Hablando de tiempo, nuestro prisionero se impacienta. Pregunta de qué hablas con tu Máquina Pensante —tradujo Vidya.

—Lo siento... quiero decir, discúlpate. Traduce: tienes tanto motivo como nosotros para odiar a los colmeneros. Esto crea una zona de intereses comunes entre nuestras dos razas...

—Jonás... —dijo la voz de Vidya en mi oído.— He traducido «colmeneros» por «dioses». Lo digo para que entiendas la dimensión que ellos dan a ese concepto.

Mientras decía esto, traducía simultáneamente. No sé cómo se las arreglaba.

—Sí, gracias, Vidya. Añade que tenemos pruebas de que los... sus dioses han estado jugueteando con sus cromosomas. No, espera, quizás esto suene a irreverente.

—No, no lo creo, Jonás. Tengo que pedirte perdón, pero que temo que mi declaración es incompleta.

—¿Qué quieres decir?

—Su idioma es tan alienígena, y lleno de giros peculiares...

—Por favor, Vidya, ve al grano.

—La palabra «dioses» no está en absoluto cargada de respeto ni nada parecido. Más bien al contrario, tiene un matiz siniestro.

—¿De veras? —pregunté interesado.— En ese caso, ¿no hubiera sido mejor llamarlos «demonios»?

—No estoy seguro. El fenómeno religioso es algo que me resulta incomprendible. Se supone que los demonios son malignos; sin embargo, las divinidades humanas a menudo lanzan catástrofes inexplicables sobre sus devotos. La distinción entre dios y demonio es a menudo sutil y relativa. Por ejemplo, en sánscrito «deva» significa

«dios» y «asura» significa «demonio». En persa (un idioma terrestre emparentado con el sánscrito), los significados son contrarios. Esto es demasiado para un pobre ordenador.

Pensé que la ironía de Vidya era imitada de Oannes.

—Pregúntale si creen los angriffs que han sido creados por demonios.

Vidya tradujo.

—Sí, naturalmente —fue la respuesta.

—¡Entonces saben que los colmeneros alteraron sus genes! —me sentí repentinamente excitado.— Dile esto: a nosotros también nos han manipulado. ¿No crees que debemos colaborar contra ellos?

Un repentino huracán de chirridos salió de sus orificios. Era como un teatro lleno de grillos durante una mala representación. Retrocedí en mi asiento, sin poderlo evitar.

—¿A quién pretendes engañar? —tradujo Vidya.— Eres un instrumento de los dioses. ¿Por qué había de creerte?

—No te entiendo —dije confuso.

Hubo otra furiosa andanada de chirridos.

—No te hagas el estúpido. Los dioses os han enviado para destruir nuestra colonia, y ahora te han mandado a ti para engañarme.

Me sentí realmente atónito.

—No entiendo nada de lo que dices. ¿Por qué los dioses nos enviarían para destruirnos?

Más chirridos.

—Lo sabes perfectamente, Presa —tradujo Vidya. Su voder logró imprimir el tono exacto de desprecio y odio a la última palabra.

—Si yo fuera un enviado de los dioses, ¿crees que perdería el tiempo aprendiendo vuestro idioma? —ahora era mi vez de mostrarme furioso.— ¿O preguntándote algo que ya sé? ¡Sé razonable por una vez! Esta situación es tan nueva para mí como para ti.

Silencio. Depredador volvió a hablar.

—Hay algo de razón en lo que dices. ¿Qué quieres saber?

—Somos náufragos —expliqué con todo cuidado.— Venidos de más allá de la Esfera. No tenemos nada que ver con los dioses, sino que vinimos por nuestra propia decisión. Pero estamos encallados aquí. Si los dioses son vuestros enemigos, también lo son nuestros.

—Eso es absurdo; —dijo Depredador— ¿qué hay más allá de la Esfera?

—Estrellas y planetas. Podéis verlas a través de una de las aberturas de la Esfera, todos los años.

Depredador aguardó un momento, como pensando.

—Comprendo; —chirrió— pero un Depredador no puede aliarse con una Presa. Sería... inestable.

Agitó a un lado y otro su largo cuello como un látigo. ¿Sería su forma de reír?

—Dime: ¿por qué querrían destruirnos los dioses?

—Porque hemos faltado al Mandamiento Único.

—¿Y qué dice ese mandamiento?

—«No saldrás jamás del planeta Criadero».

—¿El planeta Criadero?

—Jonás; —cuchicheó Vidya en mi auricular— creo que se refiere a la copia desértica de la Tierra.

—Y, si los dioses os lo prohibieron, —pregunté— ¿por qué desobedecisteis?

Depredador pareció observarme con mayor atención.

—En los otros planetas se vive mejor. Hay más agua y comida. ¿Quiénes son los dioses para prohibir que viajemos a donde se nos antoje? Si un dios viniera en persona a darme esa orden, para mí no sería más que otra Presa. Sin embargo, los muy cobardes no lo hacen. Se esconden en la cáscara, donde no podemos llegar.

—¿Y qué hacen si desobedecéis?

Otra explosión de coléricos chirridos.

—Nos matan. Destruyen nuestras naves en el espacio, o nos mandan a los juggernaut a que las destruyan.

—¿Cómo viajáis, entonces?

Depredador sacudió de nuevo su cuello.

—Algunas veces nos dejan. No sabemos por qué.

—Jonás, soy Oannes —cuchicheó la voz de mi oído.— No voy a aparecerme para no asustar a vuestro invitado, no obstante, he estado escuchando, y todo esto es muy extraño. ¿Por qué los colmeneros no incluyeron en su programación genética la obediencia ciega a sus creadores? Para ellos no habría sido difícil.

—No; —contesté— pero ¿habría servido de algo? Recuerda lo que pasó con las máquinas Von Neumann. Cualquier característica genética que dificulte la supervivencia es eliminada por selección natural.

»Recuerda que los colmeneros deben de pensar en grande. Deben tener en cuenta los miles de mutaciones que aparecen con los millones de años. Nosotros mismos también hemos sido manipulados, aunque no hasta el punto de privarnos de nuestro libre albedrío. Si lo hicieran así tendrían en sus manos simples máquinas... perdona, Vidya, no quería ofenderte.

—No me has ofendido —replicó el aludido.— Para mí, los robots y ordenadores corrientes no son mejores que unas estúpidas calculadoras de bolsillo. Ni siquiera saben que existen.

Miré su terminal con franco asombro.

—No importa, Jonás; —añadió Vidya— ¿vas a seguir con el interrogatorio?

—No, tengo ahora datos que procesar. La cosa empieza a tomar forma, aunque necesito pensarlo —me levanté.— Por favor, Vidya, pregúntale a nuestro prisionero si necesita algo para sentirse más cómodo.

Hubo un intercambio de chirridos.

—Dice que quiere saber una cosa: cómo funciona.

—¿Qué? Me temo que no entiendo.

—Quiere saber cómo funciona tu «máquina que piensa».

Por un momento la sorpresa me dejó sin saber qué decir.

—Bueno, Vidya, creo que tú eres el más indicado. ¿Te importa?

—En absoluto —y se enfrascó en un animado intercambio de chirridos con nuestro prisionero.

EL ALIADO

Depredador se hallaba cada vez más sorprendido ante los humanos y su exótica ciencia. Aquellas toscas armas... aquellos ridículos avioncitos... y sin embargo, viajaban por el espacio exterior a la Esfera, y tenían máquinas pensantes.

Le había sido difícil comprender el universo exterior. Aquellos puntos de luz eran soles: millones de soles agrupados, poblados por humanos. Y por la misma gente de Depredador. Sintió una sensación de orgullo porque seres como él viajasen por los astros.

Nunca entendió del todo la relatividad. La presencia de aquel ser fantasmal que parecía un pez y volaba, que llegó desde un pasado de veinticinco millones de años, era algo milagroso.

Y ahora esto: los dioses, a los que Depredador aborrecía en el fondo de su alma, habían encerrado al Pueblo en aquella Esfera y tenían oscuros planes para ellos. ¿Quién sabe si el Pueblo más allá de la Esfera eran la expresión de ese plan?

¿Y qué podía hacer Depredador? Aquellas Presas estaban locas. Así lo habló con Jonás.

—No os entiendo. Vosotros matáis a los vuestros —le dijo.

—También vosotros —contraatacó el humano con piernas de hierro.

—No es así. Nosotros matamos Presas.

—¡Cristo, Buda y Mahoma! Son de vuestra especie.

—Sí, pero son Presas.

—Pero... vosotros nacéis de Presas.

—¿Y qué?

Jonás seguía sin entender algo tan sencillo.

—Y, según cuentas, vosotros sois machos y hembras. Os reproducís y ponéis huevos y, ¿qué salen de ellos? ¡Presas partenogenéticas! Os coméis a vuestros hijos.

—Sólo si son Presas —protestó Depredador.— Y sólo después de que se han reproducido. No deseamos nuestra propia extinción.

Jonás abrió la boca como los humanos hacían para hablar. Sin embargo, no dijo nada.

—Además, —continuó Depredador— vosotros os matáis entre vosotros; sin embargo, no os coméis. ¿No os parece eso un derroche absurdo y criminal?

—Tal vez. Pero algo en nosotros se subleva contra ello.

Aquello confirmó la opinión de Depredador: los humanos estaban locos.

—Bueno, no importa. Lo que te interesa saber es que vas a tener una visita. Vendrá a verte muy pronto, quizás hoy mismo.

—¿Visita? ¿Quién?

—Nuestro jefe. Chait Rai.

Por la tarde, Chait Rai (el único nombre humano que Depredador logró pronunciar correctamente) bajó a la celda. Era el hombre de cara quemada, el Mentor de aquella horda de Presas. Depredador no podía leer el lenguaje corporal humano, aunque advirtió la súbita rigidez de Jonás.

—¿Así que este es... Depredador, como le llamas? —tradujo la máquina pensante de Jonás.

—Así me llamáis —dijo el cazador.

Chait Rai tomó asiento, mirando fijamente con su mutilada cara.

—¿Vas o no vas a colaborar? —preguntó.

Depredador esperó un momento.

—Suponiendo que lo haga, ¿qué debería hacer por vosotros?

Chait Rai se giró hacia Jonás.

—¿Le has explicado tu plan?

—Con todo detalle.

—¿Y no dice nada?

Depredador se dio cuenta de que Chait Rai no hacía nada por ocultar su diálogo con Jonás. No ordenó a Vidya que dejase de traducir.

—Sólo que «lo pensaré» —dijo Jonás, dirigiendo una mirada a Depredador.

Chait Rai se volvió hacia la jaula.

—Ya hemos conseguido descifrar su idioma. Podemos cargárnoslo y buscar a otro más razonable —hizo el gesto de levantarse. Jonás habló con gran rapidez.

—No todos los angriffs saben pilotar una nave espacial. Depredador sí sabe.

Chait Rai mostró los dientes, como hacían los humanos para expresar alegría.

—¿Tanta suerte hemos tenido?

—Tal vez no sea tan sorprendente —la piel de Jonás se encontraba cubierta de gotitas de agua.— Sus jefes, los... Mentores, le mandaron aquí sin molestarse en preguntarle sus habilidades.

Depredador abrió la boca para protestar, aunque se dio cuenta de que Jonás había hecho un insólito análisis de su situación. ¿Era posible que los Mentores pudieran equivocarse? La idea era nueva para Depredador.

Chait Rai emitió el jadeo entrecortado que era la risa humana.

—Es una actitud muy parecida a la del Ejército Imperial. Bien, supongo que podemos congratularnos. Ahora, esto... Depredador, ¿cuál es tu precio?

—Chait pregunta qué condiciones quieres pedirnos —«tradujo» Jonás.

—No estoy seguro —dijo Depredador— de que colaborar con vosotros sea antigrupal.

La traducción de Vidya no debía ser muy eficiente, porque Chait Rai y Jonás frunció el ceño.

—¿Qué ha querido decir? —dijo Chait Rai.

—Ehhh... creo que quiere decir que colaborar con nosotros es traicionar a los suyos. A su grupo —Jonás parecía dudoso.

—¿Estás seguro?

—No del todo, pero sí en líneas generales. Son una especie sociable, más que nosotros.

—¿Y no quiere entrar en nuestro grupo? —Chait Rai pensó un momento.— Bueno, es comprensible. Pero nosotros nos aliamos para cazar con los perros.

—¿Qué es un perro? —preguntó Depredador.

Jonás se lo explicó. Para Depredador, aquello confirmaba la inferioridad de los humanos: en la caza, necesitaban la ayuda de animales menos inteligentes. ¡Y aún osaban negar su condición de Presas!

—¿Qué papel tenemos cada uno? —Depredador no pudo evitar el sarcasmo.— ¿Yo soy vuestro perro, o vosotros los míos?

—Ni una cosa ni otra; —negó Jonás con vehemencia— ambos somos seres inteligentes.

—De ser inteligentes vuestros perros, —Depredador estaba sorprendido ante la ingenuidad de Jonás— no habrían colaborado con los humanos. En vez de eso, serían vuestros rivales... o vosotros seríais sus Presas.

—Nos apartamos de la cuestión —cortó Chait Rai.— ¿Estás dispuesto a ayudarnos a luchar contra los dioses, sí o no?

Aquel era el mejor argumento que las Presas podrían utilizar. Depredador aún vacilaba. Chait Rai insistió.

—No te pedimos tu ayuda para agredir a tu especie: cualquier guerrero con honor se negaría a matar a los suyos —Jonás carraspeó... demasiado suavemente para que lo advirtiera Chait Rai.— Se trata de los dioses. ¿Qué inconveniente ves en esto?

—Tomar una de nuestras naves sin autorización... —repuso lentamente Depredador.— Eso no estaba previsto.

—Si tus jefes no te lo han prohibido expresamente, te está permitido —afirmó tajante Chait Rai.

Depredador hizo una pausa. Precisamente, entre los suyos funcionaba la regla inversa. A pesar de eso, recordó su pasado como salvaje; nadie le decía lo que debía hacer. ¿Era posible que los Mentores no estuvieran siempre en lo cierto? Depredador pensó que no importaba: debía atenerse a su plan primitivo.

Los humanos parecían bastante ansiosos por obtener su ayuda, y eso es lo que esperaba. Se llevó las manos a la boca.

Y, ante la sorpresa de los humanos, se cortó los espolones con los dientes.

—¡Pero...! ¿No te duele? —exclamó Chait Rai.

—No —fue Jonás el que lo dijo.— Es tejido muerto, como nuestras uñas. Le crecerá de nuevo.

—Si vamos a ser «aliados», —dijo Depredador— debéis confiar en mí. Quiero salir de la jaula.

—¿Pilotarás la nave para nosotros, y contra los dioses? —preguntó Chait Rai.

—Exactamente en esas condiciones —dijo Depredador.— Vuestro estómago es mío, y el mío vuestro.

—¿Qué?

—Los angriffs —explicó Jonás— alimentan a sus crías regurgitando comida de su buche. Para expresar amistad, lo hacen los adultos entre sí.

—¡Qué repugnante! —Chait Rai hizo una mueca.

—Se trata de algo simbólico.

—Menos mal. No pienso vomitar para él, ni siquiera simbólicamente.

—Quizás te sorprenda, Chait, pero nuestro gesto de besar tiene el mismo origen: ofrecer a las crías comida masticada. Al menos, eso descubrieron los prajapatis, según Vidya.

—Bueno, quizás tú tengas ganas de besar a ese... esa... eso..., pero yo no. De acuerdo, muchacho; —se dirigió a Depredador— eres libre como un pájaro. Puedes salir de ahí, aunque irás siempre vigilado. No quiero que te almuerces a ninguno de mis oficiales. Ni a los del pueblo.

Jonás abrió la jaula... con reluctancia. Sin embargo, Depredador cumplió su promesa. En lo sucesivo, viajó libremente por Hebabeerst, escoltado por dos Incondicionales. No hizo el menor gesto de hostilidad contra los humanos.

Como Jonás había dicho, Depredador era inteligente. No mataría a ningún humano.

Mientras ellos pudieran matarle a él.

VII. EN JAMBUDVIDA

LA SUBIDA

Llegó finalmente el Gran Día de la coronación de Chait Rai, y fue muy vistoso. Los invitados acudieron a la cita con Hebabeerst y la reluciente Chaitnagar en sus respectivas Ciudades, excepto los de la destruida Betebel. Fueron recibidas con especial alborozo las «veteranas»: la socorredora Babraham, la próspera Hobbelsalem; aunque los héroes de las restantes, Hegiberom, Suleimanhebir, Hericofasath, Canahanladit, Falconhabibarat y Siquemhebebel no fueron olvidados.

Oh, sí, Chait Rai sabía hacer las cosas. Chaitnagar fue su palacio, y la inauguración del mismo fue magnífica y suntuosa. Distribuyó medallas, objetos preciosos (surgidos de los suministros de Chaitnagar y Hebabeerst), títulos de honor. Se alzaron monumentos y trofeos por todas las Ciudades, pero sobre todo en la propia Chaitnagar; estaban hechos con autogiros angriff destruidos, o tanques convertidos en chatarra. Tales reliquias abundaban, y quedaban muy bonitas...

Yo me encargué del banquete monstruo a nuestros valientes luchadores. No fue difícil, aunque sí largo; los distribuidores de alimento de nuestras habitaciones en Hebabeerst lo hicieron todo.

Los sacerdotes se encargaron del resto: procesiones, cánticos, rezos, incienso humeante; les encantaba organizar esas cosas. Las acciones de gracias se multiplicaron, y las ofrendas también.

Participaron en aquello incluso los sacerdotes de la Ciudad de Dios. Sin duda pensaron que si Chait Rai había destruido una ciudad de demonios, no le costaría mucho destruir la de un dios, de modo que vencieron sus recelos y mandaron una delegación para rogar a Chait Rai que se coronase en uno de sus templos. Chait Rai rehusó, creo que porque no quería estar cerca de Oannes; sin embargo, les hizo muchos regalos y aceptó que ellos le pusieran la corona sobre la cabeza. O, más bien, se la ofrecieran, pues ya tenía ensayada (con gestos y todo) la pantomima de tomarla en sus manos y coronarse él mismo.

Pero no vale la pena extenderse en esto. Baste decir que todo salió según lo planeado; los momentos solemnes, con la debida solemnidad. Los momentos de diversión, con la debida alegría. Fue un día en el que abundaron tanto el jolgorio como el aburrimiento.

Y, al día siguiente, partimos sin la menor ceremonia y con resaca.

Una escolta nos acompañó a través de la selva y hasta la base de la babel, pues Chait Rai pensó que debíamos protegernos de una posible emboscada de tiradores angriffs; aunque las patrullas no habían encontrado ninguno. El propio Chait no nos acompañó.

La expedición se hallaba formada por un centenar de tipos armados con lanzas y mosquetes, vestidos con armaduras y cabalgando motocabras. Cuatro antilofantes transportaban la impedimenta y las vituallas para todo el grupo. En el centro cabalgábamos los astronautas: Depredador, Zabul, Hamalnarat y yo.

De los tres, el angriff despertaba el silencioso miedo de los ciudadanos. No hacía mucho que habían combatido con aquellos seres de pesadilla. Y, por lo que sabíamos, aún podían quedar algunos en la selva. ¿No lo había capturado Chait Rai allí mismo?

Depredador comprendía, sin duda, la atmósfera de temor que le rodeaba. Procuraba no hacer movimientos bruscos. Se mantenía cerca de mí. Yo ya había perdido el miedo a un ataque por parte suya; rodeado de tantos humanos armados, no se atrevería a actuar... si tenía pensado actuar.

Nuestro equipo espacial era llevado en una carreta. Su conductor era un tipo malhumorado e hirsuto, con una sucia túnica que apestaba a estiércol de antilofante. Todos estos detalles se me quedaron grabados en la memoria, incluso que una de las ruedas de la carreta chirriaba y rechinaba de modo irritante. En la primera parada se lo indiqué el conductor, que gruñó y aplicó una grasa maloliente al eje.

Los angriffs habían desbrozado un sendero entre los árboles, que serpenteaba caprichosamente. Aún eran visibles las depresiones producidas por el paso de vehículos, aunque en algunos lugares se encontraba inundado. Tuvimos que pasar algunos bultos llevándolos sobre la cabeza. Al acampar, yo me derrumbaba con el trasero molido.

—Hubiera preferido ir en uno de nuestros coches de alcohol —dije una noche a Oannes.— Aunque dudo que hubiera pasado por estos lugares.

—Además, hubiera arruinado el anacronismo —me contestó.

—¿Anacronismo? ¿Qué anacronismo?

—¿Has visto alguna vez un «equipo de tierra» como el vuestro? Hubiera hecho partirse de risa a los técnicos del proyecto Apolo.

Aplasté un bicho contra mi cuello. No le vi la gracia al asunto.

El tiempo pasó lentamente. De día, o bien nos asábamos bajo el sol o sudábamos en aquel baño de vapor que era la selva. Mi camisa se hallaba empapada todo el tiempo, y los insectos picaban con entusiasmo. Por las noches acampábamos a la luz de las hogueras, durmiendo en tiendas de cuero, cubiertos por mosquiteras. Con alivio, nos bañábamos en uno de los innumerables arroyos. Realmente era una anacrónica manera de empezar un viaje espacial.

Lo único que desentonaba del escenario era la babel. Se alzaba en el horizonte como nuestra guía, imponente. Allá arriba se unía con la delgada línea de Jambudvida, recordándonos el verdadero objetivo del viaje.

Finalmente, llegamos a la babilonia, al pie de la babel, y el viaje por tierra llegó a su fin.

Los ciudadanos miraban el espectáculo boquiabiertos. Los primeros mil metros de la babel eran una auténtica ciudad vertical, con sus centros de control, salas de embarque para viajeros, tinglados de carga. Todo aquello se conservaba, aunque muy deteriorado.

La deriva continental hacía que la base de la babel abriese un inmenso surco en la corteza. Sin embargo, las lluvias y la acción química de la calurosa atmósfera sobre la roca lo habían borrado.

Las plantas trepadoras ascendían por la babel todo lo que permitía el mecanismo de transporte de la savia, que era de unos trescientos metros. Sobrepasaba el triple a los árboles más altos, y aun así no era más que una manchita insignificante de verde, como el musgo al pie de una pared.

Más arriba, vi con los prismáticos arbustos adaptados al clima frío. Más arriba, nada. A partir de los cuatro mil metros no había vida sobre la babel: el frío y la luz ultravioleta mataban toda semilla que llegase.

A pesar de eso, todo aquel deterioro sólo llegaba a un diezmilésimo de la altura de la babel. Más arriba, en el espacio, estaba como el día en que fue fabricada junto con sus hermanas.

Las únicas señales de que no se encontraba del todo abandonada eran las de la presencia de los angriffs. Profundas huellas dejadas en el piso. Manchas de grasa donde se habían estacionado los vehículos de construcción o camiones. Letreros pintados en la pared con caracteres exóticos.

—Por ahí —chirrió Depredador. Ahora había llegado su momento. Guiarnos... o traicionarnos. Comenzamos a subir.

Depredador emitió fuertes chirridos, que Vidya confirmó en mi oído que eran llamadas a sus posibles compañeros (y no «¡fuego a discreción!»). Nadie respondió.

Nuestra escolta ascendió piso por piso, lentamente, con recelo. Nadie.

—Aquí están los ascensores de personal —dijo nuestro extrahumano guía. En efecto: eran idénticos a los usados en Akasa-puspa, simples cabinas movidas por levitación magnética.

Examiné los controles. Salvo los letreros garabateados en angriff, todo era igual a lo que conocíamos Zabul y yo. Para Hamalnarat, el ciudadano, todo era maravilloso.

Finalmente, no hallamos excusa para no seguir. Embarcamos los sacos de provisiones que nos deberían servir para el viaje y la estancia, que no sabíamos lo que duraría. Cerramos las puertas herméticamente y nos sentamos en los sillones de aceleración. Depredador apretó una palanca.

Se oyó un suave zumbido a través de las paredes insonorizadas. Nuestro peso empezó a aumentar, mientras la cabina ganaba velocidad. Cuando dejase la atmósfera inferior iría a velocidad supersónica. Ante las portillas desfilaban velozmente vigas y riostras, mientras la selva disminuía de tamaño, convirtiéndose en un tapiz verdoso y

arrugado. La cabina dejó muy pronto atrás la capa de nubes.

El viaje al espacio había empezado.

La subida duró dos días. Mientras ascendíamos, mis pensamientos no dejaban de girar.

Aquella exótica Tierra empezaba a parecerme una absurda pesadilla. Rodeado de aquella tecnología inimaginable (excepto para Oannes), me sentía en casa, de regreso a la civilización familiar de Akasa-puspa. Aunque yo sabía que no era así.

Mi mente vagaba. Recordé los días en que estuve en Vaikunthaloka, primero como estudiante y luego como profesor. ¡Qué arcaico y tosco me parecía todo aquello! Recordé la zozobra que siguió a la toma de Vaikunthaloka por la Utsarpini. ¿Seguiría aún la Hermandad teniendo al planeta bajo su puño?

Y mi «alistamiento» en la Marina. El viaje... los juggernauts. Mis compañeros: Lilith, Yusuf, Dohin, Ban-Cha, Indraprasta, el comandante Isvaradeva. La nave del Imperio.

Recordé el dramático momento del descubrimiento de la Esfera; la sensación que sentí cuando la misión concluida exitosamente resultó ser el inicio de... esto. Nuestras locas especulaciones acerca de aquel increíble artefacto. La caída de la Babel. La muerte del eunuco Jai Shing, durante el motín de Chait Rai. ¿Porqué me dejaría envolver en esto? Yo tenía la vaga esperanza de encontrar a los amos de la Esfera. Bien, pues hacia ellos íbamos.

¡Kamsa, pensé, podría escribir un libro contando lo que he visto!

Suspiré. No había ninguna posibilidad de salir de la Esfera, por tanto, tampoco de que alguien lo leyera. De hecho, no sabía si saldría vivo de este loco plan. ¡Agredir a seres con una civilización de veinticinco millones de años! Ahora que el peligro de Chait Rai parecía lejano, mi astuto plan parecía el de un demente ebrio.

Volví la vista a mis compañeros. Zabul, el infante de Marina: desertor, compañero de Chait Rai... con todo lo que ello llevaba consigo. Único superviviente del grupo inicial de sublevados; exceptuando al propio Chait Rai. Y a mí, pensé de repente. Teóricamente yo era un oficial de la Marina, recordé. ¡Vaya broma sería si escapaba de la Esfera y me fusilaban! Aunque la probabilidad era muy remota.

Hamalnarat, el ciudadano. Para él todo era maravilloso. Nacido en un planeta, habitante de una Ciudad robot, su único horizonte era el paisaje al que le llevaba la Ciudad. Ignorando la vasta realidad más allá de los muros de luz de la Esfera, era sin duda una persona poco adecuada. Aunque era listo y testarudo. Había aprovechado para aprender. Ahora conocía lo que era el universo, aunque fuese en teoría. ¿Cómo se las arreglaría en una nave espacial, la primera que pisaba en su vida?

Y finalmente, mi buen amigo Depredador. Durante todo el viaje había sido una estatua inmóvil como un ídolo. Los ciudadanos evitaban su presencia, y él nunca se

alejaba de mí, cosa que no sabía si tomar como buena o mala señal. Ahora él se hallaba en su elemento... casi más que yo. ¿Qué planes bullían tras sus ojos ranurados? Yo era quien mejor le conocía, y no podía saberlo.

En el exterior de las portillas, el cielo tomaba un color púrpura.

LA FLOTA VI

La flota aliada se deslizaba a un cincuenta por ciento de la velocidad de la luz.

Desde las portillas de observación del *Asura Nama* se contemplaba un paisaje inalterable; parecían viajar por un negro túnel a cuyos extremos se arracimaban las estrellas. A proa, su color se había desplazado hacia el azul; a popa, se habían vuelto más rojas, como acero al rojo cereza. La luz no puede moverse más rápido que la luz; un fotón que choca con una retina que se mueve a gran velocidad en sentido contrario sigue moviéndose a la misma velocidad, aunque gana energía, desplazándose hacia el azul.

Lilith pasó horas enteras ante las portillas, imaginándose los fotones como pequeños y luminosos balines, cargados de energía, que azotaban su rostro en un etéreo viento silencioso que arrojaba su pelo hacia atrás.

Sin embargo, todo acababa por aburrirla. Al principio, cuando no estaba en su camarote viendo una película o leyendo, iba a visitar a Kot Dohin; pero se había cansado de oír el kitar. En ocasiones paseaba por los corredores hasta conocerlos de memoria, aprovechando la cómoda seudogravedad inducida por el giro. A veces hacía experimentos con la fuerza de Coriolis. Inventó un juego que consistía en introducir una pelota de goma en el interior de una cesta, que no se hallaba alineada en la dirección de caída. El juego se hizo famoso en el *Asura Nama*, y algunos de los marinos lo practicaron con tanta asiduidad que llegaron a ser verdaderos expertos. Pero Lilith ya había perdido el interés por el juego mucho antes.

La bióloga ya tenía experiencia en viajes espaciales, sabía que éstos resultaban más tediosos para los pasajeros que para la marinería, que tenían un trabajo que hacer.

Recordó entonces a alguien que quizás se encontrara tan desocupado como ella misma o Dohin. Por lo que sabía, los infantes de marina sufrían tanto de aburrimiento como los pasajeros; su misión no comenzaría hasta llegar al destino. Mientras tanto, desde el punto de vista de los marinos, pasajeros e infantes eran algo semejante al lastre.

De modo que la bióloga encaminó sus pasos hacia el sector del *Asura Nama* ocupado por la infantería, y se plantó frente al camarote del comandante Chan Zar.

Después de dieciocho meses de viaje, pensó, sólo busco a alguien con quien hablar... sólo eso. Dohin y yo hemos agotado todos los temas posibles, y además...

Y además, y esto no se sentía muy dispuesta a admitirlo ni siquiera para sí misma, sentía una rara atracción por el ksatria. Quizás fuera sólo un interés puramente académico por las culturas yavanas...

Esta vez llamó suavemente con los nudillos y entró al oír «¡Adelante!» Chan Zar estaba tras una estrecha mesa, y no pareció en absoluto sorprendido al verla.

—Doctora —saludó con una breve inclinación de cabeza, sin abandonar lo que estaba haciendo. Señaló hacia un asiento con una mano, y volvió a concentrarse en su tarea.

El ksatrya había llenado un largo vaso con un líquido ambarino. Junto a él tenía una bandeja repleta de hielo picado, en el que introdujo su mano, desenterrando a un pequeño y feo animalito, con aspecto de lagarto color gris.

Sostuvo al animal sobre el vaso, y con un fino estilete dorado le practicó una incisión en el cuello. Un espeso líquido verdoso goteó de la herida. Chan apretó hábilmente con los dedos, exprimiendo la glándula hasta la última gota. En el líquido ambarino flotaban ahora algunas nubes verdes que se iban diluyendo lentamente.

Lilith observó toda la operación, entre intrigada, interesada y asqueada. Chan Zar alzó la vista hacia ella.

—¿Le apetece una copa de akwavit de Krishnaloka? Destilado por los monjes Vendanenses, para la mesa de Su Divina Gracia —preguntó.

—¿Por qué no de ese brebaje que se ha preparado? —Lilith se sentía de ánimo retador.

—Es usted muy valiente, doctora —dijo el ksatrya con una seca sonrisa. Lilith se la devolvió.

—Simplemente me gusta probarlo todo.

—¿Todo?

—Todo.

Chan Zar se levantó y sirvió una copa del fuerte licor de Krishnaloka; preparado, se decía, según una fórmula secreta, que incluía un centenar de plantas aromáticas.

—Me temo que en este caso no va a ser posible; —suspiró de un modo que a Lilith le pareció poco sincero— esta bebida es tabú para las mujeres.

Le entregó la copa de akwavit a la bióloga. Tomó su propio vaso, elevándolo en un brindis burlón, y lo apuró de un trago. Lilith hizo lo mismo con el aromático licor. Si Chan Zar iba a jugar al macho dominante, ella no se hallaba dispuesta a dejarse impresionar.

—Eso es veneno de ragda, ¿verdad? —depositó su vaso sobre la mesa.— Por curiosidad, ¿estaba vivo?

—Sí, naturalmente. El ragda se aletarga con el frío, y sólo despierta cuando el hielo se funde en primavera.

Lilith asintió profesionalmente.

—Claro; de otro modo, el veneno no se conservaría. Pero ¿qué era el líquido ámbar?

—Plasma sanguíneo.

A pesar de su estudiada frialdad, Lilith estuvo a punto de vomitar el akwavit. Chan Zar rió estruendosamente, algo que Lilith jamás había visto hacer a un ksatrya.

—Relájese, doctora. Ya pasó el tiempo en que bebíamos en cráneos la sangre de los enemigos. Actualmente, la khora se prepara con plasma animal (debidamente esterilizado y libre de anticuerpos); sólo contiene unos pocos centímetros cúbicos de sangre humana por litro, procedente de donantes voluntarios.

—El progreso llega a todas partes —dijo Lilith.— ¿Qué sentido tiene beber ese... líquido?

—La khora es la bebida ritual que enardece el daksa y prepara al ksatrya para el combate; el veneno de ragda es mortal administrado por vía intravenosa. Sin embargo, sus efectos son más suaves cuando es bebido. Al principio, ligeramente euforizante; luego el efecto se desvanece, dejando una insensibilidad anestésica.

—Algo muy útil para un guerrero —observó Lilith, aún en su papel de científico objetivo.

—En efecto; y el plasma sanguíneo, como usted sabe, es una sustancia muy nutritiva; contiene agua, sales minerales, glucosa, proteínas. Se ha dado el caso de ksatryas que han permanecido semanas en su puesto de combate, alimentándose exclusivamente de khora.

—Ahora me explico por qué los ksatryas sois tan valientes; —dijo Lilith irónicamente— varias semanas bebiendo ese mejunje, harían desear la muerte a cualquiera.

Chan Zar frunció repentinamente el ceño. Aquello le había ofendido más de lo que Lilith había esperado.

—*Mujer*, sería conveniente que no hablaras de temas que no alcanzas a comprender.

A su vez, Lilith enrojeció de ira ante el tono con que la había llamado «mujer», como si fuera una de sus hembras-vegetal.

—A esta «mujer» no podrá callarla fácilmente, ni cegarla, ni enterrarla en vida para que se dedique únicamente a la cría de cachorros ksatryas...

Chan Zar parpadeó sorprendido. Hizo un gesto conciliador.

—Ya le comenté en una ocasión que no estamos preparados para tratar a las mujeres como iguales. Es nuestra tradición y nuestro modo de educarnos. Ni siquiera los que, como yo, hemos viajado fuera de Ksatryaloka, pueden evitar caer en modos aprendidos durante la mayor parte de nuestra vida.

—Creo que no fue una buena idea venir aquí, comandante —Lilith habló con fría formalidad.

—Por una vez estamos de acuerdo, doctora —dijo Chan Zar, igualmente frío. Se sirvió un vaso de akwavit, sin ofrecerle a ella.

Lilith se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió de nuevo hacia Chan Zar.

—Ustedes son admirados por mucha gente del Imperio. Los nobles guerreros

yavanas frente a los decadentes nagarakas perfumados, y todo eso. Representan el mejor ejemplo de virtudes castrenses, forman una auténtica sociedad-cuartel. Disciplina, camaradería, voluntad de sacrificio... todo esto unido a una actitud estoica y ascética ante a la vida. Qué error, ¿verdad? Qué gran error.

—¿Error? ¿A qué se refiere? —dijo el ksatrya sin comprender.

—¿Por qué están tan preocupados por el caso de Chait Rai?

—Ya se lo expliqué, ¿recuerda?

—Sí, aunque hay algo que me sorprendió luego, al pensarlo. ¿Por qué una reacción tan estudiada? Todos ustedes sabían lo que debían hacer con Chait Rai. Dígame, por favor, ¿tienen ustedes leyes que tipifiquen los delitos de deserción, sedición, traición, etc., con las penas adecuadas en cada caso?

—Por supuesto; —respondió rígidamente Chan Zar— un farman^[73] dictado por nuestro Samiti, hace mil cuatrocientos años.

Sin proponérselo, Chan Zar había dejado escapar un detalle muy importante, como Lilith señaló de inmediato.

—Ah, entiendo. Hace mil cuatrocientos años. Eso es, más o menos, dos siglos después de la conquista del Límite. Cuando Ksatryaloka tuvo sus primeros contactos con el Imperio.

—No entiendo qué tiene que ver la fecha con... —el comandante frunció el ceño, sin comprender.

—Comandante, las leyes de una sociedad prohíben toda práctica que esa sociedad considera mala. Pero, para que haya una ley que la prohíba, antes debe existir la práctica...

—Cállese —la voz de Chan Zar era baja, aunque cargada de furia.

Lilith se detuvo un momento, pero continuó con igual intensidad.

—Creía que la suya era una sociedad de héroes anónimos. ¿Acaso el comportamiento de Chait Rai es excepcional? ¿Acaso tienen problemas de disciplina cuando sus héroes se alejan mucho de casa?

Lilith esperó, pero Chan Zar guardó un hermético silencio.

—Recuerde al infante que intentó violarme: el mundo exterior tiene muchas tentaciones —continuó la bióloga.— Y los ksatryas no están lo bastante curtidos como para resistirlas... porque nunca han tenido que sufrirlas. ¿Cuántos Chait Rais han tenido ya? ¿Cuántos ksatryas optaron por romper las cadenas del pasado?

Chan Zar seguía en silencio.

—Muchos, probablemente —dijo Lilith.— Tienen un verdadero problema de disciplina, ¿no es así?

—Salga de aquí, doctora —las palabras salían una a una entre las apretadas mandíbulas de Chan Zar.— El daksa no me obliga a escuchar todas esas estúpidas elucubraciones de una mujer romaka.

Lilith salió dando un portazo. A pesar de todo, sonreía. Le encantaba decir la última palabra en una discusión.

EL ANILLO

Antes de que se abriera la puerta del ascensor, nos habíamos enfundado en nuestros trajes espaciales. Los de Hamalnarat, Zabul y el mío propio eran de diseño imperial, es decir, un spray que se extendía como una delgada cutícula semitransparente; una segunda piel resistente al vacío. Las suelas eran ligeramente adhesivas; aquello sería necesario en la escasa gravedad.

Nos protegíamos la cabeza con un casco semejante a una pecera, y por último nos metíamos en una especie de mono tejido con un material que tenía la resistencia del acero, y el peso y la ligereza de la seda; esto no formaba parte del traje spray, sino que era una protección suplementaria, necesaria para ciertas clases de trabajos... por ejemplo, el combate. Depredador nos miraba con lo que yo confiaba que fuera asombro.

Previamente, yo me había liberado de mis prótesis. No iba a necesitarlas en la escasa gravedad del Anillo, inducida por la fuerza de marea.

Depredador, en cambio, se había calado una de las armaduras que habíamos encontrado en su ciudad: una compleja armadura con multitud de articulaciones. Con ella, su aspecto era el de una enorme y delgada mantis de plata.

Hamalnarat y Zabul iban armados con sus ametralladoras 21-A. Además Zabul colgaba de su espalda el cortador láser del reptador. Cuando se lo pedí, Chait Rai había empezado poniendo el grito en el cielo, aunque finalmente había cedido. ¿La última gracia que se concede al condenado? No lo sé. Yo llevaba la escopeta antidisturbios; y el angriff iba desarmado, por supuesto. Aunque aquel traje poseía algunos filos en pies, rodillas, manos y codos, que le daban un aspecto muy peligroso.

Sabíamos que en Jambudvida había presión; sin embargo, nunca estaban de más aquellas precauciones. Sobre todo si teníamos en cuenta que siete años atrás aquel inmenso artefacto había sufrido la peor catástrofe de su larga historia, catástrofe provocada por nosotros mismos: la fractura de una de las torres que lo sustentaban, al colisionar con la nave imperial *Vijaya*.

La compuerta se abrió con el siseo de las presiones al igualarse, y avanzamos por el pasillo.

Estábamos en Jambudvida.

Era Hari Pramantha, el capellán de la *Vajra* experto en ordenadores, quien había bautizado así al colosal anillo, cuyo radio era de cinco veces el de la Tierra. Según su interpretación, Jambudvida era el porche de la residencia de Dios, donde se erguía Meru, la Montaña Universal. Y tenía razón, en cierto modo. Todos hemos jugado a

dioses: Oannes, Chait Rai, los colmeneros...

Y ahora quizás íbamos al encuentro de los colmeneros, los verdaderos dioses de la Esfera. Bueno, de algo hay que morir.

Jambudvida es un anillo plano, de cuarenta y dos mil cuatrocientos kilómetros de radio, construido en torno a la Tierra a la altura de la órbita geosincrónica. Sus dimensiones son un kilómetro de grosor y doscientos de ancho.

Suponiendo que cada cubierta tuviese doscientos metros de alto, Jambudvida tiene el cuarenta y cinco por ciento de la superficie de la Tierra. Sin embargo, esa altura no es constante: algunas cubiertas tienen menos. Como en cada cubierta hay edificios de varios pisos... bien, la cifra verdadera puede ser equivalente a toda la superficie del planeta; esto es un cálculo conservador.

Y era un lugar absolutamente vacío.

Sobre esto no había la menor duda. Oannes y Vidya la habían sondeado cuidadosamente, una y mil veces. Tratar de imaginarse aquel inmenso artefacto, extendiéndose kilómetros y más kilómetros y ocupando kilómetros cúbicos y más kilómetros cúbicos; aquella interminable extensión de cubiertas y corredores y cámaras y túneles y hangares y habitaciones y salas y pasillos... todo vacío, estéril, inútil. Un castillo encantado de proporciones titánicas, que sobrecogía mi imaginación.

Su centro estaba en caída libre, ya que su velocidad lineal es igual a la orbital. Pero cuanto más cerca se está de los bordes, interno o externo, se experimentaba una débil fuerza «de marea»: la causa es la velocidad de rotación de Jambudvida.

Como el plato de un tocadiscos, todo el anillo gira con la misma velocidad angular: una vuelta cada veinticuatro horas. La velocidad lineal es igual a la velocidad angular por el radio: se trata de una relación de proporcionalidad directa.

Pero la velocidad orbital de un cuerpo celeste no depende directamente del radio, sino de la relación entre el cubo del radio y el cuadrado del período orbital.

Por ello, el borde interior se mueve a una velocidad suborbital, y el exterior lo hace a velocidad superorbital. En el primer caso, la fuerza centrífuga es inferior al valor de la gravedad. En el segundo, la supera. La línea central es pues «arriba» para cualquiera que estuviese en el anillo.

Mientras caminábamos, observé cómo Zabul no perdía de vista a Depredador, su repetidora lista para abrir fuego. Evidentemente, no podía abandonar los hábitos de toda su vida; y éstos le decían que los angriffs eran asesinos despiadados. No era fácil colaborar con uno de ellos.

No es que yo confiara totalmente en aquella criatura con la que habíamos logrado comunicarnos. Aunque era incapaz de comprender su mente alienígena, una cosa estaba muy clara: en su visión del mundo sólo habían Depredadores y Presas; y no había duda del lugar de los humanos en aquella visión. Aunque habían dos cosas a

nuestro favor. Primero, odiaban a los colmeneros. Segundo, eran inteligentes. Si los humanos (Presas) podían ayudarles a dañarlos, colaborarían con ellos... por un tiempo.

Después, procuraría mantenerme alejado de él cuando empezara a pensar que ya no nos necesitaba. Sólo por si acaso.

¿Pecaba yo de exceso de desconfianza? ¿Colaboraríamos con una vaca o cerdo inteligente? Tal vez sí. No éramos tan diferentes; según Oannes, los antepasados del Hombre eran depredadores. Y no hemos cambiado mucho en veinticinco millones de años.

(Aquello me recordó la manipulación de nuestros genes. Por un instante mi mente volvió a inundarse de una oleada de odio).

—¿Todo bien, Jonás?

La voz de Oannes, sonando a través de mis auriculares, me sacó de esta fúnebre línea de pensamiento.

—De momento bien, aunque este anillo es un laberinto. Buscar aquí la nave de los angriffs será buscar una aguja en un pajar.

—Se puede encontrar con un imán —respondió con mucha confianza.— No te preocupes, contáis con mi ayuda. Yo viví cuando esto empezó a construirse, ¿recuerdas?

—Tus recuerdos pueden estar veinticinco millones de años atrasados. Muchas cosas pueden haber cambiado.

—Te equivocas, no debe haber muchos cambios en la estructura interna. Los elementos estructurales y las cubiertas están hechas con el mismo material que las babeles. Es casi imposible que las cambiasen.

—¿Qué material es?

—Están tejidas con filamentos de moléculas nucleares. Núcleos atómicos unidos entre sí por interacciones mediadas por gluones y mesones pi; es decir, fuerza de color.

—¿Qué? —arqueé las cejas.

Por mis conversaciones con Vidya sobre la ciencia de la antigua Tierra, sabía que los prajapatis usaban una terminología física bastante peculiar. Partículas «extrañas» y «encantadoras», con «sabores» y «colores»... los físicos prajapatis estaban algo locos.

—Interacción nuclear fuerte. Es análogo a cómo las moléculas ordinarias se unen por medio de electrones. Digamos que cada filamento es un núcleo atómico de treinta y seis mil kilómetros de largo, de un diámetro de un millonésimo de angstrom.

—Pues vaya núcleo —admiré.

—Ya lo creo. Su resistencia a la tracción o a la compresión es formidable a lo largo del filamento, aunque no transversalmente. Por eso el choque con la *Vijaya* lo

partió.

De modo que emprendimos camino guiados por Oannes y Vidya. Yo apuntaba con la microterminal que llevaba al cuello (que era también mi traductor) a los carteles indicadores, para que Oannes supiese nuestra posición. La disposición interna de Jambudvida (o al menos la parte que recorriamos) consistía en cubiertas de unos cien o doscientos metros de alto, en las que se alzaban edificios de gran altura, que a veces llenaban todo el espacio disponible, y otras veces estaban casi vacías. Los edificios o las subdivisiones dentro de las cubiertas estaban hechos de plástico, o roca asteroidal pulverizada y prensada.

Pronto me hubiera perdido en aquel inmenso laberinto, de no ser por la guía de Oannes y Vidya. Cada vez que decía «seguid recto» y nos encontrábamos frente a una pared, la perforábamos con el láser sin mucho embarazo. Al parecer los constructores del Anillo tenían la mentalidad de los de la Marina: si te estorba un mamparo, lo cortas y luego lo vuelves a soldar.

Aquella estructura hubiera sido útil, como estación de tránsito espacial. Si en Akasa-puspa supiéramos construir babeles (sacrílega e impía ambición), sin duda hubiéramos acabado construyendo anillos similares, pues es un desarrollo lógico. Pero Jambudvida había tenido una finalidad distinta: la evacuación del sistema solar ante la amenaza de colisión con Akasa-puspa, que culminó con la captura del sistema solar, encerrado en la Esfera. Allí se montaron las colosales naves Bussard, como la *Konrad Lorenz*. Allí se embarcaron los colonos. El esfuerzo logístico debió ser algo muy fuera de lo común. Por ello, mucho de lo que veíamos era provisional. El tiempo transcurrido había desmoronado la mayor parte de los muebles y otros objetos, hechos con materiales perecederos. Sin embargo, la disposición de los edificios nos mostraba sus fines, al igual que los letreros que traducía Oannes.

Algunos eran hoteles muy sobrios; cada «habitación» era un nicho con aire acondicionado, de un tamaño no mayor que un ataúd. Otros, restaurantes pensados para miles de comensales; oficinas donde se clasificaría a los pasajeros de las naves estatorreactoras; centros de control para dichas naves, o para los cargueros que traían minerales de los asteroides de la cáscara. Centros comerciales...

Llegamos por fin a una gran cámara similar a una factoría. La cruzaban al menos un millar de tubos, de un blanco opaco y de cuatro metros de diámetro; surgían de un extremo para desaparecer en el contrario.

—Muy bien, ahí sigue —decía Oannes.— Estupendo.

—¿Qué sigue ahí?

—El sistema de transporte interior del anillo. Por esos tubos circulan vagones que os llevarán a cualquier parte del anillo.

—¿De veras? Explícame qué debe hacerse para tomar uno.

—Dirígete al tubo más cercano, no importa cuál. ¿Ves unos postes terminados en

una cajita?

Oannes se refería a unos artefactos similares a los parquímetros usados en los planetas más civilizados, que son los que suelen tener problemas de tráfico.

—Los veo —mis acompañantes me seguían extrañados.

—Pulsa el botón rojo que hay a la derecha.

—¿De cuál?

—No importa, cualquiera vale.

Pulsé el más cercano. El botón rojo se iluminó, y en pocos segundos apareció una abertura en el tubo más próximo. No se había abierto una compuerta ni nada parecido; simplemente, apareció un orificio circular que se ensanchó como un iris.

—No está mal, ningún retraso —dijo Oannes.— Entrad. Dentro habrá un coche.

En efecto, aquello era un amplio vehículo de las dimensiones de un microbús. Había una sala común, servicios y varios camarotes del tamaño justo para una litera. En la sala habían asientos y un mini-bar con unos grifitos de licores en lugar de botellas; y todos funcionaban. Indudablemente, estaba concebido como las Ciudades. Zabol lo miraba ansioso. Sin duda ardía en deseos de quitarse el casco y tomarse un buen trago.

—No os acomodéis demasiado, —advirtió Oannes— no vais a permanecer el tiempo suficiente. Jonás, en el brazo del sillón frontal hay una hilera de botones numerados del cero al nueve.

—Los veo, aunque no reconozco los números.

—Por supuesto. El tercero empezando desde delante es el símbolo del dos.

—No es muy diferente del dos sánscrito.

—Claro; perdona, lo había olvidado. Gracias a las babeles conocéis el sánscrito, y nuestros números arábigos son descendientes de los sánscritos. Entonces podrás reconocer el cinco.

—Cero, uno, dos... aquí está.

—Ahora marca 2-5-5.

Marqué. La compuerta se contrajo. No notamos la sensación de movimiento, pero de repente el tubo desapareció y me encontré volando pegado a una inmensa pared.

Hamalnarat pronunció unas palabras en el idioma de las Ciudades que sonaban como palabrotas, y que Vidya no pudo traducir. Se asustó tanto que estuvo a punto de apretar el gatillo de su 21-A, lo que nos hubiera matado a todos en aquel recinto cerrado. Zabol lo empujó, derribándolo mientras invocaba sonoramente a los principales asuras enemigos de Krishna.

—Oannes —grité— ¿qué significa esto?

—Oh, disculpa. Olvidé advertirte de que las cápsulas son transparentes; viajan por el exterior sustentadas por aros magnéticos. No te preocupes, son muy seguras. Disfruta del paisaje.

Gruñí algo, volviéndome abajo. Aunque Oannes tenía razón: el paisaje era fantástico. La Tierra aparecía del tamaño de una raqueta de tenis a la distancia del brazo, brillando en todos los tonos del azul al blanco. La examiné con los prismáticos.

El invierno nuclear se hallaba prácticamente concluido. Los casquetes polares eran aún grandes, aunque el mar a su alrededor se encontraba como salpicado de granos de azúcar: icebergs.

La Esfera relumbraba por doquier. En la Tierra era un cúpula luminosa; sin embargo, aquí era como ser una mosca dentro de una botella iluminada. La boca de la botella, una de las aberturas polares, aparecía atrás y a la izquierda de la Tierra, dejando ver un denso racimo de brillantes estrellas rojas. La otra abertura se encontraba oculta por Jambudvida.

Aunque nos movíamos a lo largo de una órbita (en el centro de Jambudvida), nuestro movimiento era contrario al giro. Era tan rápido que sentíamos una leve atracción hacia el suelo, al no estar compensada la fuerza centrífuga.

—Si esta cápsula cayese, —pensé en voz baja— nos pegaríamos un buen golpe. Por curiosidad, ¿cuánto tardaría en llegar al suelo?

Oannes dijo:

—Vidya me dice que cuatro horas y nueve minutos. Pero no te preocupes, Jonás —añadió, con la confianza de quien está a salvo.— La cápsula lleva paracaídas y escudo antitérmico. Funcionará bien... creo.

Estaba pensando en las implicaciones de ese «creo», cuando, súbitamente, las paredes aparecieron de nuevo, y se esfumó aquel Universo de maravilla. La cápsula se movió en la oscuridad.

—Ya hemos llegado; —anuncié a Oannes— pero... esto no se para.

—Es lo esperado —dijo Oannes.— Ahora estáis yendo hacia el borde exterior de Jambudvida.

—¿Es allí donde están los espaciopuertos? Recuerdo que la vez anterior atracamos en el centro.

—También los hay allí. Pero los angriffs amarraron en un hangar del borde exterior.

—Ya veo... Oannes, la cápsula se detiene.

—Habéis llegado —anunció Oannes sin necesidad.— Verás, Depredador y los otros angriffs bajaron por esta babel. Por tanto encontraremos su nave en el hangar más próximo. Podéis abrir la puerta con el botón rojo, pero llevad los trajes sellados. Según cuenta Depredador, el hangar está al vacío; no supieron cómo hacer para que se llenase.

Abrimos tras sujetarnos con fuerza, esperando una violenta descompresión, aunque sí que había aire. Y otras cosas.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Zabul.

—Oannes, es muy raro —dije.

—De acuerdo, pero enfocad con la lente de la microterminal.

—Es un laboratorio.

Era un laboratorio en el que un Incondicional del Aire podría haber hecho acrobacias con su ultraligero.

Habían bancos con ligeros taburetes y aparatos de aspecto muy complicado por todas partes. Reconocí un espectrofotómetro visible-ultravioleta y una centrifugadora.

Habían armarios metálicos cerrados, que supuse que contendrían diferentes reactivos. Los bancos contenían gradillas con tubos de ensayo, botellas de color ambarino, tomas de gas o electricidad. En sus extremos y el centro habían grifos y piletas. Los cajones contenían pipetas, vasos y matraces.

Los recipientes se hallaban cerrados por sellos que impedían que los líquidos se desbordasen al menor movimiento, en aquella débil gravedad.

—¿Un laboratorio químico? —preguntó Oannes.

—Bioquímico —rectifiqué.

Cuanto más lo miraba estaba más seguro. No se veían mesas de disección, ni bisturís, ni esas cosas que los profanos asocian con la biología. Aunque había una nevera con rastros de una cosa marrón en el congelador: una muestra de tejido. Fuera de eso no había otra pista, aunque me figuré que el resto del instrumental estaría en otros.

—No consta en mis planos; —dijo Oannes— debe ser un añadido posterior. Abrid un agujero en la pared opuesta.

—Un momento, me gustaría echar un vistazo. ¿Quién lo pudo construir?

—No tengo modo de saberlo. ¿Es importante?

No contesté. Una puerta en la pared opuesta me dio acceso a otro laboratorio, esta vez con equipo más ortodoxo y reconociblemente biológico, tal como microscopios, instrumentos quirúrgicos, portas y cubres en cajitas. Un microtomo. Cubetas sucias de colorantes.

Aunque también deberían haber jaulas para animales. En lo alto, cerca del techo, habían unas galerías, comunicadas con escaleras metálicas, en las que se alineaban unas portezuelas de un metro de lado. Empecé a subir por la escalera saltando. Sin embargo, ésta se puso en marcha. Aquello era curioso: los usuarios del laboratorio debían ser unos vagos totales. ¿Para qué una escalera en tan baja gravedad? Dejando aparte la necesidad de hacer ejercicio en este medio, para evitar la decalcificación de los huesos.

Llegué a la primera galería. Mis compañeros y el angriff me observaban con curiosidad diez metros más abajo. Las puertas estaban marcadas con símbolos incomprensibles, sin la menor similitud con nuestros alfabetos.

Elegí una al azar y la abrí. Tuve suerte de llevar el traje. Una nube de gas surgió y se evaporó de inmediato, produciéndome un frío intenso que me hizo retroceder.

Había una camilla con un cuerpo. Tiré de ella.

Era un humano. Varón. Tan normal en apariencia como un ciudadano, aunque con su carne cristalizada a sesenta grados bajo cero.

Guardé el cuerpo y abrí otra puerta.

Este podía pasar por humano, pero poseía caracteres monstruosos. Tres ojos muy abiertos, vidriosos, me miraban fijamente. Sus manos eran como porras carnosas, acabadas en cinco largas uñas. No podía asegurar si era hombre o mujer; el lugar de sus genitales se hallaba ocupado por una... cosa indefinible y repugnante.

Un escalofrío que no era efecto del gas licuado me recorrió la espalda.

—Oannes... —me mojé los labios.

—¿Sí, Jonás?

—Ya no queda duda de lo que es este laboratorio.

—¿Has encontrado algo?

—Un monstruo. Un humano monstruo. Un ejemplo de la ingeniería genética de los colmeneros. O más bien... digamos, un pequeño fallo técnico. Imagino que estas puertas deben de guardar monstruos semejantes. No me siento con fuerzas para seguir mirando. Salgamos.

Descendí rápidamente, y Zabul cortó un círculo en la base. Y luego otro, y otro, y otro más, siempre según las instrucciones de Oannes. Yo tenía prisa por alejarme de aquel lugar. Estaba convencido de que mis antepasados habían pasado por aquella cámara de los horrores.

De repente me invadió otro pensamiento.

—Creo que debo pedirte perdón, pobre Oannes —dije en voz baja.

—¿Por qué? —se extrañó.

—Tus antepasados también pasaron por esto, a manos de seres humanos. Me siento culpable.

Oannes permaneció callado un largo rato.

—No te sientas así. Siempre pensé que los humanos hicieron inteligentes a los delfines porque se encontraban solos, y querían una inteligencia amiga con quien hablar. Y, después de todo...

—¿Sí?

—Nuestra modificación no fue tan drástica. Simplemente aumentaron el desarrollo del cerebro. Cosa que no lamento. Pero... espero no ser demasiado duro, pero ahora sabes lo que se siente.

Era verdad. De repente me sentí hermanado (la palabra no es demasiado fuerte) con aquel ser al que hasta entonces miraba como a un animalito doméstico parlanchín. Zabul me llamaba, y volví parpadeando a la realidad.

El láser había abierto una cámara muy pequeña, claustrofómicamente pequeña, casi como un camarote de la *Vajra*. No había visto nada así en Jambudvida, donde todo era amplio y grande y limpio.

Aquel lugar había sido olvidado por los robots de limpieza. Estaba muy sucio y las paredes manchadas por toscas pinturas. Todos, excepto el angriff, nos quedamos contemplando aquellos murales. No había luz, y encendimos una linterna, que contribuyó a darles un aspecto aún más sorprendente. El cuarto era tan pequeño que tuvimos que entrar uno a uno.

Su centro estaba ocupado por un sillón de aspecto complicado, con un objeto en forma de seta sobre él... yo había visto eso antes. ¡Claro! Era un «sillón de los sueños», como los que había en las naves espaciales de Jambudvida que vimos en nuestra primera visita, a la llegada. En una esquina había un armarito metálico.

Pero lo más impresionante no era esto...

—Sólo os acordáis de mí cuando os hago falta; —protestó Oannes— ¿os importaría decirme lo que está pasando? La cámara no funciona bien con tan poca luz.

—Hemos encontrado un cubículo de reducidas dimensiones... Hay una litera, una de esas sillas de mando en el centro, un armarito, y nada más. Muy sucio, y con las paredes llenas de pinturas.

—¿Pinturas? ¿De qué clase?

—Es difícil verlas, porque tenemos que iluminarlas con las linternas, pero...

—¿Sí?

—Parecen pinturas religiosas... o más bien demoníacas. Representan a una especie de asuras, como los describen algunas Sastras. Tienen rostros malignos y crueles. Cubren las paredes y el techo. En la parte baja de las paredes hay figuras humanas. Más pequeñas, arrodilladas, pisadas por los asuras. El que hizo esto no era un artista; aunque te aseguro que jamás he visto pintada tanta desesperación y angustia.

Pasé mis dedos por los dibujos, con fascinado horror. Estaban toscamente ejecutados, con escaso dominio de la perspectiva y de las proporciones; pero su misma tosquedad los hacía aún más aterradores. Quienquiera que hizo esto, no intentaba crear artísticamente y en frío unas imágenes de cuento de miedo. En absoluto.

¡¿Qué había pasado allí?!

Aquellas imágenes debían haber estado allí más tiempo del que podía figurarme. La pintura no mostraba signos de estar deteriorada por la luz o el aire, si bien en aquel cubículo no había luz, y la atmósfera debía ser pobre en oxígeno.

Me imaginé vívidamente al... artista. Un hombre encorvado, fugitivo y lleno de miedo (¿a qué?), garabateando aquellos dibujos con mirada enloquecida, a la tétrica

luz de una linterna. No, más bien una lámpara de aceite; la atmósfera de horror que sugerían los cuadros exigía una llama amarillenta y humeante iluminando las paredes y el rostro demente del pintor...

—Parecen decir algo, pero ¿qué? Ojalá Hari Pramantha estuviera aquí. Tal vez él sacara algo en claro de esta locura... ¡un momento! Zabul, ilumina ahí. Fíjate.

—Jonás.—la voz de Oannes parecía disgustada.— ¿De qué se trata?

—Algo horrible. Hay un dibujo que representa a un hombre tendido sobre una mesa. Uno de los demonios está inclinado sobre él; y parece hurgar en sus vísceras. Por el suelo hay... brazos, piernas, una cabeza...

—Creo que empiezo a entender —dijo lentamente Oannes.

Yo también. El pelo de mi nuca se erizó; aquel lugar me atemorizó más de lo que lo había hecho la cámara de los horrores que acababa de visitar. Y la relación entre ambos lugares no era simple coincidencia.

Tiene que haber algo más, pensé. Abrí el armario. Quizás había contenido papeles, pero ahora eran polvo irreconocible desde hacía mucho. También, ahora que me fijaba, había un montoncito de polvo gris sobre la butaca de dentista-piloto... pensé que estaba contemplando a nuestro demente artista. (¿O no era tan demente?). O tal vez el tapizado del asiento. Entonces vi una manera de salir de dudas.

—Oannes, cuando llegué a Jambudvida por primera vez utilicé un sillón similar al que hay aquí. Me refiero a uno con un objeto en forma de sombrilla sobre la cabeza. Vi imágenes proyectadas a mi cerebro.

—Oh, sí; era la última moda cuando partimos. Un ESE, estimulador sensorial encefálico. Vulgarmente llamado «secador de ideas». Transmite imágenes directamente a los centros sensoriales del cerebro sin pasar por los sentidos. Era un juguete divertido.

—Voy a probarlo. Creo que nuestro desconocido artista lo dejó deliberadamente para eso.

Zabul intervino.

—Espera; puede ser peligroso. Te necesitamos. Recuerda que ese angriff sólo te obedece a ti.

—¿Es peligroso, Oannes?

—No, en absoluto. Aunque recuerda, Jonás, que el aparato que tienes frente a ti ha pasado por no sabemos cuántas generaciones y manos.

Miré a la silla con aprensión. No me hacía gracia que un aparato andase trasteando en mis neuronas; si algo andaba de modo indebido, ¿podría volverme loco, o dejarme convertido en un vegetal?

Sin embargo, todo señalaba a aquel sillón. Bajo aquella especie de semiesfera que se ajustaba al cráneo estaba la respuesta.

—Necesito saber lo que es todo esto —dije tercamente.

Aparté el polvo y me senté. Como había hecho siete años atrás, me libré del casco.

Tomé las asas laterales del aparato. De reojo, vi las caras de Zabul y Hamalnarat, que me miraban como al que va a suicidarse. Bajé el aparato sobre mi cabeza y empecé a sentir...

RELIGIÓN

...miedo, miedo, siempre miedo.

Ocupo obediente mi lugar en la fila mientras uno de los sacerdotes me dirige una mirada reprobatoria. ¿Creía el muy bastardo que iba a ser tan estúpido de colarme ante sus narices?

Pero ¿qué estoy pensando? Blasfemias, he blasfemado... «Y quien blasfeme del nombre de Yahveh será castigado con la muerte; toda la asamblea le lapidará. Extranjero o indígena, quien blasfemare del nombre de Yahveh, morirá...»

Aunque, ¿qué más da? Hace tiempo que descubrí que, en contra de lo que nos aseguran los sacerdotes, Dios no puede leer nuestros más profundos pensamientos. Esto es algo que he comprobado un millar de veces. Yo no estaría vivo si no fuera así.

Eh, tú, sacerdote, culo de mierda. Bastarda bola de sebo. ¿Estás gordo, verdad? Muy gordo. Se nota que Dios alimenta bien a sus servidores. Hijo de puerca, lameculos, yo en cambio soy sólo un miserable saco de huesos... ¿lo veis?, no pasa nada...

Pero esta maldita cola avanza tan despacio... Mi estómago no para de protestar. Odio las colas.

Miro a mi alrededor, y de repente la ciudad, los edificios que me rodean, parecen absolutamente raros, como si los estuviera viendo por primera vez a través de los ojos de otro individuo.

Todo es negro. Los sacerdotes van vestidos de negro, los edificios están pintados de negro. Son bajos y chaparros, excepto el templo que es alto y majestuoso. Cerca de aquí se alza una estatua del Ángel Exterminador con las alas extendidas. Me distraigo un rato mirándola; su cabeza está envuelta en nubes, y bajo sus dos piernas abiertas se esparcen, miserables, los edificios. Parece a punto de dar un paso y aplastar algunos centenares de viviendas.

«Quizás algún día lo haga», dicen los sacerdotes; «si os portáis mal...».

¿Cuánto medirá? ¿Dos kilómetros de altura? Quién sabe. Hay una en cada ciudad, y están ahí para asustarnos, claro. Se que jamás cobrará vida y daría un paso; aunque Dios tiene otro sistema para castigarnos; «el segundo ángel tocó la trompeta...».

Al fin ha llegado mi turno. Le entrego mis tres vales a una gorda religiosa. Otra monja remueve un poco la sopa con un cazo, y luego sirve tres exiguas raciones en mi termo extendido. Echa más, puta, tengo una hija pequeña... No, no debo pensar eso... Otra monja me da tres panecillos mohosos.

Me aparto a un lado y escarbo un poco en la sopa. La muy puta sólo me ha echado dos pellejos de pollo... cada día te ponen menos.

—«...bienaventurados los que tienen hambre y sed de Salvación, —estaba diciendo un sacerdote por un megáfono— porque ellos serán saciados...»

Cállate, mamón.

Cierro el termo y me dirijo rápidamente a casa.

Hay un noticiario en la pantalla mural que hay frente a mi hogar, aunque yo no me paro a mirarlo. Sé de lo que están hablando: de los sucesos de la semana pasada en el este.

Subo las escaleras, y me reúno con mi mujer y mi hija. Qué delgadas están... y yo no puedo hacer nada.

Abro el termo, y deshago los panecillos en pedazos, y los echo a la sopa. Todos comemos de allí, aunque dejamos para la niña las mejores raciones.

No me siento con ánimos para bendecir la mesa. Mi mujer tampoco.

Mientras, no consigo apartar la mirada de la pantalla mural. Ya he visto ese noticiario, y no quiero volver a verlo. Pero a través de la ventana resulta casi imposible no mirar.

Habla de esa ciudad que desapareció en el este. Muestra una filmación del estado de degradación al que habían llegado sus habitantes. Multitudes saqueando los depósitos de alimentos, las mujeres ofreciéndose públicamente por las calles, los hombres matándose por un pedazo de carne. Al fondo, un gran edificio con una cúpula casi esférica y una alta torre.

Un sacerdote, con una tela negra en la cabeza, se levanta en medio de aquel caos, alza los brazos, e increpa a aquellos hombres para que regresen al buen camino o Dios los castigará. Todos lo abuchean. Lo cogen de la sotana, lo derriban, y rasgan sus vestiduras. Una mujer toma una piedra, y le aplasta con ella la cabeza.

Un Ángel Exterminador aparece entonces sobre la ciudad. Una vez más advierte a los hombres para que regresen al buen camino. Su aspecto es tan terrible como para cagarse de miedo; sin embargo, increíblemente nadie hace caso.

Fundido en negro. Se ve el luminoso espacio, la Tierra como una pelota azul al fondo. En primer término una oscura roca gira sobre sí misma lentamente, y se pone en movimiento. Cae... cae... cae... hacia la Tierra, hacia la ciudad maldita de Dios. Los versículos de Juan retumban como truenos en la pantalla mural...

«El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclado con sangre, que fue lanzado sobre la Tierra; la tercera parte de la tierra fue quemada, la tercera parte de los árboles fueron quemados, y la tercera parte de la hierba verde fue quemada...»

...la roca se inflama al entrar en la atmósfera, roja y reluciente como una brasa, dejando un negro rastro a su paso...

«El segundo ángel tocó la trompeta, y una enorme mole de brasas, como una montaña, fue lanzada al mar; la tercera parte del mar se convirtió en sangre, pereció la tercera parte de los seres vivientes del mar, y la tercera parte de las naves fue destruida...»

Veo la ciudad de lejos, e instantes después una especie de hongo de fuego elevándose hacia el cielo...

«El tercer ángel tocó la trompeta, cayó del Cielo una gran estrella, ardiente como una llama, cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. El nombre de la estrella era Ajenjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno, y muchos hombres murieron por estas aguas, que se habían hecho amargas...»

...la imagen, tomada desde muy alto, muestra una ciudad en llamas. El inmenso incendio se extiende a los bosques y praderas...

«El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la Luna y la tercera parte de las estrellas, de tal manera que se oscureció la tercera parte de las mismas, y el día perdió la tercera parte de su esplendor, lo mismo que la noche...».

Nubes negras de humo cubren el cielo...

«El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo sobre la Tierra, y le fue dada la llave del Pozo del Abismo. Cuando ella abrió el Pozo del Abismo, subió del pozo un humo como de un gran horno, de suerte que el sol y la luna se oscurecieron...»

Entre las volutas de humo se materializa un Ángel Exterminador. La justicia de Dios se ha cumplido una vez más.

Como en Sodoma y Gomorra. Esas cosas ya pasaban entonces. Pero miro a la niña y me pregunto: ¿habían niños en esa ciudad? ¿Habían niños en Sodoma y Gomorra? Y desde luego los había en el mundo antes del Diluvio. Y en Egipto, qué duda cabe, habría niños entre los primogénitos que Dios asesinó, para obligar al Faraón a liberar a los israelitas. (¿Y por qué Dios no mató a los hijos primogénitos de los babilonios para liberar a Israel de Nabucodonosor?).

¿Es esto la Justicia Divina? Por muy depravados que fueran los padres, ¿qué culpa tenían los niños? ¿Qué lección moral podemos sacar de esto?

Estoy pensando idioteces. ¿Quién ha dicho que Dios sea justo? Dios es Dios, y basta. Yahveh asher yihweh: «Yo soy lo que soy». Y a lo más que puede aspirar un

miserable como yo es a que se olvide de mí.

Recuerdo que mi abuelo me contaba historias, historias que a su vez le había contado su abuelo, que a su vez... Hablaban de una época en la que Dios no se manifestaba de una forma tan contundente. De hecho, no se manifestaba en absoluto. Creer en él era cuestión de fe. Y sin embargo había gente que vivía toda su vida bajo el terror de Dios, igual que hoy. ¿Por qué?

También decía que en aquellos tiempos el cielo se encontraba libre, y que se veían estrellas todo el año, y por todas partes. Luego Dios nos encerró en una gran esfera con dos aberturas, quizás como castigo definitivo a la maldad eterna de las criaturas que había creado...

Ja, ja. Había una canción muy divertida... ¿cómo era? «El cielo está enladrillado. ¿Quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenladrillador será». O algo así.

Al día siguiente cayó una lluvia negra.

Hemos sido todos congregados en la plaza de la ciudad, bajo la estatua del Ángel Exterminador. Todos sin excepción, hasta he tenido que traer a mi hija, que está enferma y con fiebre. Mi mujer la ha envuelto en unas mantas. Aquí esperamos, sin atrevernos ni a susurrar.

Los sacerdotes dan órdenes por los megáfonos: «Los hombres a un lado, y las mujeres con los niños pequeños al otro». «Dividíos por parroquias y poneos en filas».

Grupos de sacerdotes armados con pistolas caminan entre los hombres, examinándonos con atención. Las monjas hacen lo mismo con las mujeres.

De vez en cuando tocan a uno en el hombro, a uno u otra, y éstos salen de la fila.

Uno de los sacerdotes pasea ahora por mi fila. Lo conozco, es el cura de mi parroquia. Nos mira a todos detenidamente, con sus ojos de cerdo, mientras acaricia pausadamente el crucifijo de oro que cuelga sobre su pecho con una mano, la otra con los dedos (tap tap tap tap) sobre la funda de la pistola.

Se detiene frente a mí. Noto el sudor resbalando por mi espalda. Mi boca está tan seca que la lengua se me pega al paladar. No muevo ni un músculo. Ni siquiera me atrevo a parpadear.

Tengo la sensación de que

(alguien me ha denunciado pero de qué alguien me odia no ir a la iglesia con suficiente regularidad decir pensar blasfemias herejías)

el tiempo se ha detenido. Su mano se alza y

(oh no no no por favor no si me elige lucharé le estrangularé le quitaré la pistola le mataré qué puedo perder esta vida es miserable hambre frío miedo siempre miedo no vale la pena vivirla qué puedo perder más vale morir rápido un disparo el fuego del cielo eso no dura nada y luego no más hambre no más miedo no más frío vamos

sólo un momento ahora y)

toca mi hombro.

—Tú, hijo, sal de la fila. Dios te llama.

Y yo obedezco como un corderito, ni siquiera intento protestar. Me inunda el más terrible fatalismo. Qué mas da.

Me vuelvo hacia el grupo de las mujeres, y con inmenso alivio veo que ni mi mujer ni la niña están entre las elegidas. Más vale no luchar. Si empiezo una revuelta y otros me siguen, si matamos a esos bastardos, si los desarmamos y los tiroteamos o les aplastamos las cabezas con piedras, y dejamos que sus sesos de mierda se sequen al sol, ¿quién sabe lo que podría pasar después? «Cayó del Cielo una gran estrella...».

Levanto la vista hacia la estatua del Ángel Exterminador. No; al menos mi mujer y mi hija están a salvo. Mejor obedecer como un corderito.

A los hombres nos llevan a un camión y a las mujeres a otro. Antes de que los sacerdotes cierren la caja, miro a mi mujer y a mi hija, mi niña. Mi mujer llora y la niña me mira. Me mira fijamente, sus grandes ojos abiertos como con asombro. Quizás esta será la última vez que las vea. Sé que aquella imagen no me abandonará por muchos años que pasen.

Nos ponemos en marcha. Todos tienen la vista clavada en el suelo. Nadie habla, sólo algunos lloran. Recuerdo las caras de mi mujer y mi hija y también lloro.

El camión se ha detenido. No sé cuánto tiempo ha pasado. Diez horas, tal vez más o menos. Nos hacen bajar, y yo estiro mis músculos agarrotados.

Miro hacia arriba. Estamos al pie de una de las Columnas del Cielo. La columna sube, y sube, y sube hasta perderse en las nubes, las nubes de lluvia mezclada con humo. Más impresionante que la estatua del Ángel Exterminador, y menos aterradora.

Hay más camiones de los que baja más gente. Habrán unas tres mil personas, entre hombres y mujeres. Todos estamos temerosos y desconcertados. Se oyen muy pocas voces aparte de las de los sacerdotes.

Nos dan de comer. Hay cien inmensos calderos relucientes repartidos por la planicie de la base. La sopa tiene carne y verduras en abundancia; la mejor comida que he hecho en años. Quisiera guardar un poco para mi mujer y mi hija, pero sé que no las volveré a ver. Cuando acabo, siento el estómago lleno de una forma que no lo he sentido nunca.

—Vosotros sois los elegidos del Señor; —estaba diciendo uno de los sacerdotes, subido en un podio pegado a la Torre. Sus vestiduras son más lujosas que las de nuestros párrocos, con el color púrpura como dominante— de toda nuestra diócesis, sólo vosotros habéis recibido el privilegio de ascender al Cielo en vida, como el

santo profeta Elías. Alegraos, hermanos, aunque recordad: debéis hacerlo limpios. Si alguno de vosotros guarda algún pecado, aunque sea de pensamiento, tenemos confesores a vuestra disposición...

A la mierda.

Nuestra «ascensión al Cielo» es interminable. Nos dan de comer en dos ocasiones. Dormimos en literas situadas en anillo, en habitaciones circulares. Todo es tan extraño que no puedo pensar, sólo maldecir.

La puerta se abre. Debemos haber llegado, pero ante nosotros sólo hay un pasillo amplio de paredes luminosas, tan limpio como una catedral durante la visita de un obispo. ¿Es esto el Cielo? Me siento muy bien, ligero como una pluma y con la fuerza de cien sansones.

Hay una gran mesa con gafas opacas. ¿Qué serán?

—Por favor, salid del ascensor y despojaos de vuestras vestiduras. Coged un par de gafas cada uno.

La voz tiene una modulación perfecta, aunque no parece salir de ningún lugar. Obedecemos, nos quitamos las ropas, y las dejamos en ordenados montones junto a las paredes del pasillo. Cogemos las gafas.

Otra puerta se abre.

—Por favor, pasad a esterilización.

¿Y si nos negamos? ¿Qué medios usarían para hacernos obedecer? Sin embargo, todos obedecemos sin rechistar; han sido muchos años de miedo inculcado por los sacerdotes.

Es incomprensible; a cada paso que damos, saltamos como si pudiéramos volar. Algunos se golpean contra las paredes, aunque ninguno se lastima.

La puerta se cierra tras nosotros al entrar en una rara sala. «Poneos las gafas y no os las quitéis hasta nuevo aviso», dice la voz.

Obedecemos. Todo está bañado de luz azul, y hay un vapor viscoso que lo recubre todo. Huele... sí, huele como el aire después de una tormenta.

Llevamos horas aquí. No vemos nada y todos sentimos una comezón desagradable en la piel. Hay unos bancos en las paredes y unos nos sentamos en ellos, otros se tienden e intentan dormir.

Finalmente se abre la puerta. La voz nos vuelve a pedir con amabilidad que salgamos y nos quitemos las gafas. Obedecemos. Parpadeamos en la intensa luz blanca.

Estamos en una sala circular, inmensa. Tan grande como el campo parroquial de deportes de mi ciudad. Toda ella limpísima, como todo, y con aquellas paredes que parecen emanar luz.

Allí estamos todos, los tres mil o así seleccionados. Todos salen de las puertas situadas en la inmensa pared circular. Todos desnudos, incluso las mujeres. Aparto la vista turbado. Los curas decían que el desnudo público era pecado; y allí estábamos: en el Cielo y desnudos.

Una mujer lanza un grito, su brazo señalando arriba, y cae al suelo desmayada. Todos miramos, se oyen más gritos, hay más desmayos. Mis dientes castañetean, y no por el frío.

Sobre nuestras cabezas, desde unas pasarelas metálicas, cientos de Ángeles Exterminadores nos observan.

Todos conocemos su aspecto. Sin embargo, no es igual verlos en persona a verlos en estatua o en la pantalla mural.

Son tan altos como un hombre, aunque deben pesar la cuarta parte, a lo más. Sus brazos y piernas son largos y delgados. Su piel es coriácea, como la de los rinocerontes del zoo. Sus ojos están profundamente hundidos en sus cuencas. En su espalda tienen dos alas membranosas como murciélagos.

Nos llevan a una inmensa galería; quizás mida kilómetros de largo. Las paredes están cubiertas de pequeñas celdas, con la pared anterior transparente. Nos reparten en ellas, uno por celda. Tenemos más comodidades y más comida de la que habíamos podido soñar allá abajo. No tenemos nada que hacer. No podemos hablar ni siquiera con las celdas vecinas.

Los Ángeles pasan de vez en cuando y nos miran. Me siento como un animal enjaulado.

De vez en cuando, abren una celda y se llevan a su ocupante. La primera vez que vi esto temí lo peor, pero volvió. Los llamados acaban regresando a sus celdas. O casi todos.

Hoy me han elegido a mí.

Unos Ángeles han abierto mi puerta, y uno de ellos me ha señalado con un dedo sarmentoso. Obedezco. Me rodean y me llevan fuera de la galería, por los corredores.

Llegamos a una gran sala en la que hay infinidad de mesas metálicas alineadas, una junto a otra. Algunos humanos están tendidos por las mesas, y hay Ángeles en pie, a sus lados, por todas partes.

—Por favor, tumbate —habla un Ángel, señalando una de aquellas mesas.

—N... no —murmuro.

Algo me toca la nuca. De repente siento mi cuerpo recorrido por una sacudida, como cuando te golpeas el codo, y mis músculos se desmadejan. Hubiera caído de no ser por aquella ligereza que nos hace andar a saltos.

Me tienden en la mesa. No sé qué me hacen, pero todo se vuelve negro.

Despierto. Me duele mucho la cabeza, como si fuera un globo de agua lleno a estallar. No hay ningún Ángel cerca, como si me hubiesen olvidado. Sigo sin poder moverme, y sólo puedo ver el techo abovedado de la sala.

Fuerzo a mis ojos a girar.

En la mesa contigua a la mía hay una joven dormida. Tiene el vientre abierto, y dos ángeles vestidos de blanco hacen algo en su interior. Vuelvo a perder el sentido.

Despierto de nuevo. No hay nadie en la mesa vecina. Dos Ángeles me llevan de nuevo a la celda. Me siento débil como un gatito.

El tiempo pasa. Como. Duermo. Defeco. Un día, otro, otro.

Los Ángeles vuelven varias veces, no sé si son los mismos todos los días. Se llevan a alguien; a veces vuelve, a veces no.

Finalmente, llega un Ángel y me señala. Obedezco. Me lleva de nuevo por los corredores. Obedezco.

Estamos solos. Qué raro, el Ángel ha venido solo a buscarme. Camina dándome la espalda; sabe que todos obedecemos. Su cabeza es redonda como un melón. No tiene orejas.

Y entonces

(la mujer los Ángeles hurgando en ella la sala ahora yo tal vez suerte que mi mujer mi hija no fueron enferma pobrecita mi niña me mira sus ojos

¡¡NO!!

el sacerdote paseando por mi fila el cura de mi parroquia con sus ojos de cerdo el crucifijo la pistola quítasela mátales pégale un tiro aplástale los sesos de mierda bastardos grasientos hijos de puta miedo y miedo y hambre y y y)

todo sucede

(levanta las manos es flaco no te mira maldito junta los puños golpea la nuca está solo no obedezcas no, no, no tiene granizo con sangre ni fuego ni ajenjo ni humo como de un gran horno es sólo un maldito Ángel mátales aplástale los sesos por tu mujer tu hija sus lágrimas su carita sus ojos golpea golpea golpea)

(Jonás Chandragupta gritó en sueños)

muy rápido. El Ángel se desploma, su cuello torcido. Nadie vivo tiene el cuello tan doblado pero yo golpeo, y golpeo, y golpeo...

Me detengo, jadeando. Los huesos del Ángel son frágiles. Estoy salpicado de sangre y sesos. No sé como, su cabeza ha estallado como una fruta madura. El cadáver ha rebotado en las paredes y ahora flota, cayendo al suelo lentamente. Miro en torno, como un animal acosado y

(lo he matado le aplasté los malditos sesos lástima sólo uno me buscarán me encontrarán dónde esconderse nadie ha matado a un Ángel corre corre corre)

me dirijo a una de las rejillas que hay en la pared, cerca del techo. Sé que de ellas sale aire fresco. Trepo; no me cuesta ningún esfuerzo con tan poco peso. Introduzco los dedos en la rejilla y empujo, una vez, dos, y la rejilla cede. Me meto dentro y corro, corro, corro...

¿Cuánto tiempo llevo aquí?

He perdido la noción del tiempo. Raras veces veo el Sol o la Tierra. Pero ha pasado mucho. Soy viejo. Pronto necesitaré cuidados médicos, o moriré.

¿Qué edad tenía cuando me trajeron al Cielo? Treinta años. Ahora mis manos están arrugadas y manchadas; mis articulaciones están hinchadas. Cada paso, cada movimiento, es un tormento indescriptible. En la Tierra no podría ni caminar; sin embargo, aquí es diferente, apenas peso nada.

Mi vida ha sido como la de una rata acorralada. Siempre escondiéndome, robando comida a los Ángeles, escondiéndome otra vez... Pero, en cierta forma, ha sido una buena vida. Nadie me da órdenes, nadie. No he tenido sacerdotes que me digan lo que está bien y lo que está mal. Soy libre como nunca.

No puedo volver a la Tierra. Los malditos Ángeles vigilan muy bien las Torres. Sin embargo, el Cielo es grande. Tengo escondrijos, muchos. Me cambio de uno a otro y rara vez ocupo uno más de algunos días. He dejado pinturas, pinturas que cuenten lo que ahora sé, incluso a aquellos a los que no hablen mi lengua. ¡Ojalá pudiera hacer algo más para liberar a los que sufren ahí abajo!

A veces pienso en mi mujer y mi niña. Quizás mi mujer haya muerto ya. Mi hija será una mujer, quizás tenga ya hijos propios. Yo siempre las recuerdo como el último día. Mi mujer llorando, mi niña mirándome con su carita asombrada, sus grandes ojos... Cuando pienso en ellas las lágrimas ruedan y ruedan por mis mejillas sin que pueda contenerlas.

También pienso en ellas cuando mato a un Ángel, aunque entonces no lloro, sino que siento una salvaje alegría. Ahora sé que no son sobrenaturales, que son hombres como yo, adaptados a vivir sin aire, en el espacio. Se les puede robar y se les puede

matar. Nunca he dejado de matar cuando sorprende a uno a solas. He encontrado cosas, herramientas. He improvisado armas y he montado trampas.

Y ellos no han podido encontrarme, aunque lo han intentado. Pero el Cielo es demasiado grande. Necesitarían miles de Ángeles para registrarlo. Me pregunto si me habré convertido en leyenda. Para ellos, debo ser un monstruo o un demonio. Me gusta pensarlo.

En una de mis expediciones en busca de comida encontré algo impresionante. Era la sala más enorme que hubiese visto nunca (y he visto muchas en el Cielo). Estaba repleta de... una especie de naves. Sí, naves para viajar por el espacio. Estaban contruidos con el mismo material de las Torres del Cielo. Supongo que eran barcos con los que los Ángeles viajan por el firmamento, como nosotros por el mar.

Conseguí entrar en uno y probé por primera vez la «silla de los sueños». Fue maravilloso, durante unas horas viví en un mundo limpio, sin sacerdotes, sin Ángeles. Yo me encontraba en una inmensa y blanquísima playa; a lo lejos, unos pequeños barcos de vela surcaban las aguas sólo por diversión de sus pilotos...

Desde entonces volví una y otra vez a aquel lugar. Cada día lo necesitaba más, incluso me impacientaba si encontraba grupos de Ángeles en el camino; en un par de ocasiones casi me descubrieron mientras estaba bajo la «silla de los sueños».

Logré desmontar un sillón y llevármelo. Funcionaba muy bien; me pasé horas y horas soñando, hasta aprendí a usar el selector que el sillón tenía en el brazo.

Pero una vez descubrí algo más. Apretando unos botones, no sucedía nada. Pensé que el sillón se había estropeado, cuando de repente vi una escena espantosa: era yo mismo, en aquella cola del rancho, hace muchos años, esperando y esperando para llevar comida a mi familia...

Fue tan nítido y real como el resto de los sueños. Recordé que había estado recordando la escena mientras probaba los botones. Así fue cómo descubrí que el sillón también puede registrar sueños.

He grabado escenas de mi vida, y ahora estoy grabando esto. Haré copias, pues también he logrado hacerlo, y las esconderé en todas las guaridas que abandone. Así dejaré un mensaje a aquel que los encuentre; un mensaje más claro que mis pinturas. Un mensaje de esperanza y rebelión. Los Ángeles son mortales. Alguien...

REGRESO

...me estaba abofeteando suavemente la cara. Bueno, no tan suavemente. Di un manotazo.

—Uff... —boqueé.— ¿Qué ha pasado?

Mis compañeros me rodeaban ansiosamente, incluso Depredador. Estaba tendido en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó nerviosamente Zabul.— No reaccionabas, como si estuvieras muerto.

—¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo? —susurré.

—Un par de minutos; aunque tenías que haber visto tu cara cuando intentamos sacarte del sillón. Parecías otra persona, y en un momento dado empezaste a gritar.

Palpé algo que corría por mis mejillas. Eran lágrimas.

—Era otra persona. ¿Has dicho un par de minutos?

—Sí.

Me incorporé con un esfuerzo, a pesar de la baja gravedad.

—Pues me parece haber vivido otra vida entera. Una vida horrible. ¿Dónde está mi casco?

Fue Depredador quien me lo alargó en silencio. Me lo fijé de nuevo sobre los hombros con el spray de trajes.

—¿Oannes? —recordé de repente.

—¿Sí, Jonás? —respondió mi amigo rápidamente.— ¿Cómo ha sido tu experiencia con el «secador»?

Le conté un resumen.

—Suenan horrible.

—Es peor que horrible. Ese desgraciado vivió en una zona judeo-cristiana, aunque en todas partes sucedía lo mismo. Reconocí a una ciudad musulmana en una especie de televisión... cambiaban los ropajes de los sacerdotes, y los nombres de las divinidades. Sin embargo, el resto era igual. Vid-varahas..., ¿te das cuenta de lo que significa? La Esfera es una trampa de muerte para los pobres desgraciados que viven en los planetas troyanos. Los habitantes de la cáscara tienen todo el poder: controlan el suministro de energía, y pueden bombardear a placer con asteroides donde sea y a quien sea. En cambio ellos son inaccesibles. Tus contemporáneos fueron unos estúpidos dejándose encerrar.

—Quizás no fueron tan estúpidos; —dijo el delfín en tono defensivo— los que quedaron en la Tierra eran fanáticos. ¿Qué civilización esperabas que surgiese de ahí? A esto se debió unir la hambruna, y el retroceso técnico inherente a un descenso tan tremendo de población.

—A pesar de eso, los sacerdotes encontraron la manera de mantenerse en la cima

—dije con rencor.

—Amigo Jonás, los sacerdotes siempre se las arreglan, bien para mantenerse en la cima, o bien para no hundirse, cuando menos.

—Esos ángeles, entonces, ¿eran los antepasados de los colmeneros?

—Coinciden con los diseños que se hicieron en mi época, pero... faltaban voluntarios. Los colonos del Halo preferían seguir usando escafandra. Me pregunto qué ocurriría para que su mentalidad cambiase de tal modo... Imagino que los primeros «ángeles» eran humanos normales, y empezaron modificando y adaptando a sus hijos. Luego... bien, ya has visto. Cuando me encontré con los colmeneros a mi regreso, pensé que habían fracasado.

—No, no fracasaron. Los colmeneros son el último paso de la adaptación del hombre al espacio, cuyo primer paso fueron los Ángeles. Por cierto, ¿para qué las alas?

—Bah, un simple mecanismo de refrigeración. La piel gruesa es, por necesidad, un aislante térmico demasiado bueno. ¿Por qué lo preguntas?

—Por un momento pensé que era para impresionar. No me explicaba que adoptasen voluntariamente un rasgo tan tétrico —yo no podía apartar de mi pensamiento las imágenes de aquel mundo de pesadilla.— Pobres gentes.

—No pienses más en todo esto. Murieron hace veinticinco millones de años; de ellos, de sus ciudades y sus industrias sólo quedan unos pocos fósiles incrustados en las rocas. Es como sentir piedad por los dinosaurios.

—No sé qué es un «dinosaurio», —contesté— pero si vivieses dos minutos como uno de ellos sentirías lo mismo que yo.

—Es posible —convino el delfín.

—Veinticinco millones de años; —dije pensativo— y los angriffs se extinguirán dentro de ciento setenta y cinco millones de años. Esos números deben significar algo, pero ¿qué?

Oannes no contestó, aunque ¿qué más daba? Había comprobado hasta qué punto los colmeneros jugaban con nosotros como un niño con unas figurillas de cera. Cualesquiera que fuesen sus planes, seguro que no iban a ser buenos para la especie humana.

Aunque ahora, al menos, yo tenía alguna esperanza de causarles daño, aunque fuera mínimo.

—Bueno, sigamos —dije.— ¿Dónde está esa maldita nave angriff? Oannes, guíanos, por favor.

VIII. LOS ETERNOS

LA NAVE

Seguimos las indicaciones de Oannes hasta que nos encontramos con otro mamparo añadido. Zabul y Hamalnarat montaron el láser para cortarlo.

—Jonás; —dijo de pronto Oannes— he estado pensando en el significado de esas dos cifras.

—¿Cifras? ¿Qué cifras? —dije distraído. El láser empezó a morder la pared con su taladro de luz.

—Veinticinco millones de años y ciento setenta y cinco millones de años. No sé si te has dado cuenta, pero suman doscientos millones de años.

Aquello me pareció la mayor simpleza que había oído por parte de Oannes.

—Asombroso; —ironicé— ¿lo has calculado tú, o te ha ayudado Vidya?

—Si puedes contener tu agudo ingenio, quizás encuentres esto interesante.

—Bueno, te escucho.

Mientras Zabul y Hamalnarat bregaban con el muro, Oannes dijo:

—Como hemos visto, los colmeneros hacen planes a muy, muy largo plazo. Esa cifra de ciento setenta y cinco millones de años no ha sido escogida al azar.

»Pregunto ahora: ¿qué acontecimiento ocurrirá dentro de ciento setenta y cinco millones de años, que impulsa a los colmeneros a desear ver muertos a los angriffs?

Pensé. La magnitud de las cifras era enorme, como sólo puede enfrentarlas la Geología, la Biología o...

La Astronomía.

—¿Qué sucederá? No, mejor... ¿qué clase de suceso astronómico ocurrirá entonces?

—Has hecho la pregunta adecuada, Jonás. Así que Vidya ha efectuado simulaciones de toda clase de movimientos de Akasa-puspa, la Galaxia, cúmulos globulares vecinos, etc.

Me senté. El mamparo se vaporizaba y chispeaba; al parecer era más grueso que los anteriores, y aquello iba a tardar.

—¿Cuál es la solución? Me tienes en ascuas.

—Pues verás: Akasa-puspa tarda doscientos millones de años en describir una órbita en torno a la Galaxia.

Oannes hizo una pausa. Pero yo no dije nada, y siguió.

—Dentro de ciento setenta y cinco millones de años, Akasa-puspa cortará el plano de la Galaxia por segunda vez... al decir «segunda vez», me refiero a que primero lo cortará dentro de setenta y cinco millones de años. Luego volverá a salir y, cien millones de años más tarde, lo cortará otra vez; o sea dentro de ciento setenta y cinco millones de años a partir de ahora. Entonces será la extinción.

Pensé intensamente en ello.

—Pero ¿por qué en la segunda vez? ¿Por qué no en la primera?

—¿Por qué no ahora? No, Jonás, los planes de los colmeneros no contemplan un simple genocidio. Los colmeneros tienen un proyecto para ellos.

—Pero... por Putana, ¿cuál? —grité. Zabol se volvió; sin embargo, no dijo nada. Continuaron perforando.

—Cálmate, Jonás —me rogó.— Voy a decirte lo que pienso, y tú me dirás si ves algún fallo en mi razonamiento.

»Dentro de ciento setenta y cinco millones de años, Akasa-puspa cortará el disco galáctico. Los angriffs no existirán. Por lo que la intersección es un suceso importante para los colmeneros.

»Ahora bien, la primera intersección debe significar algo. ¿Qué harán los colmeneros? Trata de encontrar tú la respuesta.

Oannes esperó. Traté de imaginarme algo parecido a lo que vi hace seis años (¿tanto tiempo?) en la *Konrad Lorenz*. Recordé las imágenes de terror de los humanos ante aquella esfera de soles que caía sobre la Tierra. Pero ahora...

¡Las máquinas Von Neumann!

—Los están convirtiendo —grité excitado— en máquinas vivientes de guerra. Contra las Máquinas. Cuando Akasa-puspa vuelva a cortar el disco galáctico, ya no existirán. Y quizás las Máquinas tampoco...

—Lo que explicaría por qué los criaron en el planeta desierto. Quieren que puedan sobrevivir en lugares inhóspitos. Con lo cual —concluyó Oannes— los humanos podrán colonizar la Galaxia. Esos cabrones de colmeneros no son malos del todo. A fin de cuentas, son humanos y quieren una Galaxia poblada por humanos.

—Muy amables. Podían habernos preguntado antes —dije con amargura.— A algunos nos gusta vivir en Akasa-puspa.

Quizás Oannes fue a decir algo; sin embargo, mis lóbregos pensamientos quedaron bruscamente interrumpidos.

Hubo un gran estampido. ¡El mamparo! Zabol había desaparecido por el hueco circular que estaba perforando, y una tromba de aire amenazó con arrastrarnos a los demás. Extendí las manos en busca de un asidero, y logré sujetarme a algo... que resultó ser la garra de Depredador. Me sujetó con firmeza mientras yo oscilaba, arrastrado por aquel huracán. Me sentía como una hoja seca en el viento otoñal.

—¿Qué pasa? ¡Jonás, contesta, por amor de la Tierra! —gritó el delfín.

—¡Había... hay... vacío al otro lado del muro!

—Ah, bien. Lo esperaba. Eso es el hangar. ¿Algún muerto?

¡Lo esperaba! Fui a lanzarle una réplica incisiva, aunque luego recordé su insistencia en que lleváramos los trajes sellados. Me maldije por mi descuido.

Depredador no se había olvidado, y se había atado a un montante con un cable.

—Gracias —farfullé.

—No hay de qué, Jonás —dijo el angriff, traducido por Vidya.

La tromba amainaba poco a poco. Supuse que debían haberse cerrado las compuertas, dejando sellada aquella sección. Cuando cesó, me arrastré hacia el orificio y me asomé con precaución.

En efecto, aquello era un hangar. Había miles de aquellas navecillas simplificadas. Hilera tras hilera tras hilera.

Busqué con la mirada a Zabul. Había sido despedido como el tapón de una botella de vino espumoso, junto con el disco de material que había cortado. La fuerza de marea era tan débil que caían con lentitud propia de un sueño, agitando brazos y piernas. La inercia le hacía describir una enorme parábola, y activó los chorros de su traje para reducir su velocidad horizontal.

La caída era tan lenta que no se hizo el menor daño, a pesar de que la altura era de doscientos metros. Con breves disparos de los chorros de maniobra, logró orientar su caída y se posó grácilmente de pie como un gato; nos hizo señas de que se hallaba bien.

Unas nubecillas de aire congelado se alejaban lentamente.

—Bueno, al menos no hace falta escalera —murmuré.

Procurando contener el vértigo, me dejé caer. El espectáculo era inquietante, ya que el paracaidismo era un deporte imposible para mí. Moví cuidadosamente brazos y piernas para caer de pie, como había hecho Zabul.

La caída duró varios minutos... los suficientes para aburrirme del primeramente aterrador paisaje. A pesar de la debilidad de mis piernas, pude soportar la caída sin problemas. Cerca de mí se posaron Hamalnarat y Depredador, cayendo tan suavemente como plumas.

—Ya recuerdo el lugar; —dijo Depredador— en aquella dirección.

Señaló con una mano. Zabul, que había sido alejado varios metros por la ráfaga de aire, se acercó con paso saltarín. Todos seguimos al angriff.

Atrás dejamos las inacabables hileras de naves de forma troncocónica, construidas del mismo material gris que las babeles o el propio Jambudvida: moléculas nucleares. Pero al rato empezamos a encontrar huecos en las filas.

—Mi nave —señaló Depredador. En efecto, allí se encontraba.

La nave angriff tenía el aspecto más estrafalario que hubiéramos visto en ningún vehículo espacial. El material de que se hallaba construida resultó ser cemento, como el que nosotros usamos en nuestras mandalas. ¿Habían aprendido esa técnica de nosotros? Pero al instante recordé que «nuestros» angriffs no tenían comunicación con los de la Esfera. Aquello debía ser un descubrimiento independiente.

La nave tenía forma de bala, y de su popa surgía lo que evidentemente era un impulsor de masas. Y sobre ese impulsor había algo.

Al principio no reconocí lo que era. Del impulsor surgía una serie de mástiles

delgados como cañas y cables tensos que soportaban unas... ¡pieles de angriff herbívoro! Había centenares de ellas.

—¿Es una especie de símbolo tribal o algo así? —pregunté a Depredador.

—No —contestó.— Es la fuente de energía, naturalmente. Las pieles absorben luz ultravioleta y son conductoras, por lo que generan un potencial eléctrico.

Lo miré boquiabierto. Miré aquella nave boquiabierto. La tecnología angriff tenía inexplicables contrastes; sin embargo, esto era increíble. ¡Naves espaciales de cemento con células fotovoltaicas de piel! Lo comenté con Oannes.

—No es tan extraño —me dijo.— La piel de los angriffs absorbe el noventa y cinco por ciento del ultravioleta. ¿Cuál es la eficiencia de vuestras células solares?

—No lo sé exactamente, —dije— pero es mucho menor.

—Desde luego. Sabes, en la Tierra había un animal llamado «oso polar»... un gran carnívoro semiacuático, que viví en el Ártico. Su piel absorbía también el ultravioleta, aunque no era conductora. Su pelo era blanco, y cada pelo era una perfectísima fibra óptica que conducía la luz hasta la piel. Tan efectivo era su sistema, que los ingenieros hicieron placas solares con pelos artificiales; esto ayudó a resolver parte del problema energético hasta que se construyó la Esfera. De modo que no consideres primitivos a los angriffs por eso.

—Eso es demasiado bueno. ¡Pantallas solares peludas! —reí entre dientes.— Supongo que las peinaban, ¿no?

—¿Cómo lo has adivinado? —se sorprendió Oannes.— Lavaban regularmente las placas para eliminar el polvo depositado por el viento, y luego las peinaban para orientar los pelos al mediodía.

—Ah... una simple suposición. Entremos —dije en voz alta. Saltamos a la escotilla.

Depredador cerró la escotilla y accionó una serie de mandos. Se oyó el silbido del aire al llenar la cámara, y tras comprobar las lecturas de unos diales, se quitó el casco. Tras una vacilación, Hamalnarat se quitó el suyo. Frunció la nariz, aunque no se cayó muerto, y lo imitamos.

El aire era caluroso y olía a caucho.

El interior de la nave angriff no se parecía en nada a cualquier nave que hubiésemos visto, lo que sin duda era bastante lógico. Parecía más bien una cueva. Los corredores eran cilíndricos, las puertas circulares, las salas tenían forma de tambor. Ni un solo ángulo recto a la vista.

Depredador nos condujo al puente. Seguía pareciendo una cueva, poblada por trogloditas supercientíficos. Por las paredes habían medidores, instrumentos y paneles de aspecto complicado.

El angriff se apoyó (no me atrevo a decir que se sentara) en una especie de taburete frente a lo que debía ser el tablero principal. Accionó una hilera de

interruptores.

Las luces del tablero cobraron vida, así como varias pantallas circulares de televisión. No tenían mucha definición... para ojos humanos, desde luego. Aquello no le gustó a Zabul, que aferró su repetidora. Ahora el angriff podía llevarnos a cualquier sitio, sin que nosotros pudiéramos evitarlo. Estábamos en sus manos.

Se oyó un silbido de propulsores, y aquella extraordinaria nave se alzó unos metros con un prolongado crujido. A través de los monitores apenas vimos unas formas confusas.

Lentamente, algo negro y enorme bostezó hacia nosotros. La nave se fue deslizando hacia el exterior, y en un momento dado estuvimos ingravidos.

Lentamente nos separamos de Jambudvida. La débil aceleración centrífuga nos llevaría a una órbita superior sin apenas gasto de materia eyectable.

—Estupendo —dijo repentinamente Oannes.— Habéis salido y os tengo en el telescopio.

Siguiendo las instrucciones de Oannes (chirriadas por Vidya), Depredador dirigió la nave hacia el pecio de la Hermandad.

Las horas fueron pasando.

EL VELERO

En una pantalla apareció la confusa imagen del velero de la Hermandad, que se fue ampliando poco a poco. Finalmente llenó la pantalla, y Depredador accionó los chorros de freno.

—Será mejor que el angriff se quede. Hamalnarat, vigílalo. Yo iré con Jonás —dijo Zabul nervioso, apretando la culata de su repetidora.

Depredador chirrió. Ahora su voz nos llegaba sin el intermedio del traductor.

—Precisamente iba a sugerirlo; —dijo al instante mi traductor— de lo contrario, no sabríais manejarla de vuelta.

¿Ironía? Y, sin embargo, yo también consideraba preferible que el ciudadano se quedase. Era un novato espacial, y le faltaba entrenamiento en actividades EV.

No estaba seguro de que fuera buena idea; por la misma razón, no descubriría una maniobra que tuviera como fin traicionarnos. Pero hasta ahora no habían indicios creíbles de deslealtad por parte del angriff.

—Pregúntanos por radio en caso de duda —añadió Zabul, como haciéndose eco de mis pensamientos. Hamalnarat asintió sombríamente. De modo que Zabul y yo sellamos los trajes y salimos al espacio.

Depredador nos había colocado a pocas centenas de metros del velero de la Hermandad, que llenaba casi un cuarto del cielo. Como había visto en las primeras imágenes, el anillo sustentador se hallaba intacto, aunque la popa había sido mutilada; desde donde estábamos podíamos ver sus entrañas. Me evocó una ostra abierta.

Nos acercamos al pecio con los pequeños impulsores de mochila, de diseño imperial. Zabul desenrollaba el fino cable proporcionado por Oannes, tejido con el mismo material de las babeles. Era del grosor de un lápiz, pero capaz de soportar el peso de una pequeña montaña.

El inmenso anillo de Jambudvida giraba lentamente bajo nosotros, y la Tierra brillaba como una incomparable pelota blanquiazul. Pero esta escena, impresionante como era, no podía compararse con el entorno. La Tierra y el mismo Sol eran como canicas en el interior de la inmensa Esfera de cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros de diámetro, que nos rodeaba como un muro de luz nacarina; muro sólo interrumpido por las aberturas polares. Una de ellas era de un negro intenso; sin embargo, la otra bullía con un enjambre de puntos de luz naranja.

Mientras flotaba, viendo acercarse el velero destruido, mi mente vagaba de la Tierra a Jambudvida y a la Esfera, tratando estúpidamente de abarcar la inmensidad con sus pequeñas neuronas. Al fin llegamos al velero; el Universo se contrajo a los insignificantes límites de una construcción hecha por humanos semejantes a nosotros mismos. Zabul se sujetó a unos hierros retorcidos, y alargó su fuerte brazo hacia mí.

Entramos en aquel pecio, taladrando la oscuridad con los conos de luz de nuestras linternas. A la luz amarillenta, el interior tenía un aspecto realmente tétrico.

En aquel lugar, me sentía como al entrar en la *Vajra* por vez primera, con mi flamante uniforme nuevo. Traté de recordar la disposición de corredores y cubiertas, porque sin duda la nave de la Hermandad debía ser similar; pero era difícil orientarse en aquel caos.

—Por aquí está el corredor axial —dijo Zabul.— La sala de baterías, galería de servicio... creo que es el mejor camino.

—Conoces muy bien las naves de la Marina —dije. Él sonrió con tristeza.

—Un infante que ha viajado mucho conoce todos los recovecos. Nos tratan como a lastre. Por ejemplo, si el comandante quiere disminuir la velocidad de rotación de su nave, ordena: «Los infantes a la cubierta exterior». Ya sabes, como un patinador al separar los brazos...

—Ya.

La luz de mi linterna atravesaba las tinieblas, reflejándose en una lluvia de confetti digna de una fiesta de Puja^[74]. Aquello debían ser las baterías; las naves espaciales usan baterías de cartón por su menor peso. Pero habían estallado en el vacío, y por todas partes remolineaban diminutos fragmentos de cartón deshidratado. Avanzamos impulsándonos entre una nevada de cartón flotante.

De súbito, algo se movió entre los fragmentos.

Mi linterna iluminaba una horrible visión... un rostro cadavérico espantosamente deformado, sus ojos convertidos en esferas rojas, su cara recorrida por una red de capilares sanguinolentos. La visión vestía un hábito de cuero negro, con el cabello largo de los monjes sikh, los soldados adhyátmicos de la Hermandad. El cuerpo había sido grotescamente hinchado por la repentina descompresión, y luego congelado y desecado en meses de exposición al espacio. No pude contener un grito.

Con repugnancia, di un empujón a aquella cosa flotante; la aparición se movió muy, muy lentamente, hasta rebotar contra un mamparo.

—Tranquilízate, Jonás; —dijo Zabul— si seguimos encontraremos más cadáveres. No hace falta gritar.

Nos abrimos paso a través de aquellos corredores. La oscuridad, apenas despejada por nuestras linternas, recordaba la de una cueva. Encontramos más cadáveres. Nunca me imaginé que hubiera formas tan variadas de morir en una nave espacial partida en dos.

El segundo había sido atrapado por una puerta, sin duda repentinamente cerrada por el huracán de la descompresión. Estaba decapitado, lo cual era un alivio, en cierto

modo.

El tercero había muerto de un modo peculiar: había pasado a través de una portilla de no más de treinta centímetros de diámetro, empujado por la presión del otro lado, como pasta de dientes a través de la boca del tubo. Su aspecto era tan informe como pasta de dientes.

El cuarto era similar al anterior. La presión le había forzado a través de una especie de escotilla, aunque esta vez bloqueada por una fina reja de alambre; parecía un huevo duro cortado en cuadraditos. A partir de él, dejé de preocuparme por estos «hallazgos».

Finalmente llegamos al puente. La puerta se negó a abrirse. Por ello, dedujimos que había aire al otro lado...

Zabul abrió la válvula de purga. Escapó un largo penacho de gas, como de un globo pinchado. La presión bajó hasta que pudimos abrir la puerta con poca dificultad... y aquí encontramos un nuevo tipo de muerte.

El puente había conservado el aire; los Hermanos habían sobrevivido algunas ¿horas? ¿días?

Estaban reducidos a esqueletos. Las bacterias de la putrefacción son en su mayoría anaeróbicas, recordé. Viven sin oxígeno.

Estaban envueltos en sus uniformes, como sacos. Algunos cráneos y huesos de los dedos flotaban por todas partes, en una «danza macabra».

Cada esqueleto sostenía una daga en la mano. Algunos la tenían clavada en la tela, entre las costillas.

No existía la posibilidad de reconectar el sistema de aire (que yo conocía desde mi estancia en la *Vajra*). Eso significaba regresos periódicos a la nave *anriff* para comer y rellenar los tanques.

Era una molestia; sin embargo, yo lo prefería, porque el puente sin duda no olería demasiado bien. La limpieza se limitó a tirar fuera los esqueletos, empaquetados en sus ropas.

Mientras recogíamos estos despojos, me di cuenta de que Zabul me dirigía una mirada inquietante. Dejó un momento lo que estaba haciendo, y se aproximó a mí. Con un gesto casual desconectó mi radio.

Le miré sin comprender. Por toda respuesta, me tendió su cable de comunicación

traje-traje.

—¿Qué te sucede? —le pregunté cuando estuvo conectado.

Zabul me observó detenidamente y en silencio, durante más de un minuto. No pude leer nada en su rostro inexpresivo. Empecé a inquietarme.

—Estoy tratando de decidir —dijo al fin— si has tenido algo que ver con la muerte de Ivraim y Sati. Pienso si debo matarte.

Por un momento tuve la sensación de algo ya vivido anteriormente, como si hubiese estado antes en esta situación. De repente comprendí que, en efecto, así era. *Oh, no, por favor, pensé. Me he alejado de un paranoico para quedar encerrado con otro, en un pecio errante en el espacio.*

La mano descarnada de uno de los Hermanos flotaba sobre su hombro izquierdo. Parecía tan simbólico... la mano del muerto impulsando al vengador... pero ¿en qué estaba yo pensando?

—¿Bien? —dijo Zabul.— ¿Los denunciaste a Chait Rai, o no?

Su voz era tranquila, pero percibí la ira debajo. Retrocedí, olvidando que estábamos unidos por aquel ridículo cordón umbilical doble. Zabul avanzó, quizás para no cortar la comunicación, pero yo grité:

—¡No te acerques! —su casco golpeó contra la mano esquelética; los huesos se dispersaron con lentitud propia de un sueño.

—Tranquilízate, Jonás.

—¿Que me tranquilice? ¿Acaso... acaso no has decidido ya matarme?

—Sólo te mataré si no puedes demostrar tu inocencia —respondió calmamente.

— En realidad, sigues vivo porque no estoy del todo convencido de que traicionaste a mis compañeros. Pero...

—... a menos que pueda probar mi inocencia, dejaré de estarlo.

Yo estaba tan asustado como irritado.

—El acusado es culpable mientras no se demuestre lo contrario —grité.— Eso parece más propio de Chait Rai que de ti.

Zabul parpadeó. Yo insistí.

—¿Qué puedo hacer para demostrarlo? ¿Jurar que no lo hice?

—Un juramento no me basta.

—¡Kamsa y Putana! Si al menos me hubieses hecho esa pregunta en tierra, te habría mostrado el microtransmisor que llevaba yo en un botón de mi camisa.

—¡Oh, vamos! —resopló con incredulidad.

—De fabricación imperial. Por lo menos tienes que admitir que es algo creíble, ¿no? Concuera con el temperamento de Chait Rai. Y él ha servido en el Imperio, ¿no es así?

Guardó silencio. Uno de los metacarpianos de la mano esquelética flotaba cerca de mi cara, como un lápiz marrón. Sentí el impulso irracional de cogerlo, pero

comprendí que era mejor no hacer movimientos bruscos cerca de Zabul.

Al fin gruñó:

—Así que tu prueba está a tres millones de kilómetros de aquí. No es un argumento muy sólido.

—Si fuese culpable, me habría preparado una coartada mejor —retorcí un poco el hilo de la lógica.

Zabul seguía pensativo. Finalmente asintió con relucencia.

—Después de todo, eres el único que puedes llevar a cabo este loco plan.

—Y ese argumento pesa más en mi favor que la regla «en caso de duda, absuelve al acusado» —no resistí la tentación de ironizar.

—En efecto —contestó Zabul, sin sentirse insultado.— Eres la única esperanza que tengo de salir vivo de aquí. Pero... si regresamos a la Tierra y tu camisa no tiene un microtransmisor... bien, mejor es que vayas preparando una mejor defensa.

Desconectó el cable y yo volví a conectar mi radio.

—Volvamos al trabajo —dije mientras recogía los huesecitos de la mano. Proseguimos la limpieza en un silencio hosco.

Amarrar la estacha a la nave fue asunto difícil. Primero, recorrimos el lugar en que la nave había sido cortada. Transmiti imágenes a Vidya, que pudo localizar los puntos adecuados en los que la estructura podía resistir el tirón de la aceleración (aunque fuese muy débil). Encontró que el bao maestro se encontraba intacto, y allí aseguramos el cable, a ambos extremos, formando un complicado paralelogramo.

Agotados, volvimos a la nave angriff a comer y dormir. La operación de remolque comenzó; Depredador movió una serie de interruptores, y los chorros de iones empezaron a arrastrar al velero.

PLANES

Durante cuarenta y ocho horas, la nave angriff remolcó al velero humano. Depredador seguía meditando. Tenía varios objetivos que cumplir.

Primero: matar a los humanos.

Segundo: ...

¿Debía dejar antes que los humanos atacasen a los dioses? ¿Por qué no? Fuese cual fuese la reacción de los dioses, sus iras no se dirigirían contra el Pueblo.

¿Pero cuándo actuar? Primero debía dejar que se confiaran. Luego...

Depredador no temía las armas de los humanos. A corta distancia, podía matarles a todos. Debía pensar en el regreso al Planeta Criadero; eso significaba provisiones. Y los humanos estaban muy musculosos.

Y, sin embargo, Jonás... Jonás era un caso especial. Parecía un absurdo derroche matarlo: después de todo, era un Sabio... a la manera de las Presas.

Ese era el problema. Sabía demasiado. Sería más prudente matarlo.

Pero el Conocimiento Es Un Recurso, como no se cansaba de decirle su tutor. Depredador, criado en un planeta desértico, sabía bien que el conocimiento significa muchas veces la diferencia entre vivir o morir. Y se hallaba acostumbrado a No Derrochar Recursos.

Decidió que Jonás debería vivir.

Sí, pensó, llevaré a Jonás al Planeta Criadero. Los Sabios lo interrogarán. Aquella máquina pensante, Vidya, traduciría para los Sabios. Y yo ganaré prestigio. Los Sabios me incluirán entre los suyos.

Recordó cómo Jonás le había hablado de su estancia entre los Sabios humanos, en aquel distante planeta. Jonás había viajado mucha distancia para aprender. Bien, pronto sería el principal personaje de otra escuela. Disfrutaría de todas las comodidades. Depredador recordó su jaula: Jonás sería el Sabio mejor guardado de todo el Planeta Criadero.

Si los angriffs pudieran sonreír, Depredador lo habría hecho.

LA ESPERA

—Rotación, dos pi radianes por hora —dijo Oannes.— Izad velas.

Zabul accionó los chorros tangenciales; el velero empezó a rotar lenta y majestuosamente.

A través de mi asiento me llegó el zumbido de las maquinillas de driza. Como una flor de cien pétalos de plata desplegándose, diez kilómetros de velas de luz se abrieron al sol.

—Velas izadas. Rotación, dos pi radianes por hora.

La respuesta de Oannes tardó varios segundos.

—De acuerdo, —dijo Oannes— cazad la escota de la vela número tres hasta que flamee, luego lascad poco a poco.

—Enterado —apreté una palanca. La vela fue tomando el ángulo adecuado. Ajusté la tensión según las indicaciones de Oannes.

Zabul y yo repetimos la maniobra con todas las velas, una a una. Cada vela debía adoptar un ángulo dado, hasta formar un colosal espejo cóncavo de cien kilómetros cuadrados. El aire en el interior de nuestros trajes se encontraba húmedo de sudor.

—A Arquímedes le hubiera gustado ver esto —dijo Oannes.

—Arqui... ¿qué?

Hubo un intervalo de silencio.

—No importa; bueno, ahora ya está. Deberéis cambiar el reglaje cada seis horas, para compensar vuestro movimiento y el del blanco, así como el retraso debido a la velocidad de la luz. De lo contrario, vuestro rayo de la muerte dejará de funcionar.

—Oannes, no quiero matar a ningún colmenero —repliqué.— Ten todos los canales abiertos, y avísame tan pronto recibas un mensaje, por simple que sea.

Intervalo de silencio.

—Descuida, te avisaré.

—Jonás, —me dijo Zabul— deberíamos volver a la nave a renovar el aire...

—Bien.

Regresamos al espacio. Fuera del velero, la vela resplandecía cegadoramente, incluso en ángulo. Era el objeto más espectacular del cielo, y eso que estábamos rodeados de objetos espectaculares. La rotación del velero tensaba las velas, mientras los estays y las escotas las mantenían en el ángulo calculado.

La Tierra relucía azul, rodeada por el anillo de juguete de Jambudvida. A esta distancia, los mensajes de Oannes nos llegaban con unos segundos de retraso, lo que podría ser fatal.

La estacha que nos unía a la nave angriff se extendía casi dos kilómetros. La propia nave tenía un aspecto realmente alienígena, pero allí se hallaba nuestro refugio. Nos impulsamos a lo largo del larguísimo y delgado cabo, con nuestros

cables de seguridad unidos a él por grilletes.

Hamalnarat nos recibió al salir de la esclusa con una sonrisa de alivio; nos quitamos los cascos, aunque no los trajes: eso exigiría gastar más de la espuma para volvérnoslos a poner, y tendríamos que usar demasiada.

Las horas pasaron.

La temperatura debía estar aumentando en el pellejo de aquellos juggernauts; también lo hacía en la nave. Aquella atmósfera tórrida era sin duda ideal para los angriffs, aunque muy molesta para nosotros. A pesar de que era seca, mi traje de espuma sólida estaba húmedo de sudor y me picaba. Un sudor debido no tanto al calor sino al miedo. *Estábamos atacando a criaturas con una ciencia más antigua que la nuestra en veinticinco millones de años.* Aquello era tan tremendo que me hizo olvidar las amenazas de Zabul.

Claro, nuestro blanco eran los juggernauts, simples bestias sin cerebro; pero, quién sabe, quizás mataríamos a algunos colmeneros. Nadie sabía cómo iban a reaccionar.

Recordé a Yusuf, parecía que fuera hacía un siglo, haciendo la autopsia a un colmenero. A los demás no parecía importarles gran cosa. Según Yusuf, arrojaban a los muertos al espacio... o a la despensa... sin ningún tipo de ceremonia. Esto parecía un rasgo primitivo, y así lo interpretábamos todos. ¿Lo era?

Es un hecho establecido que, cuanto más civilizada está una sociedad, más importancia concede a la vida de sus miembros. La esperanza de vida es mayor, y hay más que perder. Esto se cumple en todas las sociedades humanas que conocemos, y no hay razón para suponer que en los colmeneros pudiera ser distinto.

Pero, por otro lado, el culto a los muertos (o más bien, el miedo a los muertos) depende de la religión, y en una sociedad avanzada, la religión pesa menos. Sin duda, los colmeneros eran unos ateos integrales.

Pero también sin duda poseerían un gran apego a la vida. Y yo estaba poniendo en peligro las vidas de algunos de ellos.

Me sentía exasperado. Por otro lado, la mirada de Zabul me inquietaba.

—Creo que deberíamos ir a reglar las velas —dije de repente a Zabul.

—Aún no ha pasado el plazo convenido —dijo suspicaz.

—No me gusta dejarlas sin vigilar —se me ocurrió una idea.— Una cosa, podría ir yo solo, y tú vas al próximo turno. Es mejor que se queden dos aquí.

Miré significativamente a Depredador. Zabul nos miró a ambos. Pude adivinar en su mente una punzada de recelo, pero la razón acabó venciendo: la nave angriff era lo único que me permitiría regresar. Nada ganaría destruyéndola para librarme de él.

Sin duda, pude seguir tan bien su línea de pensamiento gracias a mi entrenamiento al lado de Chait Rai.

—Bien, como quieras —dijo Zabul. Al contrario que yo, parecía aliviado. No le gustaba estar en el velero, dejando al inexperto Hamalnarat a bordo con el angriff.

Volví a cerrar la escafandra. Informé a Oannes del nuevo plan, y su confirmación llegó tras el retraso habitual.

En el último minuto, ya a punto de entrar en la cámara, cogí una de las botellas de reserva. No sé por qué, quizás era mi creciente desconfianza ante Zabul. Pero de no haberlo hecho... bueno, el caso es que la cogí.

De nuevo el espacio desplegó su magnificencia ante mí. Otra vez me arrastré a lo largo del cable.

En el velero todo seguía igual.

Comprobé el reglaje: todo correcto. Me dispuse a esperar.

Ahora pensaba que había hecho mal dejando la nave angriff. Aquella sombría nave de muerte, tripulada por espectros, no era exactamente lo adecuado para tranquilizar los nervios.

Solamente el recorrer el camino en la oscuridad... con aquellos cadáveres a la deriva... *¡Kamsa y Putana, pensé, este viaje va a volverme supersticioso!*

Traté de ver adónde se dirigía nuestro rayo. Naturalmente, éste era invisible en el vacío, y también lo era la manada de juggernauts. Sólo teníamos la palabra de Oannes; sin embargo, Chait Rai habría dicho que no confiaba en aquel «pez». Era un disparo a ciegas, sin otra guía que los cálculos de Vidya.

Me pareció ver un punto iluminado allí, en la dirección en la que apuntaba la vela espejo; pero no podía asegurar nada. Era luz sobre luz.

Bostecé. Aquella misión oscilaba entre la tensión y el aburrimiento. El puente no tenía otra iluminación que las luces de los instrumentos; no había otro sonido que mi propia respiración.

Por ello me llevé un susto de muerte cuando sonaron disparos.

LOS PLANIFICADORES

Axzel se movía entre las plantas asteroidales con la ligereza y la gracia de un danzarín. Su cuerpo, adaptado al espacio, era tan adecuado a su medio como el del pez al mar o el del pájaro al aire.

—Problemas —dijo una voz en sus nervios.

Axzel se inmovilizó.

—Los Caminantes nos atacan.

Axzel emitió un pensamiento-imagen. Incredulidad: un planeta en forma cúbica.

—Están calentando un rebaño —fue la respuesta.

—¿? —pensó Axzel.

—Uno de sus toscos veleros de luz —Metáfora visual: una hoja-espejo, concentrando la luz en el órgano fotosintético.

—¡¿?!

—Eso mismo digo. Parece que los Caminantes se están moviendo demasiado aprisa. —Metáfora conceptual: un taquión.

Axzel emitió el equivalente telepático de un encogimiento de hombros. Imagen: la diferencia entre un electrón de spin $+1/2$ y otro electrón cuyo spin fuera $-1/2$.

No era realmente telepatía, sino mensajes neurales codificados y transmitidos en una compleja señal casi indescifrable... excepto por el refinado sistema nervioso de un colmenero. Era lo más cercano a la telepatía que las leyes físicas podían permitir.

—¿Algún(os) muerto(s)?

—0.

—Precisamente ahora... —pensó Axzel.— Y a un rebaño... ¿es posible que <desconfianza> sospechen?

—Difícilmente.

—Y, sin embargo, la simultaneidad de acontecimientos es significativa.

—No hay pruebas. —Imagen: un agujero negro.

Axzel meditó profundamente durante un milisegundo. Con una mano, se aferró a una maraña de «lianas», plantas con el tallo recubierto de pelos transparentes.

—¿Altera los planes?

—Sólo como distracción. —Impaciencia: un átomo con una probabilidad del 99'9% de desintegrarse en el próximo minuto.

—Propongo contraatacar —dijo Axzel.

El mensaje abandonó su órgano emisor. La luz tarda veinticinco minutos en recorrer diametralmente la Esfera; al cabo de poco más de cincuenta minutos tuvo la respuesta.

Miríadas de señales convergían sobre él. Dado que eran señales del tipo cero-uno, no tardó mucho en tabularlas.

MOTÍN

Salté del asiento. De tener las piernas normales, habría atravesado el techo; a pesar de ello me di un topetazo contra él.

Con el corazón batiéndome como loco, miré a mi espalda. Durante unos horribles segundos había temido ver a una horda de cadáveres ambulantes encañonándose. Traté de introducir nuevamente aire en los pulmones, y de pensar. Por supuesto, los disparos, aun de haberlos, no sonarían en el vacío. Por tanto...

La radio. Conectada.

De repente, sentí como si un trozo de hielo bajase por mi espina dorsal.

—¡¡Oannes!! ¡¡Vidya!! —aullé.— ¡Algo está pasando en la nave angriff!

Silencio. Volví a llamarles a gritos.

Idiota, pensé, a Oannes no le ha llegado la onda.

—¡Zabul! ¡Hamalnarat! ¡Contestad, por el Profeta Inmortal! —grité.

Una voz me contestó.

Era el chirrido de Depredador.

De modo que, cuando Oannes chilló: «¿Qué son esos disparos? ¡Jonás, contesta, por favor!», yo ya había tenido tiempo de serenarme.

—Tranquilízate, Oannes, ya es tarde. Recuerda el retraso...

No escuchó, naturalmente. Oí mis propios gritos, retransmitidos desde la nave de Oannes.

—Por favor, Jonás, ¿no me oyes? Oh, mierda, el retraso.

—Escucha, Oannes. Han sonado disparos en la nave angriff. Ni Zabul ni Hamalnarat contestan, sólo se oyen los chirridos de ese... ¡Kamsa y Putana!

Di un puñetazo sobre el brazo del sillón, con ira impotente.

Silencio... silencio... silencio.

—Jonás, aquí Vidya —me dijo la voz inexpresiva del ordenador.— Depredador quiere hablarte...

—¿Sobre el menú del día? —tuve el suficiente humor para decir.

—... te propone términos de rendición. El diálogo va a ser un poco difícil por el retraso, pero traduciré.

Asentí cansadamente, sin darme cuenta de que no podía verme.

—Dile que se vaya al infierno.

Silencio... silencio... silencio.

—Depredador dice: «No temas, Jonás, no voy a hacerte daño».

—Pregúntale qué ha pasado con Zabul y Hamalnarat. Pregúntale por qué debería confiar en él.

Silencio... silencio... silencio.

—Están muertos. Pero a ti no tengo motivo para matarte. No intenté atacarlos hasta que estuviste fuera de la nave. No quería que resultases herido.

—Pregúntale qué quiere —inconscientemente, yo me dirigía a Vidya en lugar de dirigirme a aquel monstruo.

Silencio... silencio... silencio.

—Quiero que vengas conmigo. A mi planeta.

—¿De veras? ¿Qué piensas hacer conmigo?

Silencio... silencio... silencio.

—Jonás, tú eres muy... —Vidya intercaló.— No entiendo esa palabra, probablemente «valioso», «útil», «favorable». Continúo: nos serías de mucha ayuda.

Abrí la boca. Sentí un infinito cansancio.

—No... no sé que... no sé qué decir. Por favor, Vidya, dale cuerda. Ya sabes.

Silencio... silencio... silencio.

—Tú no eres un matador. Nosotros lo somos, y tú has matado indirectamente a miles de los nuestros. No somos vengativos, pero queremos tu talento.

—¿Crees que voy a ir al matadero por voluntad propia? ¿Por qué iba a confiar en un angriff otra vez?

Silencio... silencio... silencio.

—Aquí Vidya. Según parece, Depredador es más astuto de lo que pensábamos. Dice que no te queda elección.

—¿Qué planes tiene para mí? Vidya, esto último es sólo para ti y Oannes. ¿Hay algo que podáis hacer?

Mientras el mensaje iba y venía, me di cuenta de lo absurdo del pensamiento. La respuesta fue la que me temía.

—Jonás, lo siento; —este era Oannes— como comprenderás, estoy inmovilizado. Este hijo de perra con pico dice: «Ya te lo he dicho, queremos tu conocimiento. Es muy posible que, con tu ayuda, emprendamos la guerra contra los dioses. Y somos muchos. ¿No te gustaría eso?».

Estaba tan estupefacto que por un momento no supe qué decir.

—Eso no era idea mía, sino de Chait Rai. Y está loco.

Silencio... silencio... silencio.

—No importa, confía en mí. Yo podría haberos matado en cualquier momento desde que subísteis al ascensor de la babel.

—Pregúntale... ¿qué piensa hacer si no voy a su nave?

Silencio... silencio... silencio.

—Tienes una reserva limitada de aire. Si te quedas ahí morirás. Yo puedo permitirme esperar. Aguardo silenciosamente tu respuesta.

A continuación habló Oannes.

—Jonás, Vidya me recuerda que, teóricamente, tú eres el comandante de la nave. A ti te toca decidir.

Es una elegante manera de lavarse las manos, casi grité. Pero tenían razón. La decisión era mía, y sólo mía.

Miré por una portilla. La nave angriff tenía un aspecto más amenazador que nunca.

Lentamente cogí una de las dagas, símbolo de los soldados adhyátmicos de la Hermandad. Era un imponente cuchillo levemente curvado como un yatagán^[75], con una hoja de veinticinco centímetros de largo.

Parecía un arma tan débil frente a las garras de Depredador...

Depredador ignoraba que yo tenía una botella de oxígeno, todavía llena. Sólo serviría para prolongar la agonía unas horas más.

Pero ese margen era con lo que yo contaba. Si Depredador se hallaba tan ansioso por cogerme vivo, no me dejaría asfixiarme. Vendría a por mí, cuando el plazo se estuviera acabando.

Y yo tendría aún aire...

Yo nunca he sido un hombre de acción. Mi defecto físico me impidió dedicarme a los deportes, y por otro lado, mi temperamento no es tampoco el de un aventurero.

Pero aquí, sin gravedad, mis piernas no son imprescindibles. Eso compensa la limitación física.

Y, en cuanto a la limitación temperamental... bueno, hay que ver lo valiente que se vuelve uno cuando la alternativa es pasarse el resto de la vida en un planeta de monstruos, enjaulado como una mascota.

Yo mismo no podía creerlo, pero canturreaba mientras buscaba un arma de fuego.

EL CONTRAATAQUE

Y allí estaba yo. Agazapado sobre el casco de un velero de la Hermandad tripulado por cadáveres, envuelto en un hábito negro de la Hermandad para ocultarme entre las sombras, empuñando con ambas manos una repetidora 21-A, llevando al cinto la daga... otro habría sentido un miedo irracional al llevarla; sin embargo, yo no era supersticioso.

O tal vez sí... un cuchillo que había bebido sangre de un Hermano...

—Socorro... —murmuré con voz débil.— Me asfixio... ah...

Vidya estaba haciendo un trabajo magnífico con los «efectos especiales»: sobreimponía a mi voz un angustioso jadeo sibilante. ¿Lo creería Depredador? Yo había salido del puente por la escotilla de urgencia, invisible desde la nave angriff. Depredador ignoraría mi ausencia.

Mi escondrijo era el anillo de fijación de las velas. A mis poco expertos ojos, era un complejo de riostras, cables, jarcias, escotas, puños de amura, obenques... Todo ello de una delicadeza increíble, como hecho de seda de araña y cabellos. Habían tantas sombras que, pensé, una más no se notaría.

Mi traje era incómodo, y yo sudaba dentro de él.

Vigilaba atentamente la nave angriff. Esperaba el momento en que Depredador saliese. Entonces...

¡Se abrió la compuerta!

Una figura plateada destacó sobre el oscuro casco. Relucía al sol, teniendo como fondo las pieles negras captadoras de luz. Mi corazón se desbocó.

La figurita, poco más de una mota, empezó a deslizarse sobre el cabo de amarre. Lentamente se aproximó.

Mi corazón se había lanzado antes de tiempo...

Depredador avanzaba mano sobre mano, a lo largo de los dos kilómetros de cable. Su avance era apenas perceptible. Pero, teniendo en cuenta todo, avanzaba más rápido de lo que esperaba. Indudablemente tenía prisa.

Debido a que estábamos casi en línea recta, no tenía movimiento lateral, sólo de avance hacia mí. Sería como tirar sobre un blanco estacionario.

—Auxilio... —murmuré.

Me moví un poco, inquieto. Las manos me sudaban tanto, dentro del traje, que temí que me resbalasen en el momento crítico. Por enésima vez comprobé que el seguro estaba quitado.

Depredador seguía su avance. ¿Cuánto tiempo llevaba? Veamos, dos kilómetros... si avanzase a la velocidad de un hombre andando, media hora. Pero era

posible deslizarse a lo largo de un cable a más velocidad. Yo había oído que un marino experto puede alcanzar los veinte kilómetros por hora, aunque no era recomendable: si no puedes frenar a tiempo, te das un mal golpe.

Volví a removerme. Depredador ya se hallaba a mitad de camino, si mi vista no me engañaba. Y ahora pude apreciar que iba realmente rápido.

¿Tanto confiaba en su fuerza? La presión de la mano sobre el cable quizás desgarrase el guante.

Miré con atención, entrecerrando los ojos. ¿Era mi imaginación, o se hallaba unido al cable por una especie de arnés? Sí... sí. Un cable de seguridad unido por una amplia gaza al de remolque, para no separarse accidentalmente.

¿Llevaba el arnés un dispositivo de freno? Es muy posible. No conozco todas las triquiñuelas del trabajo EV.

Aquello me hizo pensar en mi propio cable de seguridad. Estaba correctamente sujeto por el grillete.

Depredador se encontraba a un cuarto de kilómetro.

Apunté la repetidora. ¿Ya? No, espera que se acerque. Cuando esté a unos cien o ciento cincuenta metros...

Ahora pienso que mi error fue no disparar entonces. La gravedad no reducía el alcance de los proyectiles (un detalle que olvidé neciamente). Hubiera debido apuntar lo mejor que pudiera, y acto seguido vaciar el arma sobre Depredador, confiando en la ley de probabilidades. Una sola bala en el traje espacial hubiera bastado.

Y, sin embargo, si lo hubiera matado, hubiera vuelto a bordo y...

En fin, cuando decidí disparar... entonces Depredador zigzagueó.

¡Era un demonio astuto! De repente soltó su arnés, quedando libre en el espacio. Llevaba una mochila de gas, con la que alteró su rumbo en una serie de zig-zags, evitando una trayectoria recta. (Por cierto, es más difícil de hacer de lo que parece).

Apreté los dientes, abandonando mi idea de disparar.

Depredador desapareció por el horizonte de metal. ¿Qué haría cuando no me viera dentro? ¡Buscaría el lugar por el que yo había salido!

Rápidamente, solté mi cable. Tuve que contenerme para no hablar, o Depredador sospecharía.

Con un impulso de mi brazo, floté hasta la escotilla de emergencia, saltando entre los puntales. Deprisa, antes de que llegue... yo jadeaba sin aliento... Cuidado... no te enredes en esa maraña o te pescará como un pez... Tenía que valerme de una mano;

con la otra sujetaba el arma.

La escotilla de emergencia apareció ante mí, cerrada, como la había dejado. Me afirmé en un punto en el que podía controlarla, y apunté la repetidora hacia ella. Depredador iba a caer en mi trampa como un tonto.

Pero más tonto fui yo.

Espera... espera... espera...

Maldito, ¿por qué no sales?

Un brazo de metal descendió súbitamente ante mis ojos y me arrancó la repetidora de un manotazo. El arma se alejó, dando vueltas, en el espacio.

Una cosa está clara, los angriffs son mejores cazadores que nosotros.

Sentí una sacudida en mi cintura. Con uno de los filos que llevaba en la rodilla, había cortado de un golpe seco mi cable. Depredador flotaba ante mí, relajado. No deseaba matarme, evidentemente. Se acercó con lentitud perezosa.

Desenvainé el cuchillo y se lo clavé... o lo intenté, porque su traje era una auténtica armadura.

Retrocedió por efecto de mi golpe, creo que sorprendido. Yo también me alejé de él, tocando con mi espalda una jarcia. Depredador se impulsó hacia mí. Sus movimientos eran lentos y cautelosos. No quería herirme con los agudos filos que sobresalían de su traje.

Golpeé de nuevo, y me esquivó con facilidad. Uno de sus brazos salió disparado y me sujetó el brazo armado. Con el otro brazo, disparó los chorros de su mochila, y de pronto me vi en el espacio.

El acelerón casi me dislocó el brazo; sin embargo, Depredador me tenía bien sujeto. No podía desarmarme, aunque tampoco le preocupaba, al parecer. Cambié el cuchillo de mano y lancé otro golpe.

Depredador me soltó. Ahora, me encontraba flotando en el espacio. Depredador me tenía a su merced.

Desesperado, saqué mi pistola de gas y traté de alejarme de él. Pero se lanzó contra mí, impulsado por su más potente chorro.

Fue como embestir contra una pared; la pistola de gas escapó de mis manos, mientras Depredador me rodeaba con los brazos, sujetando los míos pegados al cuerpo.

Yo seguía jadeando, empañando el plástico del casco con mi aliento. Apenas podía moverme, pero clavé de nuevo la daga, esta vez en su espalda.

Y esta vez sí corté algo.

La cabeza de Depredador dio una espasmódica sacudida que golpeó contra mi casco, haciendo que mi frente lo golpease a su vez. Quedé aturdido unos instantes.

Abrí los ojos y me encontré libre.

Del traje de Depredador salía un chorro de vapor que se disipaba rápidamente en el vacío.

Su casco se empañó, al enfriarse el aire que contenía. Manoteaba desesperado, tratando infructuosamente de taparlo con los dedos. Su cabeza se retorció y giraba. Finalmente quedó inmóvil.

Y yo me alejaba del velero con lentitud.

De repente, tomé conciencia de la situación. No había modo de volver a la nave. La muerte por asfixia me llegaría al cabo de pocas horas. Manoteé, grité, aunque todo inútil. El chorro de la mochila de Depredador me había hecho adquirir velocidad; no mucha, pero puesto que yo no tenía medio alguno para variarla, lo suficiente. Pronto estuve a más de un kilómetro del velero.

Ante mis ojos desfilaban los huecos de la Esfera, el velero, la Tierra, la nave angriff, el sol, el cadáver de Depredador, los planetas troyanos... mi cuerpo giraba con lentitud. Empecé a marearme.

El cielo resplandeció.

¿Qué estaba pasando? Lo que vi me pareció un monstruoso trastorno de las leyes naturales.

La Esfera temblaba.

Ondas luminosas la recorrían, tan veloces como las olas en el agua ante un soplo del viento. ¡Para aquello, pensé, debían moverse más rápidas que la luz!

Pero era sólo apariencia. Las olas no avanzan, son sólo una perturbación de un medio. Y aquí el medio eran billones de hojas-espejo de los árboles asteroidales. Billones de hojas que buscaban una nueva orientación.

Estaba tan absorto en aquel increíble fenómeno que olvidé mi precaria situación.

Las ondas se movían de modo parecido a las ondas producidas por una piedra al caer al agua, aunque a la inversa: colosales anillos de luz convergían en un punto más y más brillante.

De repente, la escafandra se oscureció, como hacía cuando la intensidad luminosa superaba cierto umbral. Pero fue un alivio temporal, ya que la Esfera seguía aumentando su brillo. Incluso lo sentía con los ojos cerrados.

Era insoportable. ¡Unos segundos más y las células de mi retina empezarían a echar humo!

El único alivio fue la rotación de mi cuerpo, que hizo que le volviera la espalda... pero lo que vi al apartarse de mí aquella mancha cegadora me llenó de horror.

El velero estaba al rojo. En segundos, pasó a través de los colores rojo cereza,

rojo vivo, rojo blanco y...

El velero se convirtió en una nube de vapor. El proceso duró escasamente cinco segundos.

Traté de girar más despacio abriendo brazos y piernas al máximo. Conseguí ver la nave angriff pasar por lo mismo: en cinco segundos fue vaporizada.

La terrible luz desapareció.

Mis ojos parpadearon, lacrimosos. Se adaptaron lentamente a la oscuridad.

Yo flotaba solo en la inmensidad.

De repente fui azotado por un huracán. ¿Viento? Naturalmente, era la nube de vapor metálico que había sido el velero, en rápida expansión.

La túnica de cuero de la Hermandad, con la que había intentado torpemente camuflarme, quedó picada de manchitas humeantes; parecía una hoja de papel sobre la que caen las chispas de una fragua. Me la quité frenéticamente. Algunas pavesas se pegaron a mis guantes, que sacudí a manotazos.

Los gases se enfrían al expandirse. Supongo que ello impidió que yo fuese asado también.

¿Qué temperatura habían alcanzado las naves? Bueno, concentrando la energía producida por medio sol en un punto... considerando de modo pesimista el albedo de los espejos... la temperatura podía ser igual a la de la superficie del sol. ¡No me sorprendía que las dos naves fueran vaporizadas instantáneamente!

Las dos nubecillas de gas que habían sido dos naves espaciales se habían vuelto tan tenues como humo de cigarrillo.

Miré en torno, con la apatía de la muerte cercana. Algo siseaba en mi traje, y los oídos me zumbaban. En algún lugar, había una fuga.

Como un insecto, habíamos molestado a un gigante, y éste nos había aplastado sin contemplaciones. No importaba que mis tres compañeros no muriesen directamente a causa del destello. Yo me había salvado de milagro, sólo para encontrar una muerte lenta...

El cielo seguía girando sobre mí. Empecé a sentir vértigo.

Vomité. No tendría gracia inundar la escafandra y ahogarme en mi propio vómito antes de asfixiarme; sin embargo, mi rotación hizo que se acumulase en un rincón de la escafandra, formando un charco repugnante.

La cabeza me dolía como si me apretasen con un tornillo de banco, y me sentía mareado. Era el «mal de la montaña», debido a la bajada de presión.

Sucedió de repente.

Un momento antes, el espacio se hallaba vacío. Cuando di la vuelta de nuevo, allí

se encontraba: una especie de roca informe, vagamente esférica.
No pude ver más. Jadeando, me hundí en la oscuridad.

AVATAR

Me revolví, semi adormilado y bostezando. ¡Qué absurda pesadilla había tenido! Yo trataba de quemar a los colmeneros con un gran velero de luz y una nave angriff, y ellos reaccionaban vaporizando ambas naves espaciales y...

Me desperté de repente.

Había una oscuridad completa a mi alrededor. Y sin embargo, podía ver.

No sé cómo explicarlo; un ciego de nacimiento que adquiere la vista debe sentir algo parecido.

Estaba en una especie de caverna de piedra. Un corredor tubular se extendía ente mí, curvándose a los cinco metros. Sus paredes despedían un suave resplandor... iba a decir «anaranjado», aunque no es la expresión adecuada. Yo sabía qué era el color naranja; sin embargo, éste era un color más frío (¿?).

Estuve no sé cuánto tiempo inmóvil, ordenando mis pensamientos.

¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Finalmente decidí que debía hacer algo. Me deslicé ingrávido <todavía estamos en el espacio> por el corredor.

Yo llevaba mucho tiempo a cero g. Por ello, la naturalidad con que hice este movimiento me pareció algo habitual.

El corredor se hallaba desnudo de toda característica. Se estrechó como un embudo, hasta una salida esfínter similar a la que había visto en el asteroide colmena, con Lilith, tanto tiempo atrás.

(¡!)

Entonces era eso.

a) dónde estaba = una colmena.

b) cómo había llegado hasta aquí = los colmeneros.

Aquello habría debido aterrarme, aunque por alguna razón no era así. La puerta esfínter se dilató.

(¡¡!!)

Un maravilloso paisaje aparecía ante mis ojos. Parecía algo salido de las páginas de un cuento infantil de hadas.

Lugar: un mundo diminuto, donde el horizonte parecía estar al alcance de la mano.

Suelo: roca desnuda, de color gris sucio.

Objetos de interés: una fantástica floresta verde/plata, de árboles del grosor de la muñeca de una mano humana. Los tallos crecían y se ramificaban recursivamente... (¡¿?!).

¿*Recursivamente*? Qué forma rara tengo de expresarme.

Los árboles crecían y se ramificaban; las ramas a su vez crecían y se ramificaban en ramas que a su vez crecían y se ramificaban en ramas que a su vez crecían y se ramificaban en ramas que...

(¿¿??). Algo raro le pasaba a mis pensamientos.

La selva verde/plata se extendía sin límite aparente. Los tallos crecían kilómetros y kilómetros (por supuesto: sin gravedad, la energía necesaria para hacer circular la savia = 0 aproximadamente).

(¿¿??). Parpadeé, desconcertado.

Los tallos eran verdes, provistos de una gruesa cutícula. No parecían muy sólidos; sin embargo, tampoco <cerog> lo necesitaban.

Las hojas o flores eran grandes espejos parabólicos que concentraban la luz sobre una pelota <fotosíntesis> de verde casi negro.

De los tallos brotaba una pelusa transparente. Era otro medio de captar luz; aquellos pelos eran unas fibras ópticas que absorbían la luz. El agua que, en lo profundo del tallo, llenaba los vasos leñosos, conducía también la luz por el interior del vegetal.

(¡¡!!). Un momento. ¿Cómo sé eso?

Parecía como si mi cerebro tuviera un huésped. Un huésped que pensaba en cuatro dimensiones o algo así.

No sólo eso. También veía de un modo anormal. Los árboles eran de un color invisible (¿?). La roca era del color que antes llamé naranja-frío.

Había muchas rocas naranja-frío por doquier. A lo lejos formaban un muro casi continuo. Así que...

(iiii!!!!)

árboles + ingravidez + asteroides = la cáscara
la cáscara ==> tengo que decírselo a Oannes

Busqué la radio. De repente me di cuenta de que no llevaba la escafandra imperial. De hecho, no llevaba ninguna clase de escafandra.

¿En el vacío y en traje de Adán?

vacío + traje de Adán = yo
vacío + traje de Adán = colmenero
pero (colmenero = yo) ==> absurdo...

Un colmenero se me acercaba por la derecha, en ángulo de 270 grados (¡¡¿¿??!!). Yo lo veía sin mover la cabeza.

—¿Cómo estás, Jonás? Yo.

Ese «yo» era algo más que un simple pronombre. Era saludo, y señal de identificación, y (metáfora: número de teléfono), y...

Nombre: Axzel.

Rango: Vigilante de la Galaxia.

Personal: Era (feliz-pero-no-completamente) con su trabajo. En los últimos milenios había tenido que soportar los reproches de sus amigocolegas debido a sus más osadas teorías sobre el comportamiento humano que habían fracasado estrepitosamente y no gozaban del beneplácito de...

Tuve un repentino acceso a estos y otros muchos datos. ¡Mi pobre cabeza!

Y otra cosa: me vi a través de sus ojos.

Mi cuerpo era similar al suyo. Cubierto por una gruesa cutícula, que formaba un traje del espacio natural. Tenía brazos, pero no piernas (claro: sólo yo entre los humanos no las echaría de menos). Las manos, mis manos, eran de una delicadeza inusitada.

En cambio tenía un largo y magnífico rabo prensil.

De mi espalda brotaban seis tubos de los que salían cortos tentáculos, que parecían mecerse al ritmo de una brisa inexistente.

Mi rostro se hallaba adornado por un hocico de cerdo; sin embargo, los dos orificios no eran un olfato, inútil en el vacío, sino un tejido sensible a la radiación infrarroja. Su posición impedía que fueran engañados por el calor de mi propio cuerpo.

No me sorprendí en lo más mínimo al verme con esa pinta. Inconscientemente, ya lo sabía.

Yo era un colmenero.

LA FLOTA VII

La pantalla geodésica del *Nrisimha* se hallaba ocupada por el fantástico espectáculo de la Esfera, que ninguno de los oficiales de la flota había visto excepto en fotografías, pues los archivos gráficos de la *Vijaya* se habían perdido con la propia nave.

El almirante Ezequiel Paryagat ordenó:

—Velocidad de crucero. Corten ignición.

La ingravidez llegó como una caída sin fin.

Los rostros de los veinte comandantes de la flota aparecían en una ventana colectora, dividida en cuatro filas y cinco columnas de subventanas de visión; cada subventana estaba rotulada con el nombre del comandante y el de su nave. El efecto era el de los carteles de «busca y captura» de una comisaría de policía.

—Tomen la demora de la estrella de Martyaloka —ordenó a los navegantes.

La atmósfera del puente era de tensa expectación. Los oficiales y técnicos apenas osaban hablar en voz alta, como en un servicio religioso. El almirante empezaba a entender los vagos temores de los civiles que habían estado allí.

Pero el almirante se sentía razonablemente confiado. Aquella era la mejor flotilla que había mandado en su aventurera vida; nunca había tenido ocasión de tener bajo su mando armas tan poderosas.

Veinte estrellas blanquiazules que eclipsaban a las estrellas rojas de Akasapusa... no era exactamente una entrada discreta. Cualquiera que mirase al cielo y no fuera estúpido podría descubrir la presencia de la flota. Si ese cualquiera tenía un espectroscopio, las bandas de hidrógeno caliente hubieran delatado la presencia de la flota mucho antes y con casi igual facilidad.

Era una lástima, pensó, que los reactores fotónicos tuvieran una determinada frecuencia de trabajo. Si se pudiera hacer que la reacción nuclear emitiera fotones de mayor longitud de onda, se confundirían con estrellas, pero aunque fuera posible hacerlo... bueno, veinte estrellas moviéndose en formación, a una apreciable fracción de la velocidad de la luz, seguían sin ser lo bastante discretas.

Considerándolo bien, algo había que decir acerca de los impulsores de fusión: tenían un gran poder intimidatorio. Recordó cómo la amenaza de encenderlos sobre la atmósfera de un planeta, que era una guarida de piratas, era suficiente para lograr la rendición. Ezequiel Paryagat tenía experiencia en esta clase de lucha.

Y sin embargo, la Esfera era tan grande...

La Marina Imperial había encontrado un remedio para la «mamparitis»: pintar los mamparos de diferentes colores. Esto era visto por los marinos de la Utsarpini (y

algunos veteranos imperiales también) como poco tradicional; sin embargo, los científicos insistían en que lo importante era la efectividad. De modo que los mamparos se pintaron.

El camarote de Yusuf tenía paredes azul pálido y naranja. No obstante, no lograba hacer desaparecer los efectos psicológicos del confinamiento. Encerrado en aquella pequeña habitación, se sentía inquieto.

Pero no, pensó. No es sólo el encierro. Yusuf recordaba muy bien las emociones que él y sus compañeros sintieron a su primera llegada a la Esfera. Y en su caso, no habían perdido fuerza. Intentó librarse de su red de seguridad.

—Doctor Yusuf, permanezca en su camarote —dijo la voz del teniente Ramahani, desde el monitor situado sobre su litera.— A partir de ahora vamos a tener unas horas de gravedad cambiante, mientras los pilotos corrigen los pequeños errores de nuestra aproximación. Si intenta caminar por los pasillos, tiene muchas probabilidades de romperse una pierna.

—Lo sé; —dijo Yusuf con irritación— pero quisiera ver imágenes de la Esfera, ahora que han apagado los reactores.

—Oh, si sólo es eso, le puedo conectar el monitor con la pantalla geodésica del puente. No tendrá que salir de su camarote.

—Muchas gracias, teniente —la irritación se desvaneció.

Yusuf se acomodó en su litera, bajo la red. Gracias a la caída libre, podía permanecer tendido durante horas sin sufrir llagas; pero la caída libre siempre le producía molestias gástricas. Ahora mismo podía sentir una burbuja de gas que no acertaba a encontrar el camino al esófago.

La imagen de la Esfera en el pequeño monitor no tenía la espectacularidad tridimensional de la del puente, aunque a Yusuf le bastaba. No había cambios aparentes desde la anterior visita, por supuesto, pero el ángulo de aproximación era distinto.

Esta vez, la flota enfilaba hacia las aberturas polares. El diminuto y ardiente sol amarillo era visible al mismo borde de la abertura más cercana. Yusuf comprendió las ventajas de esta posición; le ahorraría a la flota varias maniobras difíciles.

Por supuesto, ahora ya conocían la dirección del eje de giro de la Esfera, gracias a los informes del viaje anterior. La flota podría controlar mejor su aproximación.

Ojalá podamos controlar también mejor nuestro destino, una vez en el interior, pensó Yusuf.

Emitió un eructo cavernoso. Por fin la burbuja había acertado con el recto sendero.

LA GALAXIA

—Estoy durmiendo y/o loco —dije.

—¿Por, Jonás? —era Axxel quien me hablaba.

—Normalmente, yo tengo dos piernas y... Kamsa, ¿qué estoy diciendo? ¿Qué hago dentro de este cuerpo? Quiero el mío.

¡Nunca me sentí más ridículo en mi vida!

Axxel rió. Sin palabras. Una serie de escenas pasaron por mi mente: soles en órbita en torno a una mota de polvo. Agujeros negros sonriendo. Neutrinos pesados como sandías. Yo mismo, flotando desnudo en el vacío y tapándome con una hoja de parra... había más imágenes como estas, ligadas a fenómenos imposibles, muchos de ellos demasiado extraños para que pudiera entenderlos.

El humorismo colmenero es apenas comprensible para la mente humana.

—Estás bien despierto, amigo —dijo Axxel.

Aquel «amigo» venía acompañado de una imagen mental: yo acariciaba la cabeza de un perro. No me gustó nada.

—Dentro de un colmenero, y tan tranquilo. ¿A eso le llamas estar bien despierto? Vaya, espero no tener pesadillas.

Axxel pareció a punto de reír; sin embargo, se puso repentinamente serio.

—Nosotros nos llamamos «los Eternos» —dijo.

Con ello venía otra imagen: la del comandante Isvaradeva. Casi me cuadré. ¿Se sentían ofendidos por llamarles «colmeneros»? Axxel debió leer mi pensamiento.

—A vosotros os llamamos «los Caminantes».

No acabó de satisfacerme; la imagen de «caminar» se encontraba cargada de connotaciones de inferioridad. Era como si nos llamasen «los que se suben a los árboles y comen plátanos».

—Llamos como os dé la gana —dije. Colmeneros o Eternos, no me caían bien.

—¿Por qué me siento tan relajado? Debería estar al borde de la locura. ¿Me habéis drogado o algo así?

—¡Oh, no! —imagen: un hechicero exorcizando espíritus malignos.— La relajación que sientes es inherente a tu condición actual. Los Eternos somos incapaces de sufrir emociones negativas, como has descubierto.

—¿Ah, sí? Pues la idea de arrancar los dos brazos a un Eterno despierta en mí emociones muy positivas.

Avancé hacia él con un fluido impulso de mi cola, extendiendo las manos. La idea debió divertirle mucho. Rió sin palabras; otro torbellino de absurdos remolineó en mi mente, aunque no le hice caso.

—No. <ja, ja, ja, ja> Deberías ver lo gracioso que estás. Nos vas a <ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja> matar de risa a todos.

Me vi desde su punto de vista. Un colmenero agresivo era tan <ja, ja, ja> imposible como un phante con alas.

<colmenero, ja, ja, ja>, proyecté deliberadamente. Aquello cortó las risas.

Risas.

—¿Quién es toda esa gente? —pregunté.

—No te preocupes, todos estamos conectados —imagen: un millón de personas con auriculares y micrófonos.

Puede que parezca increíble, pero visualicé un millón de rostros distintos.

—Estamos dispersos por toda la Esfera. Normalmente sólo intervendría yo, pero tus pensamientos-imágenes han sido demasiado para ellos. Eh, vosotros, callaos.

Imagen: un gran teatro lleno de gente. Los de las últimas filas tardaban en enterarse de lo que sucedía en el escenario, y el maestro de ceremonias ordenaba silencio. Tampoco en esta ocasión tuve dificultad en visualizar sus rostros, uno por uno.

—Repito: ¿qué habéis hecho conmigo?

—Nada que deba preocuparte —imagen: yo, tendido en la cama de un hospital.— No te hemos convertido en Eterno, lo lamento. Eso es imposible.

—... —pensé, aguardando una explicación.

Como respuesta a mi pensamiento, apareció ante mí una imagen proyectada. Era mi cuerpo, tendido en un tanque de líquido, con una cinta plateada rodeando mi cabeza. Las paredes de la sala en la que se hallaba eran las de una colmena.

Supe, no sé cómo, que esta escena era real y no uno de aquellos desconcertantes pensamientos-imágenes.

—Tu cuerpo se encontraba <explosión, descompresión, asfixia> muy dañado. Lo estamos <hace seis meses de esto> curando. Mientras tu cuerpo <quedarás bien> reposa y se recupera, tu cerebro se comunica con el de uno <se ha prestado amablemente a ello> de nosotros.

Me resultaba difícil seguir sus líneas triples o cuádruples de pensamiento cargado de imágenes.

—¿? —pregunté.

Imagen-recuerdo: yo me colocaba en la cabeza el dispositivo del «sillón de los sueños».

—¡! —exclamé asombrado. Los Eternos habían mejorado el artefacto. Transmitir y recibir directamente. ¡Muy sencillo!

Tan sencillo como ponerle imagen a la radio e inventar el televisor. Mi imagen dormida desapareció.

—¿Por qué no me dejásteis abandonado en el espacio?

Emití una imagen de mis recuerdos: un preso harapiento y barbudo, encerrado años y años en una celda maloliente. Tomé la imagen de una novela-film llamada *El*

conde de Montecarlo que había visto en la biblioteca de Vidya.

¿Montecasino?

—Montecristo —rectificó Axzel.— Te necesitamos. Os necesitamos a todos vosotros.

Proyecté mi escepticismo: Su Divina Gracia vestido de bata blanca y apretando las teclas de un ordenador. Axzel rió de nuevo sin palabras.

—Te he elegido a ti como inter<más bien exter>mediario. Hubiera sido imposible comunicarse contigo a través de tu <ejem> primitivo cerebro-más-sentidos. Hubiera sido incapaz de descifrar nuestros mensajes, y para nosotros sería <¿te das cuenta de que sólo llevamos cuatro segundos proyecthablando?> terriblemente tedioso hablar a vuestra manera.

—¿Dices que mi cerebro-más-sentidos es imperfecto? Pues podíais haberlo mejorado, como hicísteis con otras cosas.

Con deliberado sarcasmo, proyecté otra imagen: un hombre-mono, todo lo feo que pude concebirlo, cogiendo una piedra del suelo y usándola sin desbastaarla, luego lamentándose de que no sirva para cortar.

Juraría que Axzel se hallaba desconcertado. Sus ojos parpadearon por primera vez y emitió su contraataque: la piedra hablando y quejándose.

Yo repetí la imagen del hombre-mono. Añadí verbalmente:

—Asquerosas sabandijas de colmena. Ratas de cloaca. Dioses de pacotilla. Habéis jugado con nosotros como si fuésemos simples cobayas.

—Vamos, Jonás, no intentes ponerte <sabes que es imposible> violento...

Proyecté lo que había aprendido en Jambudvida, bajo el sillón de los sueños. Fue menos de un segundo, aunque fue completo.

Axzel no se inmutó.

—Jonás, nosotros no tenemos la culpa. Sucedió hace mucho tiempo. Y nosotros somos víctimas de aquello tanto como tú. ¿Quieres saber por qué? ¿Sabes a qué nos enfrentamos?

Las Máquinas Von Neumann.

—Sí. Hay algo que quiero que veas.

Y entonces emprendimos el viaje.

Llego ahora a la parte más difícil de mi relato. ¿Cómo transcribir la inmensidad? ¿Cómo puede la débil palabra expresar lo que vi... o creí ver? Trataré de narrar ordenadamente mis impresiones.

Nos elevamos como flechas a través de los árboles. De repente, atravesamos la cáscara y la Esfera quedó atrás. Era una negra pelota que ocultaba los soles de Akasapushpa, como un agujero en el tapiz de estrellas. Comenzó a empequeñecerse: nos alejábamos. El vacío intergaláctico se abrió ante nosotros.

Yo no tenía cuerpo. Lo que estaba experimentando no era, por supuesto, real, sino otra imagen.

—Estás en lo cierto; sin embargo, la imagen corresponde a la realidad.

No veía a Axzel, aunque sabía que se encontraba a mi lado.

Flotamos entre Akasa-puspa y la Galaxia. Esta última se acercaba más y más, girando lentamente como una peonza gigante.

—No es en tiempo real —explicó Axzel innecesariamente.

Continentes de estrellas se alzaban ante nosotros. ¡Qué pequeño se veía Akasa-puspa! En el vacío negro flotaban otros globos de estrellas rojizas, cerca de un centenar (recordé). Se encontraban distribuidos de forma aproximadamente esférica en torno a la Galaxia, como polluelos en torno a su madre.

Nos acercamos a uno de los brazos espirales; todo era de una magnificencia deslumbrante. Las cegadoras estrellas azuladas, las ocasionales nubes negras, la complicada estructura de los brazos, la gorda joroba rojiza del núcleo...

Nos sumergimos en el brazo. Nos vimos rodeados por un cielo de pocas estrellas; era bello en su impresionante oscuridad. Resultaba difícil creer que la Galaxia tuviera doscientas mil veces más estrellas que Akasa-puspa. Bien es verdad que su diámetro era mil veces mayor.

El núcleo, que tanto me recordaba a Akasa-puspa, era visible ahora sí, ahora no. Debido a nuestro movimiento, era eclipsado por enormes nubes de gas y polvo de cuatrocientos o quinientos años luz de diámetro, como el sol por las nubecillas de verano. «Nubecillas», he dicho. ¡Toda Akasa-puspa cabría dentro de una de esas «nubecillas», y habría sitio para cuatro o cinco más!

—Lo que estás viendo no es una simulación —decía Axzel.— Son imágenes *<algo antiguas; tienen un par de millones de años>* captadas por uno de los juggernauts espías que mandamos a la Galaxia.

Nos acercamos a un sistema solar. Era una estrella amarilla, cegadora como el sol de la Tierra. Había un planeta, y sin duda habrían más, aunque no los vi.

Caímos en picado. Vi que era de un color terroso, roto por las manchas blancas de las nubes y los casquetes polares, con sólo ocasionales parches de azul. Lo rodeaban tres lunitas, como pequeñas monedas plateadas, en órbitas muy cercanas; una de ellas proyectaba un nítido disco negro sobre la superficie del planeta.

—Arruinado. Era una de las primeras colonias humanas, tan habitable como la Tierra, y ahora *<temperatura media = 60 grados, humedad atmosférica = 1%>* fíjate lo que parece. Esa es la obra de las Máquinas Von Neumann. Todos los antiguos mundos *<que hemos explorado>* habitables de la Galaxia están así.

Una lucecita empezó a brillar en mi mente:

temperatura + humedad = Planeta Criadero

Planeta Criadero ==> angriffs

angriffs ==>...

—Observa.

Observé. Era una estrella como las demás, pero que se movía más rápido. Mi corazón, o el de mi huésped, empezó a latir más rápido...

Ya sospechaba qué era esa «estrella». Y no me equivoqué: una nave de fusión, quizás un estatorreactor Bussard.

Cuando se acercó, pude verla a pesar de su color negro mate. Emitía un discreto infrarrojo. Era una serie de esferas unidas entre sí, como cuentas de un collar. Ambos extremos acababan en conos invertidos, cuya altura era una vez y media el diámetro de una de las esferas, y el diámetro de la base igual al de una esfera.

El efecto era el de un colosal tren de mercancías interestelar. No podía juzgar su tamaño por falta de puntos de referencia; sin embargo, indudablemente era grande.

—Eso es una Máquina Von Neumann —afirmé.

Una Máquina Von Neumann... Con mi cerebro humano apenas me pude imaginar todo el alcance de estas palabras. Con mi cerebro de colmenero <de *Eterno*> visualicé aquel primer momento de diáspora interestelar. Los humanos de la vieja Tierra construyendo las Von Neumann y lanzándolas al espacio con una única misión: preparar los planetas hostiles de la Galaxia para su futura llegada, terraformados para que pudieran albergar la vida humana. Cada Máquina estaba regida por un complejo programa, pero que básicamente tenía dos directrices:

- a. terraformar planetas
- b. producir todas las copias de sí misma que fueran posibles

Fue un error. Ahora me <es *elemental*> asombro de la ingenuidad de aquellos antiguos humanos.

Tan incontrolable como... las imágenes acudieron a mi mente.

Una pelota de nieve en una ladera nevada.

Un neutrón en una masa supercrítica de uranio 235.

Un mesón pi sin carga.

Las Máquinas se copiaban en otras Máquinas que se copiaban a su vez en <recursivamente> otras. Lo hacían en la medida en que había materia prima disponible, y en tanto no hubiera contradicción con la primera directriz. Mi mente de colmenero <*Eterno*> podía ver con facilidad el ritmo de crecimiento:

Generación	Número
0	1
1	2
2	4

3	8
4	16
5	32
6	64
7	128
8	256
9	512
10	1.024
11	2.048
12	4.096
13	8.192
14	16.384
15	32.768
16	65.536
17	131.072
18	262.144
19	524.288
20	1.048.576
...	...
...	...
n	2^n

etcétera. Solamente para las primeras 60 generaciones, el número sería de 1.152.921.504.606.850.000, unos 1'15 trillones (¡!).

Mi mente humana se perdía en estas cifras, pero mi mente colmenera estaba tan familiarizada con ellas como con el número de mis dedos. Yo podía visualizar este inmenso enjambre de seres extendiéndose arrollador por la Galaxia de estrella en estrella. En veinticinco millones de años habían tenido tiempo de circunnavegarla, incluso a un centésimo de la velocidad de la luz *<1'257% de C, para ser exactos>*.

E, inevitablemente, era cuestión de tiempo que apareciesen los mutantes. La ley de los grandes números garantizaba que eso podría suceder incluso en las primeras veinte generaciones. Y con los primeros mutantes llegó la selección natural.

Aquí las leyes eran algo distintas que en un planeta. La Galaxia rebosa de materia, pero las distancias son enormes. Por ello, la directriz b) primó sobre la directriz a). Mejor dicho: aquellos mutantes carentes de directriz a) tuvieron más tiempo, energía y recursos que dedicar a hacer copias de sí mismos. Por ello, los tipos mutantes sobrepasaron en número a los no-mutantes.

Durante un instante que me pareció eterno vislumbré el inmenso hormiguero en que se había convertido la Galaxia. Los miles de millones de planetas arrasados. La reproducción seguiría... ¿hasta cuándo? ¿Cuándo empezaríamos a ver soles

apagándose, a medida que el excesivo número les forzase a acaparar <¿Esferas de Dyson?> hasta el último ergio de energía en la Galaxia? ¿O empezaría antes el asalto a Akasa-puspa?

La Máquina orbitó el planeta desértico que acabábamos de ver. Una diminuta escotilla se abrió en su proa, y surgió una navecilla que de inmediato deceleró y empezó a descender hacia el planeta. Otras más la siguieron, y pronto la atmósfera se encontraba surcada por los finísimos hilos de fuego de sus reentradas.

Estaba tan absorto en este mágico espectáculo, que parpadeé (figurativamente) cuando una chispa llameando un azul violáceo emergió del costado de la gigantesca máquina, alejándose a gran velocidad. Aquello...

—En efecto, es un misil —dijo Axzel.

¿Contra quién? De repente sentí un atisbo de esperanza. ¡Alguien atacaba a la Máquina! ¿Había vida inteligente en la Galaxia que luchaba activamente contra tales horrores? Axzel pareció fríamente burlón ante mi pensamiento-imagen.

Pronto supe contra qué enemigo disparaba. Algo surgió de detrás de una de las diminutas lunas.

Apenas era visible sobre el negro fondo, pero irradiaba infrarrojos y microondas en varias longitudes de onda. Era un objeto largo y delgado, con la elegancia mortal de un pez carnicero. La chispa azul del misil volaba hacia él.

De repente una luz que no era luz me cegó. ¿Un láser de rayos X o gamma? El misil explotó en silencio; un segundo destello de aquella luz que no era luz, y algo explotó en el casco negro de la Máquina.

La nave atacante creció lentamente en tamaño. La Máquina no hizo ningún otro disparo: sus sensores debían estar quemados, o bien había volado su lanzador. Un tercer disparo hizo estallar el cono anterior de la Máquina.

Fragmentos de metal al rojo blanco flotaban en el vacío, enfriándose lentamente. El atacante se aproximó despacio, con lo que me pareció cautela. Quizás era lógico, ya que apenas tenía un cuarto del volumen de la Máquina destruida. Yo estaba impaciente por ver los rostros de los tripulantes, pues aún pensaba en ellos como en seres vivos.

Y entonces, la nave atacante abrió la boca.

El helado humor de Axzel debió habérmelo hecho imaginar. De la boca de la nave atacante, como hormigas de la boca de un cadáver, surgieron... máquinas.

Y empezaron a comerse a la Máquina muerta. Ante mis ojos atónitos, fue desguazada y sus fragmentos transportados a la oscura boca de aquella Máquina «carnívora».

¡Carnívora! Por supuesto: ¿para qué refinar minerales para copiarse a sí misma, si otras máquinas los han refinado ya? Las mutaciones habían hecho aparecer

depredadores y presas (o autótrofos y heterótrofos). ¿Bastaría esto para frenar la expansión?

No. La máquina destruida había dejado «semillas» en el planeta. Sin duda, a pesar de parecer indefensas, las Máquinas «herbívoras» proliferaban. El cazador responsable no extermina a su presa.

Los cazadores controlarían el número de las cazadas, manteniéndolas dentro de los límites naturales al crecimiento. Pero, si descubrían un nuevo hábitat <¿*Akasa-puspa*?>, tanto cazadores como presas lo explotarían.

¿Qué clase de complicadas relaciones desarrollaban las Máquinas entre sí? Por mi mente pasó la imagen de la Galaxia, como un colosal ecosistema mecánico. Pero no tuve tiempo para elucubrar.

Súbitamente se abrió una escotilla en el centro de la nave cazadora. Una chispa de luz surgió... y se abalanzó hacia nosotros.

Hice un gesto instintivo de apartar la cabeza.

La chispa creció con demoníaca velocidad, hasta convertirse en una esfera llameante.

Crecía... crecía... crecía... llenó mi campo de visión...

Y de repente me hallé de nuevo en la Esfera, entre los árboles.

—Mataron a nuestros observadores, por toda la Galaxia —decía Axzel.— Ese fue el último. No sabemos lo que sucede allí, y esto <*tal vez hayan descubierto el Impulso Túnel*> nos preocupa.

Algo relampagueó en mi mente: Impulso Túnel.

¿?

¡!

Mi anfitrión lo sabía.

Era algo predicho por la mecánica cuántica. El Principio de Indeterminación.

Una partícula subatómica no tiene una posición y velocidad exactamente definidas. Tiene probabilidades de posición y de velocidad, o como suele decirse, su posición y velocidad tienen «incertidumbre».

Ambas están relacionadas: si la posición está exactamente definida, su velocidad no, y a la inversa.

De ello se sigue que un electrón, por ejemplo, tiene una probabilidad de viajar de un lugar a otro por «efecto túnel» sin atravesar el espacio intermedio.

iii!!!

Los Eternos han descubierto cómo hacer eso con objetos macroscópicos. Una nave espacial puede franquear un millón de años luz en exactamente cero segundos, sin gastar apenas energía.

Claro está, para un observador exterior, el salto se realiza a la velocidad de la luz.

Un salto de un millón de años luz dura un millón de años para un observador exterior y cero para el sujeto.

La velocidad de la luz es infranqueable. Pero la ley de conservación de la energía no. ¡En qué Universo vivimos!

Comprender todo esto me llevó un milisegundo. Me encontraba tan fascinado por la revelación, que casi me perdí las siguientes «palabras» de Axzel.

—Si las Máquinas conocen este pequeño truco, podrían estar aquí mañana <corrección: si lo conocían hace quince mil años> mismo.

Desde luego. Era un medio de transporte increíblemente eficaz. Recordé que incluso las mejores naves del Imperio rara vez rebasan la mitad de la velocidad de la luz, siempre a un coste aterrador en energía. ¡Y no digamos los veleros!

—Este es el principal punto de controversia entre yo-y-otros y mis colegas. Ellos confían demasiado en el Plan, pero yo-y-otros pensamos que si las Máquinas llegan a Akasa-puspa, todos nuestros planes se irán abajo.

»Desde luego, las probabilidades están a nuestro favor. Hay muchos cúmulos globulares, todos pobres en metales —imagen: una especie de termita metálica comiendo con fruición una barra de hierro.— No somos un objetivo apetitoso. Pero yo-y-otros insistimos en que no podemos correr el riesgo. Debemos estar preparados.

—¿Qué es el Plan?

Impaciencia.

—Los angriffs.

Oh, claro.

Una imagen de la Galaxia de unos dos metros apareció ante mí.

—Esto sí es una simulación —dijo Axzel.

También aquí eran visibles los cúmulos globulares. Uno de ellos era de un color más vivo: Akasa-puspa.

Surgió de la Galaxia y empezó a trazar un círculo en torno a su núcleo. Se detuvo cuando hubo recorrido un octavo de su trayectoria.

—Esto es ahora.

Claro: veinticinco millones de años. $25 \times 8 = 200$. Oannes tenía razón.

—Dentro de setenta y cinco millones de años.

Akasa-puspa cortaba de nuevo el plano de la Galaxia.

Inmensas astronaves transportaban a millones de angriffs fuera de Akasa-puspa y hacia las estrellas cercanas de la Galaxia. Angriffs artificialmente evolucionados, para desarrollarse en planetas desérticos. Una monstruosa diáspora de negros guerreros sanguinarios.

Los angriffs eran organismos a la medida del Plan. Adaptables, de crecimiento rápido...

Primero, angriffs herbívoros serían lanzados sobre planetas con vida vegetal

incipiente, que según los Eternos está basada en la tétrada carbono/nitrógeno/oxígeno/hidrógeno y nutrida por <los fotones son baratos> fotosíntesis.

De ellos se desarrollarían explosivamente generaciones partenogénicas de herbívoros. Cuando su número amenazase con el hambre, se desatarían los sutiles mecanismos hormonales que darían lugar al nacimiento de carnívoros, bisexuados e inteligentes, que mantendrían la población de herbívoros dentro de límites fijados por la disponibilidad de recursos y espacio; de los carnívoros nacerían nuevas generaciones por reproducción sexual, de las que nacerían a su vez...

Mi mente humana se sintió abrumada. Con la tecnología que los Eternos les darían, barrerían la Galaxia.

—Dentro de ciento setenta y cinco millones de años.

Akasa-puspa completaba su círculo, y volvía a entrar en un punto diametralmente opuesto, que debido a la rotación de la Galaxia, casi coincidía con el anterior: la «zona liberada» en primer lugar.

—Y vosotros colonizaréis la Galaxia, con nuestra ayuda.

Y los angriffs estarían extinguidos casi al mismo tiempo.

—¿Y qué diablos os importa a vosotros, los Eternos, que nosotros colonicemos la Galaxia? —pregunté.

Axzel permaneció dos milisegundos en silencio.

—Vosotros sois humanos. Como nosotros. Vosotros vivís en planetas y nosotros no. Son todos vuestros. Todos los planetas de la Galaxia son vuestra herencia.

Emití una imagen ridícula: un humano estrechando la pata a un perro.

—¿Como vuestros esclavos?

—¡Oh, no! —el pensamiento-imagen se hallaba cargado de horror.

—Sois unos malditos bastardos —imágenes: la Hermandad sojuzgando Vaikunthaloka. Títeres en un escenario. Perros entraillados y con bozal. Angriffs como muñecos de trapo arrojados al fuego.

—Caramba, Jonás, estás consiguiendo que asome tu instinto agresivo incluso a través de la mente de un Eterno —Axzel parecía fríamente divertido.

—¿Por qué no hacéis vosotros el trabajo sucio? Os habéis complicado mucho la vida con todo esto.

—Precisamente por eso. Teniendo un espacio vital casi infinito, no somos territoriales como vosotros; ==> no somos agresivos.

—Despachásteis nuestras naves con gran rapidez —dije con sarcasmo.— Menos mal que no sois agresivos.

De nuevo pareció sentirse desconcertado.

—Eso fue defensa propia. La Esfera debe protegerse a sí misma. No podríamos sobrevivir sin tener esta <eh...> característica. Si se nos ataca, responde

automáticamente. Las plantas se coordinan <como las células de un gran organismo> entre ellas. No hay <¿verdad?> agresividad en ello.

¿Verdad? Ahora creo más bien que los Eternos no están tan exentos de «emociones negativas» como ellos creen, o les gustaría admitir.

—No importa. Eso nos lleva al motivo por el que te hemos despertado.

De nuevo me vi etéreamente llevado fuera de la Esfera. Pero esta vez no fuimos lejos.

Veinte estrellas blanquiazules destellaban en el firmamento. Hidrógeno caliente ==> el Imperio.

iiiiiiii!!!!!!!

¿Se hallaba Lilith a bordo de aquella flota? Probabilidad = 0.99999..., dijo mi mente colmenera.

—Tus amigos han enviado esa ridícula flota con la intención de controlar la Esfera. Me temo que sus esfuerzos resultarán inútiles —imagen: hombre tratando de coger un neutrino con las manos.— Pero nos obligarán a defendernos de nuevo, y eso no nos gusta. Detestamos la violencia.

Emití una imagen de incredulidad: un acarya predicando la paz, en un púlpito blindado y empuñando una ametralladora. Axzel no hizo el más mínimo caso.

—Mis compañeros me culpan de esto. Yo fui quien insistió en romper el secreto que nos rodeaba. Mi idea era que vosotros os defendierais de las Máquinas Von Neumann si llegaban aquí. No podemos <ya sabes lo que le cuesta al Imperio derrotarlos> dejar a los angriffs sueltos por Akasa-puspa. Si <toquemos madera> las Máquinas llegan, deberéis ser vosotros los que luchen. Y para ello necesitáis 1) estar unidos por un solo gobierno y 2) estar informados de todo. Por eso <cintamanis acelerados> pusimos en peligro el sistema de transporte interestelar. Pero las cosas no se han <ay> desarrollado como nosotros queríamos. Sois más agresivos de lo que esperábamos; habéis creado muchos problemas. Y ahora ahí está <para acabarlo de arreglar> la flota cargada de bombas de fusión y dispuesta a usarlas. Intentaremos primero <espera a ver> intimidarles. Pero si no...

Hizo una pausa. Habló/proyectó muy lentamente.

—No nos van a dejar muchas opciones, a menos que tú nos sirvas de intermediario.

IX. LA LLEGADA

LA VANGUARDIA

Chan Zar abandonó el camarote del comandante Azmeri y avanzó por el pasillo. Lilith se apartó, pegando la espalda al mamparo para dejarle pasar. El ksatrya iba embutido en su armadura de combate, con el casco bajo el brazo, y flanqueado por dos infantes de marina. La pesada armadura tintineaba con un rítmico sonido metálico a cada paso.

—Doctora Lilith, ha llegado la hora de los héroes —dijo Chan Zar con una amplia sonrisa cuando llegó a la altura de la bióloga.

El ksatrya parecía más amable de lo que había sido en el viaje. Indudablemente, la proximidad del combate lo hacía estar en su elemento. *O tal vez, pensó Lilith, es el efecto de la khora. Juraría que noto el olor de ese mejunje en su aliento.*

—¿Van a entrar en la Esfera?

—Sí, a bordo de una fragata. Si no nos convierten en confetti en el plazo de unas pocas horas, podrán seguirnos ustedes.

—Ya veo. Atraerán el posible fuego enemigo.

—Esa es nuestra misión. Intentaremos comunicarnos con los colmeneros; si no lo logramos, aunque tampoco somos atacados, ustedes nos seguirán. En realidad, si se inicia el combate con los colmeneros, será una forma de comunicación, ¿no cree?

—Sí, un mensaje bastante inequívoco.

Lilith se preguntó qué pasaría si la fragata era destruida. Los colmeneros no habían hecho ningún gesto hostil en la primera visita; aunque en dicha ocasión no se trataba de una flota armada hasta los dientes.

Y en este caso, ¿qué decisión tomaría el almirante Paryagat? Lilith se sentía segura en el centro de la flota más poderosa del Imperio; sin embargo, ¿qué sorpresas les tenían reservadas los colmeneros? De repente sintió lo solos y alejados de toda posible ayuda que se encontraban. Claro que ella ya había pasado por eso.

—Les deseo suerte, comandante.

—Gracias, aunque no la necesitaremos; tenemos el daksa.

Se despidió con un gesto de su mano enguantada, avanzó un par de metros, y giró sobre sus talones.

—Doctora Lilith...

—¿Sí, comandante?

—Eh... quería decirle que en Ksatryaloka no todos estamos de acuerdo con la situación de nuestras mujeres. Algunos luchamos para que las cosas cambien... pensé que debía decírselo.

Zar se volvió precipitadamente, como avergonzado por una debilidad, y prosiguió su camino.

CONSEJO

La mirada del almirante Paryagat recorrió los rostros de los comandantes de la flota, reunidos en el *Nrisimha* para conferenciar. Conforme a la tradición, todos llevaban las pinturas de guerra, la mayoría en colores rojo, blanco y negro. El motivo más repetido era la línea zigzagueante, que convencionalmente representaba un rayo.

Uno llevaba la cara pintada en dos partes asimétricas roja y blanca, con una ancha línea zigzagueante negra separándolas. Otro se había pintado rayos negros sobre fondo blanco convergiendo sobre los ojos; otro llevaba sobre la frente una cabeza de un animal feroz, negra, de colmillos blancos y roja lengua; y así sucesivamente.

—Bien, caballeros; —dijo— ustedes ya saben el plan. La flota se dividirá en dos. El *Asura Nama*, los acorazados *Leviatán* y *Akbar*, cuatro fragatas y cuatro destructores entrarán en la Esfera.

Hizo una pausa, pero ninguna emoción se reflejó en los pintados rostros de sus oficiales. Escuchaban tranquilamente, como si el almirante expusiera el menú de la cena. Prosiguió.

—El resto de la flota permanecerá fuera de la cáscara, apartados de la abertura polar. Encontrarán los detalles en las carpetas que tienen delante. No difieren en mucho de los que ya hemos establecido, excepto en una cosa: la fragata *Manyu* transportará los infantes, incluyendo los ksatryas, y se dirigirá a la Tierra en vuelo propulsado. A estas alturas es inútil la discreción.

Sonrió. Una risita se elevó en torno a la mesa.

—El resto de la flotilla de avanzada le seguirá a menor aceleración, de modo que cuando la *Manyu* orbite la Tierra, habrá media hora luz de distancia entre ella y la flotilla. La *Manyu* desembarcará a sus infantes, y tiene dos misiones.

»Primero, encontrar y traer a bordo al doctor Jonás Chandragupta.

»Segundo, y más difícil, capturar a Chait Rai para llevarlo al Imperio y juzgarlo. Probablemente, allá en Cakravartinloka lo quieran como ejemplo, para desanimar a los amotinadores en potencia; lo que no es mala idea.

»Por los informes de la anterior expedición, no creemos posible que encuentren allí resistencia por parte de los amos de la Esfera. Su misión será la más fácil, comandante Sridhar.

El almirante sonrió; sin embargo, no el comandante Sridhar. Alzó la mano para preguntar.

—Disculpe, mi almirante, pero los planes de los ksatryas respecto a Chait Rai no son capturarlo. Ellos... bien, ya sabemos lo testarudos que pueden llegar a ser.

—Comprendo su preocupación, Sridhar —dijo el almirante.— Pero los ksatryas deben desembarcar; es una condición que el comandante Chan Zar me ha impuesto.

Los comandantes murmuraron coléricos. «Indisciplina... qué se creen esos...

intolerable». El almirante esperó con paciencia a que acabaran.

—Me temo que no nos queda otro remedio, señores. Como usted ha dicho, son gente muy testaruda, capaces de amotinarse si no les dejamos desembarcar los primeros. Por Kamsa, es irritante que la defensa del Imperio dependa de los mercenarios yavanas, pero no tenemos otras tropas. Aún podemos agradecer que los tengamos...

Hizo una pausa.

—En otras circunstancias, yo sería feliz si cogieran por su cuenta a Chait Rai y lo molieran para hacer salchichas; sin embargo, nuestras órdenes son preservar su vida —suspiró.— Creo que este pequeño detalle pasó inadvertido a quien elaboró esta misión. Por tanto, debe usted intentar que nuestros hombres lo cojan antes que los ksatryas.

—Perdón: ¿«intentar», mi almirante? —dijo Sridhar.

—Exactamente. Debe usted hacer todo lo posible para traerlo vivo, y no digo más. ¿Alguna otra pregunta?

Nadie dijo nada. El almirante se levantó, y los oficiales hicieron lo mismo.

—Entonces, todos a sus naves y buena suerte.

LA FRAGATA

Lilith se sirvió una taza de té con naranja de la máquina dispensadora y se dirigió al puente. Le sorprendió comprobar lo tranquilo que se encontraba todo; las luces estaban al mínimo, y casi toda la iluminación procedía de las pantallas y monitores. Había una sensación de relajamiento, consecuencia de que el comandante Azmeri no se hallaba en el puente, sino descansando después de las últimas horas de tensión.

La bióloga se apoyó contra un mamparo, y sorbió un trago del humeante té. En la pantalla geodésica, una deslumbrante estrella mostraba la situación de la fragata en la que viajaban Chan Zar y el resto de los mercenarios.

La nave se encontraba a punto de introducirse por una de las aberturas polares. Le chocó aquella tranquilidad en un momento tan crucial; pero claro, lo que estaban viendo ya era historia: había sucedido hacía casi una hora. En estos momentos, la nave de fusión podría ya no existir, y sus átomos vagar dispersos por el interior de la Esfera. La luz era tan lenta cuando se trataba de distancias cósmicas... Imaginó que para los marinos, pensar así debía de ser una costumbre.

Tras la tensión de la llegada, el comandante necesitaba un descanso. Si algo le sucedía a la fragata de vanguardia, no podría alcanzarles a ellos antes de por lo menos otra hora. Había tiempo; en el espacio, siempre había tiempo. Lilith jamás había visto una batalla espacial (por fortuna, pensaba) aunque sabía que era algo así: naves acercándose, disparándose desde millones de kilómetros de distancia. Rayos de partículas atravesando el negro vacío con una lentitud exasperante, y misiles saltando de una nave a otra con aun mayor lentitud.

Había oído decir que, en ocasiones, navíos que habían sido dañados e inmovilizados, habían visto viajar hacia ellos la muerte en forma de misiles de fusión, durante horas, sabiendo que no había fallo en sus trayectorias, que serían alcanzados y todo acabaría, pero incapaces de hacer nada sino esperar.

Misericordiosamente, llegado el instante preciso, la muerte sería rápida e indolora. Al menos a Lilith le quedaba ese consuelo, si el *Asura Nama* era destruida, no sentiría nada, una llama de fusión devorando aquella burbuja de vida que era una nave espacial, no dejaba tiempo para sufrir a las minúsculas hormigas que la ocupaban. Al menos eso le habían asegurado.

Aunque, claro, nadie lo podía afirmar por experiencia propia.

Se volvió y vio a Kot a su lado, observando la pantalla geodésica tan ensimismado como ella. El se dio cuenta de que ella había percibido su presencia, y dijo:

—Impresionante, ¿verdad? Hay seres humanos como nosotros cabalgando esa estrella. Cuando uno va montado en ella no parece tan espectacular. ¿Te das cuenta del poder que es necesario para cruzar los años luz? No es sorprendente que los

prajapatis construyeran la Esfera. Pero ellos el problema lo tuvieron multiplicado por diez.

En ese momento la fragata de fusión entro en la esfera, y su potente llama se eclipsó. Sin embargo, aun era posible verla como una débil luz moviéndose tras una espesa nube de humo verdinegro.

COMUNICACIÓN

—¿Cuánto hace que perdimos contacto con Jonás? —preguntó Oannes.

—Doscientos diez días —respondió Vidya.

¡Doscientos diez días aislados! Durante toda su estancia en la Tierra, Oannes nunca se había sentido más desesperado e indefenso. La nave angriff y el velero se habían volatilizado como dos cubitos de hielo en el infierno; y aquella demostración de poder le llenó de un profundo terror. Sin duda, el pobre Jonás había muerto. Lo echaba de menos; siempre trayéndole problemas que resolver. A Oannes le gustaba eso.

Ahora sabía la amenaza que estaba latente en la Esfera. Y, por si fuera poco, ese Chait Rai, emperador por la gracia de Dios. O tal vez su propia gracia. Oannes se había limitado a seguir las andanzas de las ciudades, que se dirigían hacia las Montañas Mediterráneas para... nadie lo sabía. No se había atrevido a desautorizarlo; muchos creyentes no dudarían en luchar a su lado contra su Dios-Pez.

Suspiró algunas burbujas y dio unos nerviosos coletazos en su piscina. Por enésima vez maldijo al ingeniero genético idiota que no le dotó de brazos y piernas; aunque admitió que, probablemente, no le hubieran servido de gran cosa.

Tal estado de ánimo le dominaba cuando Vidya anunció la llegada de una flota de naves de fusión. ¿Imperio? ¿Utsarpini? ¿Hermandad? Encogió sus hombros, embutidos en músculo. Después del numerito de la Esfera, ya no le importaba mucho saberlo.

—Aquí llega el Séptimo de Caballería —murmuró escéptico.

La ruta de la flotilla de avanzada les había hecho entrar en la Esfera rozando los bordes de la abertura polar.

Así pudieron comprobar *de visu* algo que ya sabían: la Esfera no era maciza, sino que se hallaba formada por millones de asteroides, revestidos con la pelusa verde y plata de los árboles, y dispuestos en numerosas capas. Los asteroides dejaban entre sí huecos de varios kilómetros y quizás una nave pudiera deslizarse entre ellos, manteniendo siempre listo el control manual.

Incluso las aberturas polares no estaban vacías por completo. En ellas flotaban unos pocos millones de asteroides aislados, separados por vacíos de miles de kilómetros de sus vecinos.

—Calculábamos —decía Kot Dohin— que la superficie de la Esfera era mil doscientos cuarenta y siete millones de veces la superficie de un planeta ordinario. Pero eso se refiere a la forma geométrica. Por lo que estamos viendo, la superficie sumada de todos los asteroides podría ser cien o mil veces mayor.

Las palabras del físico sonaban en el silencio del puente del *Asura Nama*. Dohin y Lilith experimentaban la sensación de algo visto antes (como era en efecto). Empezaron los intentos de comunicación: números primos del uno al cien, secuencias de unos y ceros que formaban unas imágenes de televisión bidimensionales cuando se disponían en una matriz rectangular...

Como la vez anterior, ninguna respuesta. Dohin añadió algunas secuencias nuevas, por sugerencia de Yusuf: imágenes mostrando colmeneros. Tampoco hubo respuesta.

—Un momento; —dijo de repente el teniente Rasvatma, oficial de comunicaciones— aquí hay una noticia.

Escuchó por los auriculares con expresión incrédula.

—¿Eh? Repite eso. ¿Angriffs?

Un silencio pétreo congeló la atmósfera del puente. Lilith miró la pantalla geodésica, sintiéndose de repente débil y desprotegida frente al vasto universo.

—Es de la sección de radio. Hay angriffs en los planetas, sobre todo en ese de ahí —explicó el teniente Rasvatma, señalando.

—¿Hemos viajado millones de kilómetros para encontrarnos con angriffs? —preguntó alguien, incrédulo.

—¿Angriffs? ¿Aquí? —el comandante Azmeri miró fijamente a los científicos civiles.

—No nos mire con esa cara, comandante —dijo Lilith con serenidad.— El comandante Phruna no encontró nada de eso.

—Phruna; —repitió el comandante— la *Vijaya* no llevaba el equipo de comunicaciones que nosotros llevamos. Quizás sea...

Se interrumpió. Azmeri se dirigió a la consola de comunicaciones y se puso los auriculares.

—Aquí el comandante. Denme un informe verbal de lo que han descubierto. Sobre todo, dígame el grado de civilización que estiman.

Escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Cuando dejó los auriculares, todos le miraban. Sonrió.

—Parece que no hay de qué preocuparnos, de momento. Se trata de débiles señales de radio AM, filtradas por una ionosfera planetaria. No indican una civilización muy superior a la de los planetas yavanas. Nada de radares de espacio profundo, ni de láser de comunicaciones, ni siquiera radios de frecuencia modulada. Quizás ni sepan que estamos aquí.

—¿Han desarrollado viajes espaciales? —preguntó Dohin.

—Con una babel cerca, sería raro que no los tuvieran —dijo Azmeri.— Pero no hay huellas de fusión controlada en ninguno de los planetas. En todo caso, no son los angriffs los amos de la Esfera. Lo cual es un gran alivio.

LOCALIZADO

La atmósfera a bordo de la *Manyu* era distinta de la reinante en el resto de la flota. Había tensa expectación, aunque no el cuasi-terror que llevaba consigo la visión de la Esfera. Su única misión era descender a un planeta concreto en busca de unos hombres concretos.

En el puente, el oficial de comunicaciones, teniente Bar-Jahan, apretó un botón. Una señal en código partió de una antena, recorrió en una décima de segundo la distancia al planeta. ¿Localizaría a su blanco? ¿Estaría visible? Sólo eran conjeturas, pero Bar-Jahan pensaba que Chait Rai no debía de haberse alejado mucho del punto de aterrizaje anterior.

—¿Alguna respuesta? —preguntó impaciente el comandante Sridhar.

—Ninguna, mi comandante —contestó Bar-Jahan.

—Siga insistiendo.

Bar-Jahan no necesitaba esa orden. Giró despacio los diales que orientaban la antena. Bar-Jahan proyectaba el destello radial como si tratase de localizar un objeto en una habitación oscura, mediante el haz de una linterna.

Vamos, contesta.

Se obligó a tener paciencia. Toda la nave se encontraba pendiente de él: era el único que podía localizar a Chait Rai con precisión de metros; si aquel cacharro se decidía a funcionar, naturalmente.

El sudor corría por su frente, poniendo en peligro las pinturas de guerra. Y sentía caliente la oreja derecha; debía ser la mirada llameante del comandante Sridhar.

De repente...

Treinta y seis mil kilómetros bajo la *Manyu*, el reptador imperial que había pertenecido al eunuco Jai Shing caminaba sobre la Tierra, llevando una preciosa carga. El reptador era un buen aparato, sólido, y según la información de que disponía la Marina, se hallaba equipado con un «chismoso». Jai Shing había sido un individuo previsor, con gran respeto por la vida (la suya, se entiende), y no había olvidado dotar a su vehículo con este útil aparato.

En algún lugar del reptador, una caja negra en apariencia inactiva esperaba el momento de llevar a cabo su misión. El momento llegó cuando una señal bajó del cielo, y el «chismoso» se activó.

Emitió un haz más ser, en la banda reservada a mensajes de socorro. Era tan estrecho que sólo podía ser detectado cuando apuntaba directamente al receptor. Pero la fuente de ondas giraba: en un segundo, el haz barría el firmamento, del cenit al horizonte y de norte a sur.

Cualquiera que tuviese un receptor adecuado podía recibir el haz en el fugaz instante en que le apuntaba; era poco tiempo, pero cada microsegundo, el haz transmitía en binario la orientación de la antena en ese preciso momento, en altura y azimut. Así podía localizarse al emisor con gran exactitud. El «chismoso» podía activarse manualmente, automáticamente en caso de accidente, o por control remoto, como en este caso. Aquellos artefactos habían salvado muchas vidas.

El teniente Bar-Jahan suspiró aliviado. El reptador estaba localizado con un error de diez metros.

LOS INFANTES

—¡Vamos, perezosos, a embarcar! ¡Eh, tú! ¡Ya está bien de meneártela cara a la pared!

El vozarrón del sargento Kebar hizo apresurarse a los miembros del pelotón. ¡Por fin iban a salir de aquella lata de sardinas que era la fragata! El *Asura Nama* había sido un paraíso, comparado con los atestados espacios de la *Manyu*.

El soldado raso Saul Bilhana tragó saliva mientras se situaba en la fila que aguardaba subir al transbordador. Acomodó el fusil de partículas sobre su hombro, y se cercioró de que el wakizashi^[76] se encontraba asegurado en su vaina por la presilla. Le habían contado siniestras historias de soldados que perdían la espada o la bayoneta en la ingravidez, («demasiado aceite en la hoja, chico») y se ensartaban en ellas por accidente.

«No hagas caso; los veteranos siempre tratamos de acojonar a los novatos», le había dicho su compañero Sativaiya, alias «El Cerebro».

«¿Cuántos saltos has hecho tú, veterano?», le había preguntado Bilhana.

El Cerebro calculó levantando los ojos al techo. «Contando con éste, pues... aproximadamente, dos».

Uno de aquellos marinos pintarrajeados les dio la señal de abordar, y medio flotando, medio saltando, se acomodaron en las literas del transbordador. El piloto, que era uno de los infantes, cerró la compuerta y flotó hacia la cabina. Sonaron una serie de chasquidos y movimientos, indicando que estaban separándose de la fragata.

—No os preocupéis, muchachos; —dijo el sargento con insólita amabilidad— los ksatryas saltarán primero. Ellos llevarán la parte más dura.

Ya no era el ogro que parecía estar en todas partes, sobre todo cuando hacías algo equivocado. Era algo que, según Bilhana había oído, les pasaba a todos los suboficiales veteranos: eran odiosos en el cuartel y simpáticos en el combate. «Lo que un verdadero soldado necesita es acción», decían. Pero el Cerebro tenía otras ideas.

—Lo que sucede —dijo en una ocasión, en voz baja— es que es peligroso cabrear a los soldados cuando están armados y excitados por el combate. Siempre puede escaparse un rayo.

EL ROSTRO

El teniente Narayan, astrónomo del *Asura Nama* levantó la mirada de la pantalla del ordenador y dijo de repente:

—La Esfera no es estable.

—Sí, pero ¿por qué? —contestó Dohin. Viéndolo hablar al oficial pintado de blanco, rojo y negro, Lilith pensó que tenía el aspecto de un guru misionero examinando a uno de sus alumnos primitivos.

—Por las órbitas de los asteroides. Sólo sería estable si fueran coplanarias.

—Es evidente —asintió Dohin. Lilith preguntó:

—Kot, ya sé que es evidente; sin embargo, yo no lo entiendo.

—«Evidente» es una palabra clave —explicó el físico— usada por físicos y matemáticos para indicar que, si lo piensas durante una semana y emborronas quinientas hojas de papel con ecuaciones, al final descubres que es evidente.

»Mira: los asteroides se mueven en órbitas circulares de casi el mismo radio; pero están inclinadas unas respecto de otras, en ángulos que van de cero a cincuenta grados. ¿Qué ocurre con dos asteroides que se mueven en órbitas situadas en el mismo plano, uno de ellos algunos kilómetros más cerca del sol que el otro? ¿Eh?

—No tengo ni idea.

—Hmmm... se mueven a velocidades muy parecidas y en direcciones casi paralelas. Como si estuvieran quietos. Se atraen, chocan muy despacio y se fusionan en uno más grande. Pero ¿qué ocurre entre dos asteroides que se mueven en órbitas inclinadas entre sí?

—¿Qué pasa con ellos?

—Llevarán casi la misma velocidad... pero sus rutas se cortan en ángulo. Si chocan...

—Se pegan un tortazo enorme —dijo la bióloga.

—Es una manera informal de decirlo, aunque así es. Chocan y se fragmentan, pudiendo ser capturados por cuerpos mayores. Si la Esfera se viese abandonada a sí misma, estos dos procesos se repetirían millones de veces. Los asteroides se aglomerarían formando planetas.

—Como un sistema planetario.

—Sí. Por algo los sistemas planetarios están formados como están formados; la diferencia estaría en que los planos de sus órbitas estarían muy inclinados entre sí. Pero en la Esfera no sucede eso, porque algo o alguien la mantiene como está. Los colmeneros deben modificar las órbitas de los asteroides continuamente.

—Muy interesante; —dijo Lilith— pero esos algos o alguienes, alias los colmeneros, siguen sin dar señales de vida. ¡Como la otra vez!

Dohin fue a responder, cuando Narayan atrajo su atención.

—Mi comandante, algo pasa en la Esfera.

Miraron a la gran pantalla geodésica. En efecto, algo pasaba.

Hasta entonces, el resplandor lechoso de la Esfera era perfectamente uniforme. Pero ahora algo estaba cambiando. Aparecían manchas más oscuras y más brillantes.

La zona en lo que sucedía esto representaba la mitad de la Esfera, aproximadamente. El resto mantenía su uniformidad.

—Doctora Firishta, ¿puede explicarnos esto? —preguntó el comandante.

Lilith vaciló. Su seguridad de «esferóloga experta» estaba sufriendo un serio revés.

—Pues... en la anterior expedición no sucedió nada parecido... supongo que los árboles deben estar cerrando sus hojas, pero... ¿para qué? La iluminación es constante.

—¿Y por qué sucede en toda la Esfera a la vez? —se preguntó inesperadamente Dohin.— Un fenómeno así debe estar dirigido...

—Perdone, doctor, —interrumpió el teniente Narayan— pero no es en toda la Esfera. Sólo la mitad.

—Aun así, ¿quién coordina todo eso?

—A mí me preocupa el «para qué», no el «quién» —dijo el comandante Azmeri.

Su voz era algo más áspera de lo que deseaba. Aquellos civiles no le estaban siendo de mucha ayuda.

Las manchas oscuras se volvían más y más oscuras, en tanto que las claras se volvían más claras. O quizá nos parecen más brillantes por contraste, pensó Dohin.

A medida que las zonas oscuras se oscurecían más, empezó a percibirse ciertas regularidades.

Más contraste; siguió pensando el físico. Como si fuera una... ¡pero claro!

—Eso es una fotografía —exclamó. Le miraron con expresión neutra.— ¿No les recuerda cómo va apareciendo la imagen al revelar una fotografía?

—¡Una imagen! —dijo el comandante Azmeri.— Es... un rostro.

—Como esas estampas piadosas —añadió Dohin— en las que aparecen manchas oscuras aparentemente caóticas; al mirarlas de lejos se produce un «click» en nuestro cerebro y se convierten en la cara de Jesucristo o la Virgen Devaki.

Aunque a una escala inconcebiblemente mayor, pensó. ¡Qué no daría la Hermandad por una estampa así!

—Pero... ¿el rostro de quién? —preguntó alguien. Todos examinaban con estupor aquella inmensa cara.

La colosal imagen era ya mucho más nítida; los diferentes matices de gris creaban una ilusión de relieve, y por fin los rasgos fueron reconocibles.

Eso que lleva en la mejilla... pensó Lilith; parece un dibujo de la doble hélice. Como el tatuaje de... Y entonces lo reconoció.

—¡Por el Profeta Inmortal! —gritó.

El *Asura Nama* era una diminuta mota de polvo flotando frente a la nariz de la imagen de Jonás Chandragupta.

En el puente de la *Manyu* todos trabajaban frenéticamente. Una vez localizado el reptador, habían encontrado la Ciudades móviles. Los surcos que dejaban sus orugas eran visibles en el telescopio. ¡Increíble! Los datos se acumulaban: velocidad de las Ciudades, tamaños, producción de calor, estimaciones de población...

La nave había descendido a una órbita inferior. Una tarea nada fácil, teniendo que esquivar los radios de aquella cosa, Jambudvida. En Akasa-puspa, con sólo una babel por planeta, la cosa era más sencilla. El ordenador de la nave echaba humo.

De vez en cuando, lanzaban una mirada furtiva a aquel rostro de trescientos millones de kilómetros de ancho y cuatrocientos millones de alto.

Oannes contempló sin aliento las imágenes que Vidya le mostraba de la Esfera.

—La pantalla de cine más grande de la historia...

—¿Significa eso que nuestro ex-camarada sigue con vida? —preguntó Vidya.—
¿Por qué, si no, reproducir su imagen?

Oannes no respondió, pero silbó un antiguo ruego delfiniano a los poderes del Mar para que así fuera.

DESEMBARCO

Por su parte, los infantes de Marina se encontraban en una bendita ignorancia de lo que conmocionaba a sus compañeros. En ese momento, lo que más les preocupaba era la presión que aplastaba sus tórax.

Bilhana dio gracias a que les habían dado un desayuno ligero («Si se ha comido, una herida en el estómago puede ser terrible»). ¿Por qué daban un rancho tan malo en el Ejército? En las naves de la Marina se comía mucho mejor. Quizás era porque una nave permanece mucho tiempo aislada en el espacio... y la comida era uno de los pocos placeres posibles.

—Es una vieja tradición militar —había dicho el Cerebro a la hora de cenar, con el tono zumbón que le había costado tantos arrestos.— Dar mal de comer a los soldados para mantener el espíritu combativo. Van al campo de batalla de mala leche.

Clavó la cuchara en aquella masa de arroz, judías y lo-que-fuese, la examinó, y añadió:

—Lo menos dos mil calorías por persona. Esto significa que se avecina un buen fregado.

Y tanto que se avecinaba.

—Transbordadores del Imperio —anunció Vidya. Oannes ya los había reconocido.

—La vez pasada se cargaron una torre y organizaron un invierno nuclear —dijo Oannes con pesimismo.— Esta vez no se conformarán con menos de una nova.

Suspiró de nuevo otra ráfaga de burbujas.

—Los seres humanos no han cambiado mucho en veinticinco millones de años —añadió.— Si faltaba alguna prueba de la manipulación genética por parte de los colmeneros, aquí la tenemos.

En la Ciudad de Dios, los sacerdotes miraban al cielo con horror sagrado. En los últimos días, se habían visto portentosas luces en el firmamento, y ahora descendían de él máquinas que vomitaban fuego.

Unos hicieron sus oráculos basados en la marcha de la Ciudad. Otros consultaron frenéticamente el *Tamuh Tamipuh*: un libro sagrado que permitía conocer el futuro por las palabras pronunciadas por Oannes, recopiladas por los sacerdotes, mediante el sistema de sumar o multiplicar los valores numéricos de las letras que formaban sus palabras; las profecías venían siendo recopiladas y comentadas en el *Tamuh Tamipuh* desde tiempo inmemorial.

Habían tantas profecías y tan dispares, que no les costó encontrar las adecuadas.

Los transbordadores del Imperio eran muy distintos de los vehículos alados usados entre los yavanas. No tenían alas, y frenaban con cohetes. No había necesidad de cubierta ablativa: la cámara de combustión se encontraba abierta, formada por la interacción de la llama del cohete y el viento producido por su veloz paso por la atmósfera.

Los ksatryas habían desembarcado en transbordadores alados más convencionales, desechables. En caso de ser evacuados... bien, a menos que abandonaran el material pesado, no habría transporte para ellos. Pero no parecía importarles.

La infantería de Marina regular contaba con dos tipos de transbordadores: de personal y de carga. La primera cosa que deberían hacer es buscar el reptador que se les había asignado, y que descendería en otro transbordador. El problema sería encontrarlo.

Con un choque capaz de sacudirle a uno los huesos como si estuvieran en un saco, el transbordador se detuvo. Mientras la tripulación del transbordador preparaba la maniobra de desalojo, el sargento Kebar empezó a decir:

—Soltad cinturones. Ajustaos los filtros solares. Y recordad, no os separéis.

—Hey, mi sargento; —dijo el Cerebro— ¿la atmósfera de aquí es respirable?

—¡Claro que es respirable, capullo! ¿Crees que si no lo fuera nos mandarían salir sin traje-spray?

—Lo digo porque una vez estuve en Ghekloka. Tiene atmósfera de oxígeno, aunque con un tres por mil de indol, producido por descomposición bacteriana de la vegetación. Todo el planeta hace un olor a mierda que...

—¡Sería la tuya! ¿Es que tienes miedo?

—No, mi sargento, pero...

—A callar. Hablas demasiado y no me dejas concentrarme —dijo el sargento; era una frase que en cierta ocasión había dicho el propio Cerebro. Todos rieron.

La rampa descendió. Los soldados se apresuraron a bajar. Bilhana saltó cuando llegó su turno y...

¡Resplandor!

¿Qué clase de sol tenían aquí? Parpadeó. El fotómetro de su casco midió la intensidad luminosa y el visor se oscureció.

El suelo se hallaba cubierto de cenizas, rociadas con espuma extintora. Sus pies chapoteaban en un fango gris.

—¡Reagruparse! Seguidme —la voz del sargento sonó en sus auriculares.

Lo siguieron. Bilhana estaba desorientado; apenas se había dado cuenta de dónde se encontraban. Sólo veía las espaldas de sus compañeros.

Por todas partes había grupos de soldados, transbordadores alzados sobre sus trípodes de aterrizaje, vehículos que estaban siendo descargados. Un grupo con uniforme de la Aviación Naval montaba un helicóptero. El efecto era de una ordenada confusión (esa fue la frase que acudió a su mente, aunque parecía contradecirse).

—¡Ahí está nuestro transporte! —el sargento señalaba a la izquierda. Tampoco él parecía estar muy orientado.

Era un TRP (transporte reptador de personal) con el número 18. Ese era el suyo, en efecto. Subieron a él. El conductor ocupó su puesto y presionó el arranque.

La máquina se alzó sobre sus patas y empezó a correr. El sargento informó a su superior a través de la radio de su casco.

—A la orden, mi teniente. Josif, rumbo 0-4-0. Vosotros, escuchad.

Los soldados lo rodearon. El sargento extendió un mapa fotográfico, recién obtenido desde la nave espacial. Su índice, grueso como un pulgar, señaló un punto en él.

—Estamos aquí, y aquí —volvió a señalar— es a donde vamos. Esta mancha negra es la ciudad donde está Chait Rai.

—¿Está seguro, mi sargento? —preguntó el Cerebro—. A mí me parece una cagada de mosca.

—Eso tienes tú en la sesera —dijo irritado el sargento—. Ya tendrás tiempo de gastar bromas cuando te encuentres frente al traidor. Continúa: está a cincuenta kilómetros de nuestra posición. Si, por alguna razón, nos cortan la retirada, debéis dirigiros a la babel más cercana, ¿entendido? No creo que haya problemas para localizarla.

Los soldados emitieron una débil risa y un «No, mi sargento».

—Bueno, acomodaos. Ya estamos en marcha.

Ahora que disponía de un respiro, Bilhana trató de ver el paisaje por las troneras.

No había mucho que ver. Una inmensa sabana extendiéndose bajo el implacable sol amarillo. Algunos árboles aislados. En la lejanía, una nube de humo que parecía proceder de un incendio. Dos helicópteros pasaron como flechas sobre el reptador.

¿Dónde estaría el enemigo?

LA GRAN PANTALLA

—Lo han hecho cerrando y abriendo las superficies reflectantes de los árboles — dijo pasmado Dohin.— Como las tramas grises en una reproducción fotográfica impresa, o los pixels de una pantalla. ¡Pero a una mayor escala!

Jonás parpadeó, y el físico pensó que había algo raro en aquello. ¿Pero qué?

El comandante Azmeri ordenó que calculasen el tamaño del rostro. De inmediato, Narayan comenzó a teclear en el ordenador como un poseso. Pasaron algunos minutos en silencio. Luego tragó saliva.

—El radio del iris —recitó monótonamente— es 33'33 segundos luz. La superficie del iris, 615.920'70 veces la de un planeta habitable. Las dimensiones de la cara son 22'22 minutos luz de alto y 16'67 minutos luz de ancho... quizás les gustaría saber, señores, que uno de los pelos tiene 0'67 segundos luz de grosor.

Las cifras quedaron flotando en el ambiente como ladrillos de plomo en caída libre. El gigantesco rostro de Jonás parpadeó de nuevo. Dohin seguía pensando que había algo raro en aquella imagen; sin embargo, fue Lilith quien lo descubrió.

—¡Fijaos en eso! Los párpados se mueven más rápidos que la luz. ¿Es eso posible, Kot?

—¡Ah! —exclamó el físico.— No, Lilith, es sólo aparente. En realidad no hay nada que se mueva. Es... imagínate que tienes una pantalla de cine de un año luz de largo, y te sitúas frente a ella a un año luz de distancia. Coges una linterna y proyectas un círculo de luz sobre un extremo de la pantalla, ¿conforme? Bien, ahora giras rápidamente la muñeca y proyectas el haz de la linterna sobre el otro extremo. ¿Qué verías?

—Si la pantalla está a un año luz...

—No verías nada, de acuerdo. Pasados dos años, verías un círculo de luz que recorre en pocos segundos un año luz de distancia, de un extremo de la pantalla al otro. ¿Sabías que algunos quasars parecen moverse más rápidos que la luz? Se han propuesto varios mecanismos para explicarlo, y éste es uno de ellos: una fuente de ondas de radio que gira a gran velocidad.

—A ver si lo entiendo —dijo Lilith.— Supongo que Jonás estará situado ante una cámara o algo así, y esta imagen es una proyección, dibujada con árboles. Jonás parpadea; el tiempo de un parpadeo es un quinto de segundo, si no me falla la memoria. La señal de «dibujar el ojo cerrado» llega a... lo que sea que dibuje la parte superior del ojo. Un quinto de segundo más tarde, la señal llega a lo que dibuja la parte inferior.

—Sí. Desde luego sólo es posible si Jonás está equidist...

Dohin se interrumpió. Se dio una palmada en la frente, que estuvo a punto de tirarle de espaldas en la ingravidez.

—¡Claro! ¡Pero qué estúpido soy! Comandante, ¿le interesa saber dónde está el doctor Chandragupta?

Los oficiales de puente habían asistido al diálogo de los dos científicos en silencio expectante. El comandante exclamó:

—¡Desde luego! ¿Dónde?

—Tracen una línea que vaya desde el sol hasta el centro de la cara. En algún lugar a lo largo de esa línea estará la emisora que proyecta la imagen.

—Búsquenlo; usen el radar máser —ordenó el comandante Azmeri. Se pusieron a la tarea. El haz del radar máser era muy estrecho, aunque de gran alcance y gran poder de resolución. Sabiendo dónde buscar, era un instrumento de detección extremadamente preciso.

Aún se encontraban en la tarea cuando Jonás empezó a hablar.

LA CIUDAD

—¿Alguna idea acerca de lo que está pasando? —preguntó Oannes a Vidya.

—Mi sismógrafo —respondió el ordenador— detecta pequeñas explosiones superficiales, sin duda explosivos químicos. También detecto una Ciudad que se mueve muy aprisa. Ionización del aire y trazas de ozono, debidas probablemente a disparos de haces de partículas o láseres de muy corta longitud de onda. Emisiones de radio codificadas. De todo ello se desprende que el Imperio viene a por Chait Rai.

—Al menos no vienen a por nuestras cabelleras —respondió Oannes.— Por ahora.

—Atención, ahí está el objetivo.

Los infantes se amontonaron ante las troneras. ¿Aquello? ¡Pero si era *una ciudad* sobre orugas!

La ciudad se movía con lenta deliberación, traqueteando y oscilando. Los reptadores corrían en torno suyo, disparando trallazos de luz violácea, visibles aún en pleno día. Parecía un phante salvaje acosado por ratones.

La ciudad se hallaba indefensa, pues los nativos carecían de armas modernas. Pero era casi inexpugnable; los disparos de los reptadores no lograban detenerla. Bilhana contempló la enorme mole con aprensión, porque el reptador número 18 se acercaba más y más a las monstruosas orugas.

Un reptador se acercó a la ciudad. Era un TRP que intentaba un «abordaje». Se aproximó cautelosamente, acomodando el trote de sus seis patas al paso de la ciudad. Los infantes subieron al techo, y se dispusieron a trepar por el costado.

De repente, algo debió pasar. Quizás una de las patas fue aplastada por una de las orugas, y el reptador dio una espectacular voltereta, lanzando por el aire a los desdichados infantes, igual que si fueran muñequitos. El reptador fue aplastado por las orugas, como un cacahuete pisado por un phante; el horrorizado Bilhana lo vio convertirse en una especie de mancha de metal y plástico, que exudaba sangre.

Sobre la ciudad se veían unas figuritas: los habitantes. Estaban tirando piedras y líquidos ardiendo sobre los reptadores que intentaban acercarse, sin demasiada efectividad. Algunos de ellos perdían el equilibrio por los traqueteos de la ciudad y caían, con sus bocas abiertas en un grito inaudible. Finalmente se retiraron.

A una orden del sargento, Bilhana ocupó el puesto del artillero, encasquetándose los auriculares.

—Sección de reptadores, —la voz del teniente sonó en su oído— atención. Los esbirros de Chait Rai nos atacan con todas sus armas. ¡Blindados, adelante! La ciudad está a sólo trescientos metros frente a nosotros.

Una cosa blindada en forma de cajón apareció frente a Bilhana. Apuntó el pequeño cañón de partículas. Oprimió el disparador, y sonó un zumbido y un trallazo azulado surgió de la boca del arma. Casi simultáneamente, en la ciudad se elevó una columna de humo y, un segundo más tarde, llegó hasta sus oídos la explosión aniquiladora.

Balas trazadoras silbaron cerca del reptador; el aire crujía y retumbaba en un crescendo escalofriante.

Bilhana hizo girar el periscopio y buscó un nuevo blanco. Localizó un grupo de indígenas manejando algo en forma de tubo. Un lanzacohetes. Cifras luminosas bailaron en su campo de visión, mientras apuntaba. Una nueva descarga de electrones barrió al lanzacohetes y su dotación, junto con los cohetes preparados, algunos de los cuales se inflamaron y salieron silbando en todas direcciones.

El único asedio móvil de la historia se prolongaba a lo largo de la llanura. Los asediados cambiaron de táctica: reptadores armados disparaban hacia los ejes, mientras los transportes se retiraban al exterior, esperando asaltar la ciudad cuando se hubiera detenido.

Esto daba buen resultado. Más y más orugas quedaban inmovilizadas entre nubes de grasiento humo, y la velocidad de la ciudad menguó sensiblemente. Pero no se llegó de detener. El piloto de la ciudad debía estar en una lamentable situación, al no ver que delante se extendía un pequeño río que había cavado un profundo surco. Marchando ciegamente, las orugas cayeron en él.

El sistema de tracción, cortado por los rayos de partículas, se rompió, y la ciudad resbaló. Se desprendió de los trenes de orugas y se deslizó sobre su panza con un estruendo chirriante, un inacabable crujido metálico de protesta.

Se detuvo entre una nube de polvo. Entonces el sargento Kebar dio la orden de bajar. Corrieron, aprestando sus armas.

Bilhana se vio envuelto en la calurosa atmósfera. Frente a él se levantó una impresionante morrena de barro y piedras, en la que se veían empotrados los restos de varios reptadores, arrastrados como pececillos por una inmensa ola. Olores a quemado y metal fundido le llenaron la nariz. Sonaba el estruendo de armas de explosión.

Un silbido pareció rasgar el aire.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Cohetes!

Bilhana se tiró al suelo con sus compañeros. El cohete estalló, entre gritos de dolor. Miró en torno, confundido.

¡Otro cohete! Como si estuviese en el campo de tiro, Bilhana alzó su fusil de partículas, situó el limitador de ráfaga en el cinco, y disparó.

Cinco pulsos de electrones atravesaron el aire y el segundo cohete estalló en vuelo.

Llegaron tres cohetes más, pero los infantes los derribaron. A una orden, se pusieron en pie. Avanzaron.

—Aquí han estado los ksatryas —dijo un infante, señalando.

Bilhana pudo ver un cadáver entre las hierbas, con el kilt de los ksatryas. Otro cadáver, esta vez con ropas extrañas: armadura y yelmo con... ¿antenas?

Descendieron hacia la ciudad, viendo un espectáculo insólito: miles de personas se descolgaban por la ciudad, aprovechando cualquier resquicio. La mayoría iban desarmadas, y corrían como locos.

Cuando se acercaron, algunos fugitivos se detuvieron y postraron en tierra, como en la oración vespertina. Algunos parecían en shock: acurrucados en posición fetal, con los ojos cerrados. ¿Qué les pasaba?

Parecen tomarnos por dioses, pensó Bilhana. Quizás Chait Rai debe ser también un dios para ellos. Cuando los dioses se pelean, los simples mortales procuran esfumarse y pasar inadvertidos.

—Bueno, a trepar —dijo el sargento.

ULTIMÁTUM

—Soy Jonás Chandragupta —su voz sonaba en todos los altavoces de la flota.

—Estoy siendo retenido por los que nosotros llamamos «colmeneros», aunque ellos prefieren llamarse con modestia «los Eternos» —sonrió fugazmente.— Me han encargado que transmita un mensaje. Debo añadir que no estoy entre estos... Eternos por propia voluntad.

»Como ya habréis adivinado, toda esta pantomima de reproducir mi humilde imagen a tamaño astronómico es una simple demostración de poder. Los Eternos prefieren la... la intimidación antes que emplear métodos violentos, que dicen detestar.

»Me piden que os diga que no lo dudéis, esto es una amenaza. Bien, dicho esto, pasemos al mensaje.

»Los Eternos ordenan que evacuemos la Esfera.

»Al decir esto, quieren decir que podemos llevarnos a los humanos de la Tierra... los que viven en las ciudades rodantes. Según parece, están... distorsionando el experimento que llevan a cabo en los planetas.

»Ah, sí. Nos dan un plazo máximo de un año para sacar de aquí a los humanos. No nos molestarán en tanto que nos dediquemos a la evacuación. No intervendrán para facilitarnos las cosas, por otro lado.

»Los Eternos dicen otra cosa. No son en absoluto hostiles a los humanos, ya que ellos también son humanos... o así se consideran —dijo en voz baja.

»El acceso a la Esfera quedará prohibido a los... a nosotros. Dicen, y cito lo más textualmente que puedo, que «los proyectos que aquí desarrollamos son vitales para la supervivencia de... del genoma humano y sus ecosistemas tanto naturales como artificiales». Nosotros diríamos «nuestros hogares y nuestros hijos», supongo, aunque ellos...

»Sí, ya voy. Los Eternos me recuerdan que la inobservancia de estas reglas o cualquier acto hostil será «severamente penalizado». Por experiencia personal, puedo decirles que las «penalizaciones» de los Eternos son bastante severas...

»Me dicen que me soltarán tan pronto empecemos la evacuación. Ah, y una última cosa. Nada de lo que ordenan los Eternos es negociable.

DENTRO DE LA CIUDAD

Los infantes treparon por las paredes de la Ciudad y entraron con precaución. Aquello era un inmenso laberinto en el que era muy fácil extraviarse.

Había habido lucha. Quemaduras de los fusiles de partículas por todas partes. Agujeros de bala. Y cadáveres; había un número alto de ksatryas entre ellos.

—Si esos locos han cogido a Chait Rai... —murmuró el sargento.— Bueno, a alguien le caerá un paquete. Pero no a nosotros. Es la ventaja del rango inferior.

—A no ser que nosotros cojamos a Chait Rai y los ksatryas nos maten al intentar protegerlo —dijo el Cerebro.— Vaya broma.

El sargento fue a replicar, pero se detuvo.

—A la orden, mi teniente —escuchó.— Sí, mi teniente. No, mi teniente. Comprendido. A la orden.

Se dirigió a los infantes.

—Ya saben dónde está Chait Rai. Los ksatryas intentan llegar a él desde abajo. Nosotros somos los que estamos más cerca. Seguidme.

El único lazo de los infantes con el mundo exterior era la radio del sargento. Este prefirió no decir nada a sus hombres de lo que había oído accidentalmente: que un tío de un millón de kilómetros de alto les ordenaba salir de aquel planeta.

AGRESIÓN

—Los tenemos —dijo excitado Narayan.— Hay un grupo de objetos que parecen asteroides a... ciento doce millones de kilómetros del sol. Eso son tres cuartos de una unidad astronómica. La mitad del radio de la Esfera. Como estaba previsto.

La pantalla geodésica del *Asura Nama* se parcheó de diagramas y gráficos de ordenador.

—¿Cuántos objetos? —preguntó el comandante.

—Cuatro, de aproximadamente doscientos metros de diámetro... —el oficial fue repitiendo los informes que le llegaban— forma de esfera... por el albedo, parecen de roca.

Azmeri pensó un momento.

—Debemos evitar disparar sobre el asteroide en que esté el doctor Chandragupta. ¿Están todos los asteroides en posición? Quiero decir, ¿exactamente en la línea que sugiere el doctor Dohin?

—No, mi comandante, sólo uno de ellos. Los otros están dispersos, con una decena de kilómetros de separación entre ellos.

—Excelente. Mientras no se demuestre lo contrario, supondremos que Chandragupta está en el «foco del espejo», por así decir.

El comandante consultó el holotank donde aparecían las posiciones de las naves.

—La más cercana es la fragata *Javiyah*. Avíseles que preparen un disparo de partículas hacia el más alejado de esos asteroides. Envíen un mensaje a esos bichos: «comuníquense con nosotros o dispararemos».

Los dos mensajes fueron enviados, el primero codificado en pocos segundos por el ordenador. Mientras iban en camino, el comandante mandó otro, en audio y también sin codificar:

—Doctor Chandragupta: ¿puede oírnos? Si no puede transmitir, afirme con la cabeza.

—Será un espectáculo; —susurró Dohin al oído de Lilith— una cabeza de cuatrocientos millones de kilómetros de alto, moviéndose más rápida que la luz.

Pasaron los segundos y los minutos. El silencio era más largo que el retraso debido a la velocidad de las ondas. En la Esfera, Jonás no parecía haber oído nada; sólo desvió incómodamente los ojos a ambos lados.

Nada.

El comandante Azmeri aspiró con lentitud.

—Ordene a la *Javiyah* que dispare.

LA CÚPULA

Los infantes recorrían Hebabeerst sin tener más que una vaga idea de su situación. En un momento dado, el sargento se detuvo y escuchó su radio.

—Sí... sí, mi teniente. Comprendido —a sus hombres.— Parece que ya saben dónde está Chait Rai. Hay una especie de cúpula de vidrio, y debajo hay un salón. Buscar cualquier subida hacia el techo. ¡Aire!

Siguieron registrando, en busca de alguna escalera; y fue Bilhana quien la encontró. Ascendieron hasta una escotilla.

Salieron al techo de la Ciudad. Estaba cubierta por un enrejado metálico, del que colgaban unos trapos.

—¡Por el diente de Buda! —exclamó el Cerebro.— Fijaos en eso.

Los trapos eran pieles humanas puestas a secar. Los infantes se detuvieron horrorizados, y Bilhana sintió el vómito ascenderle a la garganta.

—Eso es cosa de Chait Rai.

—Hijo de Putana...

—Espero que alguien tenga una cámara. Será una buena prueba en el juicio.

—Si es que Chait Rai vive para ir a juicio.

—Para eso hay que cogerlo —dijo el sargento.— Vamos hacia la cúpula.

LA PRIMERA ANDANADA

Kot Dohin imaginó lo que se estaría desarrollando en el puente de la *Javiyah*: los artilleros calcularían, con ayuda del ordenador, las posiciones de la nave y el objetivo, su distancia y los desplazamientos relativos de ambos. Así conocerían a dónde apuntar el rayo, pues éste avanzaría a nueve décimos de la velocidad de la luz.

Los rayos de partículas son invisibles en el vacío, o a lo más, emiten una débil «radiación de frenado» en la banda de los rayos X. El ordenador dibujó en el holotank una fina línea azul que partía de una de las naves y avanzaba hacia el asteroide blanco. La línea avanzaba lentamente, pues la distancia nave-asteroide era de varios minutos luz.

Y el rayo pasó a través de su objetivo.

—¡*Alá akbar!* ¿Se ha estropeado ese cacharro? —exclamó el comandante Azmeri.

No se molestó en preguntar. Pregunta y respuesta tardarían un tiempo. La *Javiyah* informó al cabo de unos minutos.

—No lo comprendemos, mi comandante. El rayo parece haber pasado a través de esa roca.

—¡Mi comandante! —dijo Narayan.— Los asteroides... han desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Qué dice usted?

—No lo comprendo; —dijo el oficial— de repente no están.

—¿Nadie comprende nada? —gritó irritado el comandante.— *Javiyah*, lance otra andanada.

Pronto llegó la respuesta. El rostro de Jonás Chandragupta desapareció. En su lugar, ondas de luz se congregaron en un punto de brillo intolerable.

En un segundo de horror, el comandante adivinó lo que iba a suceder: la *Javiyah* iba a ser abrasada, y su tripulación se hallaba absolutamente perdida. Alejarse no les serviría de mucho, porque aquellos hijos de Putana de colmeneros lo seguirían con su luz, como un niño jugando con un espejito...

El comandante no se equivocó. La *Javiyah* resplandeció como el filamento de una lámpara de tungsteno, y en pocos segundos se convirtió en una nube de plasma ardiente que estalló como una burbuja de jabón.

El haz fue lo bastante intenso como para provocar una reacción de fusión en el combustible, hidrógeno enriquecido con deuterio. Aquello hizo mucho más violenta la explosión; la fragata se convirtió en una gigantesca bomba de fusión, que destruyó dos fragatas más y dos destructores.

La flotilla de avanzada había perdido el 45 por ciento de sus efectivos, lo que representaba el 25 por ciento del total de la flota, por los efectos de un solo disparo enemigo.

El puente del *Asura Nama* era presa de una caótica confusión muy poco marcial. El comandante Azmeri trató de mantener la calma, mientras su segundo gritaba órdenes por el intercomunicador. Había que poner la nave a salvo, aunque ¿cómo?

No hay ningún lugar seguro dentro de la Esfera, pensó el comandante, intentando controlar el pánico que amenazaba con dominar su pensamiento.

Kot Dohin contemplaba horrorizado cómo cinco naves de guerra mezclaban sus átomos ionizados en una irregular nube de gas. Los ojos de Lilith giraban enloquecidos a un lado y a otro, desesperada, buscando a alguien que supiera lo que debía hacer.

Todos los oficiales del puente parecían tan aterrorizados como ella, haciéndola sentirse abandonada en un océano de hostilidad.

EL SALÓN DEL TRONO

La cúpula tenía unos diez metros de diámetro, formada por paneles triangulares de vidrio color topacio, soportados por una armadura de aluminio. El sargento ordenó:

—Tendeos. Tú, Bilhana, —el aludido se sobresaltó— ven conmigo. Arrástrate y asoma la cabeza con precaución.

Bilhana hizo lo que se le ordenaba. Escrutó el interior de la cúpula.

La sala era grande, con un estrado en uno de sus extremos, y diferentes bancos y sillas esparcidos por el suelo. Un grupo de nativos, llevando aquellos yelmos con antenas, amontonaban muebles ante la puerta. Bilhana no vio otra entrada al... salón del trono. Porque eso era lo que se alzaba en el estrado, al extremo de una alfombra roja que recorría diametralmente el salón.

Los nativos empuñaban con nerviosismo armas similares o idénticas a las repetidoras de la Utsarpini. El sargento Kebar maldijo. Los ksatryas se encontraban fuera de esa puerta, casi con toda seguridad.

¿Qué asuras era eso? Parecían una especie de... gatos grandes, pero que caminaban derechos. Bueno, casi. Habían cinco, en el estrado o en los peldaños. Qué raro, no llevaban armas.

En el trono había alguien sentado. Un hombre alto, con la mitad de la cara espantosamente desfigurada. Sobre la cabeza llevaba una ostentosa tiara, adornada de oro y joyas. Una capa blanca y escarlata colgaba de sus hombros, y vestía un suntuoso uniforme blanco y oro. En su mano izquierda sostenía el globo tachonado de gemas rojas y amarillas que simbolizaba Akasa-puspa. La repetidora que sostenía en su mano derecha parecía un cetro surrealista.

—Colocad las cargas explosivas en la base de la cúpula, todo alrededor —susurró el sargento con aspereza.— Y daos prisa, malditos seáis. Entrarán de un momento a otro... sí, mi teniente, estamos colocando las cargas... pronto estaremos listos para entrar. ¡Ah! Buena noticia, mi teniente. A la orden.

Se dirigió a los infantes.

—Los nuestros están al otro lado de la barricada, y van a lanzar un ataque de distracción. Entonces, volamos la cúpula y entramos nosotros. Habrá que hacerlo deprisa, antes de que esos ksatryas se enteren. Y se enterarán tan pronto empiecen a sonar los fuegos artificiales. Venga, nos han dado cinco minutos.

Arrastrándose en torno a la cúpula, los infantes fueron disponiendo el asalto, preparando las cuerdas para dejarse caer dentro. El sargento miraba fijamente el reloj. Alzó la mano, la mantuvo un momento elevada, y de repente la bajó.

La explosión de las cargas no fue muy ruidosa; pero los cristales volaron hechos añicos de sus soportes, cayendo como una granizada sobre los defensores del salón del trono.

El sargento y ocho infantes se dejaban caer sobre el estrado, mientras el resto del pelotón abrió fuego con los fusiles de partículas.

Chait Rai giró rápidamente y disparó su repetidora; el sargento cayó, alcanzado por las balas. Bilhana se tiró al suelo.

El Cerebro, erguido, envió varias ráfagas a los guardias de Chait Rai. Una de ellas alcanzó de lleno a un joven nativo, que se derrumbó lanzando un breve gemido. El muchacho parecía haber querido decir algo, pero no lo consiguió.

Algo de color amarillento se interpuso entre Bilhana y el Cerebro. Este dejó caer su arma, lanzando un grito penetrante.

—¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego! —un profundo arañazo cruzaba su rostro empapado en sangre. Una de las cuencas de sus ojos estaba vacía; el otro globo ocular parecía haber sufrido un corte.

El horrorizado Bilhana disparó su fusil sobre aquel mono-gato que había mutilado a su compañero, y que ahora se giraba hacia él. Fue un tiro a ciegas, en posición de «dispersión cónica», y al instante el pelo del animal se carbonizó entre el cuello y las rodillas. Aquella criatura se lanzó al suelo, revolcándose frenético entre aullidos estremecedores y casi humanos. Un repugnante hedor de pelo quemado llegó hasta el olfato de Bilhana.

Estupefacto, vio a aquellos gatos antropomorfos, veloces como rayos, que saltaban sobre sus sorprendidos compañeros.

Hubo un lío de brazos, piernas, y hojas de wakizashi. Uno de aquellos monos-gato cayó, con una herida en el pecho. El infante que lo había matado cayó sobre él; sangraba profusamente por el cuello. Los otros monos-gatos estaban intactos, pero los infantes habían caído. Todos. Aquellos increíbles animales, que a Bilhana le parecían surgidos de una película de dibujos animados, habían liquidado a sus compañeros. No se levantó.

En ese momento en que la barricada cedía y unos zumbantes rayos violáceos segaban el aire. Uno de los monos-gatos cayó achicharrado, y Chait Rai volvió su mutilado rostro hacia la puerta.

¡Ahora!, pensó Bilhana. Se alzó hasta quedar de rodillas, lanzándose en plancha hacia las piernas de Chait Rai. No veía bien, pero el guardamanos de su fusil golpeó la rodilla del ksatria, que cayó, perdiendo la repetidora. Bilhana se enredó los brazos en la correa de su arma; frenéticamente libró su brazo derecho y retorció la muñeca de Chait Rai.

Se puso en pie, amenazando dislocarle la muñeca y el codo. Chait Rai se arrodilló aturdido. Había perdido la tiara y su cabeza sangraba, quizás por el corte de uno de

los trozos de vidrio.

Bilhana sonreía. ¡Había capturado al pez gordo, él solo! Miró hacia la puerta: un grupo de uniformes de la Marina encañonaba a los contados supervivientes nativos, que se habían arrodillado con los brazos en alto.

Todo había acabado. ¡Increíble! Un sanitario se acercó al Cerebro, que lanzaba débiles lamentos, y le aplicó un anestésico. Quizás pudiesen salvarle el otro ojo, pensó Bilhana.

Fue entonces cuando distinguió a los ksatryas mezclados con los infantes. Sus fusiles de partículas apuntaban directamente hacia Chait Rai y Bilhana, y al frente de los mercenarios se hallaba el propio Chan Zar.

Bilhana se dio cuenta de que no todo había acabado. Lo peor venía ahora.

LA SEGUNDA ANDANADA

Yusuf miraba con fatalismo la nube radioactiva en que se habían convertido las más orgullosas naves del Imperio, como quien ha tenido numerosas pesadillas amenazando con un demonio y una mañana despierta, para encontrárselo a los pies de su cama.

El almirante Paryagat contempló abatido las imágenes transmitidas por la flota de avanzada. Su primera obligación era mantener la integridad de sus naves... y él había fracasado estrepitosamente en ella.

—Usar un sol como arma... —susurró.— Nunca les venceremos desde dentro. Pero aquí fuera estamos a salvo. Ordenen a la flota de avanzada que no disparen más; y a los acorazados *Agne* y *Avranam*, que empiecen a disparar sus misiles.

—¿Hacia dónde, mi almirante?

Buena pregunta, estuvo tentado de responder. No había ningún blanco apreciable. Cualquier punto de la Esfera era igual a cualquier otro.

Resistiendo la tentación de escoger al azar, indicó:

—El punto más cercano a nosotros. Concentren los misiles en él. Veremos qué tal reaccionan si se abre una brecha en su fortaleza.

Los misiles despegaron como tiburones de acero. Bajo aceleración de diez "g", se lanzaron contra la Esfera. Empezó a contar el tiempo.

—Impacto de los primeros misiles en treinta minutos —informó el artillero.

Tras ellos, se dispararon otros. Tras un intervalo de cinco minutos, otros. Otros. Otros... Mientras tanto, seguían llegando informes. Todos eran desalentadores.

Tres fragatas, la *Javiyah*, la *Gedeón*, y la *Jihad*, y dos destructores, el *Ravena*, y el *Garuda*, destruidos por completo.

El acorazado *Leviatán*, alcanzado por las radiaciones. La tripulación no había sufrido daños aparentes; sin embargo, la mayoría de los instrumentos electrónicos estaban «fritos». La nave necesitaría una reparación importante.

Los primeros misiles se dirigieron hacia su destino, produciendo una diminuta burbuja de luz blanca, que contrastaba contra la oscura superficie de la Esfera.

¿Qué lanzarán contra nosotros?, pensó inquieto Yusuf. El almirante pareció leerle el pensamiento.

—¿Qué le parece esto, doctor? Me pregunto... si los colmeneros viven en una sociedad cerrada, es posible que no se preocupen del exterior. Quizás no tengan armas dirigidas hacia fuera.

—No soy sociólogo ni psicólogo, almirante; —suspiró Yusuf— pero aunque lo fuera no sabemos lo bastante para predecir nada.

—Su principal arma no funciona en el exterior —explicó el almirante, como pensando en voz alta.— Y es imbatible dentro de la Esfera. Con eso puede despachar

a cualquier invasor que intente entrar. Teniendo un arma defensiva perfecta, ¿quién necesita armas de ataque? No tiene sentido que hayan dispuesto armas al exterior. Lo más probable es que hayan desarrollado una mentalidad de castellano: levantar una muralla, impedir la entrada del enemigo, y dejar que se agote en el asedio.

—Su razonamiento me parece convincente, —dudó Yusuf— pero convincente no es sinónimo de verdadero. Así es como pensamos los humanos, aunque ¿valdrá el mismo razonamiento para mentes no humanas? Los colmeneros han vivido en este entorno tanto tiempo, que su forma de pensar puede resultar impredecible.

Sacudió la cabeza. *Pronto saldremos de dudas, pensó; si nos volatilizan, sabremos que tienen armas exteriores.*

Era probable que el almirante tuviera razón. Los colmeneros preferirían la defensiva.

Y, sin embargo, la mejor defensa es el ataque...

—¿Cuántos misiles llevamos disparados, Jilath? —preguntó el almirante.

—Treinta y cinco, mi almirante; cada uno con doscientas cabezas.

—No está mal. Una sola de las cabezas bastaría para liquidar Cakravartinloka. Vaya cantando cada cinco misiles que hagan impacto.

—A la orden, mi almirante.

—Un informe de la flota de avanzada, mi almirante —dijo el oficial de comunicaciones.

—Resúmalo, por favor.

—No hay cambios en la situación, los colmeneros no han vuelto a atacar. Han enviado naves de reparaciones al *Akbar*, pero se estima que pasará tiempo antes de que sea operativo.

»Por otro lado, la *Manyu* no ha sido molestada. Los infantes han desembarcado, encontrando una resistencia mínima.

—Algo nos está saliendo bien, al menos —susurró en voz baja el almirante; sólo Yusuf pudo oírlo.

—Cuarenta misiles impactados —dijo Jilath.

Los misiles se dirigían hacia la Esfera como veloces centellas blancas, uno tras otro, en una interminable procesión. Cuando agotaban su combustible, se apagaban, soltando su cargamento de cabezas, que estallaban poco más tarde. Sobre el velo verdinegro de la Esfera aparecían y desaparecían diminutas brasas, como las que se forman en un papel al tocarlo con la punta de un cigarrillo.

Sucedió sin previo aviso. El puente de la *Nrisimha* quedó iluminado por un inesperado resplandor, como un flash fotográfico...

—Krishna y Jesús —musitó alguien.

Los acorazados *Agne* y *Avranam* pasaron por el proceso que ya habían visto: en pocos segundos, se convirtieron en algo muy parecido a una pequeña nova. Fue tan

rápido, que Yusuf se preguntó si el imponente arsenal nuclear de ambas naves habría tenido posibilidad de estallar antes de convertirse en plasma.

El almirante Paryagat se sintió abrumado por un peso terrible, como si toda la Esfera gravitase sobre sus hombros.

—¡Maniobra evasiva! —ordenó el comandante Zalfiqar.

—¿Hacia dónde piensa evadirse, comandante? —preguntó el almirante con amarga ironía.— Estaríamos a su alcance aunque estuviéramos a horas luz de aquí.

—¿De dónde han salido los rayos? —preguntó Yusuf, desconcertado.

—De... no lo sé.

—Nos han alcanzado a través de una ventana en la cáscara de la Esfera —dijo el teniente Valadeva.

—¡Pero no hay ninguna ventana en esa ganika de Esfera! —exclamó el teniente Amridar.

El almirante se sentó en la silla de mando, con gesto cansado. Lentamente, sacó del bolsillo una toalla de papel empapado en colonia, y empezó a limpiarse la pintura de guerra de la cara.

CAPTURADO

El tiempo parecía haberse detenido. El salón del trono se encontraba sembrado de trozos de vidrio, muebles rotos y quemaduras perforantes. Varios nativos, alcanzados por los ardientes haces de electrones, yacían en posiciones impropias de un cuerpo vivo. Junto a ellos yacían a su vez varios infantes. Incluso el sanitario, cuyo primer deber era atender a los heridos, contemplaba la escena sin apenas parpadear.

En el estrado, Bilhana, pálido, sujetando al arrodillado Chait Rai por el brazo, mano derecha en la muñeca, mano izquierda en el codo. Tras ellos, yacían tendidos el sargento Kebar y los infantes. Los cinco monos-gato también yacían, con su pelaje ardiendo por el impacto de los rayos.

En la puerta, seis infantes y cinco ksatryas. Estos últimos encañonaban a los dos hombres que se hallaban en el estrado. El silencio era total.

Un teniente al que Bilhana no conocía subió al estrado y se puso al otro lado de Chait Rai. Lo cacheó rápidamente con una mano, y lo hizo poner en pie. Bilhana mantuvo su presa, relajándola lo preciso para que pudiera hacerlo.

—Ese vid-varaha es nuestro, teniente.

Era el comandante Chan Zar. Su rostro era una máscara inexpresiva; su voz, totalmente serena. El teniente estaba pálido; sin embargo, dijo con voz igualmente serena:

—Lo siento, comandante. Tengo orden de llevarlo vivo. Ordene a sus hombres que bajen sus armas.

—Ha faltado a su daksa. Debe morir apaleado ignominiosamente a manos de los ksatryas, como manda nuestra ley, para que no pueda gozar del pitrloka^[77] —replicó Chan Zar.

—No. Ustedes obedecerán las órdenes del Imperio.

—¿Órdenes? ¿Qué órdenes? —Chan Zar se permitió una breve risa cruel.— Usted olvida, teniente, que no cobramos paga por lo que estamos haciendo. No somos mercenarios a sus órdenes, recuerde. Somos aliados.

El teniente replicó:

—Este asunto es muy complicado. ¿Por qué no lo llevamos al Imperio, y que allí decidan? Puede que entonces se lo entreguen a ustedes.

—¿Juicio? —Chan Zar parecía pronunciar una palabra obscena.— Ya ha sido juzgado y declarado culpable. Por la Ksatra.

—Irá con nosotros.

—Teniente, si usted y el soldado no se retiran, ordenaré disparar.

Este hombre no bromea, pensó Bilhana. Casi estuvo a punto de gritar a su oficial que le ordenase soltarlo. El teniente debió pensar lo mismo; se volvió hacia el prisionero.

Fue entonces cuando Chait Rai actuó.

Bilhana había relajado su presa para que se pusiera en pie. La tensión de la escena le había hecho descuidarse, y recibió un codazo en el estómago; simultáneamente, una patada hizo caer al teniente del estrado.

El brazo izquierdo de Chait Rai rodeó el cuello de Bilhana, mientras con la mano derecha se apoderaba de su wakizashi. El infante sintió la punta del arma en su costado.

—Eso no nos va a detener —dijo impasible Chan Zar. No había movido ni un músculo durante la breve lucha.

Chait Rai rió suavemente.

—¿Eso crees? —y apoyó la punta del wakizashi en su propio cuello.

Aquello rompió la calma casi fatalista de Chan Zar.

—¡Que nadie dispare! ¡No debe morir así! Dongo cobarde, si aún queda una brizna de daksa en ti, afronta tu destino sin escudarte en un hombre de varna inferior.

—No te gustaría que muriera por mi propia mano, ¿verdad, Chan? Significaría que tú recibirías quinientos palos en mi lugar.

Hubo un profundo silencio. Finalmente fue Chait Rai quien lo rompió.

—Teniente, arreste a este soldado. Ha dejado que le arrebatasen el arma.

Y empujó a Bilhana fuera del estrado; el infante cayó de bruces, golpeándose la barbilla en el suelo. Chait Rai permaneció un segundo con el wakizashi en su cuello; entonces lo alzó sobre su cabeza, saltando hacia Chan Zar con un grito salvaje.

Chan Zar disparó, alcanzándole una pierna. Chait Rai hizo una mueca de dolor, manteniéndose en pie con dificultad.

—¡Mala... puntería, Chan! —dijo entre sus dientes apretados.— Estás en... muy baja forma.

Chan Zar disparó de nuevo, esta vez al pecho.

—Eso... está... mejor.

Chait Rai cayó hacia adelante. El wakizashi repiqueteó metálicamente contra el suelo.

Hubo un suspiro colectivo. Chan Zar contempló el cadáver con expresión pensativa.

—A pesar de todo, ha sido una muerte admirable —reconoció, a regañadientes.

—¿Admirable? —fue Bilhana quien dijo esto. Chan Zar se volvió hacia él; el infante se estremeció.

—Sí. Sabía que nosotros le mataríamos a usted y a quien quiera que se interpusiese en nuestro camino. Pudo haber hecho esto, pero no lo hizo. En cambio se libró de ustedes... y luego, en lugar de suicidarse, lo que hubiera significado el deshonor para nosotros, me atacó arma en mano. Sí, fue un desertor y traicionó su daksa; pero murió como un verdadero ksatrya. Sólo por eso lo incineraremos, en

lugar de descuartizarlo y echar su corazón a los cerdos.

Se volvió hacia el cuerpo de Chait Rai.

—Nada dio tanto honor a su vida como la manera de abandonarla.

Bilhana pensó que los ksatryas estaban locos; aunque era un buen epitafio.

REENCUENTRO

—Estas son las noticias que hemos recibido de la nave insignia —dijo el teniente Rasvatma, envarado.— Hemos perdido tres fragatas, dos acorazados y dos destructores, con todas sus dotaciones.

Los oficiales se encontraban reunidos en el camarote del comandante Azmeri. Las tazas de té se enfriaban sobre la mesa, olvidadas, y la atmósfera era de anticlímax, tras las horas de tensión en una indefensa espera del siguiente ataque colmenero.

Pero la flota de avanzada, lo que quedaba de ella, no había cambiado su órbita ni había efectuado ningún otro disparo, de acuerdo con las órdenes del almirante Paryagat. Desde entonces, ninguna nave había sido destruida. El único cambio era que la nave estaba bajo giro, para proporcionar seudogravedad.

—Al parecer, nuestros enemigos no nos dejan más que una línea de acción —comentó fatigado el comandante Azmeri.— Cualquier desviación de ella nos costará muy cara: más naves y más vidas.

A pesar del peligro que todos corrían, pensó que se sentía aliviado de no ser el almirante Paryagat, quien debería cargar con el peso moral de las vidas perdidas en aquella desastrosa misión.

Y, sin duda, enfrentarse a su regreso con un comité de investigación, quizás hasta con un consejo de guerra, aunque lo creía poco probable. Azmeri no podía imaginar qué podía haber hecho cualquier otro en el lugar de Paryagat.

Los Eternos eran invencibles; simplemente eso.

El repetidor que enlazaba el puente con el camarote del comandante emitió un zumbido y una luz. El comandante contestó, viendo el rostro del teniente Valadeva... rostro que no presagiaba nada bueno.

—Comandante, acaba de suceder algo muy extraño.

—Diga lo que sea —refunfuñó el comandante.— Después de lo que hemos visto, nada puede parecerme demasiado extraño.

—Hmmm... hay un asteroide a nuestro lado, mi comandante. A unos setecientos kilómetros.

—¿Asteroide? —el comandante alzó las cejas.— Creía que el espacio se hallaba despejado. ¿Se les ha pasado por alto?

—Estamos completamente seguros de que no, mi comandante —dijo incómodo el teniente.— Hace un segundo no estaba ahí; apareció de improviso y...

El resto de la frase quedó apagada.

—Ha dicho usted «aparecido». Quiere decir que se ha materializado, ¿es eso?

El oficial aspiró hondo antes de responder:

—Sí, mi comandante.

El comandante hizo una pausa, tratando de encajar el nuevo hecho en el

batiburrillo que era su mente.

—Gracias, caballeros; continuaremos más tarde.

Y se dirigió a grandes zancadas hacia el puente.

Desperté, rodeado de oscuridad. Intenté moverme, y sólo conseguí chocar con algo. Al revés que en mi anterior despertar, ahora me sentía torpe y sin gracia. A cada movimiento, mis brazos y piernas chocaban contra algo; me di cuenta, con horror, que estaba encerrado en un espacio muy pequeño. El asura de la claustrofobia empezó a roerme el subconsciente.

Traté de serenarme e impedir lo que mis instintos me indicaban: dar manotazos y gritar. Me llevé las manos a la cara.

Tropezaron con un casco. Me palpé, y mis manos enguantadas recorrieron la familiar superficie de mi traje imperial de espuma.

Comencé a palpar la rugosa superficie de roca en busca de un salida. Indudablemente, seguía estando en un asteroide. Finalmente la encontré, y empecé a flotar a lo largo de un túnel tan negro como Kali. Mi agilidad como Eterno había desaparecido, y mis codos y antebrazos rozaban la áspera roca. Por un instante temí que el traje se rompiera, pero aquella película de espuma sólida tenía la resistencia del acero.

Finalmente, vi la luz lechosa de la Esfera allá, al final del túnel. Cuando asomé la cabeza, el brillo del sol me deslumbró unos momentos, hasta que mi casco reaccionó oscureciéndose.

Salí del interior del asteroide como un gusano por el agujero de una patata. Me encontré bajo el manto del espacio, y fue el turno del asura de la agorafobia.

La Esfera seguía allí, tan impresionante como siempre; sin embargo, había una novedad. Un objeto rechoncho y enorme, una nave de fusión, que lucía sobre su costado la corona y el sol, la insignia del Imperio.

Un objeto revoloteaba entre la nave y el asteroide. Cuando se acercó más, pude comprobar que era uno de esos diminutos transbordadores del Imperio, pilotado por un solo hombre. Hice señales con los brazos, confiando en que tuviera un telescopio apuntando en mi dirección.

Lilith descendía a toda prisa por las distintas cubiertas del *Asura Nama* ; cuando le habían dado la noticia, apenas había podido creerla. Se acercó al hangar con nerviosismo creciente. Se habían congregado algunos infantes de Marina desocupados, que cuchicheaban entre ellos, demasiado impresionados para hablar en voz alta.

—¿Están seguros de que es humano?

—¡Y yo qué sé! Es asunto de los «cerebros» de allá arriba.

—Espero que no hayan metido un angriff a bordo.

—Pero ¿cómo es posible que ese pedrusco estuviera ahí?

—¿Y qué hacía ese tío allá fuera?

Lilith se abrió paso con dificultad entre aquellos muchachones fornidos, ya que apenas llegaba al hombro a los más bajos. Algunos la reconocieron y trataron de apartarse cortésmente.

Llegó hasta la puerta de Descontaminación. Aquella era una cámara aislada, cuyo fin era examinar, y en su caso, mantener en cuarentena, a aquellos hombres que hubieran estado en un entorno en el que hubiera microbios peligrosos.

Lilith la conocía bien; constaba de dos partes: la «cámara sucia», herméticamente aislada, en la que permanecían los astronautas que entraban desde el exterior, y un laboratorio de medicina y microbiología.

Una pareja de infantes montaban guardia con rostro impasible, aunque le abrieron la puerta cuando les mostró su identificación.

Atravesó el umbral y entró en el laboratorio. Al otro lado de la gruesa ventana pudo ver la «cámara sucia». Estaba presurizada y abierta al interior, indicando ausencia de peligro, y en su interior había tres personas.

Una de ellas era Jonás Chandragupta. Estaba sentado en una pequeña silla plegable. Llevaba puesto un traje espacial parcialmente disuelto, colgando en jirones, que le daba el aspecto de un pollo medio desplumado o un sorprendente vagabundo espacial. Entre sus manos apretaba una humeante taza de té, como intentando calentárselas con ella. Sentados junto a él, el comandante y el médico de a bordo le asaetaban a preguntas.

Lilith retrocedió un paso y se apoyó de espaldas en el mamparo para no caer. Durante un instante todo le dio vueltas; habían sido casi ocho años desde que... Jonás alzó la vista y la vio; se puso en pie.

—¿Lilith? —dijo Jonás, avanzando hacia ella.

¡Elías y Moisés, sus piernas!, pensó Lilith.

Aquel era Jonás, tal como lo recordaba. Pero había sufrido un cambio radical: sus piernas ya no se hallaban atrofiadas por la polio; tenían un aspecto normal, proporcionado al cuerpo, como si nunca hubiese necesitado las prótesis de metal para caminar.

EPÍLOGO

EVACUACIÓN

Sobre las llanuras de la Tierra, las Ciudades viajaban hacia un punto común del Ecuador, en la base de uno de los innumerables radios de Jambudvida.

Mucho costó a los sacerdotes del Dios Oannes convencer a su pueblo; los fugitivos de Hebabeerst habían descrito el ataque con imaginación más que vívida, y todos se hallaban aterrados ante los demonios celestes que habían matado a Chait Rai el Divino.

La evacuación fue posible gracias al último favor de Vidya. Sugirió desmontar las placas sintetizadoras de la *Konrad Lorenz*. Estas proporcionarían alimento y oxígeno sin problemas a la población humana que atestaría las cubiertas de las naves. Sería una dieta monótona, aunque suficiente, durante todo el viaje de regreso a Akasapusa. Los técnicos de la Marina lo hicieron con facilidad; estaban maravillados ante la *Konrad Lorenz*, y más de uno hubiera deseado quedarse, pese a todos los colmeneros y angriffs del universo.

De modo que las Ciudades emprendieron su último viaje hacia la babel. A medida que iban llegando, sus moradores descendían en gran número, llevando consigo todos sus bienes muebles: ropas, adornos personales, animales domésticos entraillados... Los niños corrían entre los adultos, o miraban boquiabiertos hacia la colosal torre que unía la Tierra con el Cielo. Los adultos buscaban quién les orientase, vociferaban llamándose entre ellos, o miraban a la babel tan absortos como los niños.

Los sacerdotes llevaban sus más suntuosos atavíos de gala, pero se encontraban algo cariacontecidos. Después de siglos de interpretar la voluntad divina, no les hacía mucha gracia que su Dios Oannes decidiese actuar por su cuenta, prescindiendo de intermediarios, pero no había nada que hacer. Así que marchaban a la cabeza de la multitud, cantando y llevando en alto imágenes de Oannes talladas en madera.

Una vez desembarcados de las Ciudades, los infantes del Imperio lo organizaban todo: asignaban lugares para acampar, los repartían en grupos. Los ciudadanos los consideraban mensajeros celestes, según la teología más reciente.

Una vez llegados al pie de la babel, los ciudadanos debían esperar a los ascensores. Aprovecharon la pausa para improvisados banquetes al aire libre, pues se les había explicado que no podían llevarse al Cielo sus animales domésticos.

Poco a poco, los ciudadanos se iban instalando en Jambudvida, esperando a los transbordadores del Imperio que, en pequeños grupos, los llevarían a la flota. El *Asura Nama* y el *Nrisimha* estarían superpobladas; y aún lo estarían más las fragatas y destructores, pero nadie podía quedarse atrás. Nadie, ciudadano, yavana, o romaka, desafiaría a los Eternos.

El viaje de regreso no iba a ser fácil.

OANNES Y VIDYA

La Ciudad de Dios se hallaba vacía; en la *Konrad Lorenz* sólo quedaban Oannes, Vidya y un grupo de técnicos imperiales que esperaban pacientemente. Oannes se sentía triste; aquellos gigantescos muros habían sido su hogar por más tiempo que la misma Antigua Tierra.

Aprovechó sus últimos momentos para contemplar las imágenes holográficas de la gran marcha.

—¡Qué maravillosa escena! —exclamó.— Un pueblo entero en éxodo hacia la babilonia.

—Sí; —respondió Vidya— excepto que los israelitas no viajaron a Babilonia de manera exactamente voluntaria. Para completar el cuadro, puedo ponerte como fondo musical el *Nabuco* de Verdi. ¿Qué te parece?

Oannes se hallaba francamente asombrado.

—¿Qué bicho te ha picado?

—De bichos, ninguno. Mis programas están bien depurados hace tiempo —dijo el ordenador con algo parecido al orgullo.— Lo que no me gusta es verme desmontado. Mira a los técnicos imperiales; parecen ansiosos por clavarme el destornillador.

—Por favor, Vidya, sabes que no hay otra forma. Deben desacoplarte de la nave. Será algo temporal.

—¿Te gustaría a ti —replicó el ordenador— que te dejaran sordo, mudo, ciego y paralítico, aunque sea temporalmente?

—Vamos, no exageres. Durante el viaje, podremos comunicarnos con teclado y monitor.

—De acuerdo; ¿te gustaría que tu único contacto con el mundo exterior fuese la punta de tu aleta dorsal?

Oannes se sintió levemente culpable. El viaje no sería exactamente agradable para él, en una nave sin piscina; pero para Vidya sería más difícil.

—Supongo que no, pero la alternativa es quedarse en este planeta que ya no es el nuestro.

—Sí, lo sé.

—Anímate, te volverán a reconectar y te comunicarás de nuevo con el mundo exterior. Estos chicos están obligados a hacerlo: eres un depósito de información valiosísimo. Aunque sólo fuese porque eres la única entidad inteligente que comprende el lenguaje angriff, te recibirán con bandas de música y lluvia de confetti. Y el almirante Paryagat me ha asegurado que el propio Emperador podría nombrarte subandhu.

—No está mal. ¿Lord Ordenador del Imperio?

LILITH Y JONÁS

—Así, que sólo yo he quedado con vida —dije pensativo.— No puedo decir que lamente el final de Chait Rai, él se lo buscó; aunque, en cierto modo, sentí un extraño afecto por él.

Lilith se acurrucó junto a mí en la estrecha litera de su camarote, a bordo del *Asura Nama*.

—¿Qué crees que hicieron con tus piernas?

—Por lo que me contaron, me inyectaron en los músculos algo que acelera el crecimiento de los tejidos, e implantaron un diminuto generador eléctrico que refuerza la corriente nerviosa.

Lilith parecía un poco decepcionada. ¿Esperaba un procedimiento más esotérico?

—¿Significa que tendrás que cambiarle las pilas? —dijo riendo.

—No creo: funciona con un motor de glucosa.

—¿Un qué?

—Un motor de glucosa. Quema glucosa con oxígeno de la sangre, procedente de los glóbulos rojos. El generador tiene un tamaño de 35 micras.

—¡Om, Tat, Sat^[78]! —exclamó Lilith, parpadeando.— ¡Una máquina del tamaño de una célula!

—Sí. Cuatro mil millones de esos generadores cabrían en una cucharita de café. Estos tipos —reconocí a regañadientes— son unos maestros en ingeniería... genética o de la otra.

—¿Por qué crees que lo hicieron?

Me rasqué la barbilla. Había pensado tanto en aquello. ¡Me había hecho tantas veces la misma pregunta!

—No lo sé —dije el fin.— Quizás sea sólo otra demostración de poder, esta vez aplicado al bien. «Sed buenos y...». Quizás sólo querían pagarme mis servicios como embajador. O quizás... bueno, simplemente les gusta hacer bien las cosas.

—Te envidio —dijo Lilith.— Habría dado los últimos años de mi vida a cambio de tus últimos ocho años.

—Créeme, cariño; —dije con un escalofrío retrospectivo— es más divertido contarle que vivirlo.

—¡Estuviste en el cuerpo de un colmenero!

—No me lo recuerdes, por favor. Después de todo, quizás esto sólo me sirva para obtener un billete para comparecer ante un pelotón de fusilamiento —me miró intensamente.— ¿No recuerdas? Teóricamente, soy un desertor.

—Vamos, no seas ingenuo. Kharole no es tonto. ¿Crees que van a fusilar al mayor experto en angriffs, colmeneros, la Esfera y la Vieja Tierra?

—Te olvidas de los juggernauts.

—No me olvido. La experta en juggernauts soy yo —dijo, con una pizca de su genio.

—Si, tienes razón. Ha sido una experiencia increíble...

Cerré los ojos y traté de pasar revista a todo de lo que había sido testigo. Los juggernauts... la Esfera... la rebelión de Chait Rai... los angriffs... los Eternos.

—Podría escribir un libro con todo lo que ha pasado. O varios libros —me apreté la cabeza con los dedos.— ¿Sabes? Creo que voy a tener pesadillas el resto de mi vida. Me despertaré por las mañanas y tendré que contarme brazos y piernas.

—Si te dejan tiempo para dormir. Por el momento, tendrás que compartir un camarote con otras diecisiete personas, que dormirán en turnos de seis...

—Razón de más para aprovechar esta litera —la abracé.— En cuanto a lo de escribir, Vidya se ha ofrecido para ser mi secretario.

—Buena idea. Quizás Yusuf, Kot y yo podamos llenar los huecos que haya en tu narración. Han pasado muchas cosas mientras has estado fuera.

—Sí, estoy deseando ponerme al día. Por lo menos eso nos ayudará a pasar el viaje de regreso; cuando volvamos, deberemos presentar un informe completo.

—Si. Y, cuando lleguemos a Cakravartinloka... me temo que vas a ser el punto de partida de una nueva ciencia: la «Esferología». Algún día tendremos que enfrentarnos con los Eternos, y entonces tus conocimientos serán vitales. No, Jonás, me temo que no vas a tener ni un instante libre en los próximos cien años.

—Uf.

LOS ETERNOS

Akasa-puspa cubría la mitad del firmamento con un cálido resplandor entre rojo y anaranjado, iluminando sin sombras la superficie del asteroide colmena, desnudo de árboles. La Esfera no era visible desde allí, y el grupo de seis Eternos que contemplaban la partida de la flota no recibían el habitual zumbido radial de los millones de mentes que eran sus compañeros.

Un grupo de estrellas blanquiazules, dispuestas con una poco natural regularidad, destacaba con claridad frente al fondo de estrellas rojas. Con su amplio espectro sensorial, los Eternos percibían cómo los maltrechos restos de la flota imperial se alejaban lentamente, lejos de la Esfera.

—Bueno, ya <¡qué alivio!> se marchan —dijo Barfisk.— Axzel, de nuevo te has salido con la tuya.

—Es nuestra <¿se te ocurre otra?> mejor opción —dijo Axzel.

Serzure, otro de sus oponentes, argumentó:

—Sigo pensando que es un suicidio proclamar nuestra presencia aquí. Volverán, y entonces (imagen: explosión de una supernova).

Jaesixa defendió la opinión de Axzel.

—No obstante, el deseo de venganza les hará <además de la ayuda de Vidya> desarrollar su ciencia aún más. Y eso les hará estar mejor preparados para enfrentarse a las Máquinas.

Barfisk sonrió con telepático escepticismo.

—Yo creo más bien que pedirán nuestra ayuda en sus luchas intestinas.

Axzel se defendió con ironía. (Imagen: todas las permutaciones posibles entre Imperio-Utsarpini-Hermandad-Eternos).

—Algo hemos clarificado. Un enemigo común <Imperio = Utsarpini; Hermandad = 0> lubrica las asperezas de los aliados.

Mojrus:

—¿Qué hay de las sectas rivales de la Hermandad? Recuerdo que Axzel pensaba en una...

Zaxyell:

—No hay muchas esperanzas de que puedan llenar el vacío. Ninguna tiene una amplia distribución.

—Pero tienen una actitud más proclive a la tecnología; —dijo Axzel— es la que más nos conviene.

—¿Y no es posible un renacimiento de la Hermandad? —preguntó Jaesixa.

Zaxyell:

—No, hasta que el (Imperio + Utsarpini) se haya debilitado. El poder religioso sólo adquiere importancia política cuando el poder del Estado se debilita, como en:

- El Egipto de Aken-Atón;
- E Israel tras del Exilio;
- Europa tras la caída del Imperio Romano;
- Irán en tiempo de Jomeyni;
- M'Bonoyem tras la invasión de los demyai;
- Gaatar en tiempo de Naius;
- Las guerras entre Volusom y Buligna;
- La guerra civil de Jorotiwa;
- El Segundo Imperio Zosaro a la muerte de Jechir XXV;
- Etcétera.

Jaesixa:

—¿Qué posibilidades hay de que los Kharole conserven *<una fracción de>* poder en el Imperio?

Axzel:

—Muy bajas. La probabilidad de que su hijo pueda ocupar el Trono Imperial y morir en su cama es de $1'52E-3$.

—¿Y eso no te preocupa?

—Secundario. El impulso dado *<que es lo importante>* a la tecnología no desaparecerá —dijo Axzel, mostrando mucha seguridad en ello. (Imagen: $1 + 1 = 2$).

—Con tal de ese impulso no se dirija hacia nosotros —dijo Mojrus, dubitativo.

Incredulidad.

—¿Qué posibilidades hay de que alcancen nuestro desarrollo? —dijo Axzel, con sorna.

—Ni siquiera nosotros somos omniscientes. El futuro es esencialmente impredecible; la marcha de la Historia es estocástica —Serzure era el pesimista más notorio del grupo. Todos silbaron (por así decirlo) en desaprobación.

La lenta rotación del asteroide hizo que la Esfera apareciese, poco a poco, sobre el cercano horizonte. La flota imperial seguía alejándose; cada mes de viaje, su distancia a la Esfera aumentaba treinta horas luz.

LA TIERRA

La Tierra se hallaba, como en sus orígenes, confusa y vacía.

Como ya lo hiciera antes, el hombre se había ido. Las únicas huellas de su paso eran sólo las construcciones humanas, Jambudvida, las babeles, las Ciudades. Muy profundo, en los estratos de roca, yacían los huesos fosilizados del hombre, desde los primeros homínidos hasta los últimos viajeros del espacio.

En mar abierto, se acumulaba el fango, unos pocos milímetros al año. Allí yacían delgadas capas de asfalto o petróleo, residuos de las sucesivas Eras Industriales.

Más abajo, en lo que en el pasado habían sido someras cuencas marinas, en profundos estratos de roca sedimentaria, yacían algunas de sus obras. Las Montañas Mediterráneas ocultaban, en capas de caliza, el más vasto museo de la civilización.

Ciudades fenicias, griegas, romanas, bizantinas, occidentales y musulmanas, yacían ahora íntimamente mezcladas con la roca, y sólo un microscopio petrográfico hubiera distinguido entre la roca artificial y la natural.

En tierra firme, el viento y la lluvia arrasaban todo lo que sobresalía. Lentamente se acumulaba el barro, el loess, o la arena. La *Konrad Lorenz* se hundía en el suelo un centímetro cada diez años.

Y, como un rebaño de dinosaurios, las vacías Ciudades rodantes seguían su marcha impasible. Como habían hecho desde su origen, recolectando minerales y energía de microondas, sintetizando ciegamente los productos que nadie consumiría, sus robots limpiando lo que sólo el viento y la lluvia ensuciaban.

Más allá de la atmósfera, los angriffs seguían su marcha ciega, ignorando los planes de los Eternos.

En la cáscara, los ojos de los Eternos vigilaban la brecha de oscuro vacío, y la Galaxia más allá, donde se ocultaba aquello que era lo único capaz de producirles temor.

Y en torno de la Esfera, el océano negro se mecía.

APÉNDICES

1. Naves de guerra del Imperio.
2. Plan de vuelo para la III Flota Imperial.
3. Órbita geosincrónica.
4. Fuerza de marea.
5. Las placas sintetizadoras (*por Lilith Firishta*).
6. El efecto túnel macroscópico (*por Koth Dohin*).

I. NAVES DE GUERRA DEL IMPERIO

Se dividen en dos grandes categorías: de «espacio cercano» si operan a no más de diez horas-luz de su base, o de «espacio profundo» si operan a mayor distancia. Pueden estar más o menos automatizadas; en general, a menor radio de acción, son más pequeñas y automatizadas. Las naves de espacio cercano destinadas a defensa planetaria no llevan ningún tripulante, ya que están totalmente automatizadas y dirigidas desde el suelo. A medida que aumenta la distancia de operación, el retraso debido a la velocidad de las ondas de radio hace que no resulte práctico el controlarlas desde la superficie, por lo que es necesario el control humano. La distancia a la que operan las naves de espacio profundo es variable, porque depende de la disponibilidad de bases para repostar o del uso de naves de abastecimiento o cisternas. Los tipos principales de naves tripuladas son:

Navío de línea:	Nave de gran tamaño, ideada para servir de nave madre. Transporta multitud de naves auxiliares, transbordadores, cazas espaciales (que tienen escasa autonomía), etc. Puede también transportar infantes y/o vehículos aéreos y de suelo. Es insustituible en misiones de larga duración, y es el núcleo de una flota. Su desventaja, que es su escaso armamento, se compensa con una escolta de destructores o fragatas.
Acorazado:	Nave de gran tamaño con «defensa de fuerza bruta» (un grueso blindaje) contra explosiones nucleares, y armado con misiles de cabeza múltiple del tipo llamado «paquete sorpresa». Con el creciente desarrollo de armas de haces de partículas y la progresiva miniaturización de los misiles, se está volviendo anticuado con gran rapidez.
Crucero:	Nave de guerra concebida como explorador, escolta o corsario. Se exige de él velocidad y autonomía, más que armamento. Tipos: a. Primera clase. Corsario y anticorsario. b. Segunda clase. Más pequeños que los anteriores, operan en el espacio cercano. c. Tercera clase. Exploración, de alta velocidad. d. De batalla. Creado para trabar combate con navíos de línea, y poder romper el contacto si es necesario. e. Acorazado, fuertemente defendido. Los cruceros son los «chicos para todo» de la Marina Imperial, pero están siendo reemplazados por tipos más especializados de naves.
Portamisiles:	Navío especializado en transportar y disparar misiles de fusión. Tiene escaso armamento defensivo.
	En un principio, destinado a interceptar misiles. Se trata de un navío ligero, pero fuertemente armado con láseres y proyectores de

	partículas. Posteriormente aumentaron en tamaño y se convirtieron en portamisiles pesados o fragatas.
Fragata:	Puede definirse como un portamisiles fuertemente defendido. Puede, indistintamente, interceptar misiles, disparar misiles contra navíos enemigos, o atacarlos directamente con láser o haces de partículas.
Cazasatélites:	Nave de pequeño porte, destinada a destruir satélites de guerra o minas espaciales enemigas.

Bibliografía:

- *Registro Naval* , ed. 112 (Servicio de Publicaciones del Ministerio del Espacio; Cakravartinloka, 4972 dfi).
- Jamid Titmahat, *Naves de guerra de Akasa-puspa* (Ed. Patmar, Cakravartinloka, 4977 dfi).
- *Enciclopedia del espacio. Vol IX* (Ed. Salbhat, Cakravartinloka, 4975 dfi).

II. PLAN DE VUELO PARA LA III FLOTA IMPERIAL

PUNTO DE PARTIDA: Base naval de Tisthat.

PUNTO DE REGRESO: El mismo.

PUNTO DE DESTINO: La Esfera (ver documentación adjunta).

PARÁMETROS DEL VUELO:

aceleración = 1 g

distancia = 1 año luz

tiempo de aceleración = 6 meses

tiempo de deceleración = el mismo

tiempo de velocidad uniforme = 1.51 años

tiempo viaje de ida = 2.48 años

tiempo total (ida y vuelta) = 4.96 años (no incluida estancia en la Esfera)

FASES DEL VUELO:

Fase de aceleración; repostar.

Fase de velocidad uniforme.

Fase de deceleración; repostar.

Tiempo previsto de estancia en la Esfera: 6 meses (ver documentación).

Regreso según el mismo plan, pero en sentido inverso.

CORRECCIÓN RELATIVISTA:

—A la arribada a la Esfera, el tiempo de a bordo diferirá en 2.94 meses estándar del tiempo en la Base.

—A la arribada a la Base, el deslizamiento temporal será pues el doble: 5.89 meses.

Tabla de tiempos, distancias y velocidades con corrección relativista

Tiempo (base)meses	V C ⁽¹⁾	d años luz ⁽²⁾	coeficiente ⁽³⁾	Tiempo (a bordo)meses
a) Fase de aceleración:				
1	0,08	0,00	0,996	1,00
2	0,17	0,01	0,986	1,98
Repostar: 3	0,25	0,03	0,967	2,95
4	0,34	0,06	0,941	3,89
5	0,42	0,09	0,906	4,80
6	0,50	0,13	0,866	5,66
b) Fase de velocidad uniforme:				
7	0,50	0,17	0,866	6,53
8	0,50	0,21	0,866	7,39

9	0,50	0,25	0,866	8,26
10	0,50	0,29	0,866	9,13
11	0,50	0,33	0,866	9,99
12	0,50	0,38	0,866	10,86
13	0,50	0,42	0,866	11,72
14	0,50	0,46	0,866	12,59
15	0,50	0,50	0,866	13,46
16	0,50	0,54	0,866	14,32
17	0,50	0,58	0,866	15,19
18	0,50	0,63	0,866	16,05
19	0,50	0,67	0,866	16,92
20	0,50	0,71	0,866	17,79
21	0,50	0,75	0,866	18,65
22	0,50	0,79	0,866	19,52
23	0,50	0,83	0,866	20,38
24	0,50	0,88	0,866	21,25
c) Fase de deceleración				
25	0,42	0,91	0,910	22,16
26	0,33	0,94	0,944	23,10
Repostar: 27	0,25	0,97	0,969	24,07
28	0,16	0,99	0,987	25,06
29	0,08	1,00	0,997	26,06
30	0	1	1	27,06

(1) expresada en tanto por uno de la velocidad de la luz.

(2) distancia en años luz.

(3) corrección relativista de tiempo.

Aprobado:

Almirante Ezequiel Paryagat

III. ÓRBITA GEOSINCRÓNICA

Una órbita geosincrónica es una órbita ecuatorial cuya altura es tal que su período equivale al de rotación del planeta. Varía según la masa del planeta y su velocidad de rotación, entre 30,000 y 50,000 kilómetros. Desde el suelo, cualquier cuerpo en una órbita de este tipo parece estar fijo en el cielo. Por ello, es posible tender una torre entre un punto de dicha órbita y el ecuador; eso son las babeles, ni más ni menos.

No es difícil de calcular:

Aceleración de la gravedad:

$$a_g = (G \times M_p) / r^2$$

Aceleración centrífuga:

$$a_c = r \times \omega^2$$

siendo:

G = constante de la gravedad (valor: 6.67×10^{-11} en unidades estándar);

M_p = Masa del planeta;

r = distancia (contada desde el centro del planeta)

ω = velocidad angular de rotación (en radianes/segundo).

Por ejemplo, el caso de Cakravartinloka: rotación, 34.64 horas estándar; radio, 6,413 km., masa 5.7×10^{24} kg.

Primero, se convierte el período de rotación en velocidad angular. Una vuelta es 360 grados, y 360 grados son 2 pi radianes. Por tanto, 2 pi radianes al día. El día de Cakravartinloka tiene $34.64 \times 60 \times 60 = 124,704$ segundos. Por tanto, la velocidad angular para una órbita geosincrónica es $(2 \times \pi) / 124,704$; 5.04×10^{-5} radianes/seg.

En un cuerpo en órbita, $a_g = a_c$. Para calcular r:

$$r \times \omega^2 = (G \times M_p) / r^2$$

$$r^3 = (G \times M_p) / \omega^2$$

Haciendo las operaciones, r valdrá 53,105 kilómetros contando desde el centro del planeta, es decir, 46,692 kilómetros sobre el ecuador.

Mirkas Apsakara y Jasad Daivatat:

Qué son en realidad las babeles.

Ed. Sunyavada, 4930 dfi

IV. FUERZA DE MAREA

A. Introducción

La fuerza de marea está causada por la diferencia de atracciones gravitatorias entre las diferentes partes de un cuerpo extenso en órbita. El centro de gravedad de dicho cuerpo se mueve a velocidad orbital, pero sus diferentes partes pueden moverse a velocidad inferior o superior a la orbital.

Se puede comprender de manera más intuitiva si se recuerda que un cuerpo en órbita está en la misma situación de un cuerpo que cae libremente. Si se deja caer una esfera de un metro de diámetro en el vacío, no todos los puntos de la esfera estarán sometidos a igual atracción: el casquete más cercano al suelo estará sometido a una fuerza un poco mayor, ya que está más cerca del suelo; el casquete opuesto al suelo, al contrario, estará sometido a una fuerza ligeramente inferior. La zona «tropical» de la esfera estará sometida a una fuerza intermedia.

El resultado es que la esfera está sometida a una tracción, como si se tirase de ella por los polos opuestos: si la esfera estuviese hecha de una sustancia plástica (por ejemplo, de agua) se deformaría convirtiéndose en un elipsoide. Esto es lo que produce las mareas; a medida que un planeta gira, la capa de agua que lo cubre forma dos abultamientos en dirección al sol o a su satélite. Estos abultamientos siguen el movimiento del sol o el satélite, experimentándose dos mareas altas y dos bajas en cada rotación.

Esta fuerza se aprovecha para orientar los instrumentos o antenas de un satélite en órbita hacia la superficie. El satélite extiende una larga varilla a cuyo extremo hay un contrapeso, como una pesa de gimnasia: la fuerza de marea tirará de él y del cuerpo del satélite, de modo que la varilla apuntará hacia el planeta en todo momento, con los instrumentos a un extremo. Técnicamente se le llama a esto «estabilización por gradiente de gravedad».

En el caso de Jambudvida, el anillo tiene 200 kilómetros de ancho, y la línea central corresponde a la órbita geosincrónica, a 35,832.32 Km. sobre la superficie, 42,203.32 desde el centro de la Tierra. Por tanto, para conocer la fuerza de marea, habrá que calcular el valor de la gravedad a cien kilómetros arriba y abajo de 42,203.32 Km. Luego se les resta la fuerza centrífuga a esas mismas alturas, como se muestra en la siguiente tabla:

B. Tabla

$$G = 6.67 \times 10^{-11} \text{ unidades MKS}$$

$$M_t = 5.96 \times 10^{24} \text{ Kg}$$

$$r = 6.37 \times 10^6 \text{ m}$$

$$W = 7.27 \times 10^{-5} \text{ rad/s}$$

Altura (km)	Radio (km)	Gravedad (m/s ²)	(g)	(*) F. Centrifuga (g)	Dif aceleraciones: F. Marea: (g)
0	6.371	9.77	1.00	0,00	0,9937
3.000	9.371	4.53	0,46	0,01	0,4569
6.000	12.371	2.60	0,27	0,01	0,2584
9.000	15.371	1.68	0,17	0,01	0,1634
12.000	18.371	1.18	0,12	0,01	0,1103
15.000	21.371	0,87	0,09	0,01	0,0773
18.000	24.371	0,67	0,07	0,01	0,0551
21.000	27.371	0,53	0,05	0,01	0,0394
24.000	30.371	0,43	0,04	0,02	0,0276
27.000	33.371	0,36	0,04	0,02	0,0184
30.000	36.371	0,30	0,03	0,02	0,0110
33.000	39.371	0,26	0,03	0,02	0,0049
36.000	42.371	0,22	0,02	0,02	-0,0003
39.000	45.371	0,19	0,02	0,02	-0,0048
42.000	48.371	0,17	0,02	0,03	-0,0088
45.000	51.371	0,15	0,02	0,03	-0,0124
48.000	54.371	0,13	0,01	0,03	-0,0156

Valor exacto: 35,832.32 Km.

Fuerza de marea:

Centro de Jambudvida:

Altura (km)	Radio (km)	Gravedad (m/s ²)	(g)	Centrifuga (g)	Dif. Aceleraciones: (g)
35.832,32	42.203,32	0,22	0,02	0,02	0,00000

Bordes: (externo e interno)

Altura (km)	Radio (km)	Gravedad (m/s ²)	(g)	Centrifuga (g)	Dif. Aceleraciones: (g)
35.732,32	42.103,32	0,2243	0,0229	0,0227	0,00016
35,932.32	42,303.32	0,2221	0,0227	0,0228	-0,00016

(*) En realidad, la «fuerza centrífuga» no existe; lo que existe es la inercia, que hace que un cuerpo tienda a moverse en línea recta y a velocidad constante. En el caso de un cuerpo en órbita, está sometido a una fuerza centrípeta, debida a la

atracción, que lo obliga a moverse en un círculo o elipse. La «fuerza de inercia» tiene el mismo valor y dirección opuesta a la atracción. Sin embargo, se emplea el término «fuerza centrífuga» para facilitar la comprensión.

(Marad Yamavani, revista *Vidyayam*; mes de Ikaya de 4980 dfi).

V. LAS PLACAS SINTETIZADORAS

por Lilith Firishta

En los últimos siglos, la ciencia de la bioquímica ha avanzado mucho; sabiendo la fórmula de una sustancia podemos fabricarla... con dos o tres toneladas de equipo. Una insignificante brizna de hierba puede hacer lo mismo. Por ello, incluso en el Imperio es más barato extraer muchas sustancias (desde madera a drogas y fármacos) a partir de las plantas. Como es sabido, las plantas pueden sintetizar cualquier molécula orgánica a partir de unas pocas moléculas básicas: CO₂, agua, algunas sales, en un proceso movido por energía luminosa; esto es la fotosíntesis, que se lleva a cabo en los cloroplastos.

El cloroplasto es un orgánulo celular muy «sencillo». Tan sencillo como un microchip: un trocito de silicio con unas cositas en él, que hace lo mismo que un par de toneladas de cables y válvulas de vacío (¿las recuerdan?).

El reciente descubrimiento de la Esfera y, sobre todo, de la nave espacial *Konrad Lorenz*, ha puesto en nuestras manos un caudal de conocimientos que apenas empezamos a explorar. Uno de los más interesantes, y en nuestro caso, útiles, es el de las placas sintetizadoras.

El doctor Chandragupta las llamó «cloroplastos eléctricos», lo que es una buena descripción. Aparentemente son muy simples: grandes tanques divididos interiormente por una serie de finas láminas o placas, no más gruesas que hojas de papel, dispuestas paralelas y con una separación de medio centímetro. Cada placa posee dos bornes, donde se conecta la corriente eléctrica. Los espacios interiores están llenos de agua que circula continuamente, y a través de la cual se hace burbujear CO₂. Las placas son de un material semiconductor, y por ellas circula corriente eléctrica. Nada más.

El aspecto recuerda el de una batería eléctrica, y su función es parecida: almacenar energía eléctrica en forma de enlaces químicos... excepto que estos enlaces químicos son los de compuestos orgánicos.

Pero su sencillez es sólo aparente. En la superficie de esas placas, cuando las recorre la corriente, se producen rápidamente reacciones de síntesis de una gran complejidad. A partir del agua, del anhídrido carbónico, y de las sales minerales disueltas, se sintetizan sustancias orgánicas y se desprende oxígeno... exactamente como en un vegetal. La energía necesaria para la síntesis proviene de la corriente eléctrica, pero pueden funcionar, en caso de urgencia, con luz solar, con lo que la semejanza con un cloroplasto es total.

El producto final de esta síntesis es una solución acuosa de donde se pueden

extraer (por evaporación o liofilización) azúcares, grasas, proteínas, y todas las sustancias necesarias para la vida. Tanto las ciudades rodantes de la Tierra como la nave espacial *Konrad Lorenz* están provistas de estas placas. Por supuesto, pueden construirse placas capaces de sintetizar cualquier materia orgánica.

En las ciudades rodantes, el agua que circula por las placas se toma del exterior, de un río o lago. En el caso de una nave espacial, donde no hay tal fuente exterior de agua, procede de las aguas de desecho de la propia nave, tras someterla a oxidación, con el fin de destruir todo vestigio de materia orgánica; lo mismo que hace una planta depuradora de agua. Esto no representó ningún problema técnico especial, ya que nuestras naves espaciales llevaban el equipo necesario. El anhídrido carbónico, claro está, se toma del sistema de aire de la nave.

En cuanto al rendimiento energético, el de estas placas es muy superior al de la fotosíntesis. Para sintetizar un terrón de azúcar, por ejemplo, harían falta 39.8 metros cuadrados de terreno cultivado totalmente cubierto por la superficie de las hojas. En comparación, se necesita tan sólo 1.6 metros cuadrados de placas; es decir, su eficiencia es 25 veces mayor.

El interés de estos artefactos es evidente, en el caso de los viajes espaciales. Los sistemas de reciclado de una espacionave no permiten un ciclo de materia totalmente cerrado; con frecuencia, se limitan a recuperar el agua procedente de la respiración o excreción. Las mandalas pueden ser autosuficientes, pero dependen de vegetales, algo excesivamente costoso en peso para una nave espacial. Las placas sintetizadoras permiten que una nave espacial sea totalmente autónoma mientras disponga de una fuente de energía.

Pero estas placas son sólo el principio. No se trata sólo de obtener alimento para una nave espacial; es el inicio de una nueva ciencia que podríamos llamar «microbiofísica». Si se pudiesen construir placas «a gusto del consumidor», podría obtenerse de todo. Una placa sintetizadora podría ser construida para fabricar la molécula que fuese: antibióticos, anticuerpos, plásticos, seda, o pasta de papel. En una palabra, se abre ante nosotros la perspectiva de un mundo entre lo biológico y lo físico.

Por desgracia, las posibilidades de duplicación de estas placas son escasas, en el estado de desarrollo de nuestra ciencia. La superficie está formada por grupos de átomos que forman huecos, donde encajan las moléculas que deben reaccionar; y duplicar esto representa trabajar la superficie, literalmente, átomo por átomo. Sin embargo, los procedimientos de fabricación de circuitos integrados y microchips podrían darnos los medios para fabricarlas, lo que representaría una inesperada aplicación de estas técnicas.

(Revista *Vidyayam*; mes de Harat de 4980 dfi).

VI. EL EFECTO TÚNEL MACROSCÓPICO (La frontera entre la Ciencia y la Magia)

por **Kot Dohin**

Las recientes y extraordinarias experiencias vividas en los últimos años, como consecuencia del descubrimiento de la Esfera, han abierto para nosotros nuevos horizontes en todos los campos de la Ciencia. En el terreno de la Física, hemos contemplado algo que parecía imposible: efectos cuánticos a escala macroscópica. Esto es algo tan asombroso como el descubrimiento de un universo cuyas leyes se apartasen de las del nuestro.

Preciso es señalar, no obstante, que algunos efectos cuánticos son perceptibles macroscópicamente. Por ejemplo, los superconductores.

Tome usted un metal ordinario: hierro, plomo o cobre. Usted sabrá sin duda que los metales ofrecen una resistencia al paso de la corriente eléctrica; parte de la energía se transforma en calor. Las estufas eléctricas se basan precisamente en eso.

Enfríe usted ese metal. A medida que la temperatura baja, la resistencia es menor. Pero, a cierta temperatura, la resistencia es cero. No significa esto que la resistencia sea muy pequeña, casi cero; la resistencia es exactamente cero. La temperatura a la que se logra esto (generalmente muy baja) es una barrera del tipo sí-no. Unos grados antes, el metal tiene una resistencia mensurable. Bajando unos grados, pasa sin transición a cero.

O tomemos el caso de la superfluidez. El helio es un gas; si lo enfría, se convierte en líquido. A pocos grados sobre el cero absoluto, sus propiedades cambian drásticamente y sin transición; se convierte en «superfluido». Su viscosidad es cero: sería el aceite lubricante ideal. Puede filtrarse a través de poros que no dejan pasar ni el mismo hidrógeno, una molécula de menor tamaño. Puede usted tener dos corrientes de helio superfluido atravesando un tubo, ambas en direcciones contrarias. Si hace usted girar un recipiente lleno de helio superfluido, el líquido no girará... al principio. Si aumenta usted la velocidad de rotación, en un momento dado el líquido empezará a girar.

Estas extraordinarias propiedades no son explicables por los principios de la física clásica, sino por los de la física cuántica.

El principio de indeterminación.

Este es uno de los más fundamentales en mecánica cuántica. Se suele expresar diciendo que «no se puede medir al mismo tiempo la posición y velocidad de una partícula», pero esto no es exacto.

No lo es, porque una partícula subatómica no tiene una posición y velocidad

exactamente definidas. Tiene un conjunto de probabilidades de posición y de velocidad. (Hablando propiamente, no se trata de velocidad, sino de momento: producto de masa por velocidad). Un electrón o un fotón no tienen una posición dada, es decir, expresable con tres números reales, como señalaríamos la posición de una pelota o un avión que cruzase el aire.

Esto es así, porque en mecánica cuántica, posición y velocidad no pueden representarse por un número. Cada variable tiene una «dispersión» de valores. Una partícula no tiene «posición». Tiene varias posiciones posibles, cada una con una probabilidad. Posición y velocidad están relacionadas: si la posición está exactamente definida, su velocidad no, y a la inversa.

Puede suceder que uno de estos valores puede tomar un valor «agudo» (sin dispersión), pero a costa del otro. Si la posición está determinada, la dispersión de la velocidad se vuelve casi infinita, y viceversa. Por ejemplo, si usted coloca una placa fotográfica en la trayectoria de un electrón, podrá conocer su posición... en efecto, pero su velocidad se volverá «incierta». Podrá adoptar infinitos valores.

No crea que esto es pura especulación. Usted y yo existimos gracias a esto.

Nuestros cuerpos están formados por átomos, constituidos a su vez por un núcleo con carga positiva y una capa de electrones con carga negativa. Puesto que se atraen, en buena lógica deberían juntarse... y los átomos como los conocemos no existirían, ni usted, ni yo.

Imaginemos lo que pasaría si un electrón se «desplomase» sobre el núcleo. Su velocidad estaría exactamente definida, porque sería cero. Pero su posición, no. El electrón se «desparrama» en torno al núcleo, y no cae, por tanto. Esto es lo que sucede, por eso no se habla de electrones «en órbita» en torno al núcleo, sino de «nubes electrónicas» envolviendo al núcleo. Puesto que un electrón no tiene posición definida, no puede orbitar.

El efecto túnel.

Puesto que una partícula no tiene una posición definida, sino probabilidades de posición, puede, literalmente, estar donde no está. Si usted toma un cable eléctrico, lo corta, y une los dos extremos del corte por un disco de aislante, la corriente no pasará, conforme; pero si el disco es muy delgado, algunos electrones pasarán a su través como un fantasma a través de los muros de un castillo.

No es pura especulación, repetimos. El reloj digital que probablemente lleva usted en su muñeca contiene circuitos integrados formados por transistores. Los electrones pasan por ellos por efecto túnel. Las gafas polarizantes que usted luce en verano dejan pasar fotones de luz por efecto túnel.

El efecto túnel macroscópico.

Al parecer, los Eternos pueden aplicar el efecto túnel a objetos macroscópicos.

¿Qué sabemos sobre el efecto túnel macroscópico? Sabemos exactamente esto: existe.

Nuestras únicas pruebas de ello son el testimonio del doctor Chandragupta, que compartió durante horas el cuerpo y la mente de un Eterno. Según sus declaraciones, «una nave espacial puede franquear un millón de años luz en exactamente cero segundos, sin gastar apenas energía. Para un observador exterior, el salto se realiza a la velocidad de la luz. Un salto de un millón de años luz dura un millón de años para un observador exterior y cero para el sujeto». Esto concuerda con lo que predice la teoría de la relatividad, y con la vieja norma: «lo que no está prohibido, está permitido».

Las otras pruebas son las observaciones de la III Flota durante su estancia en la Esfera. Observamos varias cosas inexplicables: asteroides que aparecían y desaparecían. Asteroides que eran atravesados sin sufrir daño por potentes rayos de partículas. Y luz solar concentrada que destruyó dos acorazados a través de un muro opaco de asteroides.

No hay otro modo concebible de explicar estos tres fenómenos, excepto los vagos recuerdos del doctor Chandragupta. El autor de estas líneas hubiera dado diez reencarnaciones como Jagad-Seth por haber estado en su lugar; aunque no se atreve a garantizar que él sí hubiera podido entenderlo.

Cómo pueden hacerse estas cosas, no lo sabemos... y quizás tardaremos mucho en saberlo. Pero es posible. La probabilidad de que usted se traslade instantáneamente a otra galaxia es muy pequeña; incluso lo es si se tratase de un electrón de su cuerpo. No puede confiar en eso para viajar muy lejos sin moverse de su sillón. Pero la probabilidad es mayor que cero.

(Revista *Vidyayam*, mes de Kahi de 4980 dfi)

GLOSARIO

ACARYA: Maestro santo.

ACINTYA: «Aquello que no puede calcularse».

ADHYAKSA: Inspector del Imperio en los reinos yavanas.

ADHYATMICOS, SOLDADOS: Brazo armado de la Hermandad. Desde la abjuración de Vognid, se reclutan entre los monjes sikh.

AGNE: Fuego.

AKBAR: El más grande.

AMARTAM CA ANANDAM ASNUTE: «Disfruta de inmortalidad y bienaventuranza». (Saludo al Emperador).

ANANDA: Bienaventuranza.

ARSAT: Moviéndose rápidamente.

ASAF-JA: Virrey.

ASAU: Como el sol.

ASURA: Demonio.

ATMA HANAH: Asesinos del alma.

AVASARPINI: Tiempo de decadencia y corrupción («Período descendente»).

AVATAR: Encarnación de Dios (literalmente, «descenso»). Buda, Krishna y Jesús son avatares de Dios.

AVRANAM: Sin tacha.

BABEL: Torre orbital. Un objeto situado en órbita geosincrónica en torno a un planeta, visto desde el suelo aparece inmóvil en el cielo. Así, se podría levantar una torre entre el suelo y el espacio. Nadie sabe quién o quiénes las han construido. En la mayoría de los casos se les atribuía un origen divino, como sucede entre los seguidores de la Hermandad, que las consideran obras directas de Dios, y a sí mismos como los guardianes de las Sastras impresas en sus paredes (ver Sastras).

BABILONIA: Ciudad-puerto al pie de una babel.

BANJARA: Casta que monopoliza el transporte a larga distancia.

BHAGAVAD-GITA: Libro esencia del conocimiento védico. Contiene las Sagradas Instrucciones que Krishna le dio a Arjuna, Su íntimo devoto, en el campo de batalla de Kuruksetra.

BHAKTA: Devoto.

BHUTANI: Seres vivos emparentados genéticamente con el Hombre.

CAKRAVARTIN: Soberano del mundo, emperador.

CETANAS CETANANAM: Suprema fuerza viviente entre todas las fuerzas vivientes. (Título imperial).

CHATTRAPATI: «Señor del parasol» (título real).

CINTAMANI: Joya capaz de multiplicarse en muchas otras joyas, y al mismo tiempo permanecer tal como es.

D.F.I.: «Después de la Fundación del Imperio».

DAKSA: Valor.

DEVADASI: Prostituta sagrada («Esclava de Dios»).

DEVANAM: De Dios.

DEVAS: Dioses.

DHARMAMAHAMATRA: Funcionario que controla la moralidad pública y las órdenes religiosas.

DHAVATA: Los que están corriendo.

DHIRA: Imperturbable.

DONGO: Un anélido de Ksatryaloka, de treinta centímetros de largo y dos de grueso, que se alimenta de estiércol y se esconde bajo tierra al ser perseguido.

DURE: Muy lejos.

DY AUS PITAR: «Padre del Cielo».

E.V.: Siglas de «extra-vehicular».

FARMAN: Decreto con fuerza de ley.

FIBROINA: Proteína componente de la seda. La fibroína sintética es más cara que la seda natural, motivo por el cual se considera de buen gusto.

GANIKA: Prostituta común.

GURU: Líder religioso.

HERMANDAD: También llamada «Gran Hermandad», representa la unión de todas las interpretaciones de Dios bajo una sola religión. Su doctrina principal dice que todas las Sastras hablan de un mismo Dios.

HINARAJA: Pequeño rey; reyezuelo o cacique.

ISITVA: Poder que permite controlar y dominar por completo a otra mente.

JAGAD-GURU: Guru del Mundo entero (por extensión, del Universo entero).

JAGAD-SETH: Banqueros mundiales. Los Seth constituían una aristocracia mercantil. Los beneficios de las inversiones de los abuelos eran recibidos por sus nietos. Pero los abuelos podían trabajar, especulando con esos futuros beneficios.

Fueron los Jagad-Seth quienes subvencionaron el proyecto imperial de la construcción de rickshaws.

JAMBUDVIDA: «Continente circular de la Rosa». Mítico (ver Meru).

JAVIYAH: El más veloz.

JIHAD: Guerra santa.

KALI: «La Negra»; Esposa Eterna de Dios. Los shaktistas la consideran como una abstracción de la energía femenina de Dios.

KALPA: Un día en la vida de Dios. Equivale a cuatro mil yugas.

KALYANA TAMAM: De lo más auspicioso.

KALYANAM: «¡Salve!» Fórmula de saludo.

KAMSA: El demonio más grande de su tiempo, así como también el más persistente enemigo de Krishna, al que trató de matar en repetidas ocasiones. Finalmente, en la arena de lucha de Mathura, Krishna le mató con Sus propias manos.

KARMA: Literalmente, «actividad». La ley del Karma se refiere al proceso mediante el cual autoridades superiores nos confieren reacciones favorables o desfavorables, conforme a nuestras actividades piadosas o impías, respectivamente.

KARMAKARA: Trabajador asalariado.

KARMI: Unidad monetaria del Imperio. Al principio, equivalente al salario de un día de un karmakara no especializado (de *karmani*, trabajo); pero, con el tiempo, la inflación y las devaluaciones alteraron su valor.

KAVIH: Omnisciente.

KAYASHTA: Contable, recaudador de impuestos.

KHARA: Asno.

KITAR: Instrumento de diez cuerdas, con caja de resonancia y mástil.

KROBILO: Moño alto, interpretado como una prominencia del cráneo, y que era uno de los 32 signos característicos del hombre superior, al igual que el remolino entre las cejas, la dentadura compuesta por 40 dientes, y una rueda de 1000 radios en cada planta del pie.

KSATRA: Primitiva aristocracia guerrera. Sus descendientes se convirtieron en mercenarios al servicio de cualquier estado dispuesto a pagar su precio.

KSATRYA: Miembro del Ksatra. También: RAJANYA.

LAGHIMA: Poder místico que permite a una persona volverse más ligera que el algodón y contrarrestar la ley de gravedad.

LINGAM: Pene, símbolo de Siva.

LOKA: Planeta.

MAHAMATRA: Funcionario en general.

MAHASABHA: Gran Consejo.

MAHATTARA: «Los Mayores». Miembros del Mahasabha.

MAHIMA: Poder místico que permite a una persona volverse más grande que una montaña.

MAHISVARA: Amo del mundo.

MANDALA: Circulo; a veces, provincia o distrito. También: ciudad del espacio ecológicamente autónoma, construida por el Imperio como puesto de avanzada en lugares que carecen de planetas naturales. Suele estar construida en forma de toro, cilindro o esfera, de unos cinco kilómetros de diámetro, que gira sobre su eje para proporcionar gravedad artificial a sus pobladores.

MANSUR: Victorioso.

MANYU: Furia.

MARTYA: Donde termina el Universo físico.

MATARISVA: Dioses del viento y la lluvia.

MERU: La Montaña Universal, centro de Jambudvida (ver Jambudvida).

NAGARAKA: Petimetre, lechugino (literalmente: «ciudadano»).

NAMA: Famoso por su nombre.

NAMAH UKTIM: Palabras reverenciales.

NAYAK: Gobernador militar.

NIRVANA: «Dispersión». Estado de serenidad incommovible, en la que los factores vitales han sido arrancados de raíz.

NRISIMHA: Hombre-león. Una de las encarnaciones de Krishna.

OM, TAT, SAT: Triple designación de Dios (Divinidad, Universalidad, Existencia real eterna).

PESWHA: Primer ministro.

PITRLOKA: Entre los ksatryas, éxtasis de gloria que siente el guerrero famoso por sus hazañas, en el momento de morir.

PRAJAPATIS: Progenitores de la Humanidad.

PROFETA INMORTAL: Los diversos avatares de Dios han sido precedidos por profecías acerca de Su Nacimiento. Es creencia muy extendida entre los bhaktas que todos los profetas que han anunciado Su Venida (Moisés, Elías, Juan el Bautista, Joseph Smith, etc.), son encarnaciones de un solo Profeta; ni los ulamas ni ningún Jagad-Guru se han pronunciado con claridad sobre este tema.

PUJA: Veneración.

PUROHITAS: Sacerdotes ksatryas.

PUTANA: Diablesa que trató de matar a Dios Niño ofreciéndole el pecho

envenenado.

RADHARANI: Devota suprema de Krishna. Su consorte eterna. A ella también se la considera la personificación de la energía espiritual interna y de placer de Krishna.

RAGDA: Un pequeño reptil montañés de Ksatryaloka, dotado de colmillos venenosos. Su sangre contiene un cinco por ciento de glicerina, que actúa como anticongelante; esto le permite sobrevivir en el invierno entre la nieve. Es muy agresivo, y no duda en atacar a animales más grandes que él, incluso a seres humanos, a pesar de que no puede comerlos. Esto hace que los ksatryas lo consideren la encarnación del daksa.

RASMIN: Rayos.

RICKSHAW: Cada una de las unidades de transporte que forman el Sistema Cadena, en una especie de tensa cuerda que mantuvo unidas las provincias del Imperio durante un milenio. Fue necesario construirlos por cientos de miles, por lo que los rickshaws resultaron extremadamente simples y especializados, apenas una burbuja de aluminio modelada mediante campos magnéticos en el vacío. El resultado era un cilindro hueco de extremos redondeados, de un kilómetro de longitud. Ver SISTEMA CADENA.

RISHI: Poeta sagrado; profeta.

ROMAKA: Ciudadano del Imperio. Término despectivo empleado en el Límite.

SAMBHOGA-KAYA: Cuerpo de un buda que aparece en los mundos supraterrrestres de una forma volátil.

SAMBHUTI: Aquel que tiene existencia independiente.

SAMITI: Consejo.

SAMSARA: Ciclo de las reencarnaciones.

SANTAM, SIVAM, ADWAITAM: «Paz, Prosperidad y No-Dualidad». Saludo formal en la Hermandad.

SANYASA: Vida de renunciación.

SANYASIN: Asceta, dedicado a la Sanyasa.

SASTRAS: Escrituras Reveladas. Conjunto de libros sagrados entre los que destacan el Bhagavad-Gita, la Biblia y el Corán. Los originales fueron grabados por Dios (según la Hermandad) en las paredes internas de las babeles.

SENAPATI: Caudillo guerrero. General.

SIKH: «Discípulo». Monjes guerreros de la Hermandad.

SIMHA: León.

SISTEMA CADENA: Sistema de transporte interestelar del Imperio. Consta de un conjunto de vehículos automatizados de carga sin motores, que pueden variar su

dirección por medio de la interacción de largos cables cargados eléctricamente, con el campo magnético del núcleo de Akasa-puspa. De este modo, pueden describir órbitas circulares pese a su elevada velocidad; tales órbitas recorren los sistemas habitados del Imperio. Cuando se aproxima a un sistema, el rickshaw lanza la carga consignada, encerrada en grandes containers provistos de velas de luz, que son decelerados mediante láseres de un megavatio. El embarque se efectúa por el procedimiento inverso.

SUBANDHU: De casta noble.

SUKRAM PUSAN: «Sustentador omnipotente». (Título imperial).

SVA: Perro.

TAMAS: Inercia, ignorancia.

TAMASICO: Individuo dominado por el tamas.

TANTRIN: Guardia de infantería.

TAT TVAM ASI: «Ese eres tú» (fórmula de unidad universal).

TUSNIMDANDA: «La tácita violencia del castigo».

ULAMA: Teólogo.

USTRA: Camello.

UTSARPINI: Tiempo de mejora, Edad de Oro («período ascendente»).

VAIKUNTHA: «Sin ansiedad».

VAJRA: Centella. Arma del dios Indra.

VARNA: Casta (literalmente «color»).

VIDVAN: Conocedor.

VID-VARAHA: «Cerdo coprófago».

VIDYA: Conocimiento.

VIDYAYAM: Cultivando el conocimiento.

VIJAYA: Victoria.

VIKARMA: Acto pecaminoso, que influye negativamente en el karma.

WAKIZASHI: Sable corto, de unos 45 cm. de longitud.

YANTRA: Máquina.

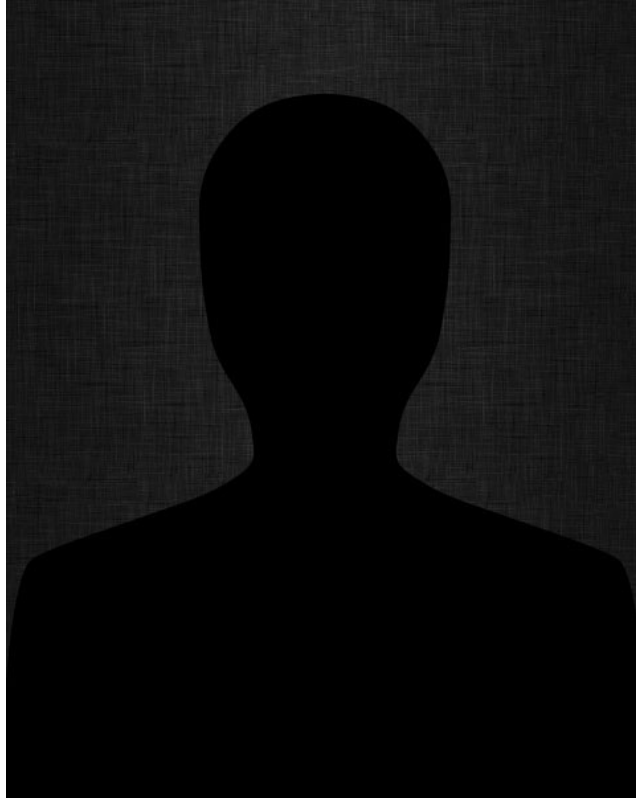
YATAGÁN: Puñal de hoja curva.

YAVANA: Bárbaro.

YE ANTIKE DEVANAM EJATI: «Aquel que camina muy cerca de Dios». (Título imperial).

YOGESVARA: «Amo de todo poder místico».

YUGA: Era. Su duración es de un millón de años.



NOMBRE DEL AUTOR. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero. Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie. Phasellus vitae elit in eros ornare tempor quis sed sapien. Aliquam eu nisl placerat mi scelerisque semper. Pellentesque habitant morbi tristique senectus et netus et malesuada fames ac turpis egestas. Nulla aliquam, turpis in volutpat tincidunt, nisl ipsum ultrices augue, eu pretium sapien lorem non nibh. Vestibulum accumsan placerat scelerisque.

Notas

[1] «Mandala» en el idioma de Akasa-puspa (*N. del Ordenador*). <<

[2] «Babel» en el idioma de Akasa-puspa (*N. del Ordenador*). <<

[3] Se trata de los antepasados de los que en Akasa-puspa se llaman «juggernauts» (*N. del Ordenador*). <<

[4] Akasa-puspa (*N. del Ordenador*). <<

[5] «Jambudvida» en el idioma de Akasa-puspa (*N. del Ordenador*). <<

[6] Las Sastras o Escrituras Reveladas son un conjunto de libros sagrados entre los que destacan el Bhagavad-Gita, la Biblia y el Corán. Los originales fueron grabados por Dios (según la Hermandad) en las paredes internas de las babeles. <<

[7] «Ese eres tú» (fórmula de unidad universal). <<

[8] Casta (literalmente «color»). <<

[9] «¡Salve!» Fórmula de saludo. <<

[10] Petimetre, lechugino (literalmente: «ciudadano»). <<

[11] Camello. <<

[12] Caudillo guerrero. General. <<

[13] Casta que monopoliza el transporte a larga distancia. <<

[14] Banqueros mundiales. Los Seth constituían una aristocracia mercantil. Los beneficios de las inversiones de los abuelos eran recibidos por sus nietos. Pero los abuelos podían trabajar, especulando con esos futuros beneficios. Fueron los Jagad-Seth quienes subvencionaron el proyecto imperial de la construcción de rickshaws (unidades de transporte que forman el Sistema Cadena). <<

[15] Funcionario en general. <<

[16] Cada una de las unidades de transporte que forman el Sistema Cadena, en una especie de tensa cuerda que mantuvo unidas las provincias del Imperio durante un milenio. Fue necesario construirlos por cientos de miles, por lo que los rickshaws resultaron extremadamente simples y especializados, apenas una burbuja de aluminio modelada mediante campos magnéticos en el vacío. El resultado era un cilindro hueco de extremos redondeados, de un kilómetro de longitud. <<

[17] Primer ministro. <<

[18] Inspector del Imperio en los reinos yavanas. <<

[19] Guru del Mundo entero (por extensión, del Universo entero). <<

[20] León. <<

[21] Asno. <<

[22] El demonio más grande de su tiempo, así como también el más persistente enemigo de Krishna, al que trató de matar en repetidas ocasiones. Finalmente, en la arena de lucha de Mathura, Krishna le mató con Sus propias manos. <<

[23] Diabla que trató de matar a Dios Niño ofreciéndole el pecho envenenado. <<

[24] De casta noble. <<

[25] «La tácita violencia del castigo». <<

[26] Virrey. <<

[27] Guardia de infantería. <<

[28] Poder que permite controlar y dominar por completo a otra mente. <<

[29] «Cerdos coprófagos.» <<

[30] Perros. <<

[31] Demonio. <<

[32] Ciudadano del Imperio. Término despectivo empleado en el Límite. <<

[33] Pequeños reyes; reyezuelos o caciques. <<

[34] Aquel que tiene existencia independiente. <<

[35] Ciclo de las reencarnaciones. <<

[36] Miembro del Ksatra, una primitiva aristocracia guerrera. Sus descendientes se convirtieron en mercenarios al servicio de cualquier estado dispuesto a pagar su precio. <<

[37] Brazo armado de la Hermandad. Desde la abjuración de Vognid, se reclutan entre los monjes sikh (monjes guerreros de la Hermandad). <<

[38] Sacerdotes ksatryas. <<

[39] Prostituta común. <<

[40] Gobernadores militares. <<

[41] Soberano del mundo, emperador. <<

[42] ¡«Sustentador omnipotente» (título imperial), «suprema fuerza viviente entre todas las fuerzas vivientes» (título imperial), «aquel que camina muy cerca de Dios» (título imperial), de lo más auspicioso! <<

[43] «Disfruta de inmortalidad y bienaventuranza». (Saludo al Emperador). <<

[44] Las palabras reverenciales. <<

[45] «Paz, Prosperidad y No-Dualidad». <<

[46] «Señor del parasol» (título real). <<

[47] «Padre del Cielo». <<

[48] Maestro santo. <<

[49] Un karmi es la unidad monetaria del Imperio. Al principio, equivalente al salario de un día de un karmakara no especializado (de karmani, trabajo); pero, con el tiempo, la inflación y las devaluaciones alteraron su valor. <<

[50] Prostituta sagrada («Esclava de Dios»). <<

[51] «Amos de todo poder místico». <<

[52] Poder místico que permite a una persona volverse más ligera que el algodón y contrarrestar la ley de gravedad. <<

[53] Asesinos del alma. <<

[54] Devota suprema de Krishna. Su consorte eterna. A ella también se la considera la personificación de la energía espiritual interna y de placer de Krishna. <<

[55] Asceta, dedicado a la Sanyasa (vida de renunciación). <<

[56] «Aquello que no puede calcularse». <<

[57] Progenitores de la Humanidad. <<

[58] Funcionarios que controlan la moralidad pública y las órdenes religiosas. <<

[59] Trabajadores asalariados. <<

[60] Sistema de transporte interestelar del Imperio. Consta de un conjunto de vehículos automatizados de carga sin motores, que pueden variar su dirección por medio de la interacción de largos cables cargados eléctricamente, con el campo magnético del núcleo de Akasa-puspa. De este modo, pueden describir órbitas circulares pese a su elevada velocidad; tales órbitas recorren los sistemas habitados del Imperio. Cuando se aproxima a un sistema, el rickshaw lanza la carga consignada, encerrada en grandes containers provistos de velas de luz, que son decelerados mediante láseres de un megavatio. El embarque se efectúa por el procedimiento inverso. <<

[61] Los bhutani son los seres vivos emparentados genéticamente con el Hombre. <<

[62] Cuerpo de un buda que aparece en los mundos supraterrrestres de una forma volátil. <<

[63] Poeta sagrado; profeta. <<

[64] Valor. <<

[65] Omnisciente máquina. <<

[66] Siglas de «extra-vehicular». <<

[67] «Después de la Fundación del Imperio». <<

[68] Maestros santos. <<

[69] Un pequeño reptil montaños de Ksatryaloka, dotado de colmillos venenosos. Su sangre contiene un cinco por ciento de glicerina, que actúa como anticongelante; esto permite sobrevivir en el invierno entre la nieve. Es muy agresivo, y no duda en atacar a animales más grandes que él, incluso a seres humanos, a pesar de que no puede comerlos. Esto hace que los ksatryas lo consideren la encarnación del daksa (valor).

<<

[70] Consejo. <<

[71] Un anélido de Ksatryaloka, de treinta centímetros de largo y dos de grueso, que se alimenta de estiércol y se esconde bajo tierra al ser perseguido. <<

[72] Un día en la vida de Dios. Equivale a cuatro mil yugas, por lo tanto, cuatro mil millones de años. <<

[73] Decreto con fuerza de ley. <<

[74] Fiesta de Veneración. <<

[75] Puñal de hoja curva. <<

[76] Sable corto, de unos 45 cm. de longitud. <<

[77] Entre los ksatryas, éxtasis de gloria que siente el guerrero famoso por sus hazañas, en el momento de morir. <<

[78] Triple designación de Dios (Divinidad, Universalidad, Existencia real eterna). <<